

IAN MANOOK
YERULDELGGER
LA MUERTE NÓMADA



YERULDELGGER. LA MUERTE NÓMADA

IAN MANOOK

IAN MANOOK

YERULDELGGER

LA MUERTE NÓMADA



Yeruldelgger. La muerte nómada

Ian Manook

ISBN edición en papel: 978-84-16237-36-4

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-71-5

Primera edición en libro electrónico (epub): junio 2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Yeruldelgger, la mort nomade (III)*

Traducción del francés: José Manuel Fajardo

Ilustración de la cubierta: Dinodia Photos / Alamy Stock Photo

Copyright © *Éditions Albin Michel, 2016*

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra, 2019*

Ediciones Salamandra

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

*A Bus, de nuevo y siempre.
A los míos y a quienes me han hecho.
¡A mí!*

*Un «bec» a Chrystine, Norbert y Ben,
por haber cuidado mi argot de Quebec.
Un «kush» a Évelyne y Natalia,
por haber soltado las riendas de mi yidis.
Un «beso» a mi DEUP, por haber corregido
mis tics y mis tropiezos a la hora de escribir*

1

«...JAMUKHA»

La pequeña furgoneta todoterreno azul rusa avanzaba tratando de mantenerse estable hacia la cima de la colina. La carrocería pintarrajeada se bamboleaba muy peligrosamente mientras los neumáticos medio desinflados aplastaban y disparaban guijarros contra los bajos del chasis. La pendiente y los desniveles determinaban la trayectoria al margen de los esfuerzos del conductor, que aferraba con sus manos de ogro el volante fino de baquelita de color marfil.

—Si sigues así terminaremos por volcar y bajar rodando hasta el valle. Y yo soy el que va en el asiento del muerto.

Con cada chirrido que lanzaban los resortes de la suspensión ante semejante maltrato, Al iba salpicándose de cerveza Chinggis tibia la camiseta con el lema «*Yes We Khan*».

—Si volcamos, moriremos todos —vaticinó Zorig, con las rodillas a los lados del volante y la cabeza contra el parabrisas; había encogido su cuerpo de gigante para caber en el habitáculo—. Pero eso es algo que no va a suceder. Estos cacharros son como las garrapatas. Se agarran al camino y ya no lo sueltan.

—Pues hubo una vez que nos hiciste caer al lago Airag, al sur de Khyargas —le recordó Naaran, que iba agarrado a la tapicería de escay del asiento trasero y golpeándose la cabeza contra el techo de metal visto.

—Aquel día fueron los frenos.

—¿Y en el barranco del Khangai Nuruu? —insistió Erwan, zarandeado por los botes sin ton ni son que daba la furgoneta—. ¿También fueron los frenos entonces?

—¡Ese día fueron los neumáticos! —exclamó Zorig, enfurruñado.

—Y cuando te saliste de la pista, camino de Tchor, ¿te acuerdas? Aquella pista larga, totalmente recta y llana. ¿Aquello qué fue?

—...

—¿No serían elefantes, por casualidad?

Todos rompieron a reír. Todos menos Zorig, que estaba molesto e iba concentrado en su conducción errática.

—Ese día bien que nos echaste a la cuneta para evitar a un elefante, ¿verdad?

—Y qué, me equivoqué, le puede pasar a cualquiera, ¿no? Sé perfectamente que no hay elefantes en la estepa. No soy tan imbécil... Debió de ser otra cosa, un yak o un camello, yo qué sé. Estaba cansado.

—¿Cansado? No, ¡borracho! ¡Pedo, rojo como un cuenco de grosellas, a rebosar como una vejiga de yak! Deberías dejarme conducir —dijo, preocupado, Naaran.

—No mientras viva. Ésta es mi todoterreno. Y soy yo quien la conduce.

—Zorig, si no hay camino practicable al otro lado de la colina, no podremos dar media vuelta, ni siquiera ir marcha atrás.

—Sí que podremos. Ésta pasa por cualquier sitio. Además, detrás de todo siempre hay algo.

Ésa era una afirmación a la Zorig. Una afirmación irrefutable que a veces el futuro confirmaba. Al, Naaran y Erwan estaban buscando qué responderle, por una cuestión de principios, pero lo que vieron al alcanzar la cima los dejó sin palabras. Zorig detuvo la furgoneta con tal frenazo que casi caen por el barranco y luego pegó su cara de coloso al parabrisas constelado de impactos.

—Magnífico —siseó entre dientes.

—Más bien macabro —murmuró Al.

—Morboso —corrigió Naaran desde el asiento trasero.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Erwan con inquietud, metiendo la cabeza entre el hombro de Zorig y el de Al para ver mejor.

—«Macabro» evoca una muerte en circunstancias trágicas, mientras que «morboso» no tiene nada que ver con la muerte. Es sólo algo malsano o anormal —explicó Al.

—Entonces es más bien *morbicabro* —zanjó Zorig.

—Y bello.

—Morbicabro y bello —aprobaron los demás mientras bajaban de la todoterreno.

Delante de ellos había un hombre desnudo y tumbado de espaldas contra una roca, como pegado a ella. Su cuerpo, arqueado de un modo inverosímil, se adaptaba exactamente a la forma casi redonda del saliente. Incluso la nuca parecía adherida a él. También los brazos, desencajados en los hombros y extendidos más allá de la cabeza, inclinada boca abajo, por el lastre de la pesada piedra que pendía del extremo de una cuerda anudada a sus muñecas. Por un lado estaban los pies amarrados a la base de ese peñasco enorme, y por el otro aquella piedra inmóvil colgaba en el vacío, tensando y ciñendo el cuerpo a la roca lisa.

—¿Está muerto? —preguntó Erwan sin atreverse a acercarse a él.

—¿Quién ha sido? —gruñó Zorig.

—No tengo ni idea. Quizá sea una especie de asesinato ritual...

—No hablo del tipo, ¡hablo de mis dibujos!

Erwan se dio la vuelta y vio a sus compañeros ocupados en descargar la furgoneta. Caballetes, papel Canson, acuarelas, carboncillos y grafitos. Sólo Zorig miraba hacia atrás, a lo lejos, más allá de la vieja UAZ, cuyas puertas entreabiertas con calzas de madera compensaban la ausencia de aire acondicionado.

—Todos mis apuntes desperdigados al viento. ¡Al menos podríais tener cuidado!

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Erwan, desconcertado.

—¡No podemos desperdiciar semejante modelo! —dijo Al.

—Pero ¡si está muerto! —exclamó indignado.

—Precisamente, inmóvil como está, resulta un modelo perfecto. Además, el tiempo para él no cuenta, así que ¿por qué tendría que contar para nosotros?

Erwan no supo qué contestar. Y eso que los conocía muy bien. Hacía diez años que viajaba desde Francia para unirse a ellos en aquellos talleres nómadas y salvajes a través de Mongolia. Desde su Bretaña natal, para ser más exactos. Cada año se pasaban dos o tres meses pintando en plena naturaleza, sin obligaciones, sin programa, sin itinerario. A lo nómada. Diez años atrás, en invierno, Erwan había coincidido con ellos en una residencia para artistas. Gracias a la tolerancia soviética por los artistas proletarios y a la predisposición a ocupar espacios abandonados del espíritu nómada, se habían instalado en un ala vacía del edificio de la Unión de Sindicatos, frente al palacio de Gobierno. Por supuesto, más adelante la especulación con los terrenos baldíos del centro de la ciudad los acabó expulsando, pero en aquella época Zorig lo acogió,

impresionado con su cuaderno de bocetos de la costa de Bretaña y de Normandía. Tras presentarlo a los demás, se pasaron diez días seguidos bebiendo y pintando como locos. Fue Erwan, movido por la curiosidad del turista, quien tuvo la idea de la primera ruta salvaje. Los embarcó a todos en su Land Cruiser de alquiler para partir rumbo a las grandes estepas nevadas. Siguiendo los consejos de Zorig, uno de los más entusiasmados con el proyecto, salieron hacia el este, por Nalaikh, para luego avanzar hacia el sur y regresar por el oeste, ya en el distrito de Zuunmod, donde plantaron sus tiendas, tan inspirados como achispados, enfrente de la mole montañosa del Bogd Khan. Pintaron durante días enteros como posesos, hechizados por las musas, diseminados por la estepa con sus caballetes y pinta de exploradores polares de otros tiempos, frente a la montaña sagrada iluminada por el sol bajo y frío del sur. Allí fue donde Zorig diluyó por primera vez el vodka en el agua de sus acuarelas para evitar que se congelara. Y esas noches al raso sellaron su amistad, en cuyo nombre habían inaugurado el rito de compartir aquel brebaje colorido para soportar el frío dentro de sus finos sacos de dormir.

—¡Tenemos que pedir ayuda! —exclamó Erwan.

—¡Qué ayuda, si está muerto!

—Pues al menos llamar a la policía.

—Ya conoces la norma, siempre salimos sin teléfono.

—Entonces me alegro de habérmela saltado —dijo el francés sacando un *smartphone* de su bolsillo.

—¡No me lo puedo creer! —saltó Zorig, arrancándole el aparato de las manos para estrellarlo contra una piedra—. Ésa es nuestra norma, Erwan: viajamos y pintamos, nada más. Cortamos con todo y con todo el mundo. ¡Así es el arte nómada, joder!

—¿Arte nómada? ¿Qué arte nómada? —dijo Erwan cabreado al ver su iPhone 6 hecho añicos—. El primer jinete que vimos llevaba un móvil en el bolsillo de su *deel* y tenía una antena parabólica en la puerta de la yurta. Sólo les falta el GPS enganchado a la silla del caballo cuando galopan. ¡Así que no me jodas con tu arte nómada!

—Pero es que ésa es la fuerza de nuestro proyecto, bretoncito de mierda —dijo Zorig—. El retorno a la estepa. La pureza del trazo a través de la pureza de los orígenes. El color primero. La luz de antes, la que llevaba los mensajes, los lutos y las bodas, las penas y las alegrías, los gritos y los llantos a través del tiempo y el espacio, ¡antes del teléfono!

—Eh, ¿dónde se ha metido Naaran? —dijo Al, interrumpiendo la disputa, con el caballete bajo el brazo y los pinceles en la mano.

—¡Estoy aquí!

Los tres se asomaron al vacío en dirección a la voz. Su compañero se había colgado de la pendiente rocosa, justo por debajo de la piedra que lastraba el cuerpo. Una perspectiva estética e insólita, o al menos eso pensaron todos. La piedra en primer plano, el brazo estirándose del otro extremo de la cuerda, los ojos en blanco, la nuca pegada a la curva mineral de la roca.

Zorig se volvió instintivamente para verificar el color del cielo. Azul inmóvil. Ese cabrón de Naaran siempre encontraba las líneas de fuga más hermosas en encuadres inmensos de colores puros.

—Deberíais ponerlos a ello —dijo—, es realmente magnífico.

—Pero ¡está muerto, mierda! —le gritó Erwan.

—Bueno, pues hasta luego entonces —dijo Al mientras se alejaba.

—¿Cómo que *hasta luego*? ¿Qué haces, Al? ¿Adónde vas? Pero ¡¿qué os pasa, joder?! ¡Es un cadáver!

Al se alejó sin responder. Unos años atrás, los tres artistas mongoles se habían presentado por sorpresa en casa de Erwan, en Bretaña, y se habían quedado diez semanas. Las playas inmensas con marea baja, el mar de fondo, tan denso y lechoso como una ostra gruesa, el viento azotando la costa, donde su anfitrión los había animado a plantar sus caballetes, habían impresionado profundamente a Al. Pero fue incapaz de pintar. Nada. No supo conseguir el verde de las resacas tornasoladas, ni las brumas plateadas, ni el brillo del agua, ni su transparencia ancha y redonda. Se había quedado seco de inspiración, estéril; inmóvil y mudo durante horas en medio del viento que le agujijoneaba la piel con el polvo de granito y de las explosiones atronadoras de los chorros de espuma, que salían propulsados como un géiser a los pies del acantilado. Anegado en lágrimas ante la inmensidad de un horizonte que le arrebató el arte. Vacío. Desde entonces, ya en Mongolia, Al siempre plantaba su caballete apartado de los otros, se quedaba mirando fijamente la estepa hasta hipnotizarse y dejaba que volvieran los recuerdos. De los amarillos de las mareas bajas, de las corrientes irisadas, del verdigrís del mar de fondo, de las olas oscuras y azules bordadas de encaje de espuma o los acantilados immaculados desgredados de hierbajos. Desde hacía tres años, Al no hacía más que pintar marinas bretonas en el corazón de la estepa.

Erwan se volvió hacia Zorig, que seguía echando pestes por haber perdido

sus dibujos.

—Zorig, tenemos que hacer algo. ¿Habías visto antes algo parecido?

Zorig se acercó a él de mala gana y, en silencio, observó unos segundos el cadáver.

—Sí —soltó por fin.

—¿Sí, qué?

—Que sí lo he visto...

—¿El qué? ¿Alguien muerto de esa manera?

—Sí, pero en un grabado, en un libro. La muerte de Jamukha.

2

«...CUATRO MESES SIN HACER EL AMOR»

Yeruldelgger llevaba un buen rato mirándola agachado detrás de la roca. Desde que había distinguido su silueta en la cima de la colina azulada de artemisas, al otro lado del valle salpicado de flores de aster plateadas y frágiles como el rocío de un alba transparente. Era una mujer. A caballo. Lo había adivinado por su manera de montar. No tan echada hacia delante como un hombre. Ni tan tiesa sobre los estribos. Ni tan fiada a la fuerza de los brazos para controlar la montura. Más armoniosa, con las caderas más anchas, abrazando con las piernas la panza del caballo para formar un solo cuerpo con él. Era buen jinete. Aunque desde tan lejos no podía distinguirle la cara, podía deducir su edad por la línea de los hombros y la curvatura de la espalda. Debía de estar cerca de la suya. En la otra vertiente de la vida. Pero todavía vigorosa.

Era imposible que ella no lo hubiera visto. Cuando él había salido del sueño acolchado de su yurta, su silueta apenas perceptible ya se recortaba contra el cielo de la colina. No había duda de que desde allí, bajo el frío de la mañana que precede al calor intenso, estaba esperando a que él diera señales de vida. Por lo tanto, ella lo había visto salir al fresco, con su *deel* sin ajustar, y dirigirse hacia la roca. Y, por supuesto, sabía quién era. O, al menos, qué tipo de hombre era. Habría reparado en la ausencia de rebaño. No había cabras para el cachemir y la leche, ni ovejas para la leche y la carne, ni camellos para la carga, ni yaks para la crema. La suya no era la yurta de un nómada. Era la de un *bono*, un burgués que se las daba de nómada. Seguro que ella había contado sus tres caballos e incluso adivinado desde tan lejos que no tenía yegua. Ni con qué fermentar la leche para hacerse el *airag*. De modo que más o menos se había hecho una idea de él, y luego había esperado a que diera señales de vida. Tampoco le cabía duda de que ella sabía perfectamente qué hacía él detrás de la roca.

Sin hacer un gesto, la mujer ordenó al caballo descender la colina al paso, y él la vio aproximarse. No se dirigía a la yurta. Se acercaba tranquilamente, sin que lo que él estaba haciendo la detuviera. Yeruldelgger apoyó firmemente los pies sobre las tablas, separándolos un poco para tener más estabilidad. Por encima de la roca tan sólo asomaba su cara, con una expresión jocosa. La jinete remontaba ahora la ladera de su lado del valle, inundado del primer sol de la mañana y tapizado de gencianas, claveles enanos y geranios salvajes. Cuando estuvo a medio camino, Yeruldelgger vio que llevaba un *deel* reluciente, bordado con unos motivos dorados, y un arco en bandolera. De la silla de montar colgaban unas alforjas y un carcaj del que sobresalía el emplumado amarillo y verde de un puñado de flechas. Eso lo puso de buen humor. La visión de aquella guerrera, aquella amazona bajo la luz del amanecer, era inesperada y le encantaba, a pesar de lo incómodo de la posición que él había adoptado. Dejó que se acercara mientras admiraba su maestría en la monta, su gracilidad y el porte altivo a pesar de la edad. Había acertado. La mujer llevaba sobre los hombros el peso de al menos la mitad de una vida, pero la expresión tranquila de su rostro hacía pensar que todavía le quedaba mucho por vivir. De nuevo, sin hacer un gesto, detuvo el caballo a la distancia justa para poder hablarle.

—Supongo que no vale la pena que te pida que sujetes a tus perros —dijo ella con una sonrisa que le rejuveneció el rostro de mujer vivida.

—La verdad es que no, en efecto —respondió Yeruldelgger, espantando una mosca que zumbaba alrededor de sus rodillas.

—He venido a pedirte ayuda —dijo ella.

—¿De verdad crees que estoy en condiciones de socorrer a alguien?

—Puedo esperar.

—Eso es justo lo que yo no podía hacer —dijo él, divertido.

—Estoy buscando a mi hija, ha desaparecido. Quiero que me ayudes a encontrarla.

Yeruldelgger permaneció unos instantes concentrado en lo que estaba haciendo y en lo que ella acababa de pedirle.

—¿Por qué yo?

—Porque sé quién eres.

—¿Lo sabes?

—Sí, eres Yeruldelgger.

—Entonces también sabes que ya no estoy en la policía.

—Lo sé. Por eso te he escogido. No quiero a un funcionario para encontrar a

los que se han llevado a mi hija. Quiero a alguien que me ayude a castigarlos.

Otro díptero coprófago lustroso e iridiscente rodeó la roca, desdeñando las graciosas gencianas que salpicaban la hierba tierna de un azul luminoso, para merodear detrás de él.

—Escucha, abuela, soy consciente de la reputación que me han dado mis últimas investigaciones, pero no soy un justiciero. O mejor digamos que ya no lo soy.

Un atisbo de orgullo hizo que la mujer alzara el mentón y su porte se irguiera sobre el caballo.

—¿No crees que has vivido un poco más que yo como para permitirte tratarme de abuela?

—Como quieras, abuela, seguramente tienes razón, pero de pronto, así subida en lo alto de la montura, tienes aspecto de estar jugando a las Amazonas.

—Eso es porque no esperaba encontrarme a un Alejandro de tan poca talla cagando de esa manera, agachado entre las gencianas y las amapolas.

—Cago como lo han hecho siempre los nómadas, hermanita, y como supongo que debió de hacerlo también tu Alejandro: en un agujero excavado en la inmensidad de la estepa. ¿Así que yo sería tu Alejandro Magno? ¿De qué conoces las leyendas antiguas?

Ella no respondió y sacó de una de las alforjas que colgaban de su silla una botella de plástico llena de *airag*. Con el cuello completamente arqueado hacia atrás, de cara al cielo, bebió tres tragos largos de esa tibia leche de yegua fermentada por el sol y el sudor del caballo y luego se la tendió a Yeruldelgger, que la rechazó.

—Es un poco pronto para mí.

—Te equivocas. Esto es bueno para lo que tienes.

—Lo que tengo es algo cotidiano y natural; no te preocupes por mi tránsito intestinal, hermanita.

—De todos modos, cuando tengas un momento, busca esa planta lanuda de tallo alto y gris que en verano florece en corolas pequeñas de color rosa pálido. Pon a hervir sus raíces, pélalas y déjalas macerar en agua fresca de río. No es común en nuestras tierras, pero la encontrarás en las llanuras húmedas. Los europeos preparan con ella golosinas blandas. Así te resultará más fácil hacerlo por la mañana y te encontrarás mejor.

—Así que somos Myrina la Amazona y Alejandro Magno en el reino de las letrinas —dijo Yeruldelgger—. Una vez más: ¿de qué conoces esa leyenda?

—Yo soy como tú, una bono, una burguesa nómada. Vivía en Ulán Bator y enseñaba Historia.

—¿Y cuándo se produjo tu gran retorno a la naturaleza?

—Hace ya veinte años.

—Entonces eres más nómada que burguesa, ¿no?

—Por desgracia, en nuestra cabeza somos siempre lo que éramos al principio.

—¡Espero que no! —suspiró Yeruldelgger.

Le dolían un poco las rodillas, relucientes por la flexión, y detrás de la roca otros dípteros más temerarios le hacían cosquillas en las nalgas sin ninguna vergüenza.

Ella lo miraba en silencio desde lo alto del caballo mientras el alba se evaporaba como si aquella fuera la primera mañana del mundo.

—Evidentemente, soy muy consciente de que no estoy en una situación ventajosa —concedió él.

—Por lo que veo sigues siendo un buen mozo, abuelo.

—Me tomo lo de *buen mozo* como un cumplido y lo de *abuelo* como un gesto de deferencia, pero puestos a escoger te habría preferido más irrespetuosa.

—¿Cómo? ¿Es que querrías que a nuestra edad nos encontráramos como Myrina y Alejandro, para engendrar en trece días de coitos ininterrumpidos al hijo más hermoso del conquistador más grande de todos los tiempos y de la más cruel de las reinas guerreras?

—No, pero habría preferido que me hubieras visto como un guerrero conquistador y no como un anciano cagando.

Ella se inclinó hacia el costado de la silla para alcanzar otra alforja y sacó un rollo rosado de papel higiénico Lotus Aquatube de triple espesor, versión china, que le lanzó sin avisar. Él lo atrapó al vuelo sin levantarse de su lugar tras la roca.

—¡Estamos entre bonos! —se burló ella.

—Hermanita, no te ofendas, pero esta parte prefiero hacerla en la intimidad. Espérame en la yurta. Allí encontrarás todo lo necesario para preparar té.

Ella lo miró, con media sonrisa en el rostro, y su montura dio media vuelta sin que ella hubiera tocado siquiera las riendas. Pero no se alejó.

—¿Me tomas por tu mujer sumisa? ¿Por tu cuñada? ¿Por tu abuela devota? Eres tú quien tiene que ofrecerme ese té. Yo soy la viajera que viene de lejos. Es a ti a quien corresponde el deber de la hospitalidad.

Ella le hablaba de espaldas, con las manos posadas tranquilamente en el pomo de la silla. Él aprovechó para vestirse y se frotó las manos con arena. Luego la alcanzó y la sobrepasó sin detenerse. Oyó cómo el caballo lo seguía al paso.

—Entonces, has dicho que han secuestrado a tu hija.

—Yuna desapareció de casa hace tres meses.

—Pensaba que eras una bono que vivía en una yurta.

—Sólo unas almas moribundas como las nuestras irían a buscar en la tradición el regreso a los orígenes. Una chica de hoy en día por nada del mundo aceptaría perder su juventud en una tienda plantada en el culo del mundo, a cientos de kilómetros del Maxi Best Of más cercano.

—Debías de ser una buena profesora —dijo él, burlándose de su vocabulario —, pero puede que no hayas sido tan buena madre... ¿Tu hija vivía contigo?

—No, compartía un chalet con otros estudiantes, en los suburbios de Dalanzadgad.

—¿Y está desaparecida?

—Sí, se fue con un grupo a protestar contra no sé qué proyecto minero en el Gobi y no regresó.

—¿Qué dicen los otros, los que la acompañaban?

—Iban repartidos en varios coches. Regresaron jugando a meterse por pistas diferentes a través de la estepa, haciendo apuestas estúpidas sobre quién llegaba primero. Al volante iban unos chicos que se las daban de rebeldes sin causa, más en plan *Fast and Furiousque* en plan James Dean. Creyeron que ella se había perdido y la esperaron en Dalanzadgad. Pero nunca llegó.

—A su edad, tú también jugabas a esas estupideces, ¿no?

—Por supuesto, pero en esa época, estuviera borracha o perdida, mi caballo siempre me traía de vuelta por sí solo hasta el campamento.

—No hay duda de que un Toyota tiene menos instinto que un alazán del Gokhi. ¿Yuna iba sola en el coche?

—No. Iba con su amiga Gova.

—¿Y Gova?

—También está desaparecida.

Caminaron en silencio. Delante de ellos, varios cientos de metros de llanura florecida de edelweiss y luego una cuesta suave hasta la línea erosionada de otra colina, más allá del río. Éste acababa en un talud de verdor, un kilómetro más lejos, que frenaba el avance del gran desierto de arena ondeante de dunas que se

extendía del otro lado como la marejada inmóvil de un océano. Mucho más lejos, en el horizonte, como si se tratara de otro acantilado, se alzaban los últimos contrafuertes marrones de la cadena montañosa del Altái. La estepa no era sino una sucesión de olas inmóviles de piedras ocre, hierbas azules y arena dorada. Cuando se las mira de reojo durante la ascensión a una cima, pegadas a un cielo bajo e inmenso, uno siente como si el oleaje lo levantara. Y descender por el otro lado, a pie o a caballo, llevado por el impulso y la pendiente, resulta tan embriagador como surfear una ola en el océano. Al menos eso era lo que imaginaba Yeruldelgger, que nunca había visto un mar de verdad. Sin embargo, no había sido él quien había elegido aquel lugar. El Nerguii, su maestro de pensamiento en el séptimo monasterio, lo había hecho por él. Allí, alejado del caos de Ulán Bator, debía meditar, apaciguar la ira y encontrar el perdón por todos los crímenes que había cometido.

Llegaron al río, en cuya orilla había una jarra y una palangana bocabajo. Yeruldelgger pidió a la mujer que lo disculpara un momento. Se desvistió sin atisbo de pudor, le pidió que pusiera su ropa en un lugar seco, para no dejarla sobre la hierba todavía perlada de rocío, y se lavó el cuerpo echándose agua del río con la jarra. Cuando estuvo limpio, y tras arrojar el agua sucia en la hierba, lejos de la orilla, entró en la corriente helada para bañarse. Ella admiró sin disimular sus músculos nudosos, que se tensaban bajo el sobrepeso incipiente, contó todas sus cicatrices, una a una, y no dejó de mirarlo cuando se dirigió hacia ella con el sexo encogido por el frío.

—Al fin y al cabo, puede que tú sí seas una especie de Alejandro —bromeó al tenderle la ropa.

—Ni lo sueñes, hermanita, este cuerpo machacado ha librado demasiados combates como para resistir trece noches de celo.

—Con una bastaría. Yo tampoco soy la reina de las amazonas.

Él se estaba poniendo los pantalones, pero se detuvo para mirarle el rostro. Ella lo observaba como lo hacen las mujeres en Mongolia. Sin vergüenza y directo a los ojos.

—¿Cómo te llamas?

—Tsetseg.

—¿Y por qué, abuela con nombre de flor, crees tú que han secuestrado a Yuna?

—¿No te han llegado esos rumores horribles sobre chicas que desaparecen sin dejar rastro y a las que nadie vuelve a ver?

—No, ¿tú sabes de otros casos de desaparición?

—Tengo plantada la yurta a la entrada del valle de Yol. He tardado seis días a caballo en llegar a la tuya. Durante esos seis días he oído hablar al menos de otras dos desapariciones.

Llegaron a la yurta, ella a caballo y él a pie, ligeramente por delante y hablándole sin volverse. Ella no esperaba que él la ayudara a bajar, y él tampoco hizo ademán de que fuera a hacerlo. Sin embargo, entró el primero en la tienda para poder recibirla. A ella le alegró descubrir que la yurta estaba arreglada respetando las tradiciones. Él le indicó, como se debe, el lugar, al fondo a la izquierda, reservado para los invitados, y ella dejó el arco y las flechas en el exterior por respeto a los espíritus de los ancestros. Se sentó en el suelo con las piernas medio recogidas, apoyándose en la colorida cama de las visitas y con cuidado de que sus pies no apuntaran a la estufa central, y sacó de un bolsillo una tabaquera pequeña que le ofreció con las dos manos, los brazos extendidos y las palmas hacia arriba. Él la aceptó, arrodillándose cerca de ella para darle las gracias, la contempló, abrió el cierre de latón de la tapa y le ofreció a su vez una pizca de tabaco para liar. Cogió un poco para él antes de levantarse e ir a preparar el té salado con mantequilla. Bebieron en silencio la primera taza humeante, y luego ella le contó todo lo que sabía de las desapariciones de chicas en la región. Él la escuchó sin interrumpirla. Después de una hora sin parar de hablar, ella se quedó en silencio y él se levantó a preparar más té. Cuando Yeruldelgger se dio la vuelta para llenarle de nuevo la taza, ella estaba de pie y desnuda, con una sonrisa imperceptible en los labios a pesar de su mirada, que nada pedía. Yeruldelgger no dijo palabra. Miró aquel cuerpo, que mostraba su edad sin avergonzarse, tal como ella había mirado el suyo junto al río, sin pudor. Ella se le acercó para desnudarlo y él no opuso resistencia.

Mucho más tarde, cuando ella quiso empezar otra vez, él salió al sol riendo y apoyó la *urga*, bien derecha, al lado de la puerta. Según la tradición, una pértiga de madera clavada orgullosamente hacia el cielo lanzaba un mensaje muy claro a la estepa: dentro había un hombre empalmado y una mujer satisfecha.

Por la tarde, agotados los dos, ella preparó el té.

—Gracias por este regalo —le murmuró al oído.

—Pero... —replicó él, percibiendo una reserva en el cumplido.

—Pero me has hecho el amor como un hombre que ama a otra.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Demasiado ardor para un cuerpo avejentado como el mío, demasiada

ternura para una desconocida que sólo has visto un día, demasiadas atenciones para un amor de paso. ¿Cómo se llama ella?

—...Solongo.

—¿Y no está aquí?

—No, vive en Ulán Bator.

—¿Eso no queda un poco lejos de tu cuerpo?

—Tú eres la prueba de que sí...

—Lo siento por ella, pero dale las gracias de mi parte.

—¿Por qué?

—Por haber hecho posible este amor nómada. ¿Vas a ayudarme de todos modos a encontrar a Yuna?

—¿Y a castigar a quienes la han secuestrado?

—¡Y a castigarlos, sí!

—Escucha, estoy aquí porque en mi vida anterior no había más que violencia y cólera. Mi maestro, el Nerguii, me ha vuelto a dar una oportunidad, la última. Es un sabio; recibí sus enseñanzas de joven. Siguiendo sus consejos, me he retirado apartado de todo en busca de lo que los cristianos llaman «redención» y que él define como «retorno a la armonía». ¿Qué voy a decirle si ahora me voy contigo en busca de venganza?

—Nada —dijo ella—. Si es cierto que ese viejo maestro tiene poderes, simplemente deberías pensar que ha sido él quien me ha traído hasta ti...

Yeruldelgger sonrió ante su sensatez. Tenía la soltura del desengaño, sin vanidad ni arrogancia pero también sin vergüenza. Estaba desnuda delante de él a pesar de su edad porque ése era el orden de las cosas. Y él se lo agradecía. Ella se subió el pantalón y se cruzó el *deel* sobre los pechos con una elegancia que le sorprendió, por la naturalidad y serenidad del gesto.

—Tú también deberías ponerte algo e ir a verlo, ya hace un buen rato que te espera.

—¿Tú también has reparado en él?

—Se ha mantenido a cierta distancia, pero no ha intentado esconderse.

Yeruldelgger se puso a su vez el pantalón, aunque salió de la yurta con los pies y el torso desnudos. El hombre estaba allí, a caballo, delante de la puerta, y era una mujer. Yeruldelgger se extrañó de no haberlo adivinado, como había hecho con Tsetseg. Era bastante alta, más bien bonita y mucho más joven que la mujer a la que acaba de amar. Llevaba un *deel* de seda azul pálido, un pantalón negro y unas botas de cuero blando.

—Buenos días, abuelo. Como he visto la *urga* en la puerta, he preferido no preguntarte por tus perros y esperar.

—Has hecho bien, hermanita. ¿A qué esperas?

—Te espero a ti —dijo ella sin pestañear.

Mantén la misma postura orgullosa sobre el caballo que Tsetseg unas horas antes, sólo que un poco más tensa. Un poco más varonil.

—Me halagas —respondió Yeruldelgger sonriendo—, pero no soy polígamo, ni siquiera en amores nómadas.

—Ya tengo bastante con los míos, abuelo, créeme. Me alegra que la vieja jinete y tú os hayáis encontrado, pero no vengo por tu cuerpo. Vengo por el mío.

Tsetseg había salido para unirse a Yeruldelgger en el umbral de la yurta. Hombro con hombro frente a la joven amazona, como una pareja de ancianos de la estepa.

—No veo qué puede necesitar tu cuerpo —respondió él—, pero si está herido por fuera o dañado por dentro, ni soy médico ni soy chamán.

—No se refiere a su cuerpo —lo cortó Tsetseg.

—¿Cómo?

—No estás hablando de tu cuerpo, ¿verdad?

—No —respondió la joven.

—Ajá, ¿lo ves?

—¿Ver, qué? ¿Qué significan esas medias palabras de vieja bruja nómada? ¿De qué cuerpo está hablando entonces? —dijo Yeruldelgger irritado, volviéndose hacia Tsetseg.

—Pregúntaselo a ella, ¡después de todo es suyo!

—Bueno, se acabó, ¿de acuerdo? ¿Qué cuerpo es ése? —dijo él con exasperación, mirando a la joven jinete.

—El de un hombre que he encontrado a una hora de galope de mi casa.

—¿Herido?

—Muerto.

—¿Y sabes quién es? ¿Lo conocías?

—Yo también había plantado la *urga* a la puerta de mi yurta. Compartía amores nómadas con él desde hacía varios días.

—¡Vaya con el polen afrodisíaco de los edelweiss de la estepa! ¿Y para qué me necesitas? ¿Para llevar el cuerpo hasta tu yurta?

—No, ya no tengo yurta.

—¿Y por qué no tienes yurta?

—Los que mataron a ese hombre la quemaron.

—¿Por qué?

—Era extranjero.

—¿Y crees que por eso lo mataron y te castigaron? ¿Habéis sido víctimas de una de esas redadas racistas?

—No. Creo que lo mataron por lo que él era y que quemaron la yurta por lo que él había escondido en ella.

En ese momento, Yeruldelgger sintió aflorar sus viejos reflejos de investigador cansado. Se masajeó el rostro con las anchas palmas de las manos para activar la mente de poli y poner un poco de orden en lo que acababa de oír.

—Escucha, hermanita, ¿por qué no nos presentas lo ocurrido de una manera más ordenada y simple? Mira, algo así como: «Fulano escondía tal cosa en mi yurta y por eso Zutano la ha quemado después de matar a Fulano.» ¿Puedes hacerlo?

Ella no parecía entenderlo. O no quería, lo que venía a ser lo mismo. Así que Yeruldelgger se resignó a hacerle una última pregunta.

—¿Sabes al menos qué era lo que escondía él en tu casa y que sus asesinos querían recuperar?

—Sí —respondió ella.

Yeruldelgger esperó unos instantes mientras repasaba todos los parámetros, varioaltímetros y cuadrantes del potenciómetro de su cólera. Llevaba cuatro meses retirado por orden del mismísimo Nerguii, lejos de todo, lejos de su ciudad, lejos de su antiguo trabajo, lejos de sus amigos y del cuerpo y el alma adorada de la mujer a la que amaba, y en pocas horas se había rendido a su primer amor nómada, con una vieja amazona, y a su primer ataque de cólera, con otra más joven. Tsetseg tenía razón: ¡uno siempre es lo que era al principio!

—¿Y bien? —consiguió articular a través de las mandíbulas, que apretaba para contenerse.

—¿Y bien qué?

—Hermanita, soy un ex poli apenas arrepentido de haber vivido veinte años de violencia. Me has arrancado de los brazos de la primera mujer con la que hago el amor tras cuatro meses de descanso. Has venido a mi retiro a despertar todos los demonios que antaño me hicieron perder la cabeza y el trabajo, así que no me saques de quicio, que además me sienta fatal, y dime las cosas sin obligarme a arrancártelas. ¡Eres tú quien ha venido a buscarme, no lo olvides!

Montada en el caballo, la chica alzó la vista al cielo, indecisa, como calibrando la propuesta. Yeruldelgger estaba a punto de explotar, pero Tsetseg le puso suavemente una mano en el brazo para pedirle que tuviera paciencia. Luego la chica se decidió, introdujo una mano bajo el *deel* de seda azul y como por arte de magia sacó un paquete de hojas medio calcinadas y se lo tendió.

—¡Esto! —dijo ella.

Yeruldelgger se acercó y alargó un brazo hacia los papeles. El caballo, sorprendido por el movimiento, se encabritó y la joven jinete le susurró unas órdenes a la oreja para calmarlo. Un estremecimiento eléctrico le recorrió la grupa y sacudió las crines en señal de sumisión, pero, quizá para que Yeruldelgger lo considerara un animal valiente, atrapó las hojas entre el hocico baboso. Sólo se salvaron las que la bestia no tuvo tiempo de masticar con sus molares amarillentos. En ellas había cifras y cálculos alrededor de unos esquemas curiosos.

—¿Qué es esto? —preguntó Yeruldelgger.

—No lo sé —respondió la joven.

—Entonces, ¿por qué has venido a verme con ello?

—Por lo que hay escrito detrás.

Yeruldelgger giró una hoja y distinguió algunas palabras a pesar de la caligrafía, muy fina y abrupta. «*Réseau de décrochements, orogénèse hercynienne, sédiments piégés, structures de déformation.*»¹

—Está en francés —dijo Yeruldelgger con asombro.

—Por supuesto, ¿por qué crees que he venido a verte a ti?

—¿Qué? ¿Cómo sabes que hablo un poco de francés?

—Has vivido demasiado tiempo en la ciudad, abuelo. ¡Estás en la estepa, y aquí todo se sabe!

Yeruldelgger se volvió hacia Tsetseg, incrédulo, para ponerla por testigo.

—¿Te lo puedes creer? ¡Sabía que hablo francés!

—Claro, y yo que llevabas cuatro meses sin hacer el amor.

3

...PEQUEÑO GRAN HOMBRE!

Por la noche les preparó té con *bansh* y se disculpó por su voto de frugalidad. La joven, Odval, fue a buscar agua fresca al río. Tsetseg preparó la pasta de los raviolis y Yeruldelgger el relleno. Cocinaron en el exterior, sentados en la hierba, viendo pasar manadas de caballos salvajes a lo lejos, atizando el fuego a medida que la tarde refrescaba. Odval deshizo un pedazo de pastilla de té en el agua fría sazónada con un pellizco de sal y la puso a hervir. Tsetseg, que había reservado un poco de agua tibia para mezclarla con la harina, amasó una pasta blanda y lisa que dejó reposar mientras miraba a Yeruldelgger preparando el relleno. Éste había encontrado un poco de grasa en sus reservas de buey y cordero, y con un cuchillo grande la cortaba a trocitos. Luego picó una cebolla lustrosa y hierbas aromáticas, una mezcla secreta que no quiso revelar. A continuación aplastó un diente de ajo grueso con la hoja del cuchillo y lo mezcló todo con la carne en un recipiente de plástico amarillo. Sin dejar de bromear con él, Odval había hervido leche en un cazo; luego la mezcló con el té y volvió a hervir la mezcla. Tsetseg, por su parte, cortaba la pasta en círculos pequeños con la ayuda de un vaso bocabajo. Yeruldelgger amasó un rato más el relleno, extendiéndolo con la ayuda de unas gotas de leche —esto escandalizó a las dos mujeres, que juraban que sólo se debía utilizar agua—, y luego puso un poco de la mezcla, sin sal pero con mucha pimienta, en cada círculo de pasta. Tampoco permitió que ellas se encargaran de cerrar los raviolis: quería hacerlo a su estilo. Las mujeres lo miraban de reojo, aprobando con sonrisas discretas cada uno de sus movimientos. Como no iba a freír los *bansh*, Yeruldelgger no consideraba necesario sacarles el aire antes de sellar la pasta entre los dedos. Aún no había terminado cuando Odval filtró el té con leche con la ayuda de una tela y lo hizo hervir de nuevo, luego le echó un buen pellizco de sal y Yeruldelgger empezó a

sumergir dentro los *bansh*. Mientras los vigilaba, los tres siguieron hablando de cualquier cosa: de sus infancias, de lo que sus madres cocinaban mejor que ninguna otra madre de Mongolia. Entiéndase, del mundo. Cuando se hinchó la pasta, los *bansh* fueron emergiendo poco a poco para bailotear en la superficie del caldo y los tres comieron en silencio aquel manjar que sabía a niñez y les quemaba los labios. Los últimos y perezosos rayos de sol del verano surcaban la pradera y las dunas de enfrente cantaban con la brisa. Terminada la cena, las penumbras ya reptaban por el suelo y las dos mujeres se habían acercado, con la complicidad de las risitas ahogadas y las conversaciones a media voz. Yeruldelgger se dijo que el *arkhi* que Odval había encontrado en la yurta influía tanto en aquella atmósfera como la nostalgia de habitar una inmensidad tan hermosa que enardecía sus corazones. Bebieron el aguardiente de leche como se debe, pasándose el bol de mano en mano, pero primero Odval y Tsetseg habían observado cómo Yeruldelgger mojaba de *arkhi* su dedo anular, arrojaba con una sacudida algunas gotas, al fuego y luego hacia los cuatro puntos cardinales, y finalmente se mojaba la frente. Odval había dejado que Tsetseg lo imitara, como muestra de respeto a la presencia de los ancestros. Cuando la noche cayó sobre ellos y sólo el crepitar del fuego rompía el silencio, aún quedaba un fondo de aguardiente en el bol, tal como manda la tradición, por si aparecía un viajero de paso.

Demasiado ocupados viendo tejerse entre ellos la complicidad nómada de los silencios felices de la estepa, apenas habían hablado del francés muerto de Odval o de la hija desaparecida de Tsetseg. La luna se alzó sobre el océano de dunas, ondulando la arena con un oleaje rojizo y misterioso, y los tres se fueron a limpiar los cuencos y la olla al río, ya negro, con mucho cuidado de no ensuciar el agua, que sacaban siempre con un jarro limpio. Al volver se ocuparon de los caballos.

Yeruldelgger dejó a las dos mujeres la cama grande, la de invitados, y se deslizó bajo la manta de la más pequeña. Luego apagó de un soplo la vela y la noche inundó de inmediato el interior de la yurta, seguida del claro de luna, que entró por el *toon*, la abertura cenital, salpicado de estrellas y pintó la oscuridad de reflejos pálidos. Estuvieron callados un buen rato, aunque los tres sabían que nadie se había dormido. Odval fue la primera que se atrevió a hablar.

—¿Conoces a Jack Crabb?

—¿Jack Crabb, por qué? —respondió él desde un fondo de negrura.

—Mi francés tenía un ordenador.

—¿Ah, sí?

—Sí. Con lector de deuedés. ¿Sabes lo que es un deuedé?

—Lo sé, sí —se impacientó Yeruldelgger.

—Una noche vimos una película. A Jacques le gustaba...

—¿A Jack Crabb?

—No, a Jacques Léautaud, mi francés. Por eso le gustaba esa película, porque el héroe protagonista se llama como él. Jack, Jacques, ¿entiendes?

—Entiendo —suspiró Yeruldelgger—, y sé quién es Jack Crabb, he visto la película de la que hablas.

—Entonces sabes quién es Sunshine.

—Sí, sé quién es Sunshine, la cheyenne tan guapa. Y sus tres hermanas —dijo Yeruldelgger—. Y también sé lo que hicieron con Jack Crabb dentro de su...

Se calló de golpe, consciente de su imprudencia, con el oído atento a los murmullos y las risas ahogadas de las dos mujeres. Por un instante pensó que no se atreverían. ¡De ninguna manera! Pero escuchó a alguien levantarse en la oscuridad, una tela ligera que caía, unos pasos que se deslizaban hasta su cama, y sintió un cuerpo desnudo y tibio que se pegaba al suyo bajo la manta y de inmediato buscaba su amor. Mucho más tarde, en plena noche, Tsetseg llamó con un susurro a Odval, que fue a ocupar su lugar rápidamente mientras ella corría a acostarse de puntillas y riéndose en voz baja. ¡Como las hermanas solteras de Sunshine en *Pequeño gran hombre!*

4

«UN AGUJERO LLENO DE CADÁVERES»

—Es un poco exagerado como rito de purificación, ¿no te parece?

El Nerguii estaba allí, sentado en una esquina de la cama, en la penumbra. Su maestro. El alma del séptimo monasterio, el espíritu del Shaolin. Yeruldelgger quiso levantar la cabeza para asegurarse de que no estaba soñando, pero Odval y Tsetseg, cada una pegada contra uno de sus hombros, se lo impidieron. El Nerguii no parecía impresionarlas.

—No es lo que crees... —dijo él como un idiota.

—Te lo ruego —se burló el Nerguii—, que no soy tu mujer. Guárdate las excusas malas para Solongo.

Yeruldelgger dejó caer la cabeza sobre la almohada con un suspiro.

—Esto ha surgido solo, créeme. Con un comentario sobre un deuedé. Un simple comentario sobre un deuedé. ¿Sabes lo que es un deuedé?

—Evidentemente que sí —sonrió el Nerguii—. ¡Si fui yo quien escogió el lector para el monasterio! Y también sé quién es Jack Crabb, porque he visto *Pequeño gran hombre* varias veces, y lo que hicieron Sunshine y sus tres hermanas dentro de su tipi. Pero ¡eso no justifica estos amores nómadas!

—Lo sé, lo sé —reconoció Yeruldelgger—, yo tampoco me lo explico. Con Tsetseg fue, como diría un filósofo francés, «porque ella era ella y yo era yo»...

—¿Y tu filósofo francés se explica también la presencia de la otra?

—¿La otra? ¿Odval? Bueno, en cuanto a ella...

—No, la otra. ¡La que está delante de tu puerta!

—¿Delante de mi puerta?

La confusión sacó a Yeruldelgger del sueño. Se despertó solo en su pequeña cama mientras las dos mujeres dormían una al lado de la otra junto al altar de los

ancestros. Por supuesto, el Nerguii había desaparecido. ¡Si nunca había estado allí! Gracias al cielo que todo aquello no había sido más que una pesadilla. Sólo eso. Lúbrica, tenía que admitirlo, pero una pesadilla. Se deslizó sigilosamente por debajo de la manta y anduvo de puntillas, desnudo, hasta la puerta. Percibió de inmediato el resplandor rojizo y vacilante que se colaba por las juntas de las planchas. Empujó la hoja de madera con precaución y asomó al exterior una cabeza prudente y curiosa. Un fuego agonizaba a pocos metros de la yurta. Bajo el efecto de una brisa invisible, o debido a los insectos que se dejaban atrapar, los tizones se iluminaban de vez en cuando para luego desvanecerse entre la ceniza. El tiempo suficiente para que él pudiera distinguir, más allá de la fogata, una silueta acurrucada durmiendo bajo una manta en el frescor de la noche. Miró a ambos lados por la puerta entreabierta para asegurarse de que no iba a tener más sorpresas, luego empujó con suavidad el batiente y salió para acercarse al fuego y a quien había osado ponerse a dormir allí, a dos pasos de la yurta, infligiéndole la terrible afrenta de no haberle pedido la hospitalidad que la tradición lo obligaba a conceder.

Y como él estaba ahí, de pie, completamente desnudo en la noche, con los hombros brillantes por la claridad fría y celeste de la luna, y sus carnes de más resaltadas por los resplandores terrestres y rojizos del fuego, el chico se puso en pie de un salto y lo apuntó con un viejo fusil de caza. No tendría ni diez años.

—¡Hola! ¡Hola! Calma, hermanito. Cálmate y dime quién eres.

—¿Y tú? Tú eres Yeruldelgger, ¿verdad?

—Pero, bueno, ¿tú también me conoces? ¡Esto es increíble!

—Te estaba buscando.

—Ya me lo imagino. Por lo visto hay mucha gente que me busca. ¿Por qué no me has pedido que sujetara a los perros?

Sin soltar el fusil, el chico señaló la *urga* que seguía atada en vertical al marco de la puerta.

—Te he visto con dos mujeres.

—¿Nos has visto?

—Pregúntales. Ellas vieron que yo estaba aquí.

—Ayer me siguió durante todo el día —dijo Odval a su espalda.

Yeruldelgger se volvió. La joven y Tsetseg estaban de pie, una al lado de la otra, delante de la puerta, desnudas bajo la manta que llevaban sobre los hombros.

—Sí —dijo Tsetseg—. Yo lo vi seguirte. Me preguntaba cuándo llegaría.

Yeruldelgger se dirigió al recién llegado.

—Creo que ya puedes bajar el arma.

—¿Y tú crees que podrás bajar la tuya? —contestó burlescamente el chaval.

Al principio, Yeruldelgger no lo entendió. Luego se dio cuenta de que estaba desnudo en plena noche, con el cuerpo cansado pero no saciado. Y se vio mirando como un idiota su propio sexo empalmado, como instándolo con la vista a volver a la cordura. O quizá más bien a perderla. O en cualquier caso...

El chico bajó el cañón del arma y le arrojó la manta bajo la que había estado durmiendo. Yeruldelgger se la ciñó a la cintura sin conseguir realmente disimular lo que quería ocultar.

—La próxima vez te traeré una segunda *urga*. Un día le hice esa broma a uno de mis tíos. Cogí todas las *urgas* del campamento y las planté delante de su puerta mientras estaba follando...

—¡Eh, cuida ese lenguaje!

—No, te lo juro, estaba a punto de tirarse...

—Sé educado, ¿quieres? ¡Aquí hay mujeres!

—Claro, gracias, ¡ya lo he visto! Y también he oído lo que les hacías. Tú las...

—*Stop!* Ni una palabra más. ¿Comprendido? ¿Quién te crees que eres, hermanito? ¡Te voy a agarrar la nariz y voy a sacar de ella leche suficiente para llenar una jarra de *airag*!

—Ajá, pues déjame que yo les agarre a ellas otra cosa, ¡y con lo que saque podrás destilar litros de *arkhi*! —soltó el chico.

Yeruldelgger se quedó desconcertado ante la insolencia del chaval, que se partía de risa con su propio chiste. Una risa de crío que arrastró con ella primero la de Odval y luego la de Tsetseg, todavía más divertida por la cara que ponía Yeruldelgger que por la broma de...

—¿Cómo te llamas, hermanito? —preguntó ella.

—Ganbold, abuela.

—¿Y qué quieres de nosotros?

—De vosotras dos, ¿por qué no lo mismo que él?

—¡Eh, no empieces! —exclamó irritado Yeruldelgger.

—Serás presuntuoso... —dijo cariñosamente Odval—. Regresa dentro de diez años, pequeño...

—¿Dentro de diez años? ¿Estás de broma? Para entonces yo tendré veinte,

una mujer, una casa en Saizan, y seré comerciante de oro. Y, además, dentro de diez años tú serás vieja.

—¿Y entonces yo? ¿Estaré muerta? —preguntó Tsetseg.

—¡Puede que sí!

Yeruldelgger suspiró con la fuerza de un yak. Veinticuatro horas. Habían bastado veinticuatro horas y tres encuentros para que el viento se llevara toda la calma y la serenidad de sus cuatro primeros meses de retiro espiritual. Y ahí estaba: sintiendo subir de nuevo desde la nuca hacia la parte posterior del cráneo el fluido cálido de la cólera. Se frotó vigorosamente el rostro para asegurarse de que no estaba soñando y acabó por convencerse de que, por desgracia, todo aquello era muy real. Hasta el momento nunca había levantado la mano contra un chaval, y no estaba dispuesto a hacerlo ahora. Pero ese Ganbold merecía que lo llamaran al orden y le enseñaran maneras y respeto.

—Bien. Tenemos que hablar, hermanito. De entrada, ocúpate de tu caballo y lastra las bridas con esa piedra que tienes detrás.

—¿Y qué más? Seguro que me pateas el culo mientras me inclino. Mis tíos me lo han hecho ya cien veces. Búscate otra cosa, abuelo.

—Mira, chaval, no me empujes hacia donde no debo ir, porque ganas no me faltan...

—¿No te faltan ganas de qué? —dijo Ganbold con una sonrisa y levantando el cañón del arma.

Nadie vio el impulso, ni el gesto, ni el golpe. Pero el fusil saltó por los aires sin que nadie se hubiera movido, ni siquiera Yeruldelgger. El arma voló dando vueltas, cayó sobre la cubierta de la yurta, se deslizó por la tela y fue a parar a manos de Yeruldelgger sin que éste hubiera apartado en ningún momento los ojos de Ganbold.

Las dos mujeres, que seguían desnudas bajo la misma manta corta, se apretaron instintivamente más fuerte la una contra la otra.

—¡Uau! —soltó Ganbold, con las manos vacías—. ¿Cómo has hecho eso? Entonces, ¿todos esos trucos del no sé cuántos monasterio son ciertos? ¿De verdad eres Shaolin? ¿De verdad eres capaz de hacer esas cosas?

—Sobre todo soy capaz de patear el trasero de un pequeño cabrón insolente y maleducado.

—Uau, todavía no me creo lo que acabas de hacer, con lo jodido que estás...

—¿Cómo que con lo jodido que estoy?

—Bueno, hablando de culos, ayer vi el tuyo cuando te escondías detrás de la

roca, ¡y no se puede decir que seas todo músculos!

—Llevo cuatro meses entrenando seis horas al día, ¿de verdad quieres poner a prueba mis músculos?

—¿Para qué te estás entrenando?

—Mañana voy a participar en un *naadam*, la competición se celebra a tres valles de aquí.

—¿Como luchador?

—Como arquero.

—¿Como arquero? Pero ¡si eso es cosa de mujeres!

Tras un silencio breve, contenido, Odval y Tsetseg rompieron a reír.

—Bueno, y, entonces, ¿qué es lo que quieres de mí? ¡Y vigila tu lenguaje!

—Mostrarte una cosa.

—¿Qué cosa, otro *deuvedé* de Dustin Hoffman?

—¿Quién? No, quiero mostrarte un osario.

—¿Un osario?

—Sí, un osario. Un agujero lleno de cadáveres.

5

...Y EL DEPÓSITO EXPLOTÓ

Yeruldelgger condujo su caballo hasta la cima que dominaba un valle largo y estrecho e hizo una señal al pequeño grupo que lo seguía para que se detuviera. Ganbold espoleó su montura hasta llegar a su lado, y las dos mujeres se les unieron sin prisa. Tal como había anunciado, al día siguiente Yeruldelgger había salido en dirección al lugar donde se celebraba el *naadam*, sin impedir que Tsetseg, Odval y Ganbold lo acompañaran. Incluso había dado a entender que, si estaban de camino, o no tenía que desviarse mucho, se dejaría guiar por Odval y Ganbold hasta los lugares adonde querían llevarlo.

En el fondo del valle distinguieron un río inmóvil y sinuoso. Una carretera recta y asfaltada lo atravesaba por un puente de maderas combadas por la intemperie y el peso de los convoyes. Reparó de lejos en que su esqueleto maltrecho había sido reforzado a toda prisa con unos bloques de hormigón que habían depositado en el agua por debajo de las vigas maestras. Era una de esas carreteras nuevas de la estepa, construidas de cualquier manera para llegar a una mina o a una concesión extranjera. El valle también lo cruzaba una pista tradicional. En sentido oblicuo, desde el sur, hasta alcanzar el puente, del que se alejaba de inmediato rumbo al norte. La pista y la carretera atravesaban el río por la misma construcción. A la salida este del puente había una decena de vehículos bloqueados por culpa de una lona enorme desplegada sobre la carretera. Algunos imprudentes habían intentado rodear el obstáculo, alrededor del cual merodeaban a cierta distancia varios conductores curiosos o impacientes. Un todoterreno se había quedado atascado en el río al intentar cruzarlo. Y un camión cisterna, con su remolque, había terminado atravesado tras salirse del terraplén para tratar de vadearlo. El remolque, desarticulado, bloqueaba la carretera a la entrada del puente.

Ganbold contempló divertido aquel desorden durante la corta cabalgada que los llevó hasta el puente. Yeruldelgger, por su parte, no apartaba la vista de la gran lona azul. Antes incluso de llegar allí, reconoció a la única persona de entre el gentío —ocioso y divertido, o impaciente e irritado— que parecía tener un comportamiento lógico y profesional. Era una mujer de uniforme. Se acercó a ella sin bajarse del caballo, en el momento en que ésta levantaba la lona para tomar fotos con su móvil. El olor pútrido y el zumbido de las moscas no dejaban lugar a dudas sobre lo que ocultaba el plástico. En el asfalto había abundante sangre seca.

—¿Cuántos? —preguntó Yeruldelgger.

—No necesitas saberlo —dijo la mujer policía sin darse la vuelta.

—Soy un ex poli de Ulán Bator. Puedo ayudarte, si quieres.

—Si eres un ex poli es porque no eras lo suficientemente bueno para seguir siéndolo, así que continúa tu camino.

—¿Están pisoteados por caballos?

Esta vez la poli se dio la vuelta y se lo quedó mirando.

—No puede ser verdad: ¡no me digas que tú eres Yeruldelgger!

—Sí, te lo juro, es él —contestó Ganbold en su lugar—. Y lo he visto hacer cosas locas a lo Shaolin con...

—¡Ganbold, por favor! —lo cortó Yeruldelgger sin dejar de mirar a la mujer policía—. ¿Cómo sabes quién soy?

—¿Bromeas? Todos los habitantes de la región saben que el ex poli más tocapelotas de Ulán Bator ha plantado aquí la yurta.

—Increíble...

—Veamos, ¿qué te hace pensar que éstos han sido pisoteados por caballos? —preguntó ella.

—Porque no es sólo una carnicería, ¡es un mensaje! —dijo Tsetseg.

La poli se volvió hacia ella sin responderle, antes de dirigirse a Yeruldelgger.

—¿Qué es esto, señor ex mejor poli de Mongolia? —dijo, señalando a Tsetseg, Odval y Ganbold con gesto burlón—. ¿Estás montando tu secta chamánica particular?

—Debajo de la lona hay varios cuerpos atados y bien alineados, unos al lado de los otros, todos con el esqueleto completamente roto, ¿no es así?

La mujer policía explotó de pronto con una cólera inesperada, gritando al gentío que pasara al otro lado del puente. Como los curiosos parecían caminar arrastrando los pies, sacó el arma y disparó al aire para apremiarlos a ir más

rápido. Al cabo de unos segundos, de aquel lado del puente no quedaban más que Yeruldelgger y su grupito.

—¿Cómo sabes lo que hay debajo de la lona? —preguntó la poli, irritada.

—Demasiada sangre para un solo muerto, no hay ningún vehículo accidentado y seguramente tú no has alineado los cuerpos. Y tampoco los has cubierto con la lona, ¿no?

—No —admitió ella—. El primero que se ha quedado bloqueado ha sido el conductor del camión cisterna y se lo ha encontrado todo tal como está ahora.

—¿Ha sido él el que te ha llamado?

—No, yo iba camino del próximo paso comercial para realizar una investigación. Me he acercado y he asumido la responsabilidad hasta que lleguen los refuerzos.

—¿Has avisado? ¿Qué te han dicho?

—Que siga el protocolo habitual: tomar fotografías del accidente, anotar los nombres de los testigos y apartar los cuerpos y los vehículos a un lado para restablecer la circulación. Esta carretera conduce a una mina que pertenece a la Colorado.

—No toques nada, hermanita, esto no es una carnicería, es un mensaje —repitió Tsetseg.

—Oye, si quieres dirigirte a mí hazlo con «teniente», ¿de acuerdo? Olvídate de los «hermanita» y de ese aire de superioridad nómadas. En Mongolia estamos en el siglo veintiuno, como el resto del mundo, así que para ya con tus boberías de bruja y déjame trabajar.

—Sin embargo, no se equivoca —intervino Yeruldelgger—. Esto no es ni mucho menos un accidente. Es un crimen.

—¿Ah, sí? ¿Ahora resulta que la vieja es analista?

—No tienes por qué faltarle al respeto.

—Lo siento, pero hablo como me da la gana. Una vieja es una vieja y un poli es un poli. No hay necesidad de usar la palabrería hipócrita.

—Estás en tu derecho, teniente, como quieras. Ella es vieja y no es poli, eso es verdad, pero fue profesora de Historia.

—¡Mira qué bien! Pues que me deje investigar y vuelva a sus libros de magia.

—Pero si eso es justo lo que está haciendo, teniente. Sus libros de magia hacen que acierte de pleno. Y eso nos conviene.

—Escucha, viejo poli, sabes tan bien como yo el lío que montan en las

investigaciones los iluminados de su clase. Tengo cuatro muertos debajo de una lona, una veintena de vehículos inmovilizados desde el amanecer, otros tantos conductores dispuestos a meterse por donde sea y un bloqueo en una carretera minera de la Colorado, y si no restablezco el tráfico, éstos no van a tardar en llamar al ministro, que está en deuda con ellos...

—¡Así que ahí debajo hay cuatro muertos!

—¡Sí, coño, son cuatro! —explotó la poli—. Y están alineados, atados y hechos papilla, como tú has dicho. Y sí, me he dado cuenta perfectamente de que no es un accidente. ¿Tan idiota crees que soy?

—¿Puedo echar un vistazo?

—No, sigue tu camino junto a tu panda de iluminados y déjame a mí gestionar esta carnicería.

—No es una carnicería... —empezó Tsetseg.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! —les gritó desenfundando de nuevo el arma.

La vieja Tokarev salió volando por los aires en el instante en que la teniente la apuntó a Tsetseg.

—¿Lo ves? —dijo Ganbold con orgullo—, te he dicho que sabía hacer trucos a lo Shaolin. ¿A que no lo has visto venir? Como me pasó a mí. ¡El abuelo es demasiado fuerte! Este tipo es Donnie Yen en el cuerpo de Chuck Norris, es...

El chaval salió disparado por encima de su caballo; una patada de Yeruldelgger lo había hecho saltar del estribo.

—Escuchadme bien todos —dijo éste, cansado ya ante lo que veía que se le venía encima—. No quiero volver a caer en la trampa de mi rabia. Vine al Gobi por un deseo sincero de reconstruirme en paz y armonía. Ya no soy poli, no quiero volver a serlo y no quiero seguir siendo violento. Y como veo que me estáis empezando a joder seriamente los mantras, seré breve: ¡olvidaos de mí!

Se hizo el silencio a un lado y otro del puente, incluso más lejos, entre los que estaban al volante de los vehículos que se habían quedado atascados en medio del río. La teniente lo aprovechó para recoger el arma y de paso ayudar a Ganbold a levantarse.

Tsetseg empezó a hablar:

—En la época del Gran Kan, las relaciones entre las tribus y los clanes, e incluso en el seno de las familias, estaban marcadas por los cambios de alianzas y las traiciones. A Gengis Kan lo horrorizaban los traidores. La traición era contraria a su código de honor y valentía, y tenía una manera ejemplar de

castigarla. Por ejemplo, a aquellos que lo habían librado de Jamukha, su *anda*, su hermano de sangre que se había convertido en su peor enemigo, los castigó igualmente por haber traicionado a su propio jefe. Hizo que los tumbaran de espaldas, los ataran y los alinearan uno al lado de otro, que los taparan con una alfombra gruesa en el suelo de la estepa, y luego lanzó sobre sus cuerpos a sus caballeros a todo galope. Un *tumen* entero, una unidad del ejército de diez mil caballos. Cien veces. Éste es el castigo de los traidores: ser machacados vivos pero sufriendo mil fracturas antes de morir, pues los jinetes evitaron pisarles las cabezas tanto tiempo como pudieron para que el tormento durara el máximo.

—Pero ¿por qué los cubrió con una alfombra? —preguntó asombrado Ganbold.

—Para que los caballos no se asustaran y no tropezaran al pisotearlos —respondió Yeruldelgger en lugar de Tsetseg.

—¡Uaaa! ¡Qué tipo tan listo! —exclamó el chaval, con admiración.

—¿Y crees que nos encontramos ante una versión moderna de ese castigo? —preguntó la teniente.

—Se le parece demasiado como para no considerar esa hipótesis, pero la poli no soy yo —dijo Tsetseg.

—¡Ni yo! —soltó Yeruldelgger, que veía cómo las miradas se volvían hacia él.

—Eso está muy bien porque yo no te he preguntado nada —dijo la teniente arrodillándose para levantar la lona y examinar de nuevo los cuerpos—. Si se trata de la muerte de unos traidores, quiere decir que asesinos y víctimas pertenecen al mismo grupo. Uno sólo es traidor a los suyos.

—Ése es un buen comienzo —admitió Yeruldelgger, que puso a andar a su caballo, seguido de inmediato por Ganbold, Odval y Tsetseg—. Pero ¡la historia de Jamukha demuestra exactamente lo contrario!

—¡Eh! ¿Adónde vas? ¡Para ahí, eres un testigo! —gritó la teniente.

—Yo no he visto nada. ¡Tú ya estabas aquí cuando hemos llegado! —dijo Yeruldelgger, mientras se alejaba.

—De todas maneras, quédate, ¡es una orden!

—¿Es ese tu modo de pedirme que te ayude? —se burló Yeruldelgger.

—¡Es mejor que morir! —gritó la teniente.

La detonación impidió que Yeruldelgger respondiera. Un tiro y un impacto. Se volvió y vio a conductores, chóferes y pasajeros salir disparados en todas direcciones para esconderse entre los matorrales o detrás de los vehículos. Sólo

la policía permaneció de pie, mirando a un lugar impreciso de la colina de enfrente. Yeruldelgger regresó al galope, se inclinó hacia un lado de la silla y la agarró con un brazo al pasar para soltarla detrás de un pilar del puente y bajarse de inmediato del caballo para protegerla con su cuerpo.

—Pero ¡¿qué coño haces?, imbécil! —gritó ella, resistiéndose.

Sin dejar de maldecir como un camionero, la poli lo tiró al suelo para soltarse y al levantarse sacó el arma reglamentaria y disparó tres tiros.

—Si me permites, teniente, el alcance real de tu vieja TT-33 no llega ni a los cincuenta metros, y estás apuntando a un tipo que se encuentra a una altura de más de trescientos.

—Lo sé. Es sólo para inmovilizarlo. Quizá mientras esperamos a que al mejor ex policía de Mongolia se le ocurra arrastrarse e ir a ver si alguno de esos nómadas palurdos tiene un fusil de caza escondido en el vehículo.

—Lo que pasa es que el mejor ex policía de Mongolia es un ex policía, ya te lo he dicho. Para mí todo esto se acabó. Voy camino de participar en un *naadam*, ésa es la única razón de que haya pasado por aquí. De todos modos, no te iba a servir de nada.

—¿Ah, no? Dame cualquier viejo Baikal ruso, o incluso un Lion Brand chino, que pesa como un burro muerto, y me cargo a ese tipo al primer tiro.

—¡Lo dudo!

—¿Es que no me crees capaz? ¿Quizá porque soy mujer?

—No, lo dudo porque ese tipo ya no está donde tú crees que está.

—¡Ay, me había olvidado de tus poderes cosmogónicos de policía chamánico!

—No, es una simple deducción. Uno: él podría cargarse por sorpresa a cualquiera de nosotros y no lo ha hecho. Dos: los crímenes de honor se arreglan entre gente de honor. Y tres: ese tipo sólo quería joderte la vida para divertirse antes de largarse. Ha disparado contra el depósito del camión cisterna.

La poli lo apartó de un empujón para subirse al puente y distinguió el carburante que chorreaba del depósito. Al ver que ella se exponía sin miedo, todo el mundo comenzó a salir de los escondrijos y la poli tuvo que disparar de nuevo.

—¡Aléjense! ¡Inmediatamente! ¡El camión cisterna podría explotar!
¡Apártense todos!

La gente se desperdigó de nuevo por la estepa, todavía más lejos, pero se quedó parada para ver los fuegos artificiales. Sólo Yeruldelgger se acercó por el

puede que en 1992, uno de los primeros que montaron en la nueva fábrica UAMZ después del desmantelamiento de la Unión Soviética.

—¿No has exagerado un poco? El gasoil alcanza su punto de ignición a los cincuenta grados; lo aprendí en una de mis últimas investigaciones. Por debajo de esa temperatura ambiente, no hay gases suficientes en el aire para inflamarlo. Y sin llama, no hay explosión.

—El camión —se limitó a responder la teniente.

—¿...?

—...

—¿Qué pasa con el camión?

—Es un ZIL-130 de Likhachev. El último modelo salió en el año 1991, puede que en 1992, uno de los primeros que montaron en la nueva fábrica UAMZ después del desmantelamiento de la Unión Soviética.

—¿Y...?

—Que tiene motor de gasolina.

—¡No fastidies! —soltó Yeruldelgger entre dientes.

—Exacto. Espero que no sea también eso lo que transporta la cisterna.

Los dos recularon vigilando la gasolina que se estaba derramando debajo del camión. Fluía hacia el canal estrecho que bordeaba la carretera. Al intentar adentrarse en la estepa para dar un rodeo, el ZIL se había atascado y una de sus ruedas delanteras se había encajado en el canal y hacía ahora de presa. La gasolina estaba recorriendo ese mismo camino pero en sentido inverso. Un hilillo se dirigía hacia la fila de vehículos abandonados.

—Espero que ninguno de esos imbéciles haya dejado fermentando *airag* en el coche —suspiró la teniente.

Yeruldelgger se subió al caballo. Remontó al galope la fila de vehículos abandonados y llamó a una joven que se había quedado al abrigo de una vieja furgoneta todoterreno para dar el pecho a su recién nacido mientras otros dos críos se peleaban en el asiento de atrás. Hizo que se largaran, aterrorizándolos con gritos y gestos, luego se aseguró de que nadie más se hubiera quedado en los cinco últimos vehículos. Iba a alejarse al galope para ponerse también él a resguardo, cuando vio llegar a un motorista con un gorro de cuero de aviador y unas gafas de kamikaze. Llevaba a toda la familia a bordo, vestida con trajes tradicionales. Una niña de coletas con un *deel* fucsia iba entre el hombre de rostro curtido y una mujer de pómulos altos y gastados por el viento. Detrás de ellos, el chaval, como un hombrecito, orgulloso de no ir agarrado al *deel* azul celeste de su madre sino al portaequipajes cromado de la antigua Planeta 5 roja.

El hombre detuvo la moto detrás del último coche y no apagó el motor. Había visto el embotellamiento desde lejos y había pensado que se trataba de una avería o un accidente. El cuerpo del hombre delató sus intenciones, y Yeruldelgger comprendió que iba a recorrer toda la fila hasta el puente para ver qué era lo que estaba bloqueando el paso. Para hacer eso, tendría que maniobrar con la moto cargada con toda la familia entre el desorden de coches que habían quedado aparcados de cualquier modo. Así que, para concentrarse mejor, despegó de sus labios agrietados el pitillo Soyuz de contrabando que estaba fumando y lo lanzó con un golpe de dedo al canal, para poder agarrar bien el manillar con las dos manos.

Yeruldelgger se sorprendió de no poder siquiera gritar. Vio el resto incandescente del cigarrillo rebotar contra una piedra, saltar al otro lado del canal y luego rodar suavemente hacia atrás, directo al fondo de la zanja por la que fluía la gasolina. «Hace falta una llama —se tranquilizó Yeruldelgger en silencio—, hace falta una llama, una colilla no es suficiente. Sólo los vapores arden.» Pero la colilla prendió varias ramitas secas a su paso y éstas enrojecieron junto a la esquina de un papel que había tirado en el suelo y cuyas aureolas que prendieron en los bordes retorcidos terminaron por inflamarse. Se había formado el triángulo del fuego: un carburante y un comburente unidos en un solo vapor, y una llama para la ignición.

El hombre miró sin comprender el reguero de fuego que remontaba el canal. Detrás de él, la mujer, confiada, llamaba la atención a los niños, que metían bulla, mirándolos con mala cara.

—¡Ponte a salvo! —le gritó Yeruldelgger—. ¡Ponte a salvo, el camión cisterna va a explotar!

El hombre no tuvo tiempo de dar media vuelta con su vieja Planeta sobrecargada. El reguero de fuego alcanzó el ZIL en pocos segundos y el depósito explotó.

6

«BUENO, ¿VAMOS A VER ESE OSARIO?»

La muchedumbre estaba chorreando, empapada, y reía a carcajadas. El depósito agujereado se había incendiado, e inmediatamente después el calor había hecho explotar el depósito de socorro. La vieja cisterna no había resistido la explosión y había proyectado hacia el cielo un géiser de veinticinco mil litros de agua que había duchado a todo el mundo en un radio de veinte metros. El agua diluyó la gasolina que corría por la hierba formando charcos de llamas bajas, y los chóferes y los pasajeros se divertían apagándolos con las botas.

Yeruldelgger había escapado a la ducha y llevado su caballo al paso hasta la teniente, que estaba empapada de los pies a la cabeza.

—¿Por qué no circula ningún vehículo por el otro lado? —preguntó él.

—Y yo qué sé —dijo la joven, escurriéndose los faldones de la chaqueta—. ¿No te parece que ya tengo bastante mierda que gestionar de este lado?

—Sigue el camino del *naadam*. Echaré un vistazo al pasar y te pondré al corriente si volvemos a cruzarnos.

—No, tú te quedas aquí, para la investigación.

—No olvides que ya no soy poli.

—Te quedas como testigo. Testigo de la explosión. Esta vez sí que has estado, ¿no?

—Escucha, teniente, durante los últimos dos años, todos los policías en cuyas investigaciones he participado han visto cómo sus vidas y sus carreras terminaban destruidas. Así que ahórrate esa desgracia. Olvida que nos hemos encontrado. Yeruldelgger ya no existe, y es mejor así. Tanto para mí como para ti.

—¿Puedo saber de todos modos adónde vas?

—Al valle que está al otro lado de la cima desde la que han disparado. Ganbold, el chaval, quiere enseñarme un osario.

—¿Un osario?

—Sí, un agujero grande con muertos dentro —dijo con sorna pero amistosamente Yeruldelgger.

—¿Restos humanos?

—Él sólo ha dicho «monstruosos». Y eso me ha picado la curiosidad.

—¿Su madre y su abuela no han podido ser más precisas?

Yeruldelgger apreció los reflejos de policía de la joven.

—No son de la misma familia —respondió él—. Odval, la joven, dice que hay un hombre muerto cerca de su yurta.

—¿Un hombre muerto, qué hombre?

—Parece que un francés.

—¿Un extranjero?

—Sí. Es lo que suelen ser los franceses en nuestro país...

—¡No te burles de mí! ¿Y la anciana sabe algo más sobre ese francés?

—Tsetseg no sabe nada de él. Vino a verme para pedirme que la ayude a encontrar a su hija desaparecida.

—¿Y a qué estás jugando entonces? ¿A formar la caravana de Sherlock Holmes? ¿A montar un despacho itinerante de asuntos nómadas? ¿A dártelas de poli mochilero?

Sin esperar la respuesta de Yeruldelgger, la poli se volvió hacia Tsetseg y le hizo una señal para que se acercara. Ganbold y Odval también pusieron al paso a sus caballos.

—¿Tienes una foto de tu hija? —preguntó la poli tendiéndole una mano, con la amabilidad de un aduanero que reclama un pasaporte.

Tsetseg cogió la foto de su *deel* y se la entregó a la teniente, que la miró con atención y sacó de uno de sus bolsillos un cuaderno del que extrajo tres retratos, dejando otro entre sus páginas.

—¿Conoces a estas chicas? —preguntó mientras presentaba las tres fotos a Tsetseg.

—A ésa sí —dijo la anciana ante la tercera foto—. Es Gova, la amiga de mi Yuna. Desaparecieron juntas. ¿De qué la conoces tú?

—Estoy investigando sus desapariciones —respondió la teniente, extrayendo de su cuaderno el último retrato.

Era el de Yuna. La misma foto que Tsetseg había mostrado a Yeruldelgger.

—¡Yuna! —gritó la anciana—. ¿Sabes algo? ¿Sabes dónde está?

—No, no sé nada. Pero iba hacia el próximo paso comercial justo por eso. Está a diez kilómetros de aquí y es donde una de las otras tres chicas fue vista hace varias semanas. Puedes venir conmigo si quieres.

—No, yo me quedo con Yeruldelgger —respondió Tsetseg.

—¿Crees que este vejestorio depresivo puede ayudarte más que yo?

—Sólo lo conozco desde ayer, y ya te he encontrado gracias a él. Ni un policía se ha puesto en contacto conmigo desde que alerté a las autoridades, nadie ha venido a hablar, ni siquiera tú, que dices que estás a cargo del asunto. A él acabo de conocerlo y ya tengo una pista.

—Pero ¡esa pista te la he dado yo, vieja bruja! —dijo con exasperación la teniente.

—Si yo no hubiera seguido a este hombre y él no hubiera seguido este camino, tú habrías seguido el tuyo y yo nunca habría sabido de la pista del paso comercial. ¡Me quedo con él!

Yeruldelgger, que presenciaba la escena sonriendo como un niño bueno, abrió los brazos con las palmas de las manos dirigidas hacia el cielo para dar a entender a la teniente que él no tenía nada que ver con aquel razonamiento irrefutable.

—Debe de ser mi sino —dijo él—: llevar un resto de karma policial pegado a los cascos del caballo.

A continuación chasqueó la lengua para hacer que su montura diera la vuelta y se alejó, seguido de Ganbold, Tsetseg y Odval.

—¿Y lo otro, la historia del fiambre francés, de qué va? —preguntó de lejos la teniente.

—¡No lo sé! —respondió Yeruldelgger sin volverse.

—¿De qué murió?

—¡No lo sé!

—¿Dónde está el cuerpo?! —gritó ella.

—¡No lo sé!

De pronto Yeruldelgger lanzó su caballo al galope, azuzándolo con los «*chu!*, *chu!*» tradicionales que lanzan los jinetes nómadas, y se adentró en la estepa ante la sorpresa de todos. Sólo Ganbold tuvo el reflejo de seguirlo, alzado sobre los estribos y ligeramente inclinado hacia delante como él, como los criadores cuando hacen correr a un animal juguetero. Iba tras Yeruldelgger sin poder

alcanzarlo y entonces le vio sujetar las riendas con los dientes, sentarse sobre la silla, agarrarse al pomo de ésta con la mano izquierda e inclinar el cuerpo hacia la derecha, como si fuera a caerse del caballo, para llevar la mano libre a ras de la hierba. Era el gesto audaz que hacían los jinetes con *urgadurante* los *naadam*. Lanzados a todo galope, cuando pasaban por su lado recogían la vara larga que descansaba en la hierba para medirse en agilidad y valentía.

Yeruldelgger agarró la hoja de papel antes de que fuera a parar entre los cascos y se enderezó sobre la silla tirando del bocado para detener en seco a su caballo. Ganbold lo sobrepasó a rienda suelta. Yeruldelgger lo vio galopar hacia el punto blanco de otra hoja de papel que se adentraba más lejos en la estepa y contempló asombrado la manera en que el chaval se inclinaba también a un lado de la montura para pescar el papel al pasar, exagerando el gesto como un jugador argentino de polo. Luego Yeruldelgger azuzó a su caballo con los talones, y los dos hicieron una carrera hasta la tercera hoja, que habían distinguido al mismo tiempo. Cuando Odval y Tsetseg se les unieron con un galope ligero, Yeruldelgger y Ganbold habían detenido los caballos, temblorosos por la velocidad de la galopada, y miraban los dibujos. Unos trazos negros y ligeros, como una escritura árabe horizontal, pero con los ángulos y las puntas de la caligrafía mongola. Muy depurados. Bellos. Equilibrados.

—¿Qué es eso? —se preguntó Ganbold.

—No es tinta china —dijo pensativo Yeruldelgger en voz baja—. Carboncillo, quizá, o si no grafito.

—No, lo que quiero decir es: ¿qué representa?

—Eso te lo tienes que imaginar tú. Un vuelo de grullas damiselas. El perfil de unas colinas. El gesto grácil y frágil de una joven bailarina de *biyelgee*...

—No, me refiero al tipo. ¿Qué ha querido dibujar? —insistió el chico.

—Lo importante no es eso —le explicó Yeruldelgger—. Lo que cuenta es lo que tú sientes cuando lo miras. ¿Sientes algo?

—Sí, es bonito, eso es cierto, pero a mí lo que me gustaría saber es qué es, qué representa. Si no, ¿para qué sirve? Estas tres cosas negras, por ejemplo, ¿qué son?

Ganbold le tendió el dibujo que había recogido al galope. Una línea larga de través, armoniosa y cadenciosa como una turbulencia en el cielo, unos finos perfiles aéreos con un trazo suave y ligero. Y debajo, tres rectángulos negros y densos, compactos, que se apretaban uno detrás de otro en una alineación geométrica y brutal.

—No tengo la menor idea —confesó Yeruldelgger—, pero el contraste es fuerte.

Las dos mujeres los habían alcanzado, y Yeruldelgger les mostró los dibujos, que ellas observaron e intercambiaron. El silencio con que apreciaron la conmovedora armonía que había en ellos exasperó a Ganbold.

—Bueno, ¿vamos a ver ese osario?

7

...EN LA CUERDA Y LA CARNE DESGARRADA

—Primero cortas la carne, la sazonas generosamente con sal gorda y la dejas reposar al menos veinticuatro horas. Cortas en daditos la grasa de las partes del animal que no utilizas, para que se deshaga mejor...

—Naaran, ¿podemos hablar de otra cosa? ¡Joder, que estamos acampados a los pies de un fiambre!

—Al día siguiente —continuó Naaran imperturbable— desalas la carne frotándola bien bajo un chorro de agua corriente, fundes la grasa en una sartén y la sofríes en ella...

—¡Mierda, Naaran, déjalo ya!

—La carne no necesita estar más de media hora en la grasa. Luego la metes en botes...

—Al, Zorig, decidle que se calle, que tenemos un muerto ahí, un muerto de verdad, ¡y él lleva horas hablando de carne!

—A continuación metes los botes en una marmita, en una marmita con agua, y la pones al fuego. Dejas hervir una hora a cien grados y listo, ¡ahí tienes tu confitado!

—Voy a vomitar, os lo juro, voy a vomitar. ¡Cómo podéis hablar de carne confitada con un cadáver en la mesa!

—¡Porque la que trajiste de Francia estaba deliciosa, Erwan!

Naaran no era el mejor pintor de los cuatro pero era de lejos el mejor cocinero. Buscaba en internet recetas del mundo entero y se entretenía con ellas en un rincón de su taller de la Unión Mongola de Artistas, en la segunda planta del Blue Building, en el barrio de Sukhbaatar. Bajo el cielo inmenso de la noche, a Erwan le habría encantado escucharlo hablar durante horas del *bortsch* ruso, el

poutinecanadiense, el *yessa* de pollo, el *tajine* o la *feijoada*, si no fuera porque esa noche estaban acampados apenas a unos metros de un cadáver enrollado a una piedra.

—Pero al menos podríamos hacer algo por el muerto, ¿no?

—¿Qué quieres que hagamos, Erwan? ¡Está muerto! —dijo Al.

—¿Ni siquiera por respeto a su alma?

—¿Su alma? Ya nos cuesta bastante ocuparnos de las nuestras...

—¡Yo creía en vuestras hermosas tradiciones, el respeto por los muertos y todo eso!

—Precisamente. Quienes lo ataron así lo hicieron respetando la más pura tradición. A los muertos se los abandona en la estepa porque el espíritu se esconde en los huesos. Al entregar el cadáver a las fauces de los depredadores y a los picos de los carroñeros, el espíritu tiene la oportunidad de liberarse —explicó Zorig.

Acampados alrededor del fuego, con los *deels* medio desabrochados a pesar del frescor de la noche y el cuerpo caliente de vodka, picoteaban directamente con los dedos las hebras de carne confitada de la cazuela, envueltos en su olor dulzón. Se llamaban entre ellos «los cuatro perros errantes», como «los cuatro perros feroces de Gengis Kan», aquellos cuatro amigos de la infancia que siempre permanecieron fieles al guerrero. Salvo porque ellos no tenían un Kan al que obedecer. No eran más que una jauría de perros ladrones y vagabundos, ebrios de juergas y de colores.

—¡Nuestro único señor es el arte! —vociferaba Zorig antes de desvanecerse en cada coma etílico—. El arte: tirano y genuino.

Todos estaban sentados alrededor de la hoguera, que habían encendido en medio de un pequeño círculo de piedras. Naaran había recalentado los muslos de pato confitados, al estilo nómada: en una cazuela sobre un lecho de brasas y con piedras calientes encima de la tapa, a modo de horno. Cuando se enteró de que las conservas de Erwan procedían de una granja de Quercy donde las elaboraban con una raza cruzada de patos, había insistido en prepararlas con toda reverencia.

—Se cruza un pato macho salvaje del Perú con una hembra gorda de Pekín. Un híbrido estéril que se logra por inseminación artificial. Pura biogastronomía. ¡El genio francés al servicio de los gourmets!

Naaran trajinaba alrededor de la cazuela mientras los otros se calentaban los riñones agujoneados por el frío nocturno. El resplandor del fuego alteraba sus facciones y proyectaba unas sombras alargadas que se contoneaban contra las

rocas. Erwan estaba sentado frente a la piedra del muerto y no le quitaba la vista de encima. De pronto saltó hacia atrás sobre las nalgas y, reculando a trompicones, se hundió en la nada de la noche.

—¡Se ha movido! —gritó—. ¡Se ha movido!

—¿Movido? —dijo Zorig incrédulo, inclinando la cabeza para ver el cadáver, que estaba por encima de él, sobre la piedra contra la que se había recostado.

Erwan gritó apuntando con un dedo al muerto:

—¡Se ha movido su barriga, mirad, está respirando!

La voz del bretón se quebró con tal espanto que picó la curiosidad de sus compañeros. Uno a uno fueron levantándose para observar en silencio el cadáver.

—Es una ilusión óptica —concluyó Zorig antes de ventilarse el trago de vodka que tenía en la mano.

—Tienes razón —dijo Naaran—. Es el efecto de las sombras danzantes del fuego.

—¡Ahí está otra vez, se ha movido! —gritó Erwan con el cuerpo rígido de miedo.

—Creo que tiene razón —dijo Al, acercándose—. Este muerto respira con la barriga, ¡o eso parece!

—No está respirando, panda de idiotas —dijo una voz que salió de la nada—. Las vísceras del cadáver se están descomponiendo y los gases de la putrefacción le hinchan el abdomen.

El estómago de Erwan se comprimió contra los intestinos y corrió a vomitar en el vacío oscuro de la pendiente que había junto al campamento. Su pie resbaló con un guijarro, se le torció un tobillo bajo el peso del cuerpo desequilibrado y se venció al vacío ante la mirada pasmada de sus compañeros, demasiado sorprendidos y demasiado ebrios para ser capaces de sujetarlo. Erwan arrojó al cielo el poco pato confitado que había comido y todo el vodka que llevaba dentro; en la caída se golpeó contra la piedra que estiraba el cuerpo, se agarró a la cuerda en un acto reflejo y por un segundo creyó que se había salvado. El tiempo que tardaron en soltarse las articulaciones, los cartílagos y los tendones a medio descomponer del cadáver, sumado a su propio peso y al de la piedra, terminó por arrancar los dos brazos del muerto. Esta vez, Erwan cayó hacia atrás, en la oscuridad, gritando, enredado en la cuerda y la carne desgarrada.

8

«¡RECOGED POR LO MENOS LOS BRAZOS!»

—Está en deuda contigo —dijo Zorig, sirviendo una segunda y generosa porción de pato confitado a Yeruldelgger—. Ha sido una suerte que estuvieras ahí.

—¿En plena noche, en los confines del Gobi, en la ladera más abrupta de esta montaña? —dijo Al, receloso.

—No estaba ahí por casualidad, venía a veros.

—En cualquier caso, si no lo hubieras pescado por el brazo cuando volaba por encima de ti, nuestro amigo francés se habría convertido en un modelo menos hermoso que nuestro desconocido, aunque éste ahora, por su culpa, se haya quedado en versión Samotracia.

—Casi me arranca el hombro —se quejó Erwan, con el brazo en cabestrillo bajo la chaqueta.

—Pero, bueno, ¿habéis oído eso? Es como el ciego que se burla del tuerto. Tú le has arrancado los dos brazos al pobre fiambre. ¡Nada de «casi»! —se rió Naaran.

—Eso sigue sin explicar qué hacías ahí, a unos metros de nuestro campamento —insistió Al, todavía desconfiado.

—Ya te lo he dicho, venía a veros.

—¿Por ese camino imposible y en plena noche? ¿Y cómo sabías dónde estábamos? ¿Sabes quiénes somos?

—Unos amigos que se han reunido, y nosotros estamos acampados al pie de esta pendiente. Hemos estado todo el día siguiendo vuestra pista. Sabía que estabais en algún lugar de esta montaña. He esperado a que se hiciera de noche para poder distinguir el resplandor de vuestro fuego y he subido a veros.

—¿Por esa pendiente?

—Se me conoce por ser muy directo en todo lo que hago.

—¿Y cómo sabías lo del cadáver?

—Os he oído hablar cuando me acercaba al fuego. Confieso que me ha divertido bastante y me he quedado un rato escuchando.

—¿Y para qué venías a vernos?

—Para traeros esto —dijo Yeruldelgger sacando de su *deel* siete hojas blancas dobladas en cuatro—. Supongo que es de alguno de vosotros.

—¡Mis dibujos! —exclamó Zorig.

—Has sembrado con ellos toda la estepa. Son muy bonitos. Muy depurados. Me gustan mucho. ¿Son grafitos?

—¿No me digas que has escalado una montaña en plena noche para comprar un dibujo de Zorig? —intervino Al, intrigado aún por la presencia de Yeruldelgger—. Para empezar, hay una galería en la plaza Sukhbaatar donde los puedes comprar, y además su último cuadro se ha vendido por ciento doce mil dólares a un coleccionista de California. Eso hace que el dibujo que llevas en las manos valga tres o cuatro mil dólares, y tú no tienes pinta de disponer de ese dinero.

—Pues tú tienes pinta de ser demasiado arrogante como para acampar con un cadáver, dos borrachos y un descuartizador francés.

El tono bonachón del invitado sorpresa no engañó a nadie. Todos se enderezaron en un acto reflejo, con la nuca tensa por la prudencia. Algo en Yeruldelgger, algo apenas perceptible, acababa de entregarles el mensaje de que era mejor no provocarlo. Algo mineral. Definitivo. Brutal, incluso.

—¿Para qué has venido entonces?

—Porque encontré el primero de tus dibujos cerca de la escena de un crimen.

—La escena de un crimen. ¿Eres poli?

—Lo era. Ya no lo soy.

—Entonces, ¿no estabas allí como investigador?

—No. Sólo por curiosidad. Cuatro tipos han muerto aplastados a la salida del puente, donde la nueva carretera asfaltada se cruza con la pista vieja, en el valle al sur. ¿Estabais allí?

—No. Nos quedamos en los contrafuertes de la montaña. Precisamente para tener una perspectiva interesante del valle. Me acuerdo bien de ese puente —dijo Zorig.

—¿Ha habido un accidente? —preguntó Naaran.

—Un crimen. Los han aplastado a propósito. Varias veces, los cuatro bien alineados. Han quedado hechos papilla.

—¿Debajo de una alfombra? —preguntó Zorig.

—Casi. Debajo de una lona —dijo Yeruldelgger.

—¿Por qué una alfombra? —replicó Naaran, que sin saberlo estaba repitiendo la misma pregunta que Ganbold.

—Eso me hace pensar en Jamukha —murmuró Zorig— y en la suerte de los cinco traidores que lo entregaron a Gengis Kan.

—¿El Jamukha del que nos hablaste a propósito de nuestro muerto? —preguntó el francés, sorprendido.

—Sí —afirmó Zorig—, el hombre de la roca murió como Jamukha, el hermano de sangre del Gran Kan.

—¿Quieres decir con los riñones partidos para que no se le derramara la sangre? —preguntó con interés Yeruldelgger.

—No, eso es lo que la gente cree. La leyenda dice que Jamukha pidió al Kan que lo matara sin derramar su sangre, para no ensuciar la tierra mongola, como manda la tradición. Así que se supone que el Kan lo puso de través sobre el tronco de un gran árbol caído, con los pies sujetos al suelo y, del otro lado del árbol, dos soldados forzándole los hombros para doblarlo hasta romperle la espalda.

—¿Y no fue eso lo que sucedió?

—No. El Kan accedió a la petición de Jamukha, pero aun así quiso que sufriera un buen rato por la traición que había cometido. También para que su muerte sirviera de ejemplo a cualquiera que pensara en traicionarlo. A Jamukha lo ataron al árbol de pies y manos con unas cuerdas gruesas. Varios hombres las cruzaron por detrás del tronco, luego las tensaron y anudaron a unas estacas. De hecho, Jamukha murió asfixiado, con la caja torácica tan distendida que no podía respirar. Como los crucificados, que se ahogaban por el peso de su propio cuerpo suspendido.

Durante un instante, todos se preguntaron cómo era posible que aquel artista grande y bruto conociera esa clase de detalles. El francés había arrancado los brazos de un hombre muerto con el rostro mirando al cielo, según indicaban las costumbres bárbaras y antiguas, y como los cuatro cadáveres del valle. Yeruldelgger se descubrió mirándole la cara como si fuera la de un hombre de otros tiempos muerto por honor. O por traición.

—Bueno, pues os dejo —soltó.

—¿Qué? ¿Cómo es eso de que nos dejas? ¿Y el muerto?

—El muerto es vuestro —respondió Yeruldelgger como si fuera algo evidente—. Vosotros fuisteis quienes lo encontrasteis, ahora el reposo de su alma es cosa vuestra.

—Pero ¿qué debemos hacer?

—Podéis llevárselo a la teniente de la policía que se ocupa de los cuatro muertos del valle, ella sabrá qué hacer con él. Además, tal vez estos asesinatos cometidos de manera ritual estén relacionados.

—Espera, no tenemos ni idea de este tipo de cosas. Quiero decir, no sabemos desatar un cadáver, cargar con un cuerpo, eso es trabajo de poli, y se trata de la escena de un crimen, tú debes de saber cuál es el procedimiento aunque sólo sea porque...

—Sí, claro, hay que preservar las pistas, ya me conozco esa cantinela. Pero en mi opinión, las únicas pistas que podría encontrar aquí un experto, ya sea de Miami o de Las Vegas, serían grasa de pato, vómito de francés y vodka de contrabando.

—Te lo ruego... —le imploró Naaran.

—Lo siento —dijo Yeruldelgger—. Os lo he dicho, ya no soy poli. Y, de todos modos, si lo fuera, no habría tocado ese cadáver.

—¿Y qué habrías hecho?

—Recoger las pistas, y luego dejar el cuerpo ahí, como hacían nuestros antepasados. Los quebrantahuesos no van a tardar en descubrirlo y en venir a romper su osamenta para liberarle el alma.

—¡Eso es horrible! —se indignó Erwan—. ¡Es cosa de bárbaros!

—Es tan sólo el retorno a la naturaleza de lo poco que somos. He tenido ocasión de hablar de ello con una forense que conozco. ¿Sabes que en tu tierra, o cerca de ella, en Alemania, por ejemplo, los cuerpos de vuestros muertos no se descomponen con la suficiente rapidez, hasta el punto de que saturáis los cementerios? Los atiborráis tanto de aldehído fórmico, de paraformaldehído, de fungicidas, bactericidas, viricidas y otros biocidas, para que tengan buen aspecto el día del funeral, que una vez enterrados no se descomponen. Pensadlo bien: ¿qué es más bárbaro, enterrar a los muertos haciéndoles tener el aspecto más vivo posible, o dejarlos retornar cuanto antes a la naturaleza?

—¿Podríamos dedicarnos a filosofar otro día? —lo interrumpió Al—. Yo estoy de acuerdo en levantar el campamento mañana por la mañana, pero no para ir a ver a esa policía. Dejemos el cuerpo donde está y evitémonos líos.

—Eso es horrible —repitió Erwan—. ¡No lo podemos dejar así!

—Tiene razón —admitió Yeruldelgger mientras desaparecía por la pendiente—. ¡Recoged por lo menos los brazos!

9

...LOS PRIMEROS NINJAS

Ganbold se negaba a llevar a la espalda una palangana de plástico. No quería ser un ninja como los demás. Nada que ver con esos Miguel Ángel, Rafael, Donatello o Leonardo de mercadillo. Ésos no eran más que tortugas de opereta. Él, para descender bajo tierra, no llevaba camiseta ni bandana. Él era Splinter, el maestro de los ninjas, como en los dibujos animados de la tele. La rata. Porque de todos los ninjas que habían horadado las entrañas de aquel rincón de la estepa, él era el único que provenía de las cloacas de Ulán Bator. Había vivido exactamente como una rata durante dos inviernos. En esa época se dejaba tragar por un agujero cada día, aun a riesgo de quedar sepultado en él, y eso no le daba miedo. Allí, en UB, aquello formaba parte de su vida cotidiana. Además del hedor, de las cochinillas de la humedad, de las quemaduras por las tuberías, las descargas de vapor, los vómitos de los borrachos, la guerra entre las bandas y la prostitución más miserable. En aquellas cloacas incluso habían matado a personas dejándolas cocerse lentamente sobre las tuberías de agua hirviendo. ¡Así que ahora descender seis metros por un túnel vertical de apenas la anchura de sus hombros no era gran cosa! A los diez años, ya era el mejor del campamento nuevo.

—¡Aquí, mira este otro! —gritó desde el fondo del agujero.

Yeruldelgger se acercó al cabrestante que hacía subir la palangana de plástico. Cuando llegaron al campamento, quien lo manejaba era una chiquilla. Tendría ocho años como mucho. El ex policía la apartó amablemente para ocupar su lugar a la manivela. Pero ella, seria y aplicada, seguía pegada a él hasta que aparecía cada nuevo cargamento, entonces lo descargaba y lo arrastraba como de costumbre hasta el tablón calzado, una decena de metros más allá. Después venía el trabajo de los adultos, de su padre o su tío o su hermano

mayor, que desmenuzaban los guijarros y pasaban la tierra por el tamiz. Pero desde la llegada de Yeruldelgger, las palanganas ya no remontaban nada para ellos, y los hombres lo miraban con mala cara.

—¡Oveja! —gritó la chiquilla con seriedad.

Sujetaba con las dos manos un cráneo todavía orlado de tiras de piel reseca. Con los ademanes desapasionados propios de un forense de serie de televisión, la niña trasladó la reliquia hasta el tenderete que había levantado: una plancha larga apoyada sobre dos montículos de piedras que servía para atravesar haciendo equilibrios los charcos embarrados después de las tormentas. Sobre ella había ya otras cabezas y toda una colección de huesos y pedazos de esqueletos a medio descomponer. Yeruldelgger se acercó para examinar el cráneo que la pequeña acababa de depositar, bien alineado con los otros.

Tres de los artistas errantes habían plantado los caballetes en medio de los montículos y los hoyos. Al alba, Yeruldelgger había distinguido su furgoneta azul traqueteando por la ladera de la montaña para alcanzarlo, poco después de que él hubiera abandonado su campamento con Ganbold, Odval y Tsetseg. Él les había dejado hacer. Ahora parecían firmemente decididos a unirse a su insólita caravana. Cuando un helicóptero los sobrevoló rumbo al sur, se preguntó lo que el piloto o sus pasajeros habrían pensado de ellos. Cuatro jinetes y una vieja furgoneta todoterreno rusa. Turistas de excursión ecuestre, sin duda, acompañados de toda la logística que requerían esos casos. Yeruldelgger se sorprendió pasando revista a su pequeño mundo, para tenerlo todo bajo control. Al, como tenía por costumbre, había desaparecido detrás de otra ola de colinas en pos de su océano imposible.

—¿Qué es eso otro?

Era un cordero, y en este caso, uno cíclope. Con una sola cavidad, enorme, en medio de la frente. No cabía duda. Ya había examinado otro cráneo de cordero que había expuesto sobre la plancha, con los dos maxilares soldados entre sí y sin dientes. También la mitad delantera del cuerpo de un cabrito sin metacarpos, con las falanges saliéndole directamente de las rodillas. Y el doble cráneo de una cabritilla siamesa monstruosa...

—¿Qué es todo este museo de los horrores? —preguntó Tsetseg.

Odval había reemplazado a la chiquilla en el cabrestante y había hecho descender de nuevo la palangana por el agujero para que Ganbold pudiera volcar el siguiente cargamento. El chico le había explicado que los ninjas excavaban pozos vecinos a gran profundidad, y cuando creían haber dado con un buen filón

los unían entre sí mediante galerías horizontales. Ésas eran las más peligrosas. A menudo se derrumbaban. De esa manera había exhumado él los primeros restos óseos. Todavía no eran más de una decena los que habían desafiado la maldición de aquel yacimiento demasiado cercano a las minas de la Colorado. Cuando llegaron ellos, el campamento estaba abandonado y se habían rellenado todos los pozos, dejando tan sólo embudos de tierra entre montículos de grava. El grupo de Ganbold había preferido cavar entre dos antiguos pozos para unirlos bajo tierra y tener más posibilidades de volver a dar cuanto antes con el filón que había atraído a los primeros ninjas.

10

«CON UN AGUJERO JUSTO EN MEDIO DE LA FRENTE»

Era la primera vez que Al volvía a dibujar la estepa, aunque fuera con el aspecto de un oleaje amenazante y atormentado. Un mar excavado. Con abismos entre las olas. Se sentía tan emocionado que las lágrimas le anegaban los ojos. Impulsados por la curiosidad y la alegría fraternal de comprobar que su compañero había recuperado la mano, todos se acercaron para ver de dónde le venía aquella nueva inspiración. Ganbold fue el único que los siguió sin apresurarse.

—*Oh, non!* —soltó Erwan en francés.

Todo el valle de detrás de la colina estaba sumido en un caos inmóvil. Erwan veía un campo de batalla como el de Verdún, trufado de cráteres, devastado por la lluvia de obuses de una cortina de fuego artillero. Yeruldelgger pensó en una especie de madrigueras de monstruos hambrientos a la caza de presas subterráneas. Tsetseg sólo vio las heridas profundas que había abierto en su tierra natal un ejército ávido por despedazarla sin piedad.

—Lo hicieron los ninjas —explicó Ganbold con tono jocoso cuando los alcanzó—. El mes pasado todavía estaban ahí. Por lo menos había mil. Pero ahora el valle es una concesión de la puta Colorado. Ya no se puede trabajar en él.

El silencio era peor que los destrozos. Yeruldelgger había visto reportajes en la televisión sobre esos famosos ninjas. Hordas errantes de buscadores de oro. Una muchedumbre resignada y laboriosa que en busca de oro o de mercurio excavaba pozos de forma improvisada, a milímetros escasos unos de otros, limpiaba los sedimentos de barro, tamizaba escoria, quemaba piedras, machacaba guijarros. Había oído hablar de aquella agitación, de aquella esperanza frenética. Lo que no había imaginado era el silencio que quedaba

sobre el paisaje devastado después de la partida. Siniestro. El silencio sepulcral se extendía sin fin una vez que el horizonte se había tragado la resaca de los vivos. Para Yeruldelgger ver aquel valle destruido fue como recibir un puñetazo. Aquella visión le confirmaba lo que, desde hacía mucho tiempo, destilaba en su interior una tristeza arrolladora. Sin duda, ya nada valía. ¿Cómo luchar contra eso? ¿Cómo controlarlo? La mayoría de los ninjas eran antiguos nómadas. Hasta entonces habían vivido respetando la estepa como si se tratara de su propia madre, y ahora la destripaban a golpe de pala, por un dólar en oro al día, para que unos intermediarios codiciosos lo revendieran a los traficantes chinos.

—¡Joder, pero encuentran oro! —soltó Ganbold, con admiración—. A veces hasta cuarenta dólares al día. Mil al mes, ¿os dais cuenta?

Yeruldelgger se daba cuenta. Era tres veces el salario medio, una cantidad con la que ni siquiera habían soñado, pero la cual duraba sólo los tres meses de verano. Una miseria para escapar de la miseria y a cambio de toda aquella tierra devastada, destruida, yerma. Nada volvía a crecer entre aquellas hierbas estériles, aplastadas por los terraplenes, quemadas por los ácidos y empapadas de detergentes derramados. Ninguna manada volvería a pastar allí. Los caballos salvajes se romperían las patas delanteras, con los ojos enloquecidos por el pánico, al tropezar en los agujeros llenos de agua tras las tormentas. Y ni siquiera los lobos, horrorizados, se atreverían a devorar sus cuerpos todavía vivos, consternados ante la crueldad de los hombres hacia su propio territorio.

El pequeño grupo permaneció inmóvil un buen rato, como si necesitara manifestar su duelo por aquellas extensiones asesinadas. Luego bajaron al campamento, todos en silencio salvo Ganbold, que iba silbando alegremente.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó a Yeruldelgger.

—Es un valle muerto. Ahora el desierto se lo tragará.

—No, me refiero a mi osario.

Yeruldelgger lo miró fijamente unos instantes, echó un vistazo alrededor y luego se dirigió hacia la yurta más alejada. Cuando empujó la puerta, una anciana, ayudada por otra mujer más joven, vigilaba la potente llama de un soplete que había acoplado a una bombona de gas bajo un alambique de aspecto curioso. Tenía un tubo soldado a un crisol cerrado que se dividía en dos conductos. Uno apuntaba hacia el *toono* de la yurta y escupía el vapor a presión. El otro se hundía en una tartera metálica con agua hirviendo que la mujer más joven enfriaba de vez en cuando vertiendo un poco de agua con un vaso de plástico. Yeruldelgger negó con la cabeza en señal de disgusto. Sabía que en

aquel crisol calentaban una amalgama de oro y mercurio. Los vapores escapaban por el tubo superior y a través del inferior iban recuperando mal que bien todo el mercurio sólido que podían, que a la postre valía casi tanto como el oro. Los buscadores de oro se servían de la capacidad del metal líquido para aglutinarse con el mineral y lo derramaban sobre los lodazales que creían auríferos. Producían así una especie de grava que se separaba más fácilmente del resto del barro y a continuación la quemaban. El calor separaba de nuevo el oro del mercurio, que se vaporizaba, y en el fondo del crisol no quedaba más que el metal precioso. El precio eran las sustancias venenosas invisibles que se volatilizaban con el vapor del agua.

—Viejas chifladas —gruñó Yeruldelgger, sin el menor tacto, a la mujer de más edad—. ¿No sabes que eso es veneno? Lo que estáis respirando va a haceros papilla el cerebro y los riñones, ya lo sabes, ¿no?

—¿Y qué? ¿Qué importa eso si mañana voy a morir de hambre? ¿Acaso nos vas a alimentar tú? Puede que muera por culpa del mercurio, pero al menos daré a mis hijos el oro suficiente para salir adelante, así que ¡mejor para ellos!

—Nada de mejor, bruja idiota. ¡El mercurio permanece, por todas partes y para siempre! Lo que tus hijos absorban hoy por tu culpa lo llevarán dentro toda la vida, ¿entiendes eso? Y tus hijas se lo transmitirán a tus nietos. Y este vapor que escapa de tu yurta y se expande por la estepa tampoco desaparecerá. La parte que vuelva a caer en el agua envenenará a los peces y se quedará dentro de ellos hasta que tú te los comas dentro de diez años o más y pase a quedarse dentro de ti. Y lo mismo sucederá con las cabras y las ovejas que coman la hierba contaminada. Y también con los caballos. Incluso con los yaks. ¿Te das cuenta? ¿Eres capaz de entender eso?

—¡No tengo elección! —dijo tercamente la anciana—. ¿Cómo van a comer ellos si no?

—¡Siempre hay elección! —gritó Yeruldelgger—. ¡Siempre!

No era la primera vez que le gritaba a una abuela, a pesar del respeto al que lo obligaba la tradición, pero en esta ocasión lo asombró no sentir vergüenza alguna. ¿De verdad iba a terminar su país mereciéndose los males que estaba sufriendo?

El hombre que trabajaba pasando la tierra por el tamiz se dirigió a la yurta, amenazante, pala en mano. Yeruldelgger no lo dejó acercarse.

—Esto va por ti también. Sobre todo por ti. ¿Cómo puedes permitir que tu familia se envenene por cuatro pepitas? ¿Dónde está tu orgullo, dónde está tu

honor de nómada?

—¿De nómada?! —exclamó el hombre—. Pero ¿de qué nómada hablas tú?! ¿Ves nómadas aquí, aparte de tu banda de artistas burgueses o de los turistas en Land Cruiser que pagan cien euros la noche por una yurta con jacuzzi? Despierta, vejstorio, tu Mongolia ya no existe. Se está muriendo delante de tus ojos, y nosotros con ella. Incluso echo de menos al régimen anterior. Como mínimo los soviéticos nos garantizaban un salario cuando un *dzud* diezmaba nuestro ganado. Hoy dejan que nos hundamos.

El hombre reaccionó de un modo tan virulento y las miradas de las dos mujeres detrás de él estaban tan cargadas de odio que Yeruldelgger se quedó sin voz. Por primera vez percibía rencor y rabia en la mirada de unos nómadas. De unos antiguos nómadas. Ya había visto odio en los ojos de los nacionalistas, por ejemplo, cuando hablaban de los chinos, o cólera en las disputas entre clanes por unos pastizales o una bestia robada, pero nunca aquella mezcla terrible. La rabia furiosa, como último recurso. La rabia de quien está solo contra todos, una rabia lista para ser proyectada contra cualquiera porque no se tiene nada que perder.

—Vale ya, ahórrame tu piedad de rico —prosiguió el hombre—. Tú y yo no pertenecemos al mismo país.

—No digas eso. Este país sigue siendo el nuestro.

—Eso son sólo palabras, este país no pertenece más que a quienes pueden pagárselo, y está claro que no somos nosotros. Las concesiones extranjeras y los de Ulán Bator han echado mano al noventa y cinco por ciento de las provincias del sur, ¿lo sabías? Mañana ni siquiera podremos cruzarlas a caballo. Es el mismo régimen de Mardai y de las ciudades prohibidas del tiempo de los soviéticos. Tu país, como tú lo llamas, pertenece ahora a otros.

—Discúlpame, he perdido los estribos, pero no puedes saber hasta qué punto me entristece este espectáculo. ¿Has visto esos esqueletos deformes que Ganbold ha sacado del pozo? Según tú, ¿qué puede haber provocado esas monstruosidades sino todos esos venenos que se están expandiendo por la estepa?

—Esos animales no pastaban aquí —zanjó el hombre con tono seco.

—¿Cómo lo sabes?

—Ningún animal ha pastado por los alrededores del valle desde que los ninjas se instalaron en él hace dos años, y esos esqueletos son de crías pequeñas. Apenas tienen unos meses. Para ser alguien que defiende la tradición nómada, serías un criador penoso.

—¿Qué hacen en esos pozos entonces?

—Sólo tienes que preguntárselo —dijo el hombre con la mirada clavada en algo que estaba lejos, detrás de Yeruldelgger.

Éste se volvió y vio tres torbellinos oblicuos de polvo que iban directos hacia ellos a un palmo de la pista de tierra. Salían de tres vehículos negros y malos como perros de presa.

—¿Los conoces?

—Probablemente sean los lobos de la Colorado.

Todavía estaban lejos, pero Yeruldelgger dio la espalda al pequeño campamento para hacerles frente y vigilar su llegada. A veces se podía interpretar la trayectoria de una máquina como si fuera la carrera de un animal. Aquellas máquinas se les acercaban con una potencia y una determinación que delataban la brutalidad de sus conductores.

—¡Eh, Shaolin, ¿sigues ahí?! —gritó la voz de falsete de Ganbold, que había vuelto a bajar a los pozos.

—¿Has encontrado otro? —preguntó Tsetseg acercándose a él.

—Sí, y me parece que éste le va a gustar al abuelo.

Sin apartar la mirada de los que se aproximaban, Yeruldelgger hizo una señal a Odval para que pusiera en marcha la manivela del cabrestante y subiera la palangana. La joven notó que Ganbold subía justo detrás, apoyándose con pies y manos en las ranuras talladas en la pared a intervalos regulares. Cuando Odval vio en qué consistía la carga, poco faltó para que soltara la manivela y enviara al chaval cabeza abajo hasta el fondo junto con el cubo. El juramento de Ganbold llamó la atención de Yeruldelgger.

—Maldita sea —murmuró éste, justo antes de alejar a la niña para evitar que una cosa tan horrible fuera a parar a sus manos infantiles. Sujetó el cráneo con las palmas de las suyas y lo levantó a la altura de los ojos. Esta vez no era de cordero ni de cabrito. Sino un cráneo humano. Joven. Con un agujero justo en medio de la frente.

11

«...CON UNOS CALZONCILLOS AJUSTADOS ROJOS Y UNAS CHAQUETILLAS ROSAS»

Aquellos hombres tenían miedo. Eran muchos, jóvenes y fuertes, e iban armados, pero tenían miedo. Habían lanzado sus tres Hummer negros de ventanillas tintadas al asalto de la colina y se habían desplegado en abanico en el último momento, con una coreografía digna de una serie de televisión de las malas. Yeruldelgger tenía todavía el cráneo perforado en las manos cuando bajaron de los coches. Nueve en total, embutidos en uniformes negros, con el símbolo belicoso de la Mongolian Guard Security: un hocico de lobo enseñando los dientes.

El que parecía ser el jefe se dirigía con paso chulesco hacia Yeruldelgger cuando una voz de mujer al borde de la cólera lo detuvo en seco.

—¿Qué haces tú aquí, hermanita? —preguntó Yeruldelgger al ver bajar del último Hummer a la teniente.

—Ya te dije que la Colorado terminaría por llamar a mis jefes. Con órdenes de despejar el puente para restablecer la circulación y de paso echar una mano a los lobos de la MGS para expulsar a los ninjas.

Desconcertado al ver que Yeruldelgger y la policía se conocían, el jefe del comando decidió tomar el control de las cosas con arrogancia.

—¿Quién es este tipo?

—Un poli.

—Un ex poli —la corrigió Yeruldelgger.

—Un don nadie, entonces —zanjó el hombre acercándose a él—. Tienes cinco minutos para largarte, tú y tu panda de señoritingos. Y no te esfuerces. No vas a llevarte nada, nos quedamos con todo.

—¿Incluida la yurta? —fingió alarmarse Yeruldelgger.

—Incluida la yurta.

—¿Y también el oro?

—También el oro.

—¿Os quedáis con el oro?

—Nos quedamos con todo.

—¿Y eso por qué?

El hombre se quedó a un paso de distancia de Yeruldelgger para intimidar al viejo poli jubilado.

—Porque todo lo que hay aquí pertenece a la Colorado, y nosotros somos la Colorado. Esto es una concesión, ignorante.

—Te equivocas, ignorante —dijo Yeruldelgger soltándole el cráneo en los brazos—. ¡Ésta es la escena de un crimen!

El hombre comprendió demasiado tarde que había cometido dos errores. El primero era haberse acercado a Yeruldelgger y encontrarse ahora al alcance de un golpe. El segundo, haber permitido que le inutilizara las manos con un cráneo humano y le impidiera detenerlo. Cuando vio el brillo plomizo de la mirada del viejo, se dio cuenta de que se había dejado engañar por un falso bonachón tras el que se escondía un auténtico asesino. Por suerte, la policía también lo percibió y le salvó el pellejo.

—No, Yeruldelgger, no compliques las cosas.

El hombre de la MGS aprovechó para dar una zancada hacia atrás, como empujado por la mirada de Yeruldelgger.

—Y ahora cuéntame ¿qué historia es esta de la escena de un crimen? —preguntó la teniente.

—Ganbold acaba de sacar este cráneo del pozo del que ha extraído todos éstos —respondió Yeruldelgger señalando los esqueletos deformes que había alineados sobre el tablón—. ¿Recuerdas que te dije que quería mostrarme un osario?

La policía agarró el cráneo de las manos del hombre y lo examinó atentamente. Yeruldelgger se acercó a ella.

—¿Y tus cadáveres pisoteados?

—Ya no es asunto mío. Mi superior se ha hecho cargo de ellos desde Dalanzadgad y ha enviado a un forense de Ulán Bator en helicóptero.

—¿Un forense?

—Sí, «una», mejor dicho, que además te conoce. Cuando le he contado que me había tropezado con un ex poli tocapelotas y tozudo como una mula, me ha pedido que te diera saludos de su parte si volvía a verte.

—¿Saludos?

—Sí, y puede que algo más, si es que interpreté bien la dulzura de su voz y el calor de su mirada.

—Ya, bueno, entonces, ¿no vas a seguir investigando lo de los cadáveres del puente? —preguntó él de nuevo, para cambiar de tema.

Ella lo tomó del brazo y lo forzó a alejarse de los guardias de la MGS.

—De momento y oficialmente, no.

—¿Y oficiosamente y a partir de ahora?

La policía se sacó del bolsillo el móvil con el que él la había visto tomar fotos de lo que había bajo la lona. Recorrió los álbumes hasta dar con el que buscaba. Abrió una foto y movió el aparato para que adoptara el modo panorámico.

—¿Por qué no me dijiste nada? —murmuró él examinando la imagen.

—Ya no eres poli.

—¿Tú lo sabías?

—No, lo comprendí cuando vinieron a buscarme para expulsar a tus ninjas.

En la foto se adivinaban los dedos de la teniente, que levantaban la lona, y bajo la claridad azulona del sol a través de la tela se veía un cuerpo roto dentro de un tejido negro. Siguió foto, tras deslizar el pulgar: primer plano del hombro del muerto. Un escudo manchado de sangre. Un hocico de lobo enseñando los dientes.

—Ya veo —dijo Yeruldelgger mirando de soslayo a los milicianos.

—¿Y entonces?

—Entonces, nada. Yo ya no soy poli y a ti te toca gestionar esto. Si Tsetseg tiene razón, a los cuatro del puente los machacaron los suyos por considerarlos unos traidores. Quizá los asesinos sean tus nuevos jefes.

—Eh, haz el favor, habla con propiedad, estos milicianos no son mis jefes. Yo soy policía de la República de Mongolia.

—¿Qué haces aquí entonces?

—Superviso la expulsión de ocupantes ilegales en una zona minera que ha sido entregada como concesión.

—¿Por un requerimiento telefónico de la Colorado?

—Mira que te gusta joder y meterte en líos, Yeruldelgger.

—¿Y tú? Tú eres una poli la mar de graciosa que se las apaña muy bien para encontrar problemas.

—No necesito buscarlos, ya te encargas tú de endosármelos. Como el de ese fiambre al que han despedazado tus cuatro artistas furiosos.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Una especie de rictus alargó fugazmente la parte inferior del rostro redondo de la teniente, que volvió a tornarse ceñudo de inmediato. Él lo tomó como una sonrisa y se quedó observando cómo ella se acercaba al jefe de los milicianos, le confiscaba el cráneo con un gesto que no admitía réplica y se alzaba de puntillas para que a éste le quedaran las cosas bien claras.

—Toda esta colina, hasta aquella cima, es la escena de un crimen. No se puede mover nada, no se puede hacer desaparecer nada. Si veo la menor huella de unas botas, volveré para romperos la crisma. Y ahora largo, yo me quedo a investigar.

La tropa regresó a los Hummer como un grupo de turistas despistados cuya excursión acaba de ser anulada. La pendiente los obligó a realizar algunas maniobras ridículas para conseguir colocarse en el orden de la marcha y no recuperaron algo de su arrogancia hasta que ganaron velocidad.

—¿Romperos la crisma? —se burló Yeruldelgger.

—¡¿Qué?! —ladró la teniente—. ¡Tú lo habrías hecho sin prevenirlos!

—En otra época, sí, sin lugar a dudas.

—Sin vacilar, querrás decir.

—Sin vacilar, tienes razón. Esto te demuestra hasta qué punto he cambiado, ¿no?

—No cambiamos, abuelo. Envejecemos, pero seguimos siendo los mismos. Si ese tipo hubiera dado un paso más, le habrías roto la crisma. He visto cómo buscabas un buen apoyo.

—Al final va a resultar que eres una buena poli. —Yeruldelgger sonrió.

—Si te sobra un caballo, lo sabrás enseguida.

—¿Nos acompañas?

—Sí, pero no al *naadam*. Se me ha pasado la edad de ir a ver cómo unos paletos gordos, que ni siquiera son sumos, se agarran de la entrepierna para tirarse por los aires y revolcarse unos sobre otros vestidos con unos calzoncillos ajustados rojos y unas chaquetillas rosas.

12

«...SI LO HACES, ¡NO TENGAS MIEDO!»

—¿Eras tú quien le enhebraba la aguja? —preguntó la mujer en un francés colorido y exagerado.

—Me llamo Odval —dijo ésta sin contestar a la mujer, pequeña, de pelo rizado y muy enfadada.

—Tú le enhebrabas la aguja, ¿no? ¿Todo esto es por tu culpa?

Los miembros de la pequeña caravana se habían reagrupado alrededor de las dos mujeres y esperaban sonrientes a que Odval perdiera la calma. Al ya había desaparecido, pero los otros tres artistas errantes no perdían detalle. Zorig trazaba incluso algún esbozo de la escena en uno de sus cuadernos. Sólo Tsetseg permanecía un poco apartada y vigilaba más a Yeruldelgger que a la joven.

—Escuche —dijo Yeruldelgger también en francés—, tanto si se acostaba con él como si no, Odval no ha tenido nada que ver en esto. No olvide que le quemaron la yurta y que lo ha perdido todo.

—Eso no explica nada y tampoco lo justifica. ¡Quiero saber si se revolcaba con él! —gritó la mujer.

—Probablemente —decidió responder Yeruldelgger en lugar de Odval—. También se acostó conmigo ayer. La estepa es grande. Es grande y está lejos. Es bueno saber que uno cuenta con los amores nómadas.

—Ya, grande y lejos, ¡y un cojón! ¡Mi campamento está a menos de un día de aquí y esta calientapollas se tiraba a mi hombre!

—¿Era su marido? —se sorprendió Yeruldelgger.

—¡Era mi hombre!

—Ya veo. Se debieron de casar en otra parte, imagino. Probablemente en Francia...

—Para empezar, yo soy quebequense y por lo demás, ¿qué cambia eso?

—Si uno cree en la alquimia física de los amores nómadas, nada. Odval y usted han sucumbido a la misma languidez vertiginosa de la estepa. Como yo, por otra parte. ¿Y usted es...?

—Soy Jacqueline Langlade. Trabajo para Terra Nostra, una oenegé de geólogos.

—¿Que busca qué?

—¿Quién es usted?

—Me llamo Yeruldelgger. Para resumírselo: soy un poli de Ulán Bator y estoy de retiro espiritual en la región. En fin, era...

—¿Era?

—Sí. Ya no soy poli, y a todas luces tampoco estoy de retiro espiritual. En fin, yo iba a un *naadam* y...

—¿Y los demás?

—Los demás me siguen desde hace varios días. Esta mujer mayor busca a su hija desaparecida, el chico ha descubierto un osario en una mina, los cuatro hombres son artistas que están aquí de excursión y se han topado con un cadáver sobre una roca, esa joven es el ex amor nómada de vuestro ex amante y la señora de allí es policía. En activo. Es teniente.

Sin mostrar un atisbo de asombro ante esa caravana tan peculiar, la joven ignoró a la teniente y sólo se dirigió a Yeruldelgger.

—¿Sabe qué ha pasado?

—No, Odval vino a decirme que había encontrado un cuerpo a la distancia de un buen galope de caballo de su yurta, la cual por otra parte alguien quemó en su ausencia.

Ninguno de los otros comprendía lo que ellos dos se decían en aquella lengua, pero cuando la mujer recorrió con la mirada el campamento calcinado, todas las cabezas se unieron al unísono al movimiento panorámico de su pelambrea pelirroja. Salvo la de Ganbold. El chico había cedido su caballo a la policía y viajado en la furgoneta de los artistas errantes, y ahora estaba de nuevo sobre su montura, por encima del pequeño grupo, para así poder hundir mejor su mirada en las profundidades del escote generoso de la extranjera, que lo llevaba medio desabotonado por la cólera. Yeruldelgger lo pilló mirando y chasqueó la lengua al oído del caballo. El animal arrancó de inmediato llevándose al chaval totalmente desequilibrado y aferrado a la silla.

—¡Quiero verlo! —exigió la geóloga.

Odval le explicó de mal grado que el cuerpo se hallaba a una hora al galope. O a dos al trote. O a tres al paso. En caso de que la extranjera supiera montar.

—Tengo mi coche —respondió la mujer, y se dirigió hacia una roca detrás de la cual había estacionado a la sombra un Suzuki todoterreno—. ¿Usted no viene?

—Se lo he dicho —repitió Yeruldelgger—, ya no soy policía. Además, sólo ella sabe dónde está el cuerpo.

—Ni hablar. Esa boba no sube a mi carro.

—Como quiera, háblelo con la teniente —respondió él encogiéndose de hombros.

Yeruldelgger explicó la situación a la policía, que levantó los ojos al cielo respirando profundamente para controlarse. Todo aquello le recordaba la detención de una pareja de ancianos que destilaba de contrabando aguardiente de hierbas en un alambique que escondían en su yurta, en el corazón del bosque del Khentii. La pareja había decidido apostar por el silencio y la tradición. El inconveniente era que eso había hecho aumentar la presión de su cráneo a cotas más altas que las del alambique donde preparaban sus tragos. Antes de que la cólera le saliera por las orejas, ella había agarrado una hachuela, que desde el tiempo de los antepasados se guardaba en el interior de la yurta para alimentar el fuego con trozos de madera, y había agujereado con ella el recipiente de un solo golpe. Aquel chorro de descompresión potente y silbante, que le había quemado la mano y proyectado el hacha a través del fieltro de la yurta, era exactamente lo que le iba a hacer falta para resistir el deseo de estrangular a todo el mundo, Yeruldelgger el primero.

—Escucha, vas a decirle a esa bruja bebedora de jugo de arce que cierre el pico, se abroche su saco de tetas y comience por explicarnos qué hacía plantada en medio de las ruinas calcinadas del campamento de Odval.

—Es un favor entre amigos, ¿verdad? —dijo con sorna Yeruldelgger—. No una petición oficial de colaboración, ¿estamos de acuerdo?

Sin embargo, se dirigió a la quebequense antes de que la teniente reaccionara. La mujer y los demás geólogos de la región trabajaban en solitario en zonas con frecuencia difíciles y aisladas, así que para estar localizables se instalaban un chip GPS en alguno de sus instrumentos. La joven sacó su *smartphone*, abrió la aplicación de geolocalización y apareció el resultado de la búsqueda. En la pantalla ocre, sin carreteras, ríos, ni referencias concretas a la vista, parpadeaba una aguja virtual con la punta roja que representaba el chip del muerto. Justo al lado había una redonda azul que latía lentamente, como un

corazón agotado.

—La aguja es él, la redonda somos nosotros —tradujo Yeruldelgger.

—Éste es su móvil —dijo la geóloga, sacando del bolsillo otro teléfono—. No entiendo por qué no lo llevaba encima. Llegué hasta la casa de esta zorra de la estepa gracias al localizador de mi iPad.

—¿Se lo dejó olvidado en tu casa? —preguntó Yeruldelgger a Odval.

—Es posible —dijo ésta, con la mirada clavada en los ojos de la quebequense—. La verdad es que cuando salía de mi cama él no estaba como para pensar en muchas cosas...

Yeruldelgger, que se estaba divirtiendo, tradujo sus palabras, y la geóloga se lanzó contra la joven. Una explosión de rabia que hizo que le saltaran otros tres botones de la blusa, para regocijo de Ganbold, que acababa de unírseles.

Un tiro resonó bajo el cielo completamente azul. La teniente había vuelto a desenfundar y a disparar al aire para imponer calma. Era la cuarta vez en dos días, y a Yeruldelgger esa costumbre le pareció entretenida. A fuerza de disparar contra el cielo iba a terminar por agujerearlo y hacer que lloviera.

—Voy a coger su coche y me voy a ir con Odval —dijo la policía a Yeruldelgger para que éste se lo tradujera—. Que ella aproveche para coser un poco y se tape los pechos; sólo falta que al chaval le dé un colapso por el calentón.

—Eso es imposible, el vehículo es de Terra Nostra y el seguro no...

Antes de que Odval hubiera cerrado la puerta de su lado la teniente arrancó, acribillando con la gravilla la roca y de rebote a toda la tropa, que las miraba con cara risueña. Un kilómetro más adelante las dos divisaron a Al, que pintaba las arenas movedizas de las playas de Langueux, en la ensenada de Yffiniac, desde lo alto de un peñasco bajo el cual probablemente yacían dinosaurios que llevaban pudriéndose sesenta millones de años. El coche se dirigía hacia un valle pequeño para alcanzar el paso que rodeaba la cima, cuando Yeruldelgger montó su caballo.

—¿No temes cometer una estupidez? —dijo Tsetseg mientras lo veía alejarse en silencio.

—Ya conoces el proverbio, ¿verdad?

—Sí. Conozco el proverbio: «Si tienes miedo, no actúes, pero si lo haces, ¡no tengas miedo!».

13

DE REPENTE, UNA SOMBRA LE ATRAVESÓ EL CORAZÓN

Aquella era la imagen desgarradora de su felicidad. Solongo había conseguido abstraerse del ruido infernal del helicóptero. Ya sólo escuchaba el silencio de la estepa que sobrevolaban. Largas hileras de olas inmóviles ondulaban en un mar calmo y detenido por el tiempo. Líneas de cimas ocres y grises desfilaban entre franjas de valles verdes o amarillentos. Desiertos pequeños y olvidados, bancos de arena prisioneros de mareas de piedras. Ríos resplandecientes y perezosos como culebras plateadas. Al sobrepasar otra cima, sintió que el corazón se le encogía ante tanta belleza. Esta vez el valle era largo y ancho, y la yurta estaba un poco alejada del río. Ella confirmó la orientación con una sonrisa en la cara. La puerta se abría al sur, dando la espalda a la ladera de una colina al norte, como manda la tradición. Recorrió con la mirada el valle entero en busca de los animales; estaban todos allí, dispersos entre las hierbas tiznadas de azul por las sombras, libres. Los había de los cinco tipos de hocicos, tanto de patas largas como de patas cortas. En el radio de unos kilómetros alrededor de la yurta se veían cabras y ovejas, las primeras empujaban a las segundas para evitar que arrancaran demasiadas raíces de un mismo sitio. Dóciles, sabias, gregarias. Para ordeñarlas, cardarles la lana o comerlas. Y más lejos, por aquí y por allá, los animales de patas grandes. Caballos esparcidos que se reagrupaban y partían al galope, jugando. Yaks macizos y obstinados, bruscos y malhumorados, que los oían pasar sin dignarse a mirarlos. E incluso varios camellos, elegantes, siempre lentos, con sus andares indolentes. Aquella era la viva imagen de la armonía, del equilibrio justo, fruto de mil años de tradiciones y sabiduría nómadas. Solongo divisó a una mujer que subía agua del río, distraída por dos niños que también jugaban. Seguro que reían a carcajadas. Había caballos y corderos en un cercado improvisado. Dos caballos tenían las

riendas atadas a una cuerda tendida en lo alto entre dos varas clavadas en el suelo. Y muy lejos de la yurta, en la ladera de una colina, dos hombres vigilaban desde la distancia sentados y con pereza a los animales. Éstos, muy conscientes de su presencia, debían de estar mordisqueando las hierbas altas y sonriendo en silencio.

Aquél era su país. Su Mongolia. Antes de dedicarse a buscar justicia para los muertos, Solongo había tenido una infancia nómada. Había salpicado a su madre y a su hermano pequeño con el agua del río, había bebido leche de yak directamente de la ubre y recogido estiércol secado al calor del fuego nocturno. Los recuerdos que guardaba de su primera infancia eran los de una inocencia feliz que nunca había encontrado después.

El militar que pilotaba el helicóptero la sacó de su ensueño.

—¡Ya llegamos! ¡Está dos colinas más allá! —gritó a través de los audífonos crepitantes.

Al mirar por la burbuja transparente de la cabina, descubrió el horror del penúltimo valle, repleto de terraplenes, como lleno de cicatrices feas. Sin color. Despellejado vivo.

—Ninjas —explicó el piloto al ver su consternación—. Hace apenas un mes había más de mil. Buscando oro.

Solongo había oído hablar de aquellos saqueos, pero nunca había visto uno con sus propios ojos. Miraba con horror su estepa martirizada.

—Se fueron —dijo el piloto como si quisiera consolarla—. Ahora es una concesión de la Colorado.

—¿Y eso qué es? —inquirió Solongo.

—Una mina. De ocho por siete kilómetros. Novecientos metros de profundidad. Y siguen excavando.

—¿Podemos ir a echar un vistazo?

—Está prohibido sobrevolarla.

El piloto ganó un poco de altura para que Solongo pudiera divisar el cañón artificial de la Colorado.

—Por suerte, los ninjas sólo han destruido este lado de la mina, ese valle. El resto está todavía más o menos intacto. Salvo por las carreteras.

Solongo atisbó el valle al otro lado de la última cadena de colinas. Divisó la cinta de asfalto que corría hacia la mina, y más lejos, al este, la vieja pista que la atravesaba y el puente sobre el río donde ambas se cruzaban.

—Ahí están sus fiambres. Con el calor que hace no deben de ser bonitos de

ver. Pero supongo que ya estará usted acostumbrada.

Ella no respondió. Justo debajo del aparato vio una caravana extraña que subía por la cresta para alcanzar el valle desolado. Cuatro caballos y una furgoneta todoterreno azul que no podía dejar de mirar. De repente, una sombra le atravesó el corazón.

14

«...A QUIENES PUEDEN DESTRUIRLO TODO»

—¿Qué hace usted en mi casa?

Solongo había regresado del Gobi dos días antes por el asunto de los cuerpos aplastados del puente. Había pasado las dos últimas noches en el Instituto de Medicina Forense, donde había aprovechado la pequeña habitación de descanso adjunta al depósito de cadáveres para terminar sus informes. A las diez de la noche del tercer día, todo lo que pedía era regresar a su yurta, al este del distrito diecisiete, al final del último enclave de vergeles y huertos que quedaba en pie en aquella ciudad de ruido y humos.

—Tiene una casa magnífica —dijo la mujer—. Ha convertido una yurta inmensa en un espacio muy bonito. ¿Qué era? Un restaurante para turistas, supongo. Mide unas cincuenta varas, ¿verdad? Por lo menos tiene doce celosías.

La mujer estaba sentada en la cama de invitados, al fondo de la yurta a la izquierda. Tiesa, casi elegante, con las nalgas apoyadas en el borde del mueble. Solongo no respondió de inmediato. Dejó los bártulos y se dispuso a preparar un té para esa invitada inesperada. La tetera estaba ya caliente.

—Me he permitido prepararme uno mientras la esperaba —dijo la mujer.

Andaba por los cincuenta, traje de chaqueta a la europea y zapatos de tacón de marca con las suelas rojas, como para dejar claro que era rica. Sin embargo, era la rigidez del porte de su cabeza lo que delataba su condición de mujer con poder. No era policía. Jueza, quizá.

—Consultora —dijo ella, al intuir las especulaciones de Solongo—. También consejera en gestión de crisis.

—Gracias —dijo Solongo, burlona, mientras se servía un té salado con un toque de mantequilla—, pero mi vida no es tan caótica como para precisar de sus

servicios.

—Podría llegar a serlo...

Su tono se había endurecido y su mirada también. Solongo comprendió en el acto que lo suyo era más amenazar que bromear.

—Incluso si llegara a serlo —le dijo con voz suave—, creo que no contaría con sus servicios.

—Usted no ha entendido nada, mi niña, yo trabajo únicamente para gobiernos y compañías multinacionales. Le iba a costar mucho poder pagar siquiera media hora de mi tiempo.

—En ese caso, creo que está todo dicho, y sería una falta de respeto hacerle perder un tiempo tan precioso, abuela.

Ya que ella la había tratado de «niña», ¿por qué privarse de tratarla de «abuela»? se había dicho Solongo. Y con la mano le hizo un gesto educado en dirección a la puerta. La mujer pareció molesta por la alusión a su edad. Solongo reconoció que se había hecho un lifting con plicatura del SMAS completado con relleno de ácido hialurónico en los pliegues nasolabiales. También una blefaroplastia. Y probablemente un aumento de pecho con prótesis redondas de gel cohesivo de silicona. Esa mujer había sabido emplear los medios a su alcance para convertirse en lo que quería ser, tanto a sus ojos como a los de los demás.

—No te hagas la tonta. Si alguien me ha pagado, y le ha salido bien caro, no ha sido para darle consejos a él sino para dártelos a ti. Y eso es lo que he venido a hacer hoy.

—Yo no acepto consejos de personas que no conozco, y no recuerdo que usted se haya presentado. Le ruego que se vaya ahora mismo. No me obligue a forzarla a hacerlo —dijo Solongo, tratando de ocultar su turbación.

La mujer del traje de chaqueta no se movió. Sin embargo, de un bolso de mano Louis Vuitton que llevaba en bandolera sacó un arma que parecía de juguete y apuntó con ella a Solongo sin estirar el brazo.

—No te engañes, es una C-13 americana. Pequeña pero fiable y muy eficaz hasta los cincuenta metros. Munición de cinco milímetros, pero con un cargador de ocho; la repetición multiplica su efecto dañino. ¿Has visto qué bien cabe en un simple bolso de mano?

Solongo se sorprendió al no sentir miedo. Ella conocía mejor que nadie el poder letal de las municiones. Mejor que esa mujer, que parecía creer que el calibre pequeño de las balas era un hándicap que se compensaba con la capacidad del cargador. Al ser unos dos gramos más ligeras, eran a la vez más

rápidas y más inestables en el impacto, lo que provocaba unas heridas terribles.

Con más arrogancia todavía, ahora que tenía un arma, la mujer se levantó y se acercó a Solongo.

—Te habían descrito como alguien más inteligente de lo que pareces. ¿Por qué me has forzado a amenazarte cuando vengo a ayudarte y a que te ahorres muchos problemas si aceptas ahorrárselos a quienes me envían?

—Que se hayan atrevido a enviarte a mi yurta con un arma es ya razón suficiente para no tener ningún deseo de conocerlos.

—Oh, no, no me digas que todavía crees en todas esas pamplinas del respeto por las tradiciones. Tendría que haberme dado cuenta sólo con ver la decoración. Se entra con el pie derecho, no se toca la puerta, no se apunta con los pies hacia el fuego, ¿algo más?

—Gracias a eso este país ha sobrevivido hasta hoy.

—Sí, exactamente eso: ha sobrevivido. Pero ahora lo que queremos es vivir. Coger la parte que nos corresponde. Alcanzar a los demás. Y justo por eso estoy en tu casa.

—No te entiendo.

—Es simple: los cuatros cadáveres a los que has ido a hacer la autopsia en el sur habían sufrido un accidente.

—¿Ésos? Imposible. He contado hasta ciento cuarenta y ocho fracturas en el que estaba más quebrado. Ningún accidente puede provocar eso.

—Las cifras se cambian. Nadie va a comprobarlas.

—Cómo que no, una contraautopsia siempre es posible.

—No habrá ninguna.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque no va a haber ninguna orden que la reclame.

—Pero podría ser yo quien la diera.

—Sería pedir algo imposible.

—¿Y eso por qué?

—Porque los cuerpos ya no existen —zanjó la mujer—. A estas horas ya han sido incinerados.

—¿Perdón?

—Verifícalo si quieres.

Solongo buscó su móvil y marcó el número de la morgue. El asistente de turno, recién despertado por la llamada, balbuceó una explicación incoherente,

asustado. Vinieron unos hombres, seis en total, él no sabía, puede que polis, sí, se comportaban como polis. Prepotentes. Amenazadores. Cogieron todos los informes. Se llevaron los cuatro cuerpos. Sacaron sus armas para que los obedeciera. No, no quedaba nada. Sí, también se habían llevado el registro.

Solongo se quedó paralizada con el teléfono en la mano unos instantes. La mujer disfrutaba con su estupefacción.

—Tú no eres nadie, mi pobre niña. Mis clientes pueden imponer lo que quieran en este país. Lo han comprado. Es de ellos, así que obedécelos y quizá puedas sacar provecho de lo que van a hacer con él.

—Ese país no me interesa, abuela. Yo ya tengo el mío, y me gusta.

—Perfecto, entonces sigue interpretando tu papel de burguesa nómada si quieres, pero no entorpezcas a los que quieren que las cosas avancen. Vas a redactar cuatro informes de autopsia nuevos y todo acabará bien para todo el mundo. Ya tenemos los comprobantes de la entrega de los cuerpos a las familias. Sólo faltas tú.

—¡Que los hagan ellos! Si saben robar y quemar cuerpos, deberían saber falsificar informes, ¿no?

—Ya... Lo que pasa es que manejamos mejor las armas que tu jergonza médica, ¿sabes?

Solongo la miró unos instantes en silencio, sentada en un pequeño taburete de madera típico, naranja y con motivos geométricos, y dejó el teléfono sobre una mesa baja.

—No voy a hacer nada si no me explicas lo que sucede. ¿Quiénes te envían?

—Nadie que necesites conocer para obedecerme.

—¿Obedecerte? Tú no eres más que una mensajera. A pesar de tu ropa de gallina vieja de lujo y tu piel estirada como la de un tambor de chamán, no tienes poder de decisión. Los hombres que te manipulan, porque vistos los esfuerzos que haces para parecerte a lo que imaginas que ellos desean no pueden ser más que hombres, te desprecian. Algunos se habrán aprovechado de ti. Físicamente, quiero decir, porque con lo que te pagan supongo que consideran que también tienen derecho a eso, ¿no? Poseer, coger, apropiarse, eso es lo que les gusta. Y así han hecho contigo. Seguramente ya antes, pero ahora más. ¿O sólo lo han hecho los más jóvenes, para poder presumir después delante de los mayores de haber sabido hacer como ellos? ¿Es eso? Y tú tienes que jadear más fuerte, tienes que exagerar tu placer de mujer madura que lo ha vivido todo, para hacerles creer que te atreves a lo que sea, para intentar mantener el control, fingiendo que

lo das todo. Dime, ¿dejas que te sodomicen?

—¡Cállate! —gritó la mujer blandiendo el arma—. No tienes ni idea de quiénes somos. Esos hombres hacen y deshacen países, y poseen ya la mitad del nuestro. ¿De verdad crees que vas a poder plantarles cara?

—¿Estás hablando de las concesiones mineras? ¿De esos fantoches? ¿Vienes a amenazarme a mi casa en nombre del *lobby* minero? El *lobby* minero, por muy arrogante y arribista que sea, no le da miedo a nadie.

—Pobre niña estúpida —dijo con exasperación la mujer, visiblemente molesta—, ¿quién ha hablado del *lobby* minero? Me refiero a los dueños de quienes poseen las minas. A los dueños del Gobierno, del Parlamento, de los medios de comunicación, de la justicia, de la policía, del ejército. Aquellos sin los que aquí nada se mueve o todo se hunde. Me refiero a los hombres que poseen una parte de Australia, de Canadá, la mitad de África y toda Mongolia.

—Déjate ya de leyendas urbanas, abuela.

—¿Leyendas urbanas? ¿La Colorado? Pero ¡¿de dónde sales tú, pobre niña?! ¡Abre los ojos!

—Ya está —dijo Solongo levantándose.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la mujer, ahora con desconfianza.

—Mis ojos ya están abiertos, tú me los acabas de abrir. Te envía la Colorado. Me lo acabas de decir.

Si la mujer se moría de rabia por haberse dejado atrapar, no dejó que se notara, y Solongo le reconoció en silencio ese talento.

—Bueno, quizá eso te ayude a comprender mejor qué te conviene —continuó la mujer.

—¿Y por qué esos cuatro muertos molestan a la Colorado?

—Eso tampoco es cosa tuya. Obedece y olvida el resto.

—¿Y los testigos? Había una treintena en el lugar, si no recuerdo mal. También una mujer policía. El camión que explotó...

—Todo eso ya está arreglado. Los testigos han salido ganando. Han sido compensados por su paciencia y por los daños que la explosión del camión haya podido causar a sus vehículos.

—Sólo había dos o tres coches dañados.

—No es eso lo que han declarado los otros conductores. Todos van a recibir un vehículo nuevo, salvo, por supuesto, las cuatro víctimas sobre las que cayó el camión cisterna.

—El propietario del camión no ha podido proponer semejante arreglo.

—Nosotros lo hemos ayudado a ser generoso, y a cambio él va a recibir una cisterna nueva.

—Y a la mujer policía, la que estaba en el lugar, ¿también van a sobornarla?

—Sus jefes se ocuparán de ella. La Colorado ha hecho que la destinen a otro caso.

Solongo guardó silencio, luego se dirigió hacia la puerta para indicarle que habían terminado.

—Voy a pensármelo —dijo.

—No dispones de mucho tiempo para hacer lo que se te pide. Mañana por la mañana pasaré por la morgue a recoger los nuevos informes de las autopsias.

La mujer guardó el arma en el bolso, se ajustó la chaqueta y se dirigió hacia la noche desafiando a Solongo con la mirada.

—¿Liposucción en las cartucheras? —preguntó la forense a espaldas de la mujer cuando ésta había dado ya algunos pasos fuera de la yurta.

La mujer se detuvo, se tomó un tiempo antes de volverse hacia la bella forense y mirarla a los ojos para responder:

—Cuando tienes por amante a un viejo ex poli que está acabado, solo y desarmado, sin poder ni autoridad, y por tanto vulnerable, aislado en una yurta en el corazón del Gobi, a dos horas de cualquiera que le pueda proporcionar auxilio, y sientes un mínimo apego por él, es mejor tragarse la insolencia y no hacer enfadar a quienes pueden destruirlo todo.

...LO CEGABA CON SUS LUCES LARGAS

Speedy pensaba que la bella alemana iba a querer abandonar el distrito diecisiete lo antes posible. Al caer la noche, aquel barrio de pequeñas dachas, cerradas a cal y canto tras sus empalizadas y con las yurtas arrinconadas al fondo de los jardines pelados y sin iluminación, se volvía menos seguro. Los tejados de tejas de colores, verdes, azules, rojas, se volvían grises en la oscuridad. Aun sin ser un nido de criminales, tampoco era el lugar adecuado para que una alemana se paseara con semejante carrocería.

El BMW primero había intentado llegar a la avenida por un callejón perpendicular. Luego había dado la vuelta a un bloque de yurtas, como si se hubiera perdido, y finalmente había retomado el camino dirigiéndose hacia el sur por la única calle de tierra que atravesaba el distrito diecisiete.

«Mala elección», se dijo Speedy lanzando tras él su Bellini coreana marrón y crema, a una distancia prudente y sin luces, aunque la calle estaba embarrada y llena de surcos y regueros. A su espalda, la tapa del cofre metálico transformado en caja de pizzas se agitaba con cada salto del ciclomotor a pesar de los alambres que intentaban retenerla. El día de su primera entrega había dejado la Bellini delante de una verja y al volver se había encontrado con que habían forzado la tapa de la caja de pizzas con un destornillador.

«Pizza Khan.» Eso se leía en la caja y en el casco, que llevaba puesto no por seguridad, sino para parecer un *pizzaman* como los de Nueva York o París. Speedy estaba orgulloso de aquella ocurrencia. «Pizza Khan.» Ahora ya entregaba en los tres distritos del este las pizzas que su madre preparaba en su yurta, a dos pasos de casa de Solongo. Así fue como ésta se convirtió en uno de sus primeros clientes. Seducida por los olores. Picadillo de buey, tomates maduros, perejil, cebolla gruesa y troceada, mucho ajo machacado, sal, pimienta

negra, paprika, pimienta de Cayena, pimientos, comino, cilantro. Nada de italiano. Las pizzas de Speedy eran *larmadjouns*. Pizzas armenias. Su madre había aprendido el arte de hacerlas de un viajero armenio, amante de paso y vagabundo gourmet.

Speedy se sabía de memoria la calle por la que bajaba el BMW X6, ajeno al barullo que armaba su Vespa falsa. El coche se dirigía hacia el sur y ninguna de las calles perpendiculares a la derecha le permitía llegar a la avenida, que estaba un kilómetro más al oeste. Todas las callejuelas acababan en un lodazal que se hundía entre los hedores de un arroyo donde se estancaban las aguas residuales del barrio. Él no lograba comprender la lógica de la conductora. Si tenías un cacharro como aquél era para lanzarlo a toda velocidad sobre el asfalto civilizado. En nada sólo le quedaría una opción para llegar a la avenida, con el riesgo añadido de que tendría que atravesar todo el sur del distrito hasta la Peace Avenue, a la altura del jardín botánico, casi a las afueras de la ciudad.

Tres callejones más tarde, como era de esperar, el BMW se metió a la derecha por el único pasaje que cruzaba el arroyo. El agua oscura arrastraba perezosamente sus inmundicias a través de un túnel de hormigón, corto y mal soterrado. Su diámetro daba una idea del torrente, que se convertía en arroyo con el deshielo o las tormentas. El coche pasó despacio por encima del badén de tierra en el que rebotó la máquina de Speedy. La noche abría en la calle zonas de sombras más traicioneras que los agujeros de una turbera. Ya estaban a punto de llegar a la avenida, cuyo resplandor se distinguía al final del callejón. Pero el BMW se detuvo de pronto, con sus potentes luces traseras ensangrentando los cercados de madera. En el acto aparecieron varios perros vagabundos que se desplegaron como un comando, falsamente temerosos. Speedy, cogido por sorpresa, se detuvo bastante lejos, derrapando sobre el barro. El coche se metió por una callejuela perpendicular, rumbo al norte, tan estrecha que Speedy vio cómo los retrovisores eléctricos rozaban contra los costados. Prefirió esperar y no seguirlo de inmediato. En primer lugar, para que no reparara en él, pero sobre todo para no tener que pasar a cámara lenta entre los perros con la Bellini oliendo a *larmadjoun* de carne picada. Siguió con la vista, por encima del laberinto de estacas, el resplandor de las luces del coche. Cuando comprendió que por una calle paralela tomaba de nuevo la dirección de la avenida, le dejó ganar un poco de distancia y luego lanzó su motocicleta a través de los perros, apartando a puntapiés a los que intentaban morderle las pantorrillas. Por suerte, una rata gorda como un gato se metió entre sus ruedas y la jauría se la disputó al instante a mordiscos, dejando que tanto Speedy como la rata escaparan. Giró a la

izquierda y echó un último vistazo prudente a esos perros estúpidos. El jefe de la jauría lo miraba desaparecer, inmóvil, pasmado. Cuando Speedy aceleró para alcanzar al BMW, oyó cómo los perros peleaban entre sí aún con más rabia.

El BMW aceleró de nuevo, como si estuviera imantado por las luces de la avenida, salpicando de barro las cercas con cada bache. Por ese tramo del camino debían de circular habitualmente camiones y máquinas de trabajo. La tierra estaba atravesada por unos surcos largos y paralelos. La motocicleta se deslizaba por ellos hasta que se atoraba de forma abrupta, como si se tratara de unos raíles traicioneros y peligrosos. Entonces Speedy se veía obligado a redoblar los esfuerzos para mantener la moto en equilibrio sin perder de vista el coche. De pronto, éste giró a la derecha en medio de la montaña de chatarra del lúgubre mercado de las grúas. Desde que la ciudad se había lanzado frenéticamente en pos del progreso, la necesidad desaforada de maquinaria de construcción había hecho surgir la idea grotesca de semejante mercado. Un especulador oportunista había conseguido juntar casi todas las grúas disponibles del país. Cientos de ellas se alzaban bajo la noche oscura, como un bosque de esqueletos destartalados y enjaezados de cables, o caídos por tierra en un cúmulo de plumas herrumbrosas, contrapesos, lastres, raíles de rodadura, bases, cabrestantes, ganchos y cables enroscados. Aquellas dos o tres hectáreas de grúas viejas, casi todas soviéticas, recuperadas de minas y estaciones, parecían más el vertedero de un chatarrero diabólico que el recinto de exposición de una empresa de alquiler de maquinaria.

Cuando Speedy se adentró por medio de los cables y las vigas de acero, lo hizo sin pensar, y ya demasiado tarde. El BMW, detenido enfrente de él, lo cegaba con sus luces largas.

16

CON LA CARA DE YERULDELGGER RECORTADA

A las tres de la madrugada Solongo entró en la morgue. Había acudido lo más rápido posible tras recibir la llamada de un inspector. Dos cuerpos yacían sobre las mesas de autopsia dentro de unas bolsas negras.

—El de ahí es un borracho que se cayó por la boca de una cloaca —explicó el inspector.

—¡Otro! A ver si algún día se deciden a tapparlas todas de una vez... —dijo Solongo poniéndose la bata.

—En su caso lo estaba, pero la tapa cedió bajo su peso.

—En esta ciudad nunca hay que pisar nada —dijo ella, enfundándose los guantes de látex—. Siempre hay que saltar, o rodear lo que sea. ¡Siempre!

—Éste habría sido incapaz de rodear nada. Tú me dirás lo que encuentras, pero apuesto a que por lo menos son dos gramos.

—No me habrás hecho venir por este borracho, ¿verdad?

—No, ha sido por el otro...

Solongo se dirigió a la segunda mesa. Encendió la gran lámpara focal de luz fría y pidió al inspector que apagara la luz general al salir. Le gustaba estar a solas cuando se encontraba por primera vez con un cuerpo. Era cuestión de pudor. De intimidación. Un cuerpo era un ser que acaba de morir, por lo general con violencia, un ser con una vida anterior, con amores, sentimientos, risas, llantos. Descorrer la cremallera de la bolsa era abrir la última maleta de un viajero con toda su vida dentro. Después ya no era más que un cadáver, abierto, cortado, destripado, descuartizado.

A Solongo le gustaba tomarse su tiempo para observar largamente a aquellos que le llegaban sin vida, y que sin embargo habían vivido hasta entonces sin ser

conscientes de la muerte. Retirarles la sábana. Observarlos. Desvestirlos. Observarlos. Descubrir, tomar muestras, anotar. Observarlos. Lavarlos con mimo. Observarlos. Tomarse su tiempo. Respetarlos. Luego cortarlos y convertirlos en cadáveres.

—Mira dentro de la boca —dijo el inspector antes de salir—. Por eso te he llamado.

Él desapareció de inmediato y ella se quedó unos segundos mirando la puerta con expresión perpleja. Luego se volvió hacia la mesa de autopsias y abrió la bolsa.

Solongo sintió que perdía pie al descubrir el rostro de Speedy. Todavía llevaba puesto el casco. Roto. Aplastado. Su rostro tumefacto dejaba pocas dudas acerca de su sufrimiento. El chico había sido golpeado hasta la muerte. Ningún accidente dejaba ese tipo de hematoma. Eran golpes. Salvo quizá ese desgarró ancho en la mejilla. Una mordida. Probablemente de perro. Revisó las notas que el inspector había dejado a su disposición. Descubierta en un terreno baldío del mercado de las grúas después de una llamada anónima. La patrulla se había visto obligada a batirse con unos perros vagabundos que les disputaban el cuerpo. El primer agente en llegar al lugar había matado dos bestias antes de que la jauría abandonara el cadáver. El segundo agente había encontrado el papel en la boca del chico, pero había preferido volverlo a dejar allí de inmediato y llamar a los inspectores.

Solongo cogió unas pinzas largas y abrió la boca de Speedy. Notó un principio de *rigor mortis* en la articulación temporomandibular y en la nuca. Con eso y otros detalles determinó la hora de la muerte alrededor de las diez de la noche. Poco después de que ella lo llamara por teléfono. Buscó el móvil y lo encontró metido en el bolsillo trasero del uniforme de la pequeña víctima. Su número estaba ahí, en la lista de llamadas entrantes. Pensó en borrarla, pero luego se dijo que los inspectores seguramente ya la habrían visto. De todos modos, ella no podía reprocharse nada. Salvo haber sido la causa de la muerte del pobre chico. Sin embargo, perfectamente podría haberlo llamado para pedirle una pizza. Lo hacía con frecuencia. Y esas numerosas llamadas se podrían rastrear sin problema. Y querer comerse una pizza a las diez de la noche, tras volver del trabajo, no tenía nada de sospechoso. Puso el teléfono sobre la mesa de utensilios y se concentró de nuevo en el cuerpo, dispuesta a forzarle un poco la boca. La garganta estaba obstruida por un papel que se había doblado con cuidado. Post mórtem, concluyó Solongo. Al ser un papel tan pequeño, él no habría podido contener el acto reflejo de deglutirlo. Lo sacó con precaución, con

la punta de las pinzas, y lo depositó sobre una copela de metal. Con la ayuda de otras pinzas lo desplegó con cuidado y su corazón volvió a dejar de latir por un instante. Era una fotografía pequeña. Con la cara de Yeruldelgger recortada.

17

«...EN LA GARGANTA DE UN MUERTO!»

—Así que pediste una pizza.

—Sí —mintió Solongo.

Conocía a Bekter, de Asuntos Especiales. No le resultaba hostil pero no se atrevía a confesarle que había llamado a Speedy para pedirle que siguiera a la mujer de los zapatos Louboutin. Pensó en él en cuanto la vio subirse al coche. Sabía que Speedy o bien estaba de guardia, dos calles más arriba, preparado para responder al próximo encargo, o bien de ruta por las callejuelas del distrito diecisiete para hacer una entrega. Ante la urgencia, decidió intentarlo.

—¿Speedy? Una berlina grande sale ahora de mi casa. Es alemana, creo. ¿Podrías hacerme el favor de seguirla y decirme dónde se baja la pasajera?

—¿Ahora te dedicas al espionaje, Doc?

—Esto es en serio, Speedy, necesito saberlo.

—Okey, Doc. Esto te va a costar una pizza doble, ¿te va?

—Gracias, Speedy. Ve con cuidado.

—Eh, que estamos hablando de Speedy, de Pizza Khan, en su Bellini, ¿qué quieres que me pase?

—Aun así, ve con cuidado.

Bekter se había dado cuenta de que ella estaba pensando en otra cosa y le dio unos segundos para que se centrara.

—¿No te preocupaste cuando viste que no te traía el pedido?

—No, era tarde, se me pasó el hambre y me quedé dormida. Me he despertado con la llamada de la policía.

—¿Solías encargarle pizzas?

—Bastante a menudo, sí. Al menos una vez por semana.

—¿Y en alguna ocasión se le había olvidado entregártela?

—No, pero también es la primera vez que lo asesinan.

Solongo lamentó de inmediato su insolencia. Bekter sólo estaba haciendo su trabajo y lo hacía bien, sin mostrarse agresivo con ella. No había necesidad de provocarlo.

—Sabes perfectamente que era clienta regular de Speedy. Habréis seguido el hilo de mis llamadas, supongo. ¿Por qué me interrogas así?

—Porque fuiste la última persona que habló con él.

—¿Y acaso eso me convierte en sospechosa? Estás razonando como un poli de serie de televisión. A las diez de la noche encargué una pizza a un chico cuya autopsia me han pedido cinco horas más tarde.

—Pero que murió poco después de tu llamada.

—Sí.

—Y cerca de tu casa.

—Cerca de casa.

—Y que no te entregó la pizza.

—En efecto, no me entregó la pizza.

—¿De qué era la pizza?

—Te lo ruego, Bekter, ¡no me hagas ese tipo de preguntas trampa!

—¿De qué era?

—Era una pizza armenia. No sé qué le ponen dentro, pero está buena.

—Me estás mintiendo, Solongo. No sé por qué, pero estás mintiendo. Tú no mataste al chaval, eso es evidente, pero sabes algo de esta historia, eso también lo es. Por lo visto, el chaval estaba siguiendo a un coche grande, extranjero. Hay testigos que los vieron pasar, uno detrás del otro. ¿Eso te dice algo?

—Nada.

—Era un BMW X6 todoterreno, un vehículo así no pasa desapercibido en ese barrio.

—Un nuevo rico, probablemente.

—No pertenece a nadie del distrito.

—Un traficante, entonces.

—Lugar equivocado en el momento equivocado. ¿Crees que Speedy se tropezó con algún narcotraficante?

—Mientras hacía su ronda, por qué no...

—Porque no llevaba nada en la caja. Ni una pizza. Nada. Estaba haciendo

una ronda de vacío. ¿Puedes decirme qué hacía él en el mercado de las grúas?

—No puede haber muerto ahí.

—Tú eres la forense. Según el *livor mortis*, no hubo desplazamiento del cuerpo.

—Entonces lo arrastraron hasta allí.

—¿Con su motocicleta? ¿Cómo obligas a alguien a que te siga a la fuerza cuando va en una motocicleta?

—...

—Lo que yo creo es que Speedy fue al mercado de las grúas por voluntad propia, y probablemente siguiendo a una berlina de lujo alemana. La cuestión es saber por qué. Y por qué eso le costó la vida.

—Yo no puedo responder a esas preguntas —dijo Solongo.

—Podrías —la corrigió Bekter—, pero no quieres.

—¿Por qué te escondería algo así?

—Para proteger a alguien.

—¿A quién?

—A Yeruldelgger, por ejemplo.

—¿Cómo? ¿Vas a acusar a Yeruldelgger de esto? Está en el Gobi, a cientos de kilómetros de aquí, ¿cómo quieres que él tenga relación con algo que acaba de pasar en el distrito diecisiete?

—No lo sé, Solongo, no lo sé. Pero ¡su retrato está en la garganta de un muerto!

18

«...EN LOS BURDELES DE SHANGHÁI O DE MACAO»

La mujer de los Louboutin había reaparecido antes incluso de que Bekter convocara a Solongo. En la morgue, en plena noche, en la sala de autopsias. Solongo estaba cosiendo el cuerpo vaciado de Speedy cuando su voz la sobresaltó.

—¿Me crees ahora?

Estaba en la penumbra, fuera del alcance de la luz cruda de la zona de autopsias. La rabia, tanto como el miedo y sus reflejos, hizo que Solongo moviera la pesada lámpara focal suspendida sobre la zona y apuntara su haz blanco para cegar a la intrusa. Ésta seguía vestida con su sobrio traje de chaqueta de corte parisino, pero bajo aquella luz sin filtro parecía una anciana que se hubiera hecho un lifting y se hubiera vestido como una burguesa occidental.

—Fue una muy mala idea hacer que ese chico me siguiera. A mis clientes no les gusta que descubran su identidad. Espero que hayas entendido el mensaje.

—¿Llama usted «mensaje» al asesinato de un chico?

—Sí. Y creo que ha sido bastante claro. Mis clientes son gente a quien conviene obedecer y que siempre mantienen sus promesas. Sobre todo en materia de castigos.

—¿Y por qué merecía ser castigado ese chico?

—No es a él a quien hemos castigado. Es a ti, mi pobre niña. Nosotros lo hemos matado, es cierto, pero eres tú quien lo empujó a la muerte. Tu sentimiento de culpa es tu castigo.

—¿Por qué quieren falsificar los informes de las autopsias?

—No tienes por qué saberlo.

—Pero quiero saberlo.

—¿Quieres ver cómo muere Yeruldelgger?

—¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Nada, salvo que te importa. Eso es suficiente para nosotros.

Solongo vaciló, pero se resignó con rabia. Enfocó de nuevo la lámpara sobre la mesa con un gesto tan brusco que puso a bailar el dictáfono que había atado al extremo de su cable. Sacó cuatro informes en blanco de un cajón de su escritorio y los puso sobre la mesa. El dictáfono seguía balanceándose y lo inmovilizó con una mano airada.

—Aquí están. A ver, ¿cómo quiere que redacte los informes?

—Como mejor te parezca mientras tus observaciones confirmen la tesis de un accidente de coche.

—Sigo sin comprender qué puede cambiar eso.

—No tienes que comprender nada. Convierte un crimen en un accidente, es lo único que te pedimos.

—Así que ustedes mismos reconocen que fue un crimen.

—No hace falta ser un matasanos para saberlo —se burló la mujer, acercándose por encima del hombro de la forense para comprobar lo que ésta escribía.

Solongo describió brevemente el cadáver de cada una de las víctimas y adjuntó varias constataciones externas positivas y negativas. Luego redactó un informe con las conclusiones macroscópicas de los tejidos y de los órganos, repartiendo entre las víctimas diferentes lesiones letales. Añadió resultados de análisis que señalaban niveles elevados de alcoholemia, de los componentes TCH y CBD, presentes en la marihuana, y concluyó que las muertes se debían a traumatismos craneales y compresiones torácicas con estallido de órganos y hemorragias internas.

—Meter la foto de Yeruldelgger en la boca del chico fue demasiado teatral y muy poco astuto. Esa pista podría llevar a la policía hasta ustedes.

—¿Es que no has entendido nada? Estamos demasiado arriba; nadie puede remontar hasta nosotros. Y además controlamos todo el país, en todas sus esferas. Todas.

—En ese caso, ¿por qué habría de causarles molestias la manera en que realmente murieron? ¿Es por la puesta en escena ritual? —preguntó Solongo, tendiendo los informes a la mujer.

Ésta los cogió y revisó las conclusiones de los cuatro sin exteriorizar su satisfacción.

—Sí, es ese lado ritual el que nos fastidia. Puede que seas una mujer inteligente después de todo. Cuida de que eso no haga morir a más personas de tu entorno.

La mujer estaba a punto de cruzar la compuerta de aislamiento de la morgue cuando cambió de opinión. Se volvió hacia Solongo, la examinó detenidamente de los pies a la cabeza, luego la miró directo a los ojos para que su amenaza quedara bien clara.

—También eres una mujer muy hermosa. Tengo amigos que se pelearían para poder ofrecerte a sus mejores clientes en los burdeles de Shanghái o de Macao.

19

«¿TAMBIÉN A ELLA TE LA QUIERES TIRARA LA MANERA NÓMADA?!»

—Pero ¿qué está haciendo él ahí? —gruñó la policía.

Un poco más arriba, sobre un repecho de la pendiente y acuclillado delante de su caballo como hacen los nómadas, Yeruldelgger observaba un Suzuki polvoriento que trepaba hacia él. Odval sonrió, miraba en silencio a la teniente, que iba al volante y estaba cada vez más irritada.

—¿Qué!

Odval no contestó. Sabía cuál era la respuesta y eso la divertía.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Guerléi. Me llamo Guerléi. Teniente Guerléi —ladró la policía—. ¿Estás segura de que es aquí?

—Si Yeruldelgger está ahí...

—¿Y el cuerpo?

—Allí donde estén las moscas.

La teniente Guerléi clavó los frenos a pocos metros del caballo de Yeruldelgger. Ni el hombre ni el animal se movieron. Cuando la nube de polvo marrón se disipó, la teniente distinguió el cadáver bajo un zumbido de moscas irisadas en pleno asalto. Salió del todoterreno y cerró la portezuela sin esperar a Odval.

—¿Cómo lo has hecho?! —gritó a Yeruldelgger, que le respondió con una sonrisa ancha, pero sin decir nada.

—¿Cómo lo ha hecho? —insistió la teniente, mirando a Odval.

La joven, con la misma sonrisa satisfecha de Yeruldelgger, apuntó con el dedo índice al cielo. La teniente alzó los ojos sin comprender.

—Ahí arriba —dijo Odval—, los quebrantahuesos...

La policía entornó los ojos para resistir el azul luminoso del cielo. Distinguió dos puntos minúsculos que se deslizaban en espiral mil metros por encima de ellos.

—Desde esa altura, son capaces de distinguir el rastro de orina de un ratón en la hierba, ¡así que imagínate una carroña de la talla de un hombre! Sólo era cuestión de tomarlos como referencia y acortar por la montaña a caballo, mientras que nosotras hemos tenido que recorrer el valle para encontrar una pista de acceso. No hay nada de brujería en ello.

—Jodidos trucos de nómada... —masculló la teniente vuelta hacia el cadáver—, espero al menos que él no haya tocado nada.

—No, «él» ya no es poli, así que «él» te ha esperado —se burló Yeruldelgger.

—Menos mal.

El cuerpo estaba tumbado boca abajo en el fondo de una zanja pequeña. El hombre había necesitado varias semanas para excavarla, probablemente con la ayuda de las herramientas que tenía al lado. Una de las palas, de lámina plana y recta como la de una azada, habría servido para igualar con esmero los laterales de la zanja. Con la misma, que se veía manchada de sangre, le habían abierto el cráneo al pobre geólogo. Yeruldelgger miraba a la teniente mientras ésta observaba el suelo alrededor del muerto. Se preguntó si también repararía en ellas, pero cuando la vio recular no le cupo duda. La policía trazó un círculo a cinco metros del cadáver, en torno a la escena del crimen, con pasos prudentes y atentos. Luego amplió el círculo dos veces y entonces las vio, en la pendiente que subía hasta el lugar donde yacía el cuerpo. La mujer contó sólo tres porque hacía mucho tiempo que había perdido el instinto de los nómadas. Él había contado cinco antes de su llegada. Eran huellas de caballo. Cinco caballos según él, tres según ella, pero la conclusión era la misma: lo había atacado un grupo de jinetes. La policía se acercó a Yeruldelgger y Odval.

—¿El ataque de unos nómadas?

—Normalmente la emprenden contra los ninjas, no contra los geólogos.

—¿Estás seguro de que saben diferenciarlos? Después de todo, este tipo abría agujeros. Eso bastaría para encender su cólera en los tiempos que corren.

—¿Lo dices porque según tú esto parece un pozo de ninja?

La teniente tuvo que rendirse a la evidencia. El agujero en el que yacía el cuerpo del geólogo rodeado de moscas parecía más una zanja que un pozo

minero improvisado.

—¿Y qué deduces tú?

—Yo, nada. Nada de nada. Yo ya no soy poli. Prometí a Odval que vendría hasta aquí, y he venido, la policía está en el lugar, así que ahora me voy a mí *naadam*.

—Lo que Yeruldelgger no quiere decir —intervino entonces Odval— es que, si no se trató de un error, mataron a Léautaud por ser quien era, y no porque pareciera un ninja.

Se volvieron los dos a la vez y descubrieron los ojos enrojecidos de la joven. La teniente no le dio importancia, pero a Yeruldelgger lo impactó. No hacía mucho él habría ignorado aquella pena, cegado por su propia rabia. Ahora la estaba ignorando porque la veía como una desconocida, y el resultado era el mismo. Aún no se había convertido en otro. Seguía siendo el mismo, a pesar de las apariencias, a pesar de los meses de soledad y meditación. Pero algo se rompió dentro de él y lo empujó a acercarse a la joven.

—Lo siento —le dijo—, no tienes por qué soportar todo esto, hermanita. Coge mi caballo y ve en busca de los demás. La teniente y yo nos ocuparemos del cuerpo de tu amigo, y ella te tendrá al corriente de la investigación.

La miraron alejarse. Yeruldelgger dejó que la teniente fotografiara la escena y recogiera las escasas pistas. Por suerte, el Suzuki de Terra Nostra estaba equipado con portaequipajes y encontraron un toldo de plástico en el maletero. Él ayudó a la teniente a envolver el cuerpo con el toldo, a alzarlo hasta el techo del coche y a sujetarlo con una cuerda. Ella se sentó al volante y no disimuló su impaciencia ante la lentitud de Yeruldelgger. Pero lo que hizo éste fue abrir la puerta trasera del todoterreno y ponerse a rebuscar en el maletero. Arrojava objetos al suelo a medida que los iba desechando por inútiles. Luego cerró la puerta y se agachó a la altura de la teniente.

—Te habrás dado cuenta, espero.

—¿De qué, de las huellas? —ladró ella—. ¿Me tomas por una principiante? Son huellas de calzado de marcha; no pertenecen a las suelas flexibles de las botas de los nómadas.

—Y supongo que también te acordarás de...

—De que los cuatro fiambres del puente llevaban calzado ranger susceptible de dejar este tipo de huellas.

—¿Y...?

—Y que los tipos que pensaban que iba a dejarlos que zurraran al ninja

también los llevaban.

—Ya ves, cuando quieres...

—Cuando quiero, ¿qué?

—Puedes ser amable, dar conversación, compartir tus conclusiones...

—Vete al infierno. Una palabra más y te vuelves andando.

—Por todos los espíritus de la estepa, ¿no será que estás tocada por la gracia de la intuición chamánica? Porque eso es exactamente lo que iba a proponerte.

—¿Que volvieras andando?

—Sí —respondió Yeruldelgger con una sonrisa—. Voy a quedarme aquí, empapándome del lugar. Olfateo un perfume de misterio que cosquillea mis neuronas de ex poli. Sé amable: cuando llegues devuélvele el coche a la arpía esa extranjera y explícale cómo reunirse conmigo.

La teniente Guerléi se plantó las Ray-Ban chinas en su naricita de bajita asiática y miró durante unos segundos a Yeruldelgger antes de hacer aullar el embrague y poner a patinar los neumáticos como respuesta, acribillando la escena del crimen con una metralla de guijarros en medio de una nube de tierra ocre. Luego se lanzó directamente hacia una hondonada, decidida a regresar por el mismo camino que él había hecho a caballo para llegar hasta allí. Él contempló cómo desaparecía dejando una polvareda suspendida que el viento invisible arrastró despacio hacia el oeste. Una nube minúscula enmascaró el sol, enorme, incandescente, pero sólo un instante, luego vertió de nuevo sus rayos e inflamó la montaña. Yeruldelgger vio en aquella claridad la misma fuerza y la misma provocación que flameaban en las últimas palabras que la teniente le había gritado a través de la ventanilla:

—¿También a ella te la quieres tirar a la manera nómada?!

20

«SOBRE TODO PARA SER UNA PLACA INTRACONTINENTAL»

—¿Qué hacía él aquí? —preguntó Yeruldelgger en inglés.

Por supuesto, la teniente Guerléi había vuelto junto con Jacqueline Langlade.

—Observaba cómo se movía la India —dijo la quebequense con la mirada perdida por encima de los montes iluminados por un sol rojo, del otro lado del valle.

—Sabes —murmuró la teniente mirándose los pies plantados en el polvo—, hoy he tenido una jornada muy pesada, y no hay ninguna razón para que las próximas no sean todavía peores. De modo que es posible que tus tetas de pezones grandes, remetidas astutamente en tu blusa pequeña y demasiado escotada, consigan distraer la atención de mi camarada en este asunto, pero no es mi caso. En absoluto. Así que será mejor que te metas en el bolsillo tu libido de calientapollas y dejes de tomarme por imbécil.

La quebequense permaneció inmóvil, hipnotizada por las sombras malvas que la puesta de sol excavaba en el valle, bajo el fuego de las montañas rojas.

—A tres mil kilómetros al oeste, la India remonta hacia el norte a razón de unos seis centímetros al año.

—¿La India se mueve? —se asombró Yeruldelgger.

—Sí, y todo lo que está sobre la placa tectónica india lo hace con ella. Se separó de África hace setenta millones de años y levantó la arruga del Himalaya cuando chocó contra la placa euroasiática, veinte millones de años más tarde.

—¿Chocó? ¿Seis centímetros al año? —se burló la policía.

—En esa época, la placa india iba más rápido, a veinte centímetros por año, pero no es la velocidad lo que cuenta, es la tensión acumulada durante millones de años de compresión. El día que una de las dos fuerzas cede, el reajuste en la

superficie libera energías que convierten Hiroshima en un pedo de mosca en medio de una tormenta cósmica.

—Y él observaba el movimiento de la India. Bocabajo dentro de una zanja...

—Buscaba los rastros, porque vuestro hermoso país plantó su bonito culo en un lindo polvorín. Todo lo que veis aquí, a vuestro alrededor, estos paisajes tan bellos de los que estáis tan orgullosos, son los daños colaterales del combate de titanes de las placas tectónicas. Esa alineación de faces triangulares que marcan los contrafuertes de la montaña, allá abajo; ese triple escalonamiento de peldaños erosionados que se adivina un poco más lejos; aquella terraza de abrasión; esa dislocación perpendicular al valle, que tomáis por un accidente del terreno, o el curso en forma de bayoneta de ese río que se tuerce al oeste con un ángulo de noventa grados para volver a girar directamente hacia el sur cien metros más lejos y recuperar la dirección del principio. Todo eso nos cuenta la historia sísmica de este país. Una historia violenta y brutal, a merced de una cascada de seísmos.

—¿Qué son todas esas tonterías? ¿Tú entiendes algo? —gruñó la teniente, incrédula.

Yeruldelgger no respondió, tenía la mirada puesta en el horizonte erosionado y sus colinas milenarias. Sólo había belleza. El ocre salvaje de los contrafuertes alineados oblicuamente. Las cañadas malvas de paredes azuleadas por las sombras. La hondonada fresca y verde del valle, entre pequeñas terrazas mullidas y escalonadas que acompañaban el curso perezoso de un río cobrizo en su reflejo del cielo. ¿Cómo podía todo aquello no ser más que la consecuencia de un caos magmático?

—Tsetserleg, Bolnái, Fu-Yun, Gobi-Altái... ¿No os dicen nada? Cuatro seísmos de magnitud igual o superior a ocho grados en cincuenta años. Algo nunca visto. Todo el mundo viene a esta tierra a estudiar esa cascada de seísmos.

—Yo nunca he vivido un terremoto. He sentido el suelo agitarse a mis pies, sí, pero nunca he vivido una catástrofe como las que dices.

La teniente se resistía.

—Yo tampoco —confesó Yeruldelgger.

—Sois demasiado jóvenes. Pero sin duda habréis oído hablar del terremoto de Tangshan, en China, en el setenta y seis.

—De eso sí me acuerdo —dijo Yeruldelgger—. Fue un horror. La ciudad minera más grande de China. Hubo cientos de miles de muertos.

—Doscientos cuarenta mil, oficialmente. Puede que el triple,

extraoficialmente —dijo Jacqueline Langlade—. Los cuatro seísmos que golpearon Mongolia entre 1905 y 1957 fueron, cada uno de ellos, mucho más violentos que el de Tangshan.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque en China había más de un millón de personas en la misma ciudad, mientras que aquí no había más de millón y medio dispersadas por un país inmenso. Los seísmos golpearon Mongolia en zonas con menos de un habitante por kilómetro cuadrado, que además vivía en una yurta de lona, contra los cien habitantes por kilómetro cuadrado de Tangshan, lleno de edificios construidos de cualquier manera con cemento de mala calidad.

—Gracias por la lección —dijo la teniente, perdiendo la paciencia.

—Un día te acordarás de ella.

—Espero que no —murmuró Yeruldelgger.

—Puede que tú no, pero tu país seguro que sí. Está escrito en las entrañas de la tierra. La India os está empujando desde el oeste, vuestro continente busca una vía de expansión hacia el este, donde la placa del Pacífico se le resiste. Y todos los desgarros de esas confrontaciones acuchillan vuestro país formando una red de fallas por las que pasará fatalmente el reajuste brutal de las cosas. Hoy en día en Ulán Bator hay más habitantes que en Tangshan en 1976. Además de que allí se concentra toda la riqueza del país. Si un seísmo destruyera la capital, ¡sería el final de vuestra Mongolia!

—Déjate de tonterías. Los geólogos ni siquiera sabéis prevenir las erupciones, los seísmos o los tsunamis, y tú vienes a decirnos que calculas la deriva de un continente en centímetros por año, ¡hace cuarenta millones de años! Cierra el pico y dinos qué estaba haciendo aquí. Y si me sueltas que mirando cómo se movía la India, hago que te las tragues.

—¿El qué? —dijo sorprendida la geóloga.

—¡Tus tetas! —gritó la teniente.

—¿Él también trabajaba para Terra Nostra, como tú? —intervino Yeruldelgger, para darle tiempo a la pelirroja de poner un poco de orden en su cabeza y en su blusa.

—No. Jacques trabajaba para el Bureau de Recherches Géologiques et Minières o BRGM, es decir, la oficina de investigaciones geológicas y mineras de Francia. Nunca he sabido bien qué hacía él aquí. Paleosismología, supongo, aunque ésa no era su formación original, según entendí.

—¿Y cuál era su formación?

—Él era geólogo, como yo. Máster en geología de recursos naturales por la Universidad de Toulouse, pero lo conocí en Montreal, donde estaba haciendo una especialización. En la época era un jovencuelo con pretensiones; se negó a echarme un polvo cuando se lo propuse la Noche de los Geólogos, que es la de las novatadas. Me lo volví a encontrar en el Grand Khaan Irish Pub de Ulán Bator, el año pasado, su primera noche destinado aquí. Yo llevaba ya un año en Mongolia. Esa vez me encandiló con sus aires de Indiana Jones y no lo dejé escapar. Me lo tiré a lo salvaje en plena noche sobre el mismísimo mármol rosa y blanco de ese merengue gigante que os sirve de Teatro Nacional, al otro lado del estacionamiento del Irish Pub.

—¡Eres increíble: te tapan las tetas y sacas el culo! Paso de ti. Sólo quiero saber quién era él. ¿Qué trabajo hacía para la BRGM?

—No lo sé muy bien. Intentaba evaluar los riesgos sísmicos, supongo. Desde hacía un año, su programa era casi un calco del mío. De hecho, eran otro tipo de terremotos, más bien de los que nos sacuden en la cama, los que le interesaban —dijo la geóloga—, pero no quisiera escandalizarte, poli vieja y puritana, lesbiana frustrada vestida con un uniforme de tío.

El puñetazo de la teniente la alcanzó en la barbilla y la dejó fuera de combate. Yeruldelgger apenas pudo deslizarse a su espalda para sujetarla. Con la caída, el molinete inconsciente de sus brazos le arrancó los botones de la blusa, y cuando volvió en sí al cabo de unos segundos se encontró con las manos de él sosteniendo con descaro sus pechos generosos.

—No te preocupes por mí —dijo la geóloga, coqueta, y le puso las manos encima para que no las retirara.

—Pero, bueno, por lo menos ten algo de vergüenza delante de mí —ladró la teniente.

Yeruldelgger levantó a la joven y volvió a calmar sus manos y sus ánimos.

—¿Y tú en qué trabajas?

—Firmé una cláusula de confidencialidad y no puedo contar nada. De todos modos, ni siquiera yo lo sé muy bien. Anoto registros y tomo las muestras que me piden.

—¿Quién te las pide?

—La BRGM. Es un programa de intercambio que depende de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Mongolia, en Ulán Bator. Funciona como una oenegé, con intercambio de geólogos para que estudien sobre el terreno. La Universidad de Quebec, en Montreal, forma parte de él, por eso estamos aquí.

—¿Estáis?

—Hay veinte geólogos canadienses en este proyecto.

—Eso sigue sin explicar lo que haces tú.

—Ya te lo he dicho, tengo un compromiso de confidencialidad.

—Y yo el asesinato de un francés que te ponía los cuernos en la estepa, lo que hace de ti mi primera sospechosa —la interrumpió la teniente—, así que tu confidencialidad te la puedes meter por...

—Por favor —suplicó Yeruldelgger—, respóndele, si no va a sacar lo de tus pechos al final de cada frase.

—¿Ahora quiere dársele de poli mala conmigo? Ella sabe muy bien que yo estaba lejos de aquí cuando la otra huelebraguetas descubrió su cuerpo. ¡Que le pregunte a esa calentorra!

—¿Calentorra? —dudó la teniente, que no tenía tanto vocabulario en francés.

—Quiere decir la amante de tu amante.

—Lo que quiero decir es pedazo de puta, guarra, zorra, arrastrada, es...

—Está bien, está bien, lo hemos comprendido. Lo que la teniente quiere decir es que ella te puede complicar la vida mucho más de lo que puede hacerlo cometer un pequeño desliz en la confidencialidad.

—Ella conocía a la víctima. La conocía desde su juventud. Tenía relaciones sexuales con ella. Relaciones extramatrimoniales. Es celosa como una virgen, provocadora como un pavo y colérica como un hipopótamo. Te garantizo que haré que la condenen aunque no haya sido ella.

—En tu lugar, yo hablaría con la teniente —le aconsejó Yeruldelgger.

La geóloga fulminó a la policía con la mirada antes de hablar.

—Cada noche, la oficina de Terra Nostra nos envía las instrucciones para el día siguiente desde los locales de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Mongolia. De vuelta, les transmitimos nuestras anotaciones, que son codificadas y enviadas a su vez a la central de la Universidad de Quebec, en Montreal. ¡Vayan a saber por qué! Probablemente porque los equipos de allí aprovechan la diferencia horaria para trabajar con nuestros datos antes de enviarnos las siguientes instrucciones. Y quizá también se deba a que en Montreal hay más seguridad.

—¿Por qué? ¿Hay cosas que ocultar?

—Pero ¿de dónde ha salido ésta? —se burló la geóloga poniendo a Yeruldelgger por testigo antes de dirigirse directamente a la teniente—. Todo tu puto país invita al manoseo y la violación geológica. Excaves donde excaves

encuentras algo. Oro, cobre, minerales raros, carbón, uranio. ¿Crees que eso no interesa a los halcones del capitalismo globalizado? Todo aquí es motivo de secreto industrial. Lo que se busca, cómo acceder a ello, cómo extraerlo, cómo transportarlo, cómo tratarlo. Soy incapaz de decirte sobre qué estoy trabajando. Sin duda es un proyecto norte-sur. Un depósito enorme identificado inicialmente mediante cartografía espacial desde el satélite francés *Helios*. Puede ser una prospección minera, una evaluación hidrológica o el trazado de una nueva vía de comunicación, una carretera, por ejemplo...

—¿Todo este circo por una carretera?

—Cuando en la mina de Tolgói, al sur, se alcance la velocidad de crucero, se producirán cuatrocientas cincuenta mil toneladas de cobre al año. La tasa de cobre en el mineral es de una media del tres por ciento. Eso da quince millones de toneladas a transportar hasta el lugar de tratamiento del mineral. A cincuenta toneladas de carga útil por camión, esto supone trescientos mil camiones por año. Algo así como más de ochocientos camiones al día. Un camión cada minuto. Y una carretera capaz de absorber todo eso cuesta hasta un millón de dólares por kilómetro. Lo suficiente como para animar a los inversores a desplazar un satélite para cartografiar el trayecto, y a los gerentes de ganancias a ordenar a los geómetras que ahorren todos los kilómetros que puedan.

Yeruldelgger encajó otro golpe. Por segunda vez en pocos minutos, la extranjera trazaba un retrato de su país que él no reconocía pero adivinaba que era cierto. Primero, su estepa, que no sería más que la consecuencia de la deriva de los continentes, y ahora sus montañas y sus valles, en manos de unos conquistadores invisibles que los espían desde el cielo para destriparlos mejor.

Dejó a las dos mujeres enzarzadas y se alejó para subir a la colina y agacharse en la cima. Los cuatro muertos del puente habían sido martirizados al más puro estilo tradicional sobre un asfalto llamado a trazar el futuro de la nación. Un destino fruto de un caos geológico aleatorio que los extranjeros medían en centímetros por millón de años. Un caos cuyas migajas empujaban a hordas de ninjas a devastar la estepa y desplazar a los nómadas para buscar oro bajo sus pastizales. Un pillaje que había provocado la muerte de uno de esos extranjeros, que había sido asesinado por unos criminales que habían actuado como nómadas furiosos, aunque probablemente no lo fueran. Todo eso sin contar los esqueletos monstruosos del pozo de Ganbold, ni el pequeño cráneo.

—Maldito país... —murmuró Yeruldelgger.

No hacía más que unos pocos meses de su retiro y se preguntaba cómo había podido irse todo al garete tan deprisa. Había leído en alguna parte que la

velocidad del progreso se doblaba con cada nueva etapa. El equivalente a lo que había necesitado un siglo para ser inventado luego se inventaba en cincuenta años. Luego en veinticinco. En su momento había desechado aquella estadística ridícula con un encogimiento de hombros. Ahora le producía vértigo. ¿Dónde se detendría aquella carrera desenfrenada? Todo parecía seguir de pronto la misma curva exponencial: la codicia de los hombres, su egoísmo, su violencia. Él no había querido verlo venir, ocupado como estaba en batallar contra la miseria del mundo y los peores instintos del ser humano. Lo habían enviado a batirse a los bajos fondos para evitar que levantara la vista. Él y los demás. Todos los demás. Todos los que trabajaban, se afanaban y deslomaban por sobrevivir, orgullosos de habitar en el país más bello del mundo. ¿Y ahora qué? ¿Todo aquello no había sido más que una ilusión? ¿Su país iba a desaparecer? Se masajeó el rostro con sus manos anchas antes de que las lágrimas rodaran y suspiró profundamente.

—¿Trance, o abandono? —le preguntó la policía agachándose a su lado.

En realidad ella no esperaba una respuesta. Permanecieron en silencio uno al lado del otro durante un buen rato, admirando el paisaje y la noche que emergía desde el fondo del valle, buscando con la mirada las huellas de líneas de ruptura, declives de fallas, líneas de deslizamiento. Nada de lo que había dicho la geóloga alteraba la belleza de la estepa, pero ahora la duda estaba ahí, en ellos, como una semilla. Él prefería no pensar en eso.

—¿«Celosa como una virgen»?

—No se me ha ocurrido nada mejor.

—¿«Provocadora como un pavo»?

—Por el maquillaje. Los colores alrededor de los ojos...

—Pero el pavo es macho.

—¿Y qué?

—¿«Colérica como un hipopótamo»?

—Por un documental en Geo. Salían dos hipopótamos furiosos que expulsaban a un cocodrilo de su espacio vital. Nunca he visto a nadie tan enfadado.

De nuevo se quedaron en silencio, mirando cómo el valle se hundía en la noche.

—La literatura no es lo mío —acabó por admitir la teniente Guerléi.

—Y tampoco eres lesbiana.

—Tampoco.

—¿Puedo sentarme con vosotros? —preguntó la geóloga, con los brazos

cruzados y bien apretados sobre los pechos, como si los contuviera, pero también para protegerse del frío que llegaba con la sombra azul del valle.

Yeruldelgger le indicó palmeando el suelo con la mano que podía sentarse ahí, junto a él, en el lado opuesto a la teniente, y los tres permanecieron en silencio.

—De todas formas es hermoso —acabó por decir la teniente.

—Sí —admitió, con voz soñadora, la geóloga—. Sobre todo para ser una placa intracontinental.

21

...POR DENTRO Y POR FUERA

Era un maldito pedregal, más allá del último barrio de yurtas miserables, al oeste de Ulán Bator.

—Nunca había estado aquí. Es desolador. ¿Por qué escogió este lugar? —preguntó Bekter.

—Porque tiene pegada la montaña al norte y mira hacia el río Tuul en el sur —respondió Solongo.

—¿Y quizá también porque está frente a la montaña sagrada de Bogd Khan?

—Seguramente también pensó en eso —dijo Solongo, sin percibir la rabia y la exasperación en la voz del poli de Asuntos Especiales.

Se quedaron un buen rato contemplando en silencio el cementerio de Naran. Era el único de los cinco cementerios de Ulán Bator, junto con el de Tsagaan, al este, que no había sido absorbido por la ciudad. Las tumbas se desperdigaban sin ningún orden al pie de los contrafuertes áridos de una montaña desarbolada por la mano del hombre y erosionada por los vientos del sur, en una extensión de varios kilómetros de terreno baldío llena de basura y desechos. Había tumbas a la soviética, hundidas en parte sobre sí mismas, enredadas en el metal herrumbroso de sus balaustradas de hierro forjado, destartadas por el paso del tiempo. Algunas estelas de piedra. Grabadas. Pero sobre todo se veían, hasta donde alcanzaba la vista, unos montículos macabros señalados con una piedra plana clavada en vertical.

—Esto es lo que más me asusta de este país. Toda esta inercia. Esta capacidad de rechazarlo todo para seguir anclados en el pasado. Con toda razón, la ley de 1955 se impuso para dar un baño de decencia a nuestra práctica inmunda de dejar a los muertos a cielo abierto, a merced de los perros y los cuervos. Derecho a una sepultura y respeto por los muertos, ¿es pedir

demasiado? Un cementerio concebido como un lugar para el recuerdo, sin suciedad, rodeado de una empalizada hermosa y cubierto de verde, ¿por qué nadie quiere eso?

A lo lejos, en medio de aquellas piedras inmovilizadas por la muerte, se veía una silueta encorvada por la edad. Envejecida por el peso de una tristeza arrolladora, la mujer miraba a dos vecinos que excavaban en la tierra dura y seca, cubierta de arena polvorienta. Había escogido el cementerio más alejado de la ciudad y había caminado todo lo que había podido antes de señalar el lugar donde quería ver desaparecer a su pequeño Tulgabat. Solongo no quiso contarle a Bekter que la había acompañado la víspera para «ocupar el sitio».

Al atardecer, la madre de Speedy se había quedado vagando entre las tumbas destripadas. Unos perros insolentes desenterraban huesos asediados por varios cuervos sin asomo de miedo. Los perros acabaron por meterse debajo de la carrocería de un coche abandonado, y los cuervos, al acecho, sobre el techo carcomido por la herrumbre. Cuando la vieja se detuvo mirando fijamente un punto en el suelo delante de ella, Solongo sacó de sus bolsillos unas ramitas y un poco de papel y encendió dos fuegos pequeños. Las dos cruzaron esa puerta purificadora y pidieron a los señores de ese rincón del mundo, espíritus de las cosas y de los hombres, permiso para «ocupar el sitio» y que acogieran el alma de Tulgabat. Luego la anciana tapó el trozo de terreno con una manta fina para protegerlo de las impurezas del mundo y de la noche hasta el día siguiente.

La manta ya no estaba. La habría robado algún borracho extraviado o unos amantes sin hogar. Solongo sabía que la anciana, que no se dejaba engañar por aquello en lo que se habían convertido sus creencias, se reía de ello.

—¿Qué necesidad tenía el régimen anterior de legislar sobre este asunto? — se preguntó Solongo.

—Quizá querían evitar que una ciudad de millón y medio de habitantes dejara los cadáveres de sus muertos en plena calle, como se hacía antaño.

—Sabes bien que ése no era el propósito de la ley de 1955, ni de la de 1956 o de las otras dos que les siguieron. El objetivo era ideológico. Obligar a la tradición a pasar por el aro del sistema soviético. ¡El derecho del pueblo a la sepultura, no me fastidies! Lo que querían enterrar era la tradición nómada.

—Pero ¿cómo puede ser que tú, siendo forense, médico, no seas sensible a esas medidas higiénicas de sentido común?

—Si la higiene hubiera sido la preocupación de los soviéticos, habrían impuesto la cremación. Sin embargo, cuando impusieron la obligación de dar

sepultura también prohibieron las cremaciones, y supongo que sabes por qué.

—No...

—Porque la cremación es un rito budista y chamánico, y después de haberse cargado a treinta mil monjes no querían que les sobreviviera el menor rito. Así que hicieron como hacen todas las religiones dominantes, y el socialismo era una de ellas: impusieron sus tradiciones al pueblo conquistado.

A lo lejos, entre el polvo amarillo que un viento imperceptible arrastraba hacia un lado, los vecinos habían terminado de excavar y estaban depositando el cuerpo. Solongo adivinó las dudas de la anciana. En ese agujero donde iba a reposar a partir de ahora su niño, ¿hacía falta cubrirle el rostro? Cuando se abandona un cuerpo en la estepa, el rostro queda al descubierto mirando al cielo. Pero ¿y en un hoyo en el que se le iba a arrojar tierra encima? Los soviéticos habían inventado una especie de escenografía para el féretro para intentar resolver ese dilema. Una línea verde en el fondo, simulando la hierba de la estepa, y una línea azul en el interior de la tapa, para evocar el cielo en la caja. Pero si el cuerpo se enterraba directamente en la tierra, como había decidido hacer la anciana madre de Tulgabat, ¿qué se hacía?

—Yo creía que eso estaba prohibido —dijo Bekter, con tono de desaprobación—. ¿Qué ha dicho el guardián?

—La madre ha conseguido la «autorización de espacio» del Departamento de Ubicación de Muertos, eso es lo único que le importa al guardián. Y eso que ella ni siquiera ha respetado el sector que le habían asignado. A él no le importa. Ayer le pagué para que dejara a la pobre mujer escoger el lugar de la tumba. Me dijo que él no está aquí para asistir a los entierros, tan sólo para vigilar el cementerio. Pero que si queríamos enterrar al chico sin féretro, eso costaba el doble de lo que acababa de darle.

—Y se lo diste.

—Por supuesto.

—No te entiendo.

—Tú no puedes comprenderme. Eres ya de otro mundo.

—Bueno, entonces espero al menos comprender por qué me has citado aquí.

—Porque conozco a la mujer que hizo que mataran a ese chico y me pareció lo bastante poderosa como para hacerme desconfiar de todo el mundo.

—¿Yo incluido?

—De ti menos que del resto.

—¿Y quién es esa mujer?

Solongo miró a la anciana y a sus dos vecinos, que se alejaban de la tumba por otro camino, sin mirar atrás para evitar que el espíritu del desaparecido rechazara la muerte y los siguiera con la intención de volver a su casa. Luego, mientras esperaban a que la anciana los alcanzara, Solongo contó a Bekter sus dos encuentros con la mujer de los zapatos Louboutin.

—¿De verdad hiciste lo que ella te pidió? ¿Falsificaste los informes de las autopsias?

—Sí, y por eso he querido confesártelo a ti. Tarde o temprano habrá una investigación interna y tú tendrás que intervenir. Para eso sirven los de Asuntos Especiales, para investigar a los agentes, ¿no?

—Tú no eres poli.

—Soy forense.

—De acuerdo, muy bien, ¿y de qué me sirven tus confianzas si no puedes identificar a esa mujer?

—Quiero que me ayudes a tenderle una trampa cuando aparezca de nuevo, porque lo hará. Es demasiado pagada de sí misma y de su poder como para dejar la cosa así.

—Sin embargo, tú has hecho todo lo que ella te pidió.

—Sí, pero mencionó a Yeruldelgger. Y además está la foto que pusieron en la boca del chico. No tenía necesidad de hacer eso. Podía haberla tomado conmigo sin tomarla con él. Ése fue un mensaje que ella quería que transmitiera. Un mensaje para él.

—¿Estás segura? Me gustaría comprobarlo por mí mismo. Los mensajes subliminales, los entrelíneas, las medias palabras, las intuiciones chamánicas, todo eso no es muy buen material como prueba.

—Quizá esto te parezca más contundente —dijo Solongo sacando un USB del bolso.

—¿Qué es?

—La grabación de sus amenazas. La primera vez me desafió a comprobar que los cuatro cuerpos ya no estaban en la morgue. Telefoneé para que me lo confirmaran, pero en lugar de colgar, activé el dictáfono y dejé el teléfono encima de la mesita, delante de nosotras. La segunda vez, en la morgue, cuando desplazé la lámpara focal, golpeé a propósito la grabadora que cuelga de un cable sobre la mesa de autopsias. El golpe la dejó balanceándose y al agarrarla para estabilizarla aproveché que ella no la veía con claridad y la puse en marcha.

—No está mal. Si buscas curro como investigadora, en Asuntos Especiales te

recibiré con los brazos abiertos.

—No te embales. Ahí no hay nada que permita identificar a esa mujer. Ni un nombre, aparte del de la Colorado, ni un lugar, ni una fecha. Te doy las grabaciones sólo para que me tomes en serio y para asegurarme de que estarás de mi lado cuando los de Asuntos Internos vengan a buscarme.

—Yo te tomo en serio —respondió Bekter mirándola a los ojos— y quiero estar a tu lado. Por lo que respecta a esa mujer, ya me has dado algunas pistas. Se mueve en las esferas del poder y por lo visto está forrada. Es un comienzo interesante.

La madre de Speedy se les había unido. Esperaba respetuosamente a varios metros de distancia a que terminaran su conversación. Solongo se dio cuenta y se dirigió hacia ella con los brazos tendidos, palmas arriba. La mujer dejó que la tomara por debajo de los codos y empuñó a su vez sus antebrazos, y así permanecieron las dos unos instantes.

—¿Todo ha ido bien, abuela, quieres que te acompañe de vuelta?

—No, hermanita, gracias por todo lo que has hecho. Voy a regresar dando una gran vuelta antes de coger el autobús, para estar segura de que lo pierdo.

Los dos vecinos los habían adelantado en silencio y esperaban a la anciana un poco más lejos, inmóviles, de espaldas al gran basurero en que se había convertido el cementerio.

—Supersticiones inútiles —murmuró Bekter después de que la mujer se fuera caminando junto al margen de una mala carretera sin arcén hacia la ciudad.

—No hay duda de que no entiendes nada de la muerte nómada —le respondió con calma la forense.

—¿Qué hay que entender, Solongo? Esta noche una jauría de perros vagabundos desenterrarán a su hijo para disputarse sus huesos.

—Eso no tiene ninguna importancia. El régimen anterior nos quiso meter a la fuerza en la cultura occidental, regida por las apariencias. Embalsamar a los muertos, conservar los cuerpos, construir sepulturas, levantar cementerios. Nombres y rostros sobre las piedras. Artificios para construir un recuerdo lo más duradero posible que mantenga nuestro vínculo con los muertos. Pero mira este cementerio. Parece un terreno baldío, un vertedero, sin tumbas de verdad, pero funciona como un dispositivo del olvido, que es lo que nos vincula con el mundo. Los occidentales se atan a los muertos, nosotros nos atamos al mundo. Ellos tienen el culto del recuerdo, nosotros el del olvido. El propósito de la muerte nómada es olvidar al muerto e incluso el lugar donde se ha depositado.

Para no vivir más que con su espíritu, siempre, en todas partes, allá donde uno esté. Por eso, según la tradición, los espíritus habitan en las lonas de las yurtas.

—Una mierda de todas formas... —protestó Bekter sin convicción, recorriendo con la mirada la amplitud de la desolación de aquel cementerio que no llegaba a ser una ruina, ni se podía decir que estuviera abandonado, y que de hecho ni siquiera era un cementerio.

—Todos los que han venido a dejar aquí a los suyos no tenían más que un propósito: hacer de este cementerio impuesto un no lugar. Lo contrario de aquello a lo que los han querido obligar. No hay lugares sagrados para la muerte nómada. En la estepa, una simple piedra, blanca y plana, marca el sitio donde fue depositado un muerto. Sin ninguna inscripción. Muchas llevan años, incluso siglos, sin que las muevan. Salvo por los turistas, que hoy las reagrupan para no tener que plantar sus preciosos culos en el rocío frío mientras comparten sus barras de chocolate en el campamento.

Bekter miró a Solongo durante unos segundos. Su cara amable, un poco triste. Su melena recogida en un moño flojo sobre la nuca. Sus ademanes tranquilos.

—¿Te invito a una cerveza?

—A un té salado, si quieres.

Aquella mujer era hermosa por dentro y por fuera.

«...Y ENCUÉNTRALA!»

Habían estado hablando de esto y de aquello, y sobre todo de Solongo, y ésta había sentido cómo el interés de Bekter se centraba amorosamente en ella. Se mostraba afable sin ser adulator, interesado sin ser curioso, y a todas luces deseoso pero sin apremios. La joven disfrutó el momento y se dejó cortejar con medias palabras. Estaban todavía muy lejos de la zona de peligro. Luego él hizo una alusión entusiasta a la finura de sus manos, a la gracia de su cuello, pero ella prefirió redirigir la conversación a un tono más policial que picarón. Le propuso dibujarle los zapatos de la mujer. Los Louboutin, dijo. Auténticos, nada de copias a lo Zara. Lujosos. Hacían falta más de cien maniobras para montarlos. Eran muy caros. Ella creía que probablemente no se podían encontrar en Ulán Bator. Eran unos zapatos puntiagudos de tacón bastante alto. Diez centímetros por lo menos. El empeine del pie bien curvado y sujeto tan sólo por un triple juego de cordones de cuero. Como poco, mil dólares.

—¡Meredith! —llamó Bekter.

Por la puerta entreabierto del despacho, una joven asomó su pequeña cara de cuidadora de yaks en los confines del mundo, y eso que era de muy buena familia. Su padre, abogado, había insistido en llamarla Meredith, como homenaje a James Meredith, el primer negro que entró en la universidad, de Misisipi. Lo hizo sin contar con los estragos de la subcultura popular. Cuando ella empezó en la policía, la única Meredith que sus colegas conocían era la Meredith Grey de la serie *Anatomía de Grey*. Algunos años después, todos los polis del servicio la apodaban *Fifty*. Es decir «cincuenta», por *Cincuenta sombras de Grey*. Y ella lo soportaba con su eterna sonrisa de niña de la estepa, ella, que había nacido en el microdistrito de Sansar, uno de los más viejos y, en la época, uno de los peores de Ulán Bator. Hablaba cuatro idiomas, pero nunca

mencionaba su doctorado en Ciencias del Comportamiento por la Universidad París-Descartes, en Francia.

—Meredith, quiero saberlo todo sobre estos zapatos. Si alguien los vende aquí, quién los importa, quién los compra, todo.

—¡Bien, jefe!

—Y, Fifty —insistió Bekter—: lo quiero para dentro de dos horas como muy tarde, ¿de acuerdo?

—Genial, jefe, eso me deja tiempo para salir a desayunar.

La cara redonda y sonriente desapareció de nuevo.

—¡Fifty!

—¿Sí?

Otra vez la carita, toda sonrisas, y el resto del cuerpo detrás de la pared.

—Son Labou... Loubau no sé qué.

—Louboutin, jefe, lo sé, los de la famosa suela roja.

—¿Ya los conocías?

—Durante mis dos años estudiando en París tuve tiempo para ir de tiendas.

—¿En busca de zapatos de mil dólares?

—Es algo menos en euros, pero sí, por ahí andan.

—Pero cómo puedes...

—Soy la hija de un diputado, mi padre está en la comisión de atribución de concesiones mineras, chanchullos y corruptelas. Papá se ganó su reputación moral dándonos unos buenos estudios. La verdad es que no fui a la facultad como una estudiante becada. Recuerdo un corpiño de La Perla, el Ligth and Shadow, que costaba lo mismo que esos Louboutin. ¡Y una bata de seda, la Tearose, de mil quinientos euros!

—¿Tú usas eso? ¡No te imaginaba así!

—Jefe, uno sólo conoce de verdad a una mujer cuando la ve sin ropa. Por cierto, eso vale también para los tíos: los calzoncillos y los calcetines te lo dicen todo. Tú, por ejemplo, llevas...

—¡Meredith!

—¡Ya paro, jefe!

—Más te vale. Entonces, son unos Louboutin y quiero saber el modelo y el año.

—A ver, así de memoria, son unos Confusa, jefe. Mil ciento noventa y cinco dólares la última vez que los vi. Diría que de la colección de la última primavera.

—Fifty, ¿por qué no me has dicho todo eso desde el principio?

—Pero ¡si me has dado dos horas, jefe!

—No, no, no, te he dicho en dos horas *como muy tarde*.

La cara redonda desapareció tan deprisa que la sonrisa pareció quedarse flotando por un instante en el hueco de la puerta.

—¡Las tiendas y los importadores! —gritó Bekter descolgando el teléfono—. Llamad a Nambaryn, de Inmigración.

Durante unos segundos deliciosos en su cabeza se había instalado la imagen de una lánguida Solongo enfundada en un Tearose de La Perla, pero el timbre del teléfono se encargó de devolverlo brutalmente a la realidad.

—¿Nambaryn? Bekter..., sí, eso es, el figón de la poli. Qué gracioso sois siempre en Inmigración. Necesito un servicio... No, no, no estoy haciendo un trueque de servicios, Nambaryn, es que necesito un favor. Te lo pido educadamente, pero me lo vas a tener que hacer de todos modos... Se puede llamar así... También así, si tú quieres... Nambaryn, Nambaryn, no agotes tu repertorio de groserías, con eso no vas a cambiar nada. Tú sabes lo que me debes, así que la cosa es: o me haces el servicio o te envío el mío... Sí, eso es: inspección, verificación, confiscación y toda esa cantinela... Sí, lo sé, Nambaryn, y te puedo decir que soy incluso peor que eso. Pero eso tampoco va a cambiar nada, así que coge un boli, un papel y anota: una mujer, de unos cincuenta y tantos, forrada de pasta y occidentalizada de los pies a la cabeza, seguramente viaja en primera clase. Olvídate de la MIAT y su «Maybe I Arrive on Time».² Céntrate en Air France y quizá en Korean Air vía Seúl. Necesito saber si alguien que se le parezca ha viajado de Ulán Bator a París o a Europa desde la primavera pasada hasta hoy. Si no encuentras a nadie, mira en todos los vuelos de entrada, y siempre en primera clase. Ah, y por si te sirve, porque uno nunca sabe, a veces lleva unos zapatos de tacón con las suelas rojas... Sí, con las suelas rojas. ¡No intentes entenderlo, Nambaryn, y encuéntrala!

«¿AL MENOS ESTÁ MUERTO ESE PUTO CHINO?»

Abrió con resignación. Otro visitante de Mongolia de parte de su mujer. Se sentía siempre dividido entre la curiosidad y el miedo ante cualquiera que viniera de esa zorra. Pero no le quedaba otro remedio porque sus posesiones todavía dependían en cierto modo de ella. De momento. Aunque no iba a ser por mucho más tiempo. Dejó el mando a distancia del interfono sobre una mesita. Era una pieza de Salgado, de diecinueve mil dólares, encargada directamente por el arquitecto de interiores al artista de Eygalières, en el sur de Francia. Se ajustó su traje de lana de yak de doce mil dólares, comprado en Cifonelli, en París, y atravesó los ciento veinte metros cuadrados de su piso de tres millones de dólares, bañado en el contraluz plateado de los ventanales que dominaban la Quinta Avenida, por encima de las flechas neogóticas de Saint-Patrick, en la esquina con la 51. Su nueva riqueza lo embriagaba y la saboreaba a cada instante, a cada paso, contabilizando en dólares o euros todo lo que ahora era suyo. Y también un poco de ella, por supuesto. De esa zorra que le enviaba a otro de sus emisarios, vulgares y todavía apestando a aquella estepa maloliente, para otro de sus sórdidos tratos. Como si él aún perteneciera a su mundo de nómadas catetos.

Junto a la puerta, después de oír las primeras notas de *Let It Be* del timbre, se dedicó a admirar su gabardina de Thom Browne de dos mil cien dólares y botonadura cruzada, que estaba colgada del perchero de bronce, durante un buen par de minutos antes de observar a su visitante en la pantalla del monitor de seguridad. Lo asombró descubrir que era menos rústico de lo que se había imaginado. Le pareció casi elegante. Quizá fuera uno de esos *golden boys* de la nueva «Mongoldia» y viniera a proponerle un buen negocio. O a pedirle un contacto en Estados Unidos. O a dejar una maleta de dinero de parte de

«madame», como aquella zorra se hacía llamar ahora. Esperó a que el joven mongol se cocinara un minuto más, pero lo decepcionó un poco ver que conservaba esa jodida calma nómada que tan a menudo es preludio de renunciadas, cobardías y abandonos, y abrió con resignación.

Recibió un golpe en plena frente con un objeto de metal frío, tan fuerte que tuvo la sensación de que el cerebro le rebotaba dentro del cráneo. El impacto lo envió trastabillando hacia atrás, hasta el centro del piso. En su desequilibrio aterrado resbaló sobre el suelo de ónix de la India de color miel de la entrada, a cien dólares la losa, tropezó con una alfombra de Ispahán tejida en seda con nudos persas, de tres mil dólares, y cayó patas arriba sobre su canapé Chesterfield Oxford en cuero de becerro Light Rust con ribetes tableados, de ocho mil dólares. Cuando se estaba levantando, el joven mongol saltó por encima del respaldo acolchado del sofá, con los pies por delante a lo Jackie Chan, y lo proyectó contra la pared que tenía decorada con un cuadro de trece mil dólares y de mal gusto. El golpe del ninja le arrancó los pulmones y se puso a boquear, tratando de recuperar el aliento mientras su agresor, sin apartar de él sus ojos negros, movía los muebles para despejar el espacio y abrir un ring en medio del piso. Luego agarró una lámpara de bronce de nueve mil dólares, firmada también por Salgado, pero de la colección de 2002. La arrancó del enchufe y la lanzó contra uno de los ventanales, que se cuarteó de inmediato como un parabrisas cuando recibe el golpe de un bate. Él había decidido gastarse cuatrocientos mil dólares de más para comprar el piso veintisiete. A esa altura los cristales no deberían explotar en caso de impacto, tanto por la seguridad de sus inquilinos como por la de quienes pasan por debajo. Especialmente por los clientes del joyero Stern, que en ese instante dudaban, delante de la vitrina al pie del condominio, entre dos conjuntos de cinco ceros cada uno. El blindaje de toda la fachada de ventanales que se abrían a la ciudad, del suelo al techo, le había costado veintitrés mil dólares. Tenían que resistir los golpes sin romperse. Los primeros golpes por lo menos.

Justo recuperaba el aliento cuando el joven mongol se abalanzó sobre él. Su silencio y determinación le inyectaron un terror líquido y frío en el cráneo, y por un instante sintió que hasta el capilar más pequeño del más insignificante de sus músculos se congelaba. ¿Qué había hecho? ¿A quién había perjudicado? ¿Qué torpeza había cometido para merecer semejante correctivo? Le daba más miedo no comprender que imaginar los golpes que iba a recibir. El agresor lo agarró con las dos manos y lo llevó a la zona que antes había despejado en el centro del piso, luego flexionó las rodillas, tendió los brazos y se puso a dar vueltas sobre sí

mismo en una danza grotesca que arrastraba al otro, aterrorizado, y lo hacía girar dentro de su órbita con esas manos de hierro, cada vez a más y más velocidad. Así rompieron un altavoz Martin Logan CLX de treinta y cinco mil dólares, se desgarró una manga de su Cifonelli, salió volando uno de sus Berluti Verona, de mil novecientos euros el par, y de pronto el agresor lo soltó arrancándole de paso su Rolex Oyster Yacht-Master II de cuarenta y siete mil dólares. Él sintió entonces que salía disparado con los brazos abiertos, propulsado por la fuerza centrífuga y lanzado contra el ventanal que tenía a su espalda, espantado al comprender que iba a morir sin saber por qué cuando todavía le quedaban por gastar tantos de sus dólares nuevos. Su cuerpo lastrado por la velocidad hizo explotar el vidrio en una lluvia de mil fragmentos. Una vez del otro lado, todavía en la trayectoria horizontal por encima del vacío, se asombró al constatar que, aparte del agujero por el que había sido expulsado, el vidrio laminado había resistido en su lugar, tal como le habían garantizado. Luego cayó hacia la calle, sin entender nada, de cara al cielo. Y vio la ventana rota de su precioso piso, que huía hacia lo alto, su segundo Berluti cayendo mucho menos deprisa que él y algunos fragmentos de vidrio laminado que brillaban bajo el sol instantes antes de reventarse los riñones al romperle el lomo al caballo de la calesa que había parado delante del negocio de Stern para dejar a una pareja de turistas rusos, entre los bocinazos furiosos de las filas de taxis.

El golpe le había quebrado la columna y ya no sentía nada. De través en su campo de visión, adivinó la grupa del caballo tumbado de costado y sus patas agitándose con movimientos convulsivos. La calesa no había volcado. Distinguió a la pareja de rusos con sus chándales Adidas de un blanco immaculado. Él, grande, gordo, fuerte y probablemente podrido hasta la médula. Ella, flaca, alta, rubia y puta hasta la punta de sus uñas con la supermanicura de rigor. No podía mover la cabeza ni hacer el menor gesto. Sólo podía escuchar e intuir la agitación. Voces preocupadas que gritaban y suplicaban. «¡Pobre, sufre demasiado, haced algo!» Sabía que no podían hacer ya nada por él, pero aquella compasión le llegó al corazón, a lo poco que le quedaba. Antes de comprender que el gentío no se apiadaba de él. Los mirones gimoteaban por la triste suerte del caballo. Suplicaban a un agente que tuviera el coraje de intervenir, e indignados con su falta de humanidad le ordenaban que lo rematara. Sonó un disparo y las patas posteriores del caballo se paralizaron antes de desplomarse sobre el asfalto. Mientras la multitud, horrorizada, miraba de reojo entre los dedos lo que no se atrevía a mirar de frente, y los taxistas redoblaban su furor por el retraso que todo aquello provocaba en sus rondas, él vio a los rusos

sobresaltarse dentro de la calesa. Un objeto caído del cielo había atravesado la capota y aterrizado a los pies del hombre, que sin duda era un mafioso. Éste se contorsionó para recogerlo, resoplando como un búfalo a causa de su gordura. Era un Rolex Oyster Yacht-Master II. Su Rolex Oyster Yacht-Master II. El patán nómada, que se lo había arrancado al soltarlo a él, a continuación debía de haberlo tirado por la ventana. Esos asquerosos no sabían nada de nada. ¡Un reloj de cuarenta y siete mil dólares! No podía morir sin ver eso: un paleta de las estepas tirando un Rolex Oyster Yacht-Master II por la ventana. Qué bien había hecho al escapar de aquel jodido país.

En la calesa, el ruso miró a su nena de lujo, se aseguró de que nadie entre el gentío preocupado por abatir a la bestia hubiera visto también caer el reloj, y se lo colocó discretamente en la muñeca. Al lado del suyo. Al lado del mismo Rolex Oyster Yacht-Master II que acababa de comprarse a cien metros de allí, en la tienda Rolex de la esquina con la 53. Justo antes de fallecer, el hombre se sintió reconfortado ante la confirmación de que todavía quedaban conquistadores que sabían vivir. Por otra parte, su última visión del mundo fueron los pies de la rusa. Llevaba unas Nike Air Jordan XII OVO blancas. Debían de rondar los cien mil...

—¡Mierda, me acaban de matar el caballo! ¿Al menos está muerto ese puto chino?

24

«UNA HUELLA DE LOBO»

—No es chino, es mongol.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Bueno... los chinos son chinos y los mongoles, mongoles.

—Pero yo creía que había mongoles chinos.

—Sí, pero ese de ahí es mongol de Mongolia.

—También podría ser un mongol de la Mongolia china.

—No, en ese caso sería chino. Quiero decir que tendría pasaporte chino, pero éste tiene pasaporte mongol. Por tanto, es mongol.

—¡Era!

—Sí, *era* mongol, si lo prefieres así.

—¡Lo prefiero!

A Donelli le gustaba Pfiffelmann. Su lado puntilloso, fisgón, siempre poniendo los puntos sobre las «íes», siempre peleando por tener la última palabra. Todo eso lo apreciaba y mucho en el trabajo, pero no durante el desayuno. No cuando tenía que desayunar tardísimo por culpa de un caballo al que se habían visto obligados a matar para acabar con su agonía después de que un mongol de Mongolia cayera a la Quinta Avenida desde un piso veintisiete y le partiera la espina dorsal.

Una Spicy Jalapeño Burger, eso era lo que había pedido Donelli en el Bill's Bar & Burger de la 51. Chiles mexicanos, queso Jack con pimienta, salsa de tomate, cebolla, pimientos y sobre todo alioli de chipotle: mayonesa, dos cucharadas de cebolleta muy picada, dos dientes de ajo, dos cucharaditas de café de jugo de lima y una de chipotle, bien especiado con chiles mexicanos en polvo.

Pfiffelmann, que sólo comía perritos calientes Classic Chicago, se

preguntaba siempre si el sabor de la media libra de carne de buey seguiría notándose debajo de todo eso.

—¿Sabías que los franceses llaman *ciboulette* al cebollino por la palabra *chives*, y que Chives es el pueblo francés de donde viene el cebollino?

—No, no, Pfiffelmann, *chives* viene del francés, pero no del nombre de un pueblo. Viene de *cive*, que deriva de una palabra latina que significa «cebolla». De hecho, también dicen *civette*.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Me gusta saber qué es lo que como.

Pfiffelmann miró a Donelli mientras éste mandaba al fondo de su garganta un trago king size de café junto con su Spicy Jalapeño, y no pudo reprimir un gesto de repugnancia.

—¿Cómo puedes tragarte eso con algo que no sea Coca-Cola?

—Lleva demasiado azúcar.

—Pero ¡si tú le has puesto cinco cucharadas al café!

—Sí, pero soy yo quien lo dosifica. ¿Sabes cuánto azúcar tiene tu Coca-Cola?

—Cero. Es Coca-Cola Zero.

—Te estás bebiendo una Zero con un Classic Chicago, ¡y vienes a darme lecciones! Bueno, ¿y si habláramos un poco del tipo que se ha caído desde el veintisiete...?

—Oye, ¿tú sabías que si caes desde una planta veintisiete llega un momento en que dejas de caer y vas en picado?

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es la diferencia?

—Que durante veinte plantas vas acelerando a razón de quince kilómetros por hora por cada planta. Y a partir de la veinte alcanzas velocidad de crucero. Vas en picado a una velocidad casi constante. A unos trescientos kilómetros por hora.

—¿Y eso para qué nos sirve en la investigación?

—Para ser precisos, sólo eso.

—Entonces mejor precísame qué sabemos de ese tipo.

—Tsakhigiyn. Supongo que ése es su nombre, porque lo que le sigue es una cosa todavía más larga e impronunciable. Compró el piso al contado en cuanto llegó aquí, hace año y medio. Lo amuebló con gusto de nuevo rico, pero a golpe de cientos de miles de dólares. No se le conoce trabajo. Originario de Ulán Bator, capital de salvajes, casado...

—¿Y la mujer?

—Ni rastro. Por lo visto se quedó en su país.

—¿Sabemos de dónde le venía la pasta?

—¡Donelli, sólo hace una hora que se hizo papilla!

—No lo debieron de tirar de una planta veintisiete por nada. ¿Has visto el piso? Está un poco revuelto, pero ni lo han saqueado ni han robado nada. Sin embargo, el tipo estaba forrado. Sólo con lo que vale un traje suyo visto yo a mi hija durante un año. ¡Y mira que tiene diecisiete, así que imagina! Y con el único zapato que le encontramos le pago las clases particulares hasta que vaya a la universidad. Bueno, vuelve al apartamento. Deja que la policía científica haga su trabajo, pero consígueme una foto del agresor. Entre el sistema de seguridad, los interfonos con pantalla, las cámaras del ascensor, las del vestíbulo y las de la calle, por fuerza tiene que haber una imagen suya en alguna parte.

—¿Y tú?

—Yo voy a terminar de desayunar. Con una buena tarta de queso neoyorquina, con queso Philadelphia y Grahams Crackers, y sin un Pfiffelmann que me impida disfrutarla.

Su colega sonrió y abandonó el restaurante dándole una palmada amistosa en el hombro. Justo al salir, lo oyó diciéndole a la camarera:

—No sacarán al momento la tarta de queso del horno, ¿verdad?

—Por supuesto que no, señor.

—Hay que dejarla reposar cinco minutos para que se desinfle bien, con la puerta cerrada...

—Evidentemente.

—Y luego al menos otros diez con la puerta abierta. ¿Lo hacen así?

—Es una auténtica tarta de queso neoyorquina, señor —dijo, ofendida, la camarera.

—Entonces, venga esa tarta de queso. Doble.

Donelli había previsto subir de nuevo al piso del mongol después de comerse su tarta, pero Pfiffelmann regresó antes de que se la terminara.

—¿Quieres un poco?

—¿Cocinan el queso?

—¡Pues claro!

—Entonces no. La tarta de queso se hace con pasta horneada y queso crudo, sólo batido con crema. Así se prepara una tarta de queso de verdad.

—Peor para ti —dijo Donelli antes de tragarse el último mordisco y poner fin al debate repostero—. ¿Novedades?

—Tengo todos los vídeos del agresor. El tipo no intentó ocultarse. He hecho una captura de pantalla —dijo mostrando su móvil.

Donelli observó con atención el rostro del desconocido. Joven, atlético y mongol.

—Mongol contra mongol, eso cambia un poco las cosas. ¿Crees que el tipo robó todo ese pastizal en su país y alguien ha venido a recuperarlo?

—No se han llevado ni un cenicero, a pesar de que, vista la decoración, deben de ser de cien pavos.

—Un castigo entonces...

—¿Por qué no? ¿Te parece que tiremos del hilo del dinero a través de los bancos y las cuentas e intentemos descubrir quién era ese tipo antes de que viniera a cumplir su gran sueño americano?

—De acuerdo —dijo Donelli—. Y lo mismo con el tipo de la foto. Hazla circular. ¿Algo más?

—Sí, eso que se ve ahí. En la pared del salón. Parece una huella.

—¿Una huella de qué?

—Una huella de lobo.

25

...¡AQUELLO SE LE DABA BIEN!

Yanhep no era el lugar más atractivo de Australia para ese tipo de surfista. El *longboard* tampoco era la tabla ideal. Pero el hombre surfeaba con destreza un océano orlado de olas aunque el sol ya iba desapareciendo lentamente por el horizonte. Pronto tendría que volver a la arena. Lo vieron dudar ante una última ola, ceder a la tentación y luego deslizarse hasta la alfombra de espuma para quedar varado en la orilla. También él debía de haber reparado en ellos hacía rato, desde lo alto de la cresta, antes de lanzarse delante de la pared de la ola. Con el peso de la plancha bajo el brazo, caminó hacia su ropa, tirada en la arena, a pocos metros de ellos. Pasaba de los cincuenta, tenía buena constitución, era más bien grandote.

—Salud —dijo el hombre.

—Salud —respondió el chico—. Bonita tabla. Parece una Walden.

—Lo es —dijo el surfista—. Es una pasada de Magic. ¿La conoces?

—En casa tengo un *longboard*, un Infinity Cluster.

—Tampoco está mal.

El surfista miró al chico. Lo había tomado por chino. Quizá de Hawái, si era surfista.

—¿Quieres entrar? Todavía queda una buena media hora de sol, por si quieres coger algunas olas.

—No, gracias, estoy un poco machacado. Mi amiga y yo acabamos de hacer un viaje largo por carretera. Nos vamos a dormir.

El surfista miró a la chica. También ella era asiática.

—¿En la playa?

—¿Por qué no?

—Por las putas arañas y las jodidas serpientes. Están por la hierba, ahí arriba, entre la carretera y la playa. Por aquí es fácil tropezar con una red-bellied, esa serpiente negra tan cabrona. Tiene el récord mundial en producción de veneno, tío. ¿Lleváis encima el número de teléfono del ambulatorio con antídotos más cercano?

—¿Está intentando que nos caguemos de miedo?

—No, si quisiera que os cagarais de miedo os hablaría de los yonquis chupapijas hechos polvo que hacen ronda todas las noches, o de las malditas jaurías de perros salvajes. De todos modos, los guardias vendrán a desalojaros en cuanto os durmáis.

Le producía cierto placer asustarlos mientras se secaba con una toalla que tenía estampada la imagen de un jugador del equipo de rugby de la Perth Western Force. La chica apreció de nuevo su musculatura de cincuentón deportista y bien cuidado. Se lo hizo saber a su compañero con una mirada de soslayo que al surfista no le pasó por alto. Pero éste cometió el error de interpretarla como un gesto de admiración por su cuerpo de atleta y sus abdominales esculpidos. Cuando le devolvió la mirada, el chico dio a entender a la chica que eso no sería un problema.

—¿De dónde venís? —preguntó el surfista a la chica.

—De Mongolia —respondió ella—. De Ulán Bator.

—¿Mongolia? He estado allí varias veces por trabajo. Tenía el cuartel general en el Grand Khaan Irish Pub, ¿lo conocéis?

—Todo el mundo lo conoce —dijo el chico—. Es el punto de encuentro de los expatriados, los nuevos ricos y los macarras.

—En realidad, cuando voy suelo estar en vuestro *fucking* Gobi. Trabajo en la industria minera. Para la Colorado, ¿la conocéis?

—Un poco —mintió el chico—. Explotáis los yacimientos de oro de la zona de Oyo Tolgói, ¿verdad?

—Sí, entre otros, pero tenemos varias *bloody* concesiones allí. Somos el *fucking* grupo minero más grande de este *fucking* planeta...

La pareja dejó creer al surfista que el largo silencio que siguió a sus palabras era de admiración. Luego las miradas del trío se perdieron en el horizonte. El océano Índico desplegaba sus translúcidas olas tubulares a lo largo de una decena de kilómetros bajo la luz rasante del atardecer. La espuma encallada y transformada en una mousse azulona susurraba sobre la arena todavía caliente por el sol.

—Un país jodidamente hermoso, ¿verdad? —murmuró el surfista.

No le respondieron. Tenían la mente en otra cosa. En lo que iban a tener que hacer a continuación. Y eso sólo dependía de él. Del surfista.

—Tiene usted suerte —dijo la chica—. ¿Vive en la playa?

—Mucha suerte, ya puedes decirlo. Vivo en aquella cabaña de allí, al borde de la 71. Trabajo en Perth, a cincuenta y siete kilómetros de aquí, pero vivo en esta playa, ¡y por nada del mundo me iría a otra parte!

—Bueno —dijo el joven mongol—, tenemos que aprovechar lo que queda de día para reunir madera y hacer un fuego. Por la noche hace un frío que pela en las playas de su hermoso país.

—¿De verdad vais a dormir bajo las estrellas?

—Lo hacemos a menudo. Estamos un poco secos de dólares. Si hace demasiado frío nos iremos al coche. Lo he aparcado detrás de la duna.

—O nos apretaremos mucho —añadió la chica mirándolo de pronto directamente a los ojos— para compartir calor humano...

Joder, aquella cría estaba ligando con él, ¿o qué? La examinó de los pies a la cabeza. Estaba bastante buena para ser una asiática. Tirando a alta, con un buen par de tetas. Deportista, si uno hacía caso a sus muslos largos y bien torneados, bajo unos vaqueros jodidamente cortos. Él guardaba buenos recuerdos de las chicas de Ulán Bator, a las que los cuadros directivos de la Colorado tenían derecho a modo de propina. Eran doblemente sumisas, primero por prostitutas y luego por asiáticas. ¿Se dejaría hacer con su amigo al lado esta calentabraguetas? No le estarían proponiendo un trío, ¿verdad? Con estos jóvenes nunca se sabía, siempre se tenía que desconfiar. La Colorado ya les avisaba de ello antes de enviarlos a Asia. Quizá lo mejor fuera ser precavido y dejarlo pasar.

—En todo caso, prestad atención a las serpientes cuando vayáis a buscar madera. Poneos zapatos y comprobad que lo que cogéis está muerto y tieso, no vaya a ser algo que se retuerza con la boca abierta y unos dientes como jeringas cargadas de veneno —dijo alejándose, con la tabla bajo el brazo, los abdominales contraídos y los riñones bien tiesos.

—Y usted preste atención a las arañas cuando cruce la hierba —le soltó el chico.

—Espere, ¿de verdad hay serpientes y arañas por todos lados? —dijo la chica con voz de asustada y dando un respingo con los brazos cruzados bajo los pechos, que doblaron su volumen.

Era linda la cría. Mierda, no podía dejar pasar una ocasión así.

—¡Venga, va! —exclamó el surfista, y suspiró falsamente hinchando los abdominales—. Seguidme. Podéis dormir en mi casa. Es pequeña, pero ya nos apretaremos, como tú has dicho.

Casi era de noche. Aparte de las franjas fosforescentes de espuma de la orilla, el océano había desaparecido. Ahora sólo era una masa invisible, inmensa y amenazadora.

—Bueno, moved el culo, chavales —dijo el surfista, impaciente—, ¡no voy a esperaros hasta la eternidad!

Se levantaron y se unieron a él. La chica iba delante, dando grititos asustados y saltitos para sortear los bichos asquerosos del suelo, y el chico detrás, silencioso, con la mirada clavada en la espalda del surfista, que ahora tenía a la chica al lado. Ésta se pegó al hombre, con los puños juntos a modo de plegaria debajo del mentón, los hombros encogidos y las rodillas apretadas.

—Lo que más miedo me da son las serpientes y las arañas —se quejó ella con una voz de niña que, en el acto, se la puso dura al surfista—. ¿A usted no le asustan?

—Quédate a mi lado —le respondió, tomándola por la cintura para arrimarla a su cadera—, y no tendrás nada que temer.

Ella le pasó un brazo por la espalda para pegarse más a él, e incluso le apoyó la cabeza en el hombro. El surfista no se atrevió a volverse hacia el chico para no adoptar un aire de culpabilidad, pero de todos modos se puso en alerta ante un posible ataque de celos.

—¿Va todo bien por ahí atrás? ¿Quieres que te coja del brazo a ti también?

—¡Todo bien! —respondió la voz del chico, que se mantenía a buena distancia para tranquilizar al surfista.

—A propósito, ¿qué haces tú en medio de la estepa con un *longboard*? Vuestro país no tiene mar.

Ella se estremeció y se apretó contra él, que se olvidó de la respuesta y concentró todos sus sentidos en el roce de la blusa, abombada por el pecho, contra su piel desnuda.

Detrás, el joven mongol tuvo que admitirlo: ¡aquello se le daba bien!

«...¡INCLUSO PARA UN DINGO!»

Darryl Matthews vivía en Perth, al sur de Wilson, en la última casa de la Bywater Way antes del Canning River, al otro lado del parque nacional, donde se encontraban varios rápidos de poca altura. Había pasado por casa de su colega para recogerla.

—¡Hay que joderse, esta mañana me he encontrado otra grande como mi mano en el cuarto de baño!

Al principio, Karin Mickelberg no prestó atención a su queja, tan ocupada estaba en saborear el desayuno *bio-light* que iba sacando de su táper con la punta de los dedos. Aunque tampoco podía compadecerse de un poli endeudado después de comprar una casita rodeada de agua y verdor en una ciudad con sol prácticamente todo el año.

—¿Qué clase de araña?

—Una grande y para nada bonita. ¿Sabes que el otro día en la orilla del Canning vi una papeándose un pez que ella misma había pescado? ¿Te das cuenta, Karin? ¡Era un pececillo de cinco centímetros!

—¿Y qué?

—Que es terrorífico. Hasta ahora se creía que las arañas sólo comían invertebrados, ¿lo pillas? Pero si se ponen también a darles a los vertebrados...

—Otra vez, ¿y qué?

—¿Y qué? Coño, Karin, que nosotros también somos vertebrados. ¡Es como si esas putas arañas acabaran de incluirnos en su menú!

—De todas formas, los alrededores del río son un festín para toda clase de bichos —dijo su colega masticando copos de cereales de su desayuno sin leche.

Darryl había pasado a recogerla en cuanto recibió el aviso. Ella lo esperaba

delante de su casita baja de ladrillos rojos, en la esquina de George y Dyson, en Kensington. Era la antítesis de la suya. Alrededor sólo tenía aceras secas y achicharradas por el sol, polvo por todos lados y césped desesperadamente chamuscado.

—¿Sabes qué es lo que nos espera?

—Un secuestro, creo. O una desaparición, no lo he entendido muy bien.

Con uñas cuidadas pero sin esmalte, Karin picoteaba delicadamente una ensalada de frutas casera. Cubitos de piña, kiwi, cereza, uva, plátano, pomelo, naranja, pera, ciruela, melocotón y fresa. Un trozo de cada. Ni uno más. Equilibrado.

—Eh, todas éstas no pueden ser de temporada —se burló Darryl.

—Las congeló en su momento. Las saco por la noche y las dejo descongelar en el frigorífico.

—Mmm, ¡el frigorífico no es muy ecológico! Yo la ensalada de frutas la prefiero a la Pavlova, mezclada con merengue y cubierta de crema batida.

—Se nota —soltó Karin echando un vistazo a la barriga de Darryl.

—Imposible. ¡Hago quince horas de gimnasio a la semana y veinte kilómetros todos los domingos, además del surf!

—¡Seguro que desayunas pastel de plátano con Vegemite!

—Una delicia.

—Sí, claro. Pastel de plátano untado con esa pasta salada de levadura de cerveza. Pero ¿cómo puedes tragarte eso? ¡No me digas que te la untas también detrás de las orejas para mantener alejados a los osos saltarines!

En lugar de contestar, Darryl esbozó una sonrisa avergonzada que escandalizó a Karin.

—No, no puede ser verdad, déjame ver —dijo ella, inclinándose para mirar detrás de la oreja de su colega.

—Sólo lo hago cuando voy a correr por el bosque —admitió él.

—Darryl, los osos que saltan desde los árboles para comerse el cerebro de los caminantes son una leyenda urbana. Y, además, para temerlos hace falta por lo menos tener cerebro. No merece la pena que te untes nada.

Él puso mala cara durante un par de segundos y luego, sin pensarlo, tomó dirección oeste hasta la 30, y después dirección norte para pasar por delante del cuartel general de la policía. Le gustaba circular por la Causeway, con sus dos viejos puentes sobre el Swan River, uno a cada lado de la Heirisson Island. Pequeños montículos de arena blanca, canguros domesticados apoltronados

sobre el polvo maloliente bajo la sombra escasa de unos eucaliptos harapientos. Algunos pilotes en el río que no se sabe bien para qué sirven, aparte de como palos para los pelícanos o los patos aguja, a los que unas suspicaces garzas blancas, inmóviles y con las patas en el agua, vigilan desde la orilla. Darryl adoraba tener aquellas visiones furtivas y colaterales en medio del tráfico.

Tras cruzar el segundo puente, dejó el cuartel general a su izquierda y subió varios cientos de metros por Adelaide Terrace, luego giró a la derecha y siguió dos calles más rumbo norte, por Goderich Street, con la intención de pasar por delante de Saint Mary's. Cada vez que iba hacia el norte con Karin hacía esa ruta.

—¿Por qué te fascina esa catedral? ¿Eres creyente?

—Yo creo que creo, lo que ya es algo.

—¿Puedes hablar en serio? —insistió Karin entre sorbo y sorbo de jugo de arándanos.

—Mi madre murió justo enfrente, en el Royal Hospital. Yo tenía apenas ocho años. Vete a saber por qué, aquel día me refugié en esa catedral para vaciarme de lágrimas. Desde entonces me gusta pasar por aquí.

Siguieron un buen rato en silencio, luego recorrieron una manzana de edificios rumbo norte para tomar Wellington y llegar a la Mitchell Freeway, a la altura de Elder. Fueron absorbidos de inmediato por el tráfico de la autopista. Cuando estaban ya al este de la reserva de agua del Lake Monger, Darryl lo vio.

—Ese Holden Commodore de ahí, ¿lo ves? Es un coche del Grupo de Respuesta Táctica.

—¿De Antiterrorismo? ¿Cómo lo sabes?

—Conozco la matrícula. El tipo que acostumbra a conducirlo es Andrew Rayney. Fuimos juntos a la escuela.

—¿Y...?

—Pues nada, que lo llevamos delante...

El Commodore permaneció delante de ellos, rodando rápido, pero sin abusar de su potencia superior. En Joondalup, veinte kilómetros al norte, la autopista terminaba bruscamente ante una cantera gigantesca y varias desviaciones. Cuando el Commodore giró hacia el oeste por la 87 para enfilarse de inmediato por la 71 hacia el norte, Darryl tuvo la certeza de que Rayney también se dirigía a Yancheep. Probablemente rumbo a la misma escena del crimen. Y ahí la cosa empezaba a ponerse interesante de verdad porque los del GRT nunca se desplazaban por nimiedades.

Mientras cruzaban Eglinton, unos kilómetros antes de Yanchep, Darryl bajó la ventanilla y el viento cálido se coló en el coche. Conectó la sirena, la imantó sobre el techo y adelantó al Commodore, cortándole el paso bruscamente para obligarlo a estacionarse derrapando sobre la arena amarilla.

—¿Qué haces?

Sin responder, Darryl descendió y se dirigió caminando como una garza hacia el Commodore, levantando bien las rodillas, proyectando el pie bien lejos con cada paso y ondulando el cuello. Un hombre joven y más bien recio, vestido de traje gris y sin corbata, se bajó del Commodore y se acercó a Darryl, encogiendo la rodilla un paso y marchando de puntillas el siguiente, con la cabeza formando escuadra con el cuerpo. Karin salió del coche, intrigada por el ballet extraño y ridículo que ambos estaban protagonizando, y sintió de inmediato la quemazón del sol. Luego los dos hombres se echaron riendo uno en brazos del otro y fueron hasta ella.

—¿Qué ha sido todo ese circo?

—¿No lo sabes? Aquí, justo ahí al lado, hay un sitio llamado Ministry of Silly Walks.

—¿Y...?

—«The Ministry of Silly Walks», el ministerio de andares tontos, el *sketch* de los Monty Python. ¿No me digas que no lo conoces...?

Karin confesó su ignorancia y los otros dos, muertos de risa, retomaron su caminar absurdo alrededor del coche.

—Oye, ¿tengo que achicharrarme al sol para ver cómo hacéis el payaso?

—Joder, tu colega es de las de trabaja que trabaja —se burló Andrew Rayney—. Está bien. Supongo que vais a Yanchep.

—Sí, ¿tú también? ¿Es tan grave como parece?

—Ni idea. Sólo sé que hay un tipo en paradero desconocido. Un pez gordo de la Colorado ha despertado esta noche a todo el mundo, hasta al comisario. Parece que el desaparecido era un jefe de sus servicios informáticos.

—¿Alguna idea de lo que ha podido pasar?

—No. Por lo visto el tipo hizo surf a última hora, pero volvió. Su *longboard* y su toalla estaban allí cuando llegaron los polis de Yanchep. La casa estaba abierta, pero no revuelta. Su coche, en el garaje. Hay huellas de neumáticos por todas partes. Puede que también huellas de pisadas, pero es imposible saber de cuándo son.

—Al borde del océano, con la Freemantle Doctor³ que está soplando, las

huellas no pueden ser muy antiguas —reflexionó Darryl.

—Pero si te sigue carburando a todo vapor ahí arriba, ¿no? Deduzco que los osos saltarines todavía no se han zampado tu cerebro. ¿Aún se unta Vegemite detrás de las orejas durante el desayuno? —preguntó Andrew a Karin.

—No desayunamos juntos —contestó ella, un poco molesta por la suficiencia del tipo.

—En serio, es la primera vez que te veo con una colega que está tan buena, Darryl.

—Déjate de tonterías. ¿Por qué el GRT se interesa por ese tipo?

—Ya te lo he dicho, es el jefazo de informática. Es el que controla el programa de la Colorado, una especie de sistema de automatización de minas. Dicen que es algo estratégicamente vital para ellos. Ayer a las ocho de la tarde no contactó con sus oficinas de Perth, como tiene por costumbre, y el estado mayor de la empresa anda de cabeza.

—¿Y no hay ninguna pista?

—Lo sabremos si me dejas llegar allí...

—¿No te han dicho nada? Normalmente hay que tener algo más para poner en marcha al GRT.

—No, no hay nada, salvo una huella de perro.

—Eso no es extraño, será de algún perro salvaje, estamos del lado malo de la gran barrera antidingos.

—A un metro sesenta.

—A un metro sesenta, ¿qué?

—La huella. Está a un metro sesenta de altura. Y grabada en la pared.

—Vaya —reconoció Darryl, haciéndole una seña a Karin para volver a ponerse en marcha—. Eso es demasiado, ¡incluso para un dingo!

...LA HUELLA DE LOBO EN LA FRENTE?

—Dicen que el Wagyl creó este lago. El Wagyl creó todo lo relacionado con el agua, por orden de la Serpiente Arcoíris. En la época del Tiempo del Sueño. Al arrastrarse abrió el lecho de los ríos y al ovillarse formó los lagos. Eso dice la leyenda —explicó el chico, mirando el cuerpo desnudo del hombre, que flotaba bocabajo, con la nariz en el agua y las nalgas al sol.

—En la época del Gran Kan te habrían matado por esto. No se tira nada al agua. No se la ensucia. Él hizo ejecutar a varios generales sólo por mear en un río.

—Esta agua no es la nuestra. Y no soy yo quien la ha ensuciado, ha sido él.

El cuerpo flotaba sobre un metro de agua cristalina con el fondo tapizado de guijarros rojos, filtrada por una corriente invisible a través de la hierba y las matas de plantas acuáticas. Tallos cortos, delgados y velludos, cargados de flores tubulares y lanudas de tonos rojos o anaranjados. Ante tanta belleza salvaje, notó con tristeza que muchas terminaban en forma de pata de canguro. Al principio, toda tierra evoluciona según unas características propias, pensó, pero luego el hombre la ensucia y termina por parecerse a él.

Encendió unas ramitas debajo de los manojos de hierba que la chica había recogido y contempló cómo las volutas gruesas se retorcían hacia el cielo, como un atormentado dragón blanco y amarillo. Luego volvieron al coche. Alertados por esa señal de fuego en las lindes del parque nacional, los guardas no iban a tardar en reaccionar y descubrir el cuerpo.

A pocos metros de ellos, una serpiente anaranjada, larga y fina, con el cuerpo alicatado de escamas minúsculas, molesta por el repentino calor del fuego y el crepitar de las hierbas secas, se deslizó fuera de la vegetación pálida para ondular en el agua transparente hasta perderse debajo del cadáver. Ellos se

preguntaron qué verían sus ojos redondos y sin expresión de ese hombre al que acababan de infligir un castigo mortal. ¿Su sexo flácido, como un apéndice inútil? ¿Sus ojos abiertos de par en par, aunque ya sin vida? ¿O la huella de lobo en la frente?

28

«¿QUÉ HAGO? ¡SE ESTÁ DESPERTANDO!»

Karin no podía creer que el tal Andrew estuviera en su cama. La noche anterior él la había llamado, justo después de que Darryl la dejara delante de su casa de Kensington.

—Karin, soy Andrew. Tengo novedades sobre el caso de Yanchep, ¿te interesa?

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Podemos hablar mientras nos tomamos una copa.

—¿Me estás invitando a salir?

—Sí. Y sin segundas intenciones, evidentemente...

—Andrew, los hombres australianos nunca hacen nada sin segundas intenciones.

—Tómalo entonces como un intento de seducirte. ¿Te paso a buscar?

—¿Cuándo?

—Estoy delante de tu casa.

Ella había mirado a través de los estores y allí estaba él, en su Commodore reluciente, aparcado junto a su césped amarillento.

Ese cabrón sabía cómo hacerlo, y encima era guapo. Se bajó del coche para abrirle la puerta y la cerró tras ella sin dar un portazo. Era considerado. Afable. Desconfía, niña. Ten cuidado. Luego condujo con suavidad hasta Apple Cross, donde atravesaron el Canning River en su confluencia con el Swan, y continuó hasta Freemantle. Éste va de surfista burgués, niña, y tiene la intención de hacer una parada en el Run Amuk y sus perritos calientes rechonchos a doce dólares y medio, gratinados y decorados con salsas de todos los colores. Se las dará de practicar con el *longboard* los domingos y se pedirá una Red Back con la

intención de soplarse su medio litro de cerveza local mientras tú te extasías con los cientos de coches en miniatura que hay colgados de las paredes a modo de decoración. Se burlará de la opción vegana del menú y de los devoradores de ensaladas, y a continuación lo compensará pidiendo pan sin gluten, para hacerse perdonar la metedura de pata. Desconfía, niña, la única ola que ese tipo va a coger es la de cerveza, que lo va a arrojar borracho como una cuba sobre el asiento trasero de su bonito Commodore para surfearte por detrás. Y date por satisfecha si no te vomita encima.

Sin embargo, Andrew no fue hasta el pequeño bar de perritos calientes de South Terrace, privado de la puesta de sol por un aparcamiento de embarcaciones y los hangares situados entre la terraza y el océano. En su lugar, se dirigió hacia el norte por la 5, pero la abandonó enseguida para adentrarse por una carretera secundaria que recorría la ribera izquierda del Swan. Circulaban junto a parques y jardines, frente a marinas erizadas de hileras de veleros blancos, por barrios residenciales inundados de verdor pese a la canícula, y en la otra orilla, un campo de golf con una hierba mullida y brillante gracias a los aspersores automáticos. Un poco después de Bay View Park, abandonaron la carretera de la cornisa para descender hasta el río por Johnson Parade. Y entonces ya era demasiado tarde, niña. Llevabas demasiado rato en silencio en ese bonito coche, contemplando la puesta del sol sobre el horizonte de agua, con el codo en la ventanilla, envuelta en el aire tibio que olía a corteza azulona de eucalipto y al frescor del río, calmo como un lago.

La invitó al Mosman, un restaurante de madera blanca que aprovechaba un promontorio para extenderse sobre unos pilotes que se hundían en el agua. Había reservado una mesa con vistas al Swan, que allí se ensanchaba como una bahía de regatas antes de recuperar su cauce y retorcerse en una corriente grande y sinuosa hasta el océano. Un gran ventanal acristalado abierto a la bonanza de la tarde. Delante de ellos, una larga pasarela de madera teñida por la pátina del tiempo discurría hasta una pequeña marina privada. Cinco yates grandes cabeceaban con pereza y despreocupación. Eres fácil, niña. Un poco de vino y caes, ¡ya lo sabes!

Dos copas de sauvignon blanc Arimia 2009 de Margaret River más tarde y ahí estabas, un poco *tipsy*, como decía tu abuelo alemán. Completamente *pompette*, achispada, habría dicho tu abuela angevina. Fuiste tú quien propuso caminar un poco y tomar el postre en otra parte, para despejarte. Él te besó con los pies metidos en el agua, zapatos en mano, bajo el emparrado fragante de un árbol de té en flor. Tu postre fue él, en tu habitación, a oscuras y silenciosa, con

la ventana abierta a la vibración de la noche y al zumbido de los pocos coches que a esas horas circulaban sobre el asfalto todavía blando por la tórrida jornada.

—Darryl, he hecho una tontería.

—¿Tan temprano?

—Tengo a Andrew en la cama...

—¿Andrew? ¿Andrew Rayney? ¿*Mi* Andrew Rayney?

—Sí. Mierda, Darryl, me engatusó, ¿qué podía hacer?

—Meterme a mí.

—¿Cómo?

—En tu cama, podrías haberme metido a mí antes que a él. Nunca le hubiera dejado ocupar mi lugar.

—Vale ya, Darryl, que no estoy bromeando.

—Yo tampoco.

—...

—Bueno, ¿qué quieres, que vaya a echarlo?

—No, no, déjalo, yo me encargo.

—¿Y por qué me llamas entonces?

—Por el tipo de Yanchep, lo han encontrado ahogado en una marisma cerca del parque nacional.

—¿Un accidente?

—Estaba completamente desnudo, con una huella enorme de dingo en la frente y las manos atadas a la espalda... Así que me extrañaría que lo fuera.

—¿Hay pistas?

—Huellas de pisadas alrededor. Un hombre y una mujer, si nos basamos en el tamaño.

—¿Cómo lo encontraron?

—Una columna de humo llamó la atención de los guardas.

—¿Un campamento?

—No. Un fuego hecho con hierbas recién cortadas. Si se hubiera querido guiar a los guardas hasta el cuerpo no se podría haber hecho mejor.

—¿Algo más?

—Sí, había restos calcinados de una silla entre las cenizas. Era de la casa de la víctima. Encontraron las marcas de cuatro patas en el suelo. Creen que lo sentaron en ella.

—¿Para qué? ¿Para interrogarlo? ¿Hay indicios de tortura?

—No, para filmarlo.

—...

—O para fotografiarlo.

—¿Cómo pueden saber eso?

—Enfrente de los cuatros agujeros que dejaron las patas de la silla han descubierto otras tres marcas que forman un triángulo. Creen que podrían ser de un trípode.

—¿Me estás diciendo que una pareja secuestró a ese tipo para hacerle confesar algo delante de una cámara y que lo eliminó después procurando que se descubriera el cuerpo lo antes posible gracias a un intento de incendio?

—Lo has resumido muy bien.

—¿Existe la posibilidad de que sean unos tarados sexuales? ¿Abusaron de él?

—No, dejando aparte el hecho de que una serpiente *Furina ornata* le mordió la pija en el agua. Pero, según las primeras conclusiones del forense, eso no pudo causarle la muerte porque ocurrió post mórtem. De todos modos, la *Furina ornata* no es tan venenosa.

—Permíteme que lo ponga en duda. ¿Qué saben de eso los forenses?

—Es su trabajo.

—¿Algo más?

—Sí. ¿Qué hago? ¡Se está despertando!

«EL FORENSE, ¿DE VERDAD ES GAY?»

—¿Pisoteado por un lobo?

—Eso dice él.

—¿Y qué sabe el forense de lobos?

—Su novio tiene un perro.

—¿Su novio? ¿El forense es gay?

—Sí, y su novio también, y los dos tienen un perro. Lobo.

—Lobo. ¿Le han puesto *Lobo* al perro?

—No, que es un perro lobo. Es una raza.

—¿Y...?

—Pues que para saber por qué la raza de su perro se llama así se interesaron por los lobos.

Donelli estaba a punto de darle un buen mordisco a su Reuben. Se detuvo, miró el sándwich y se quedó inmóvil con la boca abierta, el tiempo suficiente para hacer comprender a Pfiffelmann que esperaba la continuación de la historia. Una historia con detalles y que se entendiera, a poder ser. Lo bastante consistente como para justificar tal interrupción cuando estaba a punto de degustar su Reuben.

—¿Es verdad que eso lleva rábano picante? —preguntó Pfiffelmann.

—Es un Reuben —dijo Donelli con impaciencia—. Un Reuben: pan de centeno, pepinillos, carne en salmuera, chucrut, queso suizo y salsa rusa. ¡Y la salsa rusa lleva rábano picante!

—Pero no lleva pavo.

—Nada de pavo.

—Entonces no es un Reuben de verdad. El auténtico fue creado en 1914 por

Arnold Reuben para la joven Annette Seelos, la musa de Chaplin, y llevaba pavo.

—El Reuben nunca se inventó para esa pava —replicó Donelli, categórico—. Fue un sándwich que se improvisó durante el transcurso de una partida de póquer organizada por un tal Reuben Kulakofsky en un hotel de Omaha mucho después de la guerra. Y llevaba carne en salmuera. Nada de pavo.

—Lo que no impide que Arnold Reuben Junior, el hijo de...

—¡Me cago en la puta mierda, Pfiffelmann! —explotó Donelli, arrojando el sándwich al plato—. Deja de joder con la familia Reuben y compañía. De lo que quiero que me hables es del perro. Del perro. Sólo del perro. ¡Y del lobo!

Todas las mesas y los neones publicitarios de Eisenberg, la pequeña tienda de delicatessen de la Quinta Avenida, habían temblado; los púdines y los helados multicolor se habían cimbreado en sus bandejas refrigeradas, y los Arnold Palmer, Lime Rickey y Egg Cream se habían agitado en sus vasos y copas. Los pequeños burgueses aupados en sus taburetes en fila a lo largo de la barra se volvieron hacia la mesita que había pegada a la pared donde estaban sentados los dos agentes. Al pie de los retratos enmarcados con los que el dueño presumía de la cantidad de estrellas de escote vertiginoso, jóvenes actrices hinchadas de silicona, tipos engominados, borrachos de rostro alegre y enrojecido, deportistas con músculos de testosterona y políticos con optimismo de ortodoncia que ofrecía la ciudad de Nueva York. Pfiffelmann intentó componer la misma sonrisa hipócrita de todas aquellas fotos y se encogió de hombros, abriendo los brazos y mostrando las palmas de las manos, para señalar que él no había sido.

—¡Qué! —ladró Donelli, dirigiéndose al dueño, que lo miraba con asombro desde la barra.

Cada cual volvió a hundir la nariz en el pastrami caliente, el té helado o la legendaria tarta de queso, y Donelli alzó las cejas para indicarle a Pfiffelmann que podía continuar. Con prudencia, y hablando sólo de perros. Y de lobos. Sólo de eso.

—Es digitígrado —dijo Pfiffelmann en voz baja, inclinándose por encima de la mesa.

—¿Quién?

—El lobo.

—¿El lobo es digitígrado?

—Sí. Y el perro también.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que los dos caminan sólo sobre los dedos, sin apoyar el talón en el suelo.

—¿Y...?

—Y nada, que dejan el mismo tipo de huella...

—¿Pero...?

—Pero la del lobo es más ancha, está más llena, aunque la marca de las almohadillas parezca más pequeña que la de los perros.

—¿Y...?

—Y que las dos almohadillas delanteras están más separadas y tienen garras en todo su perímetro, mientras que las de los perros están más juntas y con garras en el eje.

—Por lo tanto...

—Por lo tanto, queda claro cristalino que la marca en la frente del defenestrado de las estepas es una huella de lobo, como la de la pared de su piso.

Después de realizar una pregunta, Donelli mordía el Reuben y aprovechaba las respuestas cortas de Pfiffelmann para tragar con avidez y evitando que se le escurriera la salsa rusa.

—Así que hemos recogido a un volatinero mongol reventador de caballos sin darnos cuenta de que lo había pisoteado un lobo.

—Eso tiene una explicación. El forense habla de lividez, de derrames en la zona baja y otras cosas propias de desollador, de esas que te harían vomitar el Reuben, y todo para afirmar que la marca se hizo visible durante la autopsia, después de limpiarle la piel al cadáver y de someterla a una sesión de UV post mórtem, y que la conclusión es que el pisoteo fue ante.

—¿Ante?

—Ante mórtem. Ese tipo vio al lobo antes de morir.

—¿Cómo? ¿Fue la patada de un lobo lo que lo arrojó desde una planta veintisiete? Pero ¿de qué habla ese forense tuyo? ¿De un lobo ninja, de un Chuck Wolf Norris, de un Jean-Claude van Wolf?

—Peor que eso: de una especie de hombre lobo que tiene por lo menos una pata de plata maciza.

Donelli paró de masticar. El dueño lo observaba con inquietud desde detrás de la barra mientras aseguraba la pila de platos que acababa de dejar encima.

—Plata 925. De joyería —precisó Pfiffelmann, atento a la menor contracción de la mandíbula inmóvil de Donelli—. En eso el forense es categórico. Ha encontrado restos en las abrasiones de la piel.

—Pero ¡qué mierda es ésa! —exclamó Donelli, y se tragó en dos bocados lo

que le quedaba del Reuben.

Luego se limpió la boca y las manos con una servilleta ridícula de papel blanco que se rasgó al momento, se chupó los dedos, soltó diez dólares sobre el mostrador entre dos clientes y salió llevándose de la manga a Pfiffelmann, que se había quedado esperando el cambio.

—¿Adónde vamos?

—El forense, ¿de verdad es gay?

«¡PÓNGASE A ELLO!»

De Vilgruy se temía lo peor. Con Zarzavadjian siempre se temía lo peor, pero le habían pedido un hombre de confianza. El primer ministro en persona. Por mediación del consejero, por supuesto.

El señor republicano de aquellos lugares principescos los había conducido hasta el jardín, entre reverencias de la servidumbre y militares en posición de firmes. Ahora paseaban por el parque como cuatro amigos. Como en la película *El corazón de los hombres*, pero de traje y corbata, salvo por supuesto Zarza, que no había encontrado el momento de anudarse una.

—Éste es el cerezo silvestre de François Fillon —dijo el primer ministro, señalando con un gesto amplio de la mano un árbol de corteza gris y rayada, de hojas de un verde apagado salpicado de blanco. Y añadió en tono confidencial —: Es la primera vez que demostró tenerlas.

—¿El qué? —preguntó De Vilgruy, cayendo de cuatro patas en la trampa.

—¡Un par de cerezas! —dijo el primer ministro saboreando su respuesta.

El consejero rompió a reír animando y mirando a Zarza para que también se partiera de risa.

De Vilgruy lo había prevenido. Sólo él participaría en el jueguito habitual de los jardines de Matignon. Desde Pierre Mauroy, se había impuesto la tradición de que cada nuevo ocupante plantara un árbol de su gusto en el jardín de la calle de Varenne.

—Salvo Chirac —precisó el primer ministro con una mirada cómplice.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —preguntó De Vilgruy, dispuesto a sacrificarse.

—¡Porque él prefería sembrar a sus criadas más que árboles! —dijo muerto de risa el primer ministro golpeando en la espalda a De Vilgruy.

El paseo y las agudezas continuaron un buen rato. He aquí el olmo de Jospin, el árbol preferido de los hijos de Hipnos, dios del sueño, y de Tánatos, dios de la muerte. «¡Eso explica su alegría de vivir y su pinta de bufón puritano estreñado!» El arce plateado, «con mucha plata», de Balladur. El ginkgo biloba de Édith Cresson, un macho y estéril, dado que no hay un espécimen hembra en las proximidades. Es el árbol más viejo del mundo, los dinosaurios ya se comían sus hojas. «¡Igual que ella, que conoció a Mitterrand, ja, ja, ja!»

El primer ministro había plantado un roble, como Mauroy y Fabius (y también Villepin, «pero ¡el suyo era de una especie pedunculada, ja, ja, ja!»). Zarza se disponía a preguntarle si no temía alusiones a la puntita de su bellota cuando De Vilgruy le trituró el brazo con un apretón que no admitía réplica.

Por suerte, el primer ministro decidió de pronto volver al asunto por el que los había convocado. Comenzó a remontar el paseo, con ciento once tilos podados en marquesina, hasta la estatua de Pomona vertiendo la abundancia de su cuerno.

—De Vilgruy, los he hecho venir por ese asunto delicado del que le hablé y del que me ha informado mi consejero.

—Lo que quiere decir el primer ministro —intervino el consejero— es que el asunto es verdaderamente delicado.

—De Vilgruy, ¿está seguro de que el señor es el hombre adecuado para esta situación? —preguntó el jefe de Gobierno señalando a Zarza con una mano y sin apartar la mirada de De Vilgruy.

—Lo es, señor.

—Lo que quiere decir el primer ministro es que tiene que serlo de verdad.

—Lo es de verdad —repitió De Vilgruy.

—Un hombre de nuestros servicios secretos ha muerto en Mongolia. Un contratado. Asesinado. Oficialmente, ha sido durante el transcurso de una riña entre nómadas y mineros. Por lo visto es algo corriente en ese país. Oficiosamente, no hay duda de que ha sido asesinado.

—Lo que el primer ministro quiere decir es que ha sido asesinado *a propósito*.

—Ya lo había entendido —respondió Zarza con educación—. Por otra parte, es muy raro ser asesinado *sin querer*.

Por primera vez, los dos políticos lo miraron de verdad, dubitativos y en silencio. Luego el primer ministro prosiguió:

—El departamento que le encargó el trabajo a ese hombre se ocupará de lo

relacionado con su muerte. Ése no es nuestro problema. Nuestro problema es saber quién lo mató, cuando se suponía que su presencia no había despertado sospechas, y por qué.

—Lo que quiere decir el primer ministro es que quiere saber cómo fue desenmascarado y por qué fue eliminado.

—Eso es. Por qué y cómo.

—¿Y cuál era su misión? —preguntó De Vilgruy.

—Investigaba unas prospecciones geológicas realizadas por unas organizaciones universitarias no gubernamentales que habían despertado nuestra curiosidad.

—Lo que el primer ministro quiere decir es que sospechamos de la actividad real de esas oenegés.

—Eso es. De su actividad real.

—Así que lo que quieren es que investiguemos a esas oenegés —concluyó De Vilgruy.

—Es un poco más complicado que eso —dijo el primer ministro—. Tras la muerte de nuestro agente han sucedido otros dos hechos que vienen a justificar nuestras sospechas.

—Lo que quiere decir el primer ministro es que ahora tenemos más razones para estar inquietos.

—Eso mismo. Inquietos. Por un lado, en Nueva York, han tirado por la ventana a un ciudadano mongol, antiguo presidente de la Comisión de Atribución de Concesiones Mineras. Y por otro, a un directivo importante de una sociedad minera australiana fuertemente implantada en Mongolia lo han encontrado muerto en la región occidental de Australia, en la zona de Perth, me parece.

—Así es —confirmó el consejero—, cerca de Perth, señor primer ministro.

—Y lo más sorprendente es que, según las informaciones que han recogido nuestros servicios, los dos cadáveres, a diecisiete mil kilómetros de distancia, han aparecido marcados con una huella de lobo en la frente.

—¿El de su hombre también?

—No, pero en la misma zona que él han encontrado los cadáveres de cuatro hombres, una especie de milicianos mongoles, marcados con esa misma huella. Y pensamos que quizá esté todo relacionado.

—¿Cómo? —se atrevió a preguntar De Vilgruy.

—Todavía no se lo podemos decir —respondió esquivo el primer ministro.

—Lo que el primer ministro quiere decir es que todavía hay datos que son confidenciales.

—Eso es. Confidenciales, de momento. Entonces, ¿qué piensan de esos cuerpos marcados con una huella de lobo?

—Lo que el primer ministro quiere saber es qué piensa usted sobre esto. Por lo visto ya ha operado antes en Mongolia.

De Vilgruy se volvió hacia Zarza, a la espera de escucharle decir lo que quería oír, lo que habían ensayado antes de que el primer ministro los recibiera. Un discurso educado y respetuoso, neutro, obediente, sin comprometerse, que les permitiera meterse, ensuciándose lo menos posible las manos y la reputación, en lo que sin duda era un pozo de mierda. Todas las miradas se concentraron en Zarza, que sacó un puñado de pipas tostadas del bolsillo y se las ofreció. Los otros sólo abrieron un poco más los ojos, dejando traslucir su estupefacción, lo que no impidió que Zarza comenzara a romper las pequeñas cáscaras saladas con los dientes.

—Entonces, ¿qué piensa usted? Cadáveres marcados con una huella de lobo...

—Es difícil de decir —respondió Zarza—. Quizá se trate de una maquinación de Caperucita Roja. O de un Wolf Gang, una secta de melómanos satánicos, ¡vaya usted a saber!

Un mismo silencio sirvió para expresar la perplejidad del primer ministro, la resignación de De Vilgruy y la exasperación del consejero.

Sin esperar la respuesta de su patrón, Zarza sacó un móvil y marcó un número largo, deteniendo con la mirada cualquier asomo de protesta por parte de los otros. Sin embargo, él mismo pareció vacilar un momento antes de empezar a hablar en ruso.

—Aló... ¿está Yeruldelgger?

—No. ¿Quién es?

—¿En qué idioma está hablando? —quiso saber, inquieto, el primer ministro.

—Lo que el primer ministro quiere saber es que si está hablando en ruso.

—Sí —confirmó De Vilgruy, antes de que Zarza lo hiciera callar con un gesto vehemente.

—Pero éste es el número de Yeruldelgger, ¿no es así?

—Sí. ¿Quién lo busca?

—¿Solongo?

—¿Zarza?

—Sí. ¿Por qué respondes tú al móvil de Yeruldelgger?

—Porque no está aquí. Yo cojo sus llamadas por si acaso...

—¿Y cuándo vuelve?

—Por el momento no vuelve. Se fue a hacer una especie de retiro espiritual. En algún lugar del sur. No tiene contacto con nadie ni teléfono. Ésas fueron las instrucciones del Nerguii.

—¿Y se encuentra bien?

—No lo sé.

—¿Y tú?

—Tampoco lo sé.

Luego Zarza habló y escuchó también un buen rato, para exasperación del consejero, perplejidad del primer ministro y desesperación de De Vilgruy. Cuando cerró la tapa del teléfono, los tres hombres se sobresaltaron, como si salieran de una hipnosis colectiva.

—Mi contacto en Ulán Bator ha partido para hacerse el místico entre las dunas de uno de los desiertos del sur. Pero a pesar de nuestra desgracia, hemos tenido suerte. Su compañera es médico forense y tiene un pequeño regalo para ustedes. Los cuatro cadáveres aplastados, con la huella de lobo en la frente, pasaron por sus manos, aunque después desaparecieron, y hay muchas posibilidades de que a ellas vaya a parar también el de su hombre.

El primer ministro y el consejero no podían apartar la mirada de Zarza. De Vilgruy se relamía.

—Él es el hombre para este asunto —confirmó conteniendo el orgullo.

—Entonces ya sabe lo que debe hacer. ¡Póngase a ello!

31

«SÍ, SE PUEDE DECIR ASÍ»

—Entonces, ¿dónde está la mierda, querido tío?

—Basta ya de llamarme así, es ridículo.

—Supongo que no querrás que te llame «padraastro» con el pretexto de que la viuda de mi madre se ha casado contigo en segundas nupcias.

—Me basta con «jefe» —contestó De Vilgruy—, visto que es lo único que admities que yo sea para ti.

—Bien, entonces, ¿dónde está la mierda, jefe? —volvió a preguntar Zarza.

—Por todas partes, es un pozo que está lleno.

—Justo lo que pensaba. ¿De qué otro departamento hablan ellos?

—Hoy en día lo llaman «Investigaciones Económicas en el Exterior», y, curiosamente, depende del Quai d'Orsay.⁴ Espionaje industrial bajo cobertura diplomática, por decirlo a la antigua. Emplean a cualquiera. Contratistas civiles particulares, la mayoría de las veces. Los honorables corresponsales de antaño. El tipo en cuestión vigilaba a los geólogos de una oenegé que se llama Terra Nostra, ligada a la Universidad de Quebec en Montreal. Aparentemente, recogen datos geológicos para un departamento de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Mongolia. ¡Vete a saber con qué se había topado!

—¿Y cuál era la tapadera de nuestro hombre?

—Sismólogo de la Oficina de Investigaciones Geológicas y Mineras. Estudiaba el riesgo de seísmos severos en la región.

—¿Aquello se mueve?

—Cuatro seísmos de más de ocho grados en medio siglo. Pero con una densidad de población inferior a dos habitantes por kilómetros cuadrado, que además viven en yurtas de lona, así que en realidad no han llamado la atención

más que de los sismólogos.

—¿Crees que su muerte podría estar relacionada con eso, en vez de estarlo con lo que haya podido encontrar investigando a otros?

—Es posible. Si un gran seísmo destruye Ulán Bator, el país se acaba. Y si sacudiera las regiones mineras también sería terrible. Es posible que haya políticos o especuladores que no deseen que empiecen a correr alertas de riesgo grave.

—Pero Francia no cree que haya sido por eso, ¿no es así?

—No. Cualquier cosa que ese tal Léautaud haya podido constatar desde el punto de vista sísmico ya ha sido objeto de estudios más o menos confidenciales. Un gran terremoto sacudirá ese país un día de éstos. Todo el mundo lo sabe, de ahí que creamos que a Léautaud no lo mataron por eso. Nos preocupa más bien lo que pueda haber averiguado sobre esa oenegé.

—¿Por qué? ¿Qué se cuece ahí, según tú?

—Eso es justo lo que necesito que vayas a averiguar.

—¡Ah, no, yo no! ¿De verdad crees que voy a volver allí después de lo que les hice?

—Tú ya has operado en Mongolia y tienes contactos. Se lo has demostrado al primer ministro.

—¿Contactos? Pero ¡si me acabo de enterar de que mi principal hombre lo ha dejado todo para irse al desierto del Gobi a hacerse el Shaolin en plan *Hacia rutas salvajes!*

—Te queda la chica. La que te ha contado lo de los cuatro cadáveres. Tienes que ir y aclarar este asunto. De todas maneras, son las órdenes...

—¿Y desde cuándo el primer ministro recibe a un simple agente como yo, aunque sea de forma confidencial? ¿Cuál es la otra cara de la moneda en este asunto?

—La que está en el fondo del pozo de mierda. Nos han pasado por encima. Todo el mundo se nos ha adelantado en Mongolia. Chinos, rusos, coreanos, australianos, canadienses, incluso los alemanes se están repartiendo la tarta. Francia apenas ha conseguido echar mano a un poco de uranio, y nuestro último éxito comercial fue lograr colocar mil vacas de Salers en una granja modelo. Tenemos que trabajar a marchas forzadas, y supongo que el primer ministro cuenta con algunos amigos en el sector privado dispuestos a jugar bajo cuerda con tal de que les despejemos el terreno.

—Entonces es eso. Me toca hacer limpieza —dijo con un suspiro Zarza.

—Sí, se puede decir así.

«...EN QUE NO LO SEPA»

—¡Mierda! —soltó Bekter al ver el caos de barro en el flanco de la colina.

Estaban en un barrio marginal de yurtas al norte del distrito diecinueve. Hacía un buen rato que habían dejado atrás el asfalto deteriorado por los inviernos y las tormentas para adentrarse en calles de tierra llenas de baches. La miseria de estos barrios siempre lo incomodaba. Los charcos de aguas residuales en las zanjas, las basuras desperdigadas por las cunetas y el laberinto siniestro e interminable de empalizadas de pino mal cortado, ennegrecidas por la intemperie. Y ahora, al final de la callejuela, se encontraba con un pasaje demasiado estrecho para su coche.

—Vas a tener que ensuciarte tus lindos zapatos, jefe —se burló Fifty.

—¿Estás segura al menos de que está ahí?

—No le queda otro remedio. Ya no puede caminar —dijo ella, agarrando el freno de mano.

Bajaron del coche y a Bekter le extrañó ver que la joven policía lo rodeaba por detrás, saltando entre los charcos y los agujeros. La vio abrir el maletero y sacar un par de botas de agua amarillas. Se quitó las zapatillas de deporte y se las calzó, bajo la mirada impasible de su jefe.

—Si te ensucias los mocasines, conozco a un limpiabotas buriata que se pone enfrente del Blue Sky, podemos parar de regreso —le dijo ella poniéndose en marcha.

La siguió entre muros ciegos de madera que ocultaban, como él sabía muy bien, el desamparo y la vergüenza de todo un pueblo antaño orgulloso. Aquellos muertos de hambre se habían convertido en propietarios de sus cercados y no sabían qué hacer con ellos. El Estado les había hecho pagar muy caro, en

papeleo y gestiones, la gratuidad de una tierra que a ellos en la vida se les habría ocurrido comprar.

—Maldito sea el que tuvo esa idea demencial —masculló Bekter chapoteando en el lodo viscoso, resignado ya a arruinarse allí los zapatos.

—¿Qué idea? —preguntó Fifty, que avanzaba decidida entre charcos y hoyos.

—La de entregar gratuitamente estas parcelas de tierra para atraer a los nómadas a estos barrios de miseria.

—¿Crees que fue algo planeado?

—Claro que sí. ¿Has oído hablar del «punto de masa crítica»?

—Espero que no sea una alusión a mis curvas, porque corro al coche y te dejo que vuelvas a pie.

—No tengo los ojos puestos en ti, Fifty, estoy bastante ocupado en mirar dónde coloco los pies. La «masa crítica» es un concepto que sostiene que toda cosa cambia de naturaleza a partir de una cierta masa. Una manifestación, por ejemplo, tiene una masa crítica. En Europa, ésta es a partir del millón de participantes. Ese número hace que de una simple protesta se pase a un estado preinsurreccional. En las finanzas también existe un punto de masa crítica del capital, que hace entrar a las sociedades en la galaxia de las multinacionales.

—¿Me estás diciendo que atrajeron deliberadamente a los nómadas a Ulán Bator para hacer aumentar la población?

—Estoy convencido de ello —dijo Bekter agarrándose a tiempo a una empalizada para no caerse—. Los nómadas representaban el ochenta por ciento de la población en la década de los ochenta. Hoy no son más que el treinta por ciento, y la gran mayoría se ha asentado aquí gracias a la famosa gratuidad de los setecientos metros cuadrados de sus *khashaas*. Eso no puede ser más que el resultado de un cálculo premeditado. Hoy el sesenta por ciento de los habitantes de la capital vive bajo una yurta y... ¡mierda!

Bekter acababa de meter el mocasín en un agujero y el barro gris lo había engullido cuando, con un movimiento demasiado brusco, había retirado su pie atrapado. Fifty volvió sobre sus pasos para ayudarlo a ponerse el zapato.

—No veo la ventaja de aumentar la población gracias a batallones de miserables.

—Eres demasiado joven para ser lo bastante cínica como para verlo. Hay miles de razones. Centralizar el país, alcanzar un relieve mundial, aplastar las veleidades regionales, evitar el desarrollo artificial de pueblos sometidos a las

sociedades mineras o a los países fronterizos, acaparar buena parte de los presupuestos que han de aprobarse para llevarlo a cabo, obtener ayudas internacionales y sobre todo, sobre todo, acabar de una vez por todas con los nómadas.

—¿Para eso les dieron las parcelas? ¿De verdad lo crees? Yo pensaba que era para que se tragaran más a gusto la píldora de las concesiones mineras, que fueron entregadas a firmas extranjeras aquel mismo año.

—No fue para que nadie se tragara nada. El plan era más coherente y cínico que eso. Ulán Bator reforzaba su poder sobre el país al absorber a todos los nómadas que perturbaban la expansión minera de los inversores extranjeros. Como se dice en los negocios, todos ganaban.

—¿Y qué ha ganado esta pobre gente con eso?

—¿Ellos? Nada. Era el «todos ganan» del poder y las multinacionales, no de ellos. Bueno, ¿llegamos, o te tengo que contar la historia completa de la degradación del nomadismo a causa del régimen soviético?

—Está ahí, al otro lado, en la cuesta.

—¿Cómo has conseguido dar con este tipo?

—Intuición femenina. Me dije que esa mujer debía de ser una pesada y una arrogante, y que si, como tú suponías, solía viajar y hacerlo en primera clase, seguro que debía de haber incordiado a todos los servicios del aeropuerto con sus caprichos de nueva rica. Estuve trabajándome un poco a todo el mundo, pero nadie quiso contarme nada. Estaban muertos de miedo. Luego uno me dijo que no quería terminar como el tipo de los equipajes. Entonces me puse a buscar por ese lado y ahí apareció su historia. Para descubrir su nombre accedí al registro de personal, busqué quién había perdido el trabajo en ese período, y me salió él.

—De todos modos me parece un poco excesivo para ser un capricho de burguesa, ¿no?

—Por eso mismo insistí en que me acompañaras. Es ahí, ya estamos.

De aquellos cercados de planchas de madera ennegrecida, a los antiguos nómadas sólo les importaban las puertas, con las que mostraban el último resquicio de respeto a una tradición que hacía de los lugares de paso espacios de inspiración, privilegiados y vigilados por los espíritus. El hombre ante cuya casa se encontraban había conseguido esculpir los dos postes del marco con algunos motivos toscos, a golpe de hacha o de azada. El pomo de la puerta estaba decorado con hileras entrelazadas de signos del infinito y rombos, símbolos de la eternidad de la estepa los primeros, y de la fuerza del matrimonio los segundos.

Una triste ironía siendo un hombre acabado, que vivía solo y lejos de los horizontes inmensos.

Bekter empujó el portón de la cerca. El hombre los esperaba apoyado en sus muletas de madera, como saben esperar los nómadas, anticipándose siempre a sus visitantes. Para compensar la pendiente del terreno y colocar la puerta en llano, había contenido la tierra en una terraza improvisada, gracias a un murete de neumáticos viejos apilados. En un lado faltaban algunos y la tierra se había desprendido, lo que había abierto un socavón hasta debajo de la yurta.

—Me robaron tres este invierno. A pleno día, les daba igual. Sabían que no podía correr detrás de ellos.

—¿Y qué hacen con esos neumáticos viejos, abuelo? —dijo, extrañada, Fifty.

—Los cortan y los queman en la estufa, ¿qué quieres que hagan?

—¿Sabías tú eso, Bekter?

—Pero, bueno, ¿de dónde crees tú que sale cada invierno ese esmog horrible? ¿Y la fama tan triste de ser la ciudad con más contaminación del mundo? Entonces, ¿podemos entrar? —preguntó Bekter.

—¿Desde cuándo se pide permiso para entrar en una yurta? —contestó el hombre.

—Desde que las esconden detrás de una empalizada de madera cerrada con un portón.

—Entonces es delante del portón donde habría que pedir permiso, no ante la puerta de la yurta.

—De acuerdo, discúlpanos, abuelo. Yo soy el inspector Bekter, y ella la inspectora Meredith.

El hombre miró a Fifty antes de guiarlos hacia el interior de la yurta.

—Meredith, ¿igual que en *El guerrero de las Tierras Altas*? —preguntó, volviéndose y esbozando una sonrisa de oreja a oreja en su rostro demacrado.

—¿Perdón?

—¡*El guerrero de las Tierras Altas*, con el demoníaco Gareth MacKenzie, colección «Romances históricos», editorial Harlequin!

—Ah, no, no —respondió Fifty, un poco descolocada—. Meredith como James Meredith, que... O si prefiere como Meredith Grey, de *Anatomía de Grey*.

Ahora le tocó al hombre quedarse desconcertado unos segundos antes de que la decepción le torciera la comisura de los labios.

Entraron y Bekter reparó de inmediato en que había pocos vestigios de la disposición tradicional de una yurta. El lisiado lo tenía todo desordenado para

que le quedara más o menos al alcance de la mano. Debía de sobrevivir a base de trueques o reventas. Fifty supuso que muchos chavales estarían dispuestos a vender para él objetos de todo tipo, encontrados o robados, ya que él no podía moverse. La parte derecha de la yurta se veía atestada de chatarra, baterías de coche, herramientas, móviles y cacharros de todo tipo. El hombre también debió de ser cazador. Algunos trofeos decoraban la parte interior de la lona, a oscuras. Una cabeza de antílope, marmotas disecadas, peces embalsamados. También había dos escayolas abiertas por la mitad, cerca de un pequeño altar dedicado a un Buda de plástico de color rosa translúcido iluminado por una guirnalda de luces amarillas, fotos de lo que había sido una familia y una pintura fluorescente en fieltro sintético negro, en un marco dorado de estilo chino, donde se veía una yurta en medio de la inmensidad de la estepa iluminada por la puesta de sol. Y pilas de libros viejos. La colección completa de los de Harlequin. Tan sólo la estufa, por la fuerza de la costumbre, había conservado su lugar ancestral. El hombre los acogió en la parte izquierda de su hogar, probablemente más por un acto reflejo que por respeto a las normas que dictaba la hospitalidad. Bekter comprobó de un vistazo la ubicación de las sombras en la yurta y se dio cuenta de que la puerta ni siquiera estaba orientada hacia el sur.

—Eso no sirve para nada —explicó el hombre, apoyado en las muletas, adivinando sus pensamientos—. Aquí hay que estar orientado hacia la calle. Esto no es un campamento, es una ciudad.

—Entiendo —dijo Bekter.

—No, no entiendes nada. Me estás juzgando, tú, que seguramente nunca fuiste nómada, ¿no es así?

—Tienes razón, nací en la ciudad, en un piso, pero no te juzgo. Cada cual tiene su vida. ¿Quieres que nos preparemos el té?

—¡Sin duda sabes cómo ofender a tus anfitriones!

—No, espera, no quería ofenderte. Es sólo que...

—¿Que qué? ¿Qué soy un lisiado? ¡Me rompieron las piernas, no las manos! ¡Todavía sé preparar té!

Le dejaron hacer, incluso cuando se enredó con las muletas. Una vez servido el té, él las dejó caer a un lado y se sentó frente a ellos.

—Habéis venido a hablarme de ellos, supongo —dijo señalándose las piernas con un gesto del mentón.

—Sí.

—Y ya sabéis lo que pasó, ¿no es así?

—Que tres tipos te dieron una paliza y te rompieron las piernas, sí.

—Entonces lo sabéis todo.

—Bueno, sabemos incluso un poco más —intervino entonces Fifty—. Tus antiguos compañeros del aeropuerto son bastante parlanchines. Dicen que te rompieron las piernas para castigarte por haber robado un equipaje.

—Yo no robé nada —dijo el tullido—. Ella encontró sus jodidas maletas dos días después de que yo hubiera perdido mis piernas, y no faltaba nada.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

Bekter percibió en la mirada del hombre esa luz triste que irradian los nómadas cuando van a hundirse, y saben muy bien cómo hacerlo, en un silencio largo y obstinado.

—¿Te refieres a esa arrogante que va por ahí dando el coñazo y aterrizando a todo el servicio de aduanas y a la policía de fronteras cada vez que viaja? —dijo Bekter.

—...

—¿Esa mujer que es como una generala occidental a la que no se le puede negar nada? —añadió Fifty.

—...

—¿La que parece insoportable y temible, y tiene caprichos de millonaria china?

—...

—¿La de los zapatos de suela roja, como la bandera de Mao?

—...

—Escucha, todo el mundo dice que ella es quien hizo que te rompieran las piernas.

—Todo el mundo se caga de miedo y se mea encima cuando mencionamos a esa mujer, y después de lo que te ha pasado podemos comprender...

—...esa mujer ha amenazado a alguien de nuestro servicio y queremos que caiga.

—Entonces deberíais correr a proteger a vuestro colega —dijo el hombre, de pronto indignado— porque a quienes amenaza nunca escapan a su cólera.

—Pero nosotros somos la policía, y ella no nos impresiona.

Él los miró por turnos, luego la chispa de rabia que había brillado en sus ojos se empañó de miedo. De nuevo, su mirada se perdió en un punto lejano, a través de la lona de su yurta miserable, a través de la empalizada de madera mal

cortada, más allá de toda la pestilencia del distrito sucio y embarrado en el que vivía y quizá hasta alcanzar las estepas de hierbas azules de su infancia, por donde nunca podría ya correr ni galopar.

—Tiene a la policía en el bolsillo. También a los diputados y al Gobierno. Todos los hombres poderosos de esta ciudad han bajado a abreviar a su pilón de loba en celo. Ella siempre consigue lo que quiere. Nadie le niega nada. Ningún capricho. Ningún disparate. Conozco a los lobos que me han hecho esto. Viven al final del distrito y me los cruzo con frecuencia.

—¿Por qué no están entre rejas?

—Los conocía de vista, pero no sabía bien quiénes eran. En aquel momento los denuncié a la policía. Tardaron un mes en echarles mano, mientras que yo me los cruzaba a diario. Nos citaron a todos juntos, en la misma sala, yo con las piernas hechas añicos y ellos con sus caras de matones. Uno de los agresores entregó al inspector un pedazo de papel con un número de teléfono y él lo marcó. Se puso completamente pálido, rígido, no decía más que sí, sí, sí, y los liberó. Al salir me amenazaron entre risas. Incluso me firmaron las escayolas, y me aconsejaron que tuviera cuidado con los brazos, si es que quería poder apoyarme en las muletas.

—¿El inspector no hizo nada? —dijo asombrada Fifty.

—Él también se rió, luego me recomendó que lo olvidara todo. Incluso me propuso dejar el asunto en un accidente de carretera, en caso de que estuviera cubierto por algún seguro. Le dije que no quería sacar nada por un accidente, que lo que quería era que esa mujer pagara por lo que había hecho. Entonces sacó su arma de servicio y la puso delante de mí, sobre la mesa, y me dijo que si quería vengarme de ella tanto me valía pegarme un tiro de inmediato.

—Le voy a decir un par de cosas a ese inspector. ¿Cómo se llama?

—Chuluum, pero está muerto. Lo mató otro poli, creo. Tenéis un trabajo peligroso.

—Y esos lobos, como tú dices, ¿puedes escribirme sus nombres? —preguntó Bekter tendiéndole su cuaderno y su boli.

El hombre cogió el cuaderno, dudó, y se lo devolvió a Bekter junto con el boli.

—Yo lo he olvidado todo y vosotros también tenéis que hacerlo. Nada me devolverá las piernas.

—Escucha, con tu ayuda o sin ella, vamos a hacer que esa mujer caiga. Sólo necesitamos el nombre de uno de esos matones para vincularla al caso. Del resto

nos ocupamos nosotros.

—Antes acabaréis muertos o apaleados. Y yo perderé los brazos. No quiero tener nada que ver con todo eso.

—Escucha, abuelo... —comenzó Bekter.

—Déjalo —lo cortó Fifty—. ¡Larguémonos!

Bekter se detuvo, desconcertado, y vio cómo Fifty se dirigía hacia la puerta. Se levantó con rabia y tendió una mano al lisiado para ayudarlo a levantarse. Éste se la estrechó sin moverse.

—No voy a acompañaros.

Los dos atravesaron la parcela, dejando atrás la puerta abierta de la yurta. Pero en cuanto estuvieron del otro lado del portón, Bekter agarró a Fifty por un brazo con un gesto tan brusco que ésta estuvo a punto de resbalar en el barro.

—¿Qué quiere decir eso de «déjalo»? ¿Ahora eres tú quien dirige las investigaciones?

—Quiere decir que el viejo no te iba a dar unos nombres que ya no tenemos necesidad de buscar.

—¿Ah, no? ¿Me lo explicas?

—Las escayolas.

—¿Cómo que las escayolas?

—Las que estaban en el altar de Buda, al fondo de la yurta. Las escayolas de sus piernas. ¿Te acuerdas que ha dicho que sus agresores se las habían firmado?

—Quieres decir que...

—«Sangre Mongola», «Lobos Grises» y «Hüttler Kan».

—Fifty, eres genial. Los Lobos Grises son un grupúsculo del movimiento Sangre Mongola. Ultranacionalistas que se pasan la mayoría del tiempo apaleando chinos. Por el contrario, Hüttler Kan suena más a nombre de guerra. Encontraremos a ese tipo, lo haremos hablar y vincularemos a esa mujer con un caso criminal, para presionarla.

—Salvo que ella haga que lo liberen en cuanto sepa que lo tenemos.

—En ese caso, pongamos cuidado en que no lo sepa.

«...EL ABUELO DE HITLER»

La puerta del contenedor estaba abierta. Delante, un anciano nómada desdentado sonreía mientras esperaba en una silla. Dos jóvenes en vaqueros miraban con condescendencia su *deel* viejo y desgastado, del mismo color herrumbroso que el local, y su sombrero redondo y puntiagudo. Ellos llevaban camisetas debajo de sus camisas de manga corta. El Michael Jackson del «HIStory World Tour 1997» en la del primero y la Campbell's Soup, de Warhol, en la del segundo. El interior del contenedor hacía las veces de peluquería para hombres. Al fondo, frente al espejo picado de humedad, había un antiguo sillón soviético de dentista reconvertido en asiento de barbero. El peluquero, seco como una pasa y ataviado con un uniforme blanco de aprendiz de ferretero, estaba de puntillas rasurando un cráneo ya rapado. Varios pósteres pretenciosos perdían su amarillo deslavazado bajo la luz fría y vacilante de un largo neón blanco. Schwarzkopf Men Perfect. L'Oréal Homme Cover 5. John Masters Organics Scalp.

Bekter fue derecho hacia el cráneo medio cubierto por la espuma de afeitar. Agarró por los hombros al peluquero, que fue cogido por sorpresa, y lo apartó, instándolo con un gesto de cabeza a que se alejara. Luego le confiscó la navaja y puso la lámina de la cuchilla bajo la garganta de Hüttler Kan, que leía una edición rusa de Hulk.

—Si te mueves te hago la barba hasta las amígdalas —le susurró Bekter al oído.

Los dos jóvenes hicieron el ademán de ir a entrar para ver qué pasaba, pero Fifty los disuadió apuntándolos con el arma. Bekter sacó la suya y la plantó en las costillas de Hüttler para obligarlo a que se levantara y lo siguiera.

—Que nadie nos siga ni avise a la policía. Esto es asunto nuestro —dijo Fifty

apuntando a los otros para abrir paso a Bekter y a su prisionero.

Cuando salieron del contenedor, el anciano se retorció en su sitio, todo sonriente y sin levantarse de la silla, para inclinar la cabeza hacia el interior y ver qué había pasado.

—Sí, es tu turno, abuelo —le confirmó Fifty mientras se guardaba la pistola—. Ya puedes pasar.

Una vez fuera del mercado de los contenedores, empujaron a Hüttler sobre el asiento trasero del Toyota y tomaron de inmediato la Narnii Road en dirección este. Diez minutos más tarde, a la altura del Bosa Trade Center, Bekter giró a la izquierda, cruzó un aparcamiento grande y destartalado, pasó por encima de una vía férrea herrumbrosa y se adentró en la antigua estación de maniobras del distrito diez, ahora un descampado enorme detrás de la fábrica de embotellamiento de Coca-Cola. Un inmenso caos inmóvil de contenedores abandonados, ristas de vagones cisterna de productos químicos alineados sobre rieles de estacionamiento y de hangares, cerrados y plantados de cualquier manera, rodeados de raíles comidos por hierbajos abiertos en abanico. En el extremo norte, justo antes de un vertedero de chatarra de tamaño descomunal, Bekter enfiló el último ramal de raíles hasta un vagón aislado, detrás de un cambio de agujas fuera de servicio.

—No quiero ni saber dónde estamos —soltó Fifty saliendo del coche para abrirle la puerta a Hüttler—, y eso no me gusta.

—Tampoco a él le va a gustar —replicó Bekter empujando al coloso hacia el vagón.

—¿No es un poco de serie de espías esta puesta en escena?

—Es de espías. Ese vagón nos sirve de sala de interrogatorios, es discreta, está lejos de micrófonos y teléfonos, es para clientes un poco particulares.

—¿«Nos»? ¿A quiénes?

—Nos, a los de Asuntos Especiales.

—Ah, bueno, entonces también nosotros nos dedicamos a lo ilegal. Primera noticia. Yo creía que existíamos precisamente para luchar contra eso.

—¿Y qué esperabas? Asuntos Especiales se compone de «asuntos» y de «especiales». Con eso está todo dicho, ¿no? Ahora, si lo prefieres, puedes quedarte en el coche.

—Por nada del mundo —respondió Fifty—. Vamos con lo especial.

Bekter había dicho la verdad. En el interior del vagón el mobiliario era mínimo, como una sala de interrogatorio. Una mesa, con una silla a un lado y

dos al otro. La silla solitaria estaba soldada al suelo de acero del vagón, a un metro de la mesa. No había electricidad. La luz del día rayó el espacio a través de los respiraderos en cuanto cerraron la puerta deslizante. Dos linternas eléctricas colgaban de unos ganchos.

Bekter empujó a Hüttler sobre la silla y lo esposó al respaldo.

—Bueno, he aquí la situación. Yo te he arrestado por haber apaleado y roto las piernas a un pobre tipo hace más de un año, pero como te habrás dado cuenta todavía no estás detenido oficialmente, ¿no es así?

—¿Qué mierda es ésta entonces?

Desde su detención en el contenedor del peluquero, el hombre no había soltado palabra y se había mostrado más bien dócil. Pero no como un sospechoso que se muere de miedo. Más bien como quien pasa de todo porque sabe que a él no le va a ocurrir nada.

—Lo que esta mierda significa es que nadie sabe dónde estás, ni quiénes somos, ni lo que vamos a hacerte. Los testigos de la peluquería ignoran que somos polis, y de cara a la policía tu arresto no aparece por ninguna parte. Además, tú ya no le importas a nadie, y todavía menos a aquellos que podrían sacarte de ésta. ¿O debería decir: a aquélla?

—Cabrones, estáis muertos. Un día os encontrarán despedazados en el cementerio del este. Si es que os encuentran. Ella hará que os echen a los perros. Y espero que vivos, con una bala en cada rodilla.

—Eh, eh, cálmate, chico. Ya te lo he dicho: nadie sabe dónde estás y tú no vas a llamar a nadie, así que no perdamos el tiempo. Quiero que le digas a esta pequeña grabadora quién te dio la orden de apalear a aquel hombre. El nombre de esa mujer.

—Ya puedes esperar sentado. Si te lo digo estoy muerto, y vosotros también. Ella nunca caerá. Antes os tumbará a vosotros.

—Te entiendo, pero tú también debes entenderme. Si no dices nada, yo te arresto oficialmente; te llevo a nuestros locales, te interrogo y luego convoco a esa mujer y le digo que está detenida a causa de una denuncia. Por supuesto, con sus contactos estará en libertad al cabo de unas horas, pero yo también te soltaré a ti de inmediato. Y serás tú quien termine en el cementerio con los perros.

—O bien —dijo Fifty—, tú nos lo cuentas todo y nosotros no decimos nada. Nunca habrás estado arrestado, nunca habrás sido interrogado, nunca habrás dicho nada. Nosotros nos ocupamos de ella, y tú haces lo que quieras. Te quedas o desapareces.

—¡Joder, pero si no sabéis quién es! ¡Ni siquiera tenéis su nombre! Esto sólo es un bluf.

—Quién es, lo sabremos pronto, y te garantizo que la vamos a atrapar. La cuestión es saber si la enchironamos gracias a ti o contigo.

—De todos modos, es tu única opción. Porque si nos lo cuentas y luego tratas de prevenirla, ella misma hará que te eliminen.

Sólo había tres hipótesis que considerar, pero aquello era ya demasiado para un ultranacionalista miembro de Sangre Mongola. Bekter y Fifty notaban en la frente ceñuda del bruto los movimientos de las ruedecillas de su maquinaria cerebral. Nada de materia gris. Sólo engranajes, bielas y cadenas. Ni siquiera válvulas. Cuando todo encajó con un clic de alineamiento de levas en una cerradura de tambor, ellos ya sabían cuál iba a ser su decisión. Lo supieron antes incluso de que él la tomara.

Les contó todo lo que querían saber y ellos lo llevaron de vuelta a la ciudad remontando por Narnii Road hasta el parque de atracciones, con su castillo a lo Disney en versión hormigón soviético.

—Eso está lleno de familias y turistas. Búscate un café, bébete dos cervezas, quédate un buen rato y hazte notar. Nosotros no te hemos visto, pero la próxima vez que apalees a alguien seré yo quien venga a romperte la espalda.

—Y yo le echaré una mano —prometió Fifty empujando a Hüttler fuera del coche.

Partieron de inmediato, vigilando al tipo por los retrovisores.

—Menuda mierda, para tener menos luces que ése hay que caerse a un abismo. Hüttler, ¿de dónde sale ese nombre? —preguntó Fifty.

—Es alemán. Por Johann Hiedler, o Hüttler, el abuelo de Hitler.

34

«¡HA VUELTO!»

La dejaron elegir por ellos y pidió una *blanquette* de ternera. Luego les recomendó el *pot-au-feu*, o una carne poco hecha, acompañado del famoso *gratin dauphinois* del chef, y escogió el vino. Un Volnay 2007 Premier Cru, Domaine Poulleau Père et Fils.

—Excelente elección, Madame Sue, como siempre.

Ella ya tenía sus costumbres en el Bistrot de Surguulii. Como su mesa para cinco reservada en la sala interior, al fondo, en un rincón elevado y separado por una gruesa cortina roja. Ya podía la sala, con frecuencia llena, estar a rebosar de conversaciones de expatriados y de todo Ulán Bator, que las cenas de Madame Sue contaban siempre con una atención especial por parte del dueño y con la discreción absoluta del servicio. Llevaba un traje clásico Chanel de *tweed* en tejido de sarga. Chaqueta recta y cuadrada sobre una sobria falda por las rodillas, pero no llevaba blusa a juego con el forro de la chaqueta. Y el escote desabotonado como por descuido dejaba entrever sus pechos de firmeza reconstruida. Todos los invitados conocían los rumores. Debajo del traje iba desnuda. Nada de bragas, decían. Algunos lo sabían porque se habían llevado la sorpresa en persona. Otros tan sólo lo imaginaban. Y Madame Sue disfrutaba con todas aquellas miradas entendidas deslizándose deseosas por su cuerpo mientras las bocas tragaban con avidez las delicias del Bistrot para disimular.

Sin embargo, esa noche uno de sus invitados buscaba más sus ojos que sus pechos. Un australiano. El representante de la Colorado. Era su amante ocasional desde hacía dos años. Justo antes de firmar un acuerdo confidencial por el traspaso ilegal de concesiones mineras, en una suite suspendida en el aire a media altura del Blue Sky, ella se lo había tirado con tal violencia que el pobre pelirrojo había tenido que pedir clemencia. Nada como un hombre que ve

cuestionada su virilidad para firmar un buen contrato. Todavía estaba desnudo cuando ella aumentó su porcentaje en medio punto sin que él osara protestar. El equivalente a un millón de dólares en un período de cinco años.

Un año más tarde, durante un viaje a Melbourne, ella fingió ofenderse cuando él actuó como si creyera que lo que ella esperaba era violencia. Fingió resistirse la primera hora, luego se abandonó como si sucumbiera a un placer irrefrenable. Él, demasiado orgulloso de su ardor como para poder negociar, le concedió como prima por sus favores el contrato que ella había ido a sacarle: la adjudicación a su recién creada sociedad, la Mongolian Guard Security, del monopolio de la seguridad de todas las minas de la Colorado en territorio mongol.

—Madame Sue —dijo el hombre inclinándose hacia ella—, he oído unos rumores muy feos sobre la muerte de cuatro de sus hombres en el sur.

—Riley —contestó ella con una gran sonrisa—, todos los rumores son feos, justamente porque son rumores. Lo que yo tengo es información, no rumores: que cuatro hombres de la MGS murieron en un accidente de carretera provocado por la explosión de un camión cisterna.

Le había respondido llamándolo por su nombre de pila y poniendo por testigos a los demás invitados con la mirada, para mostrar que no tenía nada que ocultar, y apoyándole una mano en el muslo e inclinando el busto hacia él para abrir aún más el escote de su traje.

—Sin embargo, se dice que...

—Se dice lo que se quiere. Pero yo le digo lo que es. A quién prefiere creer: ¿a los que dicen o a mí? ¿Riley?

Se volvió hacia los demás y proyectó su escote para apartar las miradas de su mano, con la que por debajo del mantel agarraba los testículos del pelirrojo.

—Aquí hacen un pastel de chocolate con el corazón líquido... Se funde en la boca. Está para morirse de gusto, os lo aseguro.

Para dejarlos temprano, se despidió con el pretexto de que tenía que acudir a una última cita. Su guardaespaldas soltó los picatostes de su sopa de cebolla y la precedió hasta la puerta, que mantuvo abierta de par en par todo el rato que ella estuvo de cháchara con el dueño antes de salir sin pagar. Madame Sue nunca pagaba.

Un BMW Serie 7 de color bronce la esperaba en la acera. El chófer salió para abrirla la puerta de atrás y el guardaespaldas se instaló delante.

—Al Metrópolis.

La berlina se adentró en el tráfico escaso para girar a la izquierda en Sambuu Street, a la altura de las columnatas teatrales del gran cruce de la universidad. Enfiló la avenida fría y oscura hasta que la masa iluminada del hotel Chinggis Khaan quedó a su derecha, como un carguero naufragado en medio de una bahía de aparcamientos mal iluminados. Giró a la derecha por Tokyo Street y rodeó un edificio de vidrio y hormigón, un descomunal ensamblaje de legos azules y marrones, hasta la puerta de entrada del club nocturno, en la parte de atrás. Si todo el mundo veía el Chinggis como una pirámide inacabada de piedras gigantescas y atravesada por un imponente paralelepípedo de cristal azulado, el Sky Shopping Center, que estaba detrás, parecía haberse levantado con el enorme montón de piedras apiladas que deberían haber servido para terminar la pirámide. Y en medio de ese caos mineral, a la izquierda de la entrada del centro comercial, el Metrópolis lucía las mismas luces de neón rojas y brillantes que el nombre, apagado a esas horas de la noche, del vecino Sky Department Store. El chófer condujo el Serie 7 hasta la entrada del club y se bajó para abrir la puerta a Madame Sue. El guardaespaldas se adelantó los pocos metros que los separaban del gorila, al que saludó puño contra puño, y luego los dos desaparecieron en el estruendo estroboscópico del tecno desatado que reinaba en el interior.

Todo el local temblaba al ritmo binario de lo que Madame Sue, con tal de sentirse joven, se esforzaba en considerar música. La masa compacta de bailarines latía al unísono con los cientos de proyectores de colores, entre el estrépito de los bafles, bajo el armazón de las estructuras de acero de las luces y el sonido.

El guardaespaldas le abrió paso hasta un bar amplio de ambiente submarino, construido en cristal mate iluminado por detrás de verde y azul, que formaba un pequeño promontorio en medio del gentío. Sin detenerse, Madame Sue pidió con la mirada su champán a una camarera, alta y cimbreante como un álamo, y entró en el balcón VIP, que todo el mundo llamaba «Voyeur Terrace». Los expatriados y los extranjeros acudían para ver bailar a la juventud dorada de Ulán Bator, ebria de dinero y vida fácil. Aquellos viejos cabrones con sus complicados cócteles miraban condescendientes a la generación perdida de un pueblo que se revolcaba en el mimetismo de un Occidente decadente. Y los jóvenes que bebían cerveza en la pista de baile sabían bien que ellos eran el relevo, los paladines de un mundo nuevo y triunfante que bailaba sobre las espaldas de esos viejos cabrones que estaban ya por los suelos.

En el Metrópolis, Madame Sue disfrutaba del privilegio de tener una mesa reservada en la Voyeur Terrace. Con un gesto, el guardaespaldas indicó que

apartaran a dos *golden boys* alemanes que habían creído que podían sentarse allí para contemplar a las bailarinas. El que iba más borracho de los dos intentó protestar, pero al guardaespaldas le bastó con plantar sus dos puños grandes como anclas sobre la mesa, a cada lado de su cerveza, para disuadirlo.

En cuanto Madame Sue se hubo sentado, la joven camarera puso encima de la mesa una cubeta de Roederer con hielo en la que encajó una botella de Cristal Rosé 2009. Y dos copas, por si acaso. Ella conocía los gustos de aquella mujer poderosa y amedrentadora: Cristal porque era el más caro de la carta, y rosado por la técnica de vinificación, llamada «sangrado».

«Haz sangrar a tus enemigos, que se maceren en su sangre como las uvas en su jugo», le había susurrado a la joven camarera una noche en la que su guardaespaldas había dejado medio muerto a un turista ebrio que la había importunado.

A cambio de ese gesto de confianza, había exigido a la joven que le hiciera el amor en un salita discreta del club, donde se abandonó a la excitación aterrada de una chica que hacía aquello por primera vez. Y es que Madame Sue se tiraba a los hombres con una arrogancia violenta y vulgar, pero languidecía de amor con las mujeres. La camarera, temblorosa, se había mostrado dulce y entregada, y Madame Sue la había sabido recompensar haciendo que se le ofreciera un puesto fijo y se le doblara el salario. Por supuesto, de vez en cuando, no con demasiada frecuencia, Madame Sue le exigía dar rienda suelta a esos amores audaces, lo que ella no podía rechazar.

La joven camarera le sirvió una copa de Cristal, volvió a poner la botella en el hielo, envolvió el cuello de ésta con una servilleta blanca y aguardó por si la mujer la miraba para darle otra orden, que se sintió aliviada de no recibir. Al bajar del salón VIP, la chica se cruzó en la escalera con el jefe de seguridad y apartó la vista. No le gustaba ser prisionera de los deseos de Madame Sue, pero aún temía más las fornicaciones a la soldadesca que los de seguridad exigían al personal femenino. Aunque la protección de Madame Sue la ponía a salvo de tener que pasar por lo que cada nueva empleada le contaba entre lágrimas, la joven camarera prefería no cruzar su mirada con las de aquellos hombres.

El jefe de seguridad se acercó a la mesa de Madame Sue. Saludó al guardaespaldas y le hizo un gesto con la cabeza para que se fuera a vigilar a otra parte. Un clamor acogió las primeras notas de un éxito internacional, inmediatamente coreado desde la pista de baile, donde la masa juvenil era tan compacta que sólo podía bailar saltando sobre sí misma. Madame Sue indicó al hombre que se sentara, poniendo buen cuidado de no ofrecerle nada de beber.

—¿Qué follón es éste! —soltó ella de entrada, en medio del estruendo de decibelios en aumento.

—Es *Animals*, de Martin Garrix.

—¿No me tomes el pelo, Buya! —gritó agarrándolo por la solapa para atraerlo hacia ella y que pudiera oírla bien—. Hablo de lo que está sucediendo con nuestros hombres en el sur, no de esta música de negros de Chicago o de Detroit.

—Garrix es blanco, madame. Es holandés...

Seguía agarrando la solapa del hombre. Y con la mano que tenía libre, cogió la copa vacía y se la puso en la cara, rodeándole el ojo izquierdo con el frágil borde de cristal.

—Es muy difícil seguir siendo jefe de seguridad con un ojo de menos, ¿lo sabías? Cuatro de nuestros hombres han muerto aplastados, y esos estúpidos de la Colorado están inquietos hasta el punto de que me han arruinado la cena en el Bistrot. ¿De verdad crees que estoy de humor para bromas? Así que, te lo pregunto por última vez: ¿qué follón es éste?

—Es él, madame. ¡Ha vuelto!

SALVAR MONGOLIA

Desde lo alto de la colina, él contemplaba su país. La otra colina. Del otro lado. Desde allí había observado a los cuatro chalados avanzar a trompicones en su vieja furgoneta azul hasta el cuerpo de Qasar. Su *anda*, su hermano de sangre, al que había matado con sus propias manos mientras lloraba mirando al cielo. Más allá de la colina se extendían la llanura saqueada por los ninjas y el campamento del crío con los huesos deformes, y un poco más lejos se encontraba aquel extranjero muerto al que él no había matado y que andaba en amores con varias mujeres desde hacía bastante tiempo. Más al oeste se veía la larga cicatriz de la carretera que cortaba la estepa hasta cruzarse con una pista ancestral, a la altura del puente, sobre aquel río lento como una culebra, donde había matado a sus cuatro antiguos compañeros. Y hacia el este, las simas abiertas de la mina de la Colorado, con la que debía acabar. Lo único que aún no comprendía bien era el papel de aquel hombre al que todo el mundo parecía querer acompañar, y el propósito de la pequeña caravana que formaban quienes lo seguían. A través de sus prismáticos había visto cómo Yeruldelgger plantaba cara a los milicianos de la MGS. Cómo los pasos de su caballo lo llevaban de crimen en crimen, con la misma seguridad con la que un zorro de las nieves alcanza a su presa invisible bajo la corteza de hielo. Cómo mediante su mero desplazamiento ya había relacionado entre sí todas aquellas muertes, como si estuviera tejiendo discretamente una red en torno a él. Y también cómo después parecía desinteresarse de todo y seguir su camino. Ese hombre hacía mucho tiempo que lo molestaba. Pero no acababa de decidir si debía hacer de él un aliado o un enemigo. Lo que sí sabía era que escondía dentro una violencia que le costaba mucho controlar. Jebe volvió a encuadrar el perfil de Yeruldelgger en la mira de su Dragunov. Quizá debiera abatirlo en ese preciso momento para

conjurar el miedo sordo que le provocaba y que le oprimía el pecho. Algo le decía que si no lo mataba entonces quedarían destinados a encontrarse. Y la idea de enfrentarse a él cara a cara lo inquietaba.

Sin embargo, Jebe había hecho el juramento de las cinco estrellas. El que también hizo el maestro de todos ellos, el gran Gengis Kan, la víspera de atravesar el río Amarillo para atacar la ciudad tangut de Lingzhou. Esa noche, mientras dormía al raso, había visto alinearse en el cielo cinco astros y había tomado aquella señal como una advertencia. Para conjurar la mala suerte anunciada, hizo una promesa a los espíritus. No matar ciegamente y no arrancar la vida más que a quienes tomaran las armas contra él. Jebe había hecho la misma promesa y se atendería a ella, incluso con ese hombre a quien sin embargo intuía como una amenaza. Porque el destino que él había decidido asumir era el mismo que el del Gran Kan. Salvar Mongolia.

36

«UN JUEGO, SUPONGO, O UNA ADVERTENCIA...»

Tsetseg azuzó el caballo hasta alcanzar a Yeruldelgger, que cabalgaba a la cabeza de su pequeña caravana en compañía de Ganbold.

—Ya lo sé —dijo Yeruldelgger antes incluso de que ella hablara.

—Ah, bueno, me estaba preocupando. ¿Desde cuándo?

—Desde el puente. Él fue quien disparó contra la cisterna.

—También sentí su presencia en el campamento de Ganbold y en el del francés muerto.

—Y en el campamento de los cuatro pintamonas, ya lo sé, cuando descubrieron el cuerpo en la roca.

—¿De quién estás hablando, del trampero solitario que nos sigue los pasos desde el otro monte? —preguntó Ganbold.

Yeruldelgger detuvo el caballo y Tsetseg lo imitó, dejando que Ganbold prosiguiera su camino.

—¿Lo sabías? —preguntó Yeruldelgger alzando la voz.

—Por supuesto —presumió Ganbold sin volverse.

—¿Y cómo sabes que es un trampero?

—Porque lo conozco —respondió—. Va mejor equipado que un simple cazador. Siempre lleva víveres para aguantar mucho tiempo y dos fusiles grandes con sus fundas.

Yeruldelgger y Tsetseg azuzaron los caballos con los talones para llegar a la altura del chico.

—Entonces, ¿lo has visto alguna vez?

—Sí. Suele andar por los valles de los alrededores. Y los ninjas no le gustamos. No nos hace nada, pero cuando te cruzas con su mirada comprendes

enseguida que no es amigo nuestro.

—¿Y qué aspecto tiene?

—Es más joven que vosotros dos, parece tan fuerte como tú, y en mi opinión, vistas las armas que lleva, debe de ser capaz de hacer blanco de una colina a otra. Eso es todo lo que sé. Además de que en el paso comercial un día escuché a uno referirse a él como «el Africano».

—¿El Africano?

—¿Qué sucede? —preguntó Guerléi.

La policía, al volante del coche de la geóloga quebequense, los había alcanzado. Yeruldelgger vio cómo toda la banda se desplegaba rodeándolo como si aguardara órdenes o se aprestara a montar un campamento.

—El Africano, ¿ese apodo te dice algo?

—No —admitió Guerléi.

—Es un solitario que se pasea por la región con fusiles para asustar a los ninjas.

—¿Quién te ha hablado de él?

—Ganbold. Oyó ese nombre en el paso comercial.

—Ya veremos entonces cuando lleguemos allí —dijo Guerléi, que arrancó para ponerse a la cabeza del grupo.

—¡Sin mí! —gritó Yeruldelgger—. Nuestros caminos se separan aquí. Yo voy al *naadam*, ¿lo has olvidado?

—Por mí como si te vas al infierno. Supongo que sin ti nos cruzaremos con menos muertos y nos meteremos en menos líos.

La policía hizo una seña con la mano a través de la ventanilla abierta. De «lárgate», o de «buen viaje». Yeruldelgger podía tomársela como quisiera. La furgoneta de los artistas se puso en marcha dando saltos, seguida de Odval y Ganbold a caballo, y con la familia de ninjas detrás, a pie. Tsetseg dudó.

—Síguela —le dijo Yeruldelgger—. Averiguarás más cosas de tu hija en el paso comercial que viniendo conmigo.

Sin embargo, la mujer arreó el caballo para tomar el camino de Yeruldelgger.

—Y quién te va a ayudar a ponerte los calzones satinados aprietapelotas y tu graciosa chaquetilla de luchador, ¿eh?

—Yo no lucho —precisó el ex poli—. Soy arquero.

—¿Tiro con arco? ¿No has oído a Ganbold? ¡Eso es cosa de mujeres!

—¿Ah, sí? Muéstramelo —dijo él sin volverse y lanzando por los aires la

cantimplora que colgaba de su montura.

Ésta cayó lejos, delante de él, impulsada por la fuerza de la flecha que la había atravesado. Yeruldelgger detuvo el caballo para mirar a Tsetseg, que estaba una veintena de metros detrás de él, con el arco todavía sujeto en su brazo extendido, el busto derecho y la cabeza alta. Una vieja amazona. Una guerrera. Segura de sí misma. Luego aflojó los músculos de la espalda y volvió a convertirse en jinete, orgullosa de la lección que acababa de darle. Yeruldelgger sonrió y echó pie a tierra para ir en busca de la cantimplora.

—¿Prácticas?

—Todos los días.

—No te he visto hacerlo desde que nos conocemos.

—Porque no te levantas suficientemente temprano.

—No me digas que practicas en la penumbra, como un Shaolin.

—¿Tú qué crees?

La miró para adivinar si se estaba pavoneando, luego la sombra de una nube llamó su atención, pero levantó los ojos al cielo y vio que éste lucía inmensamente azul, sin el menor movimiento. Comprendió que la nube había pasado dentro de él, y que la amenaza no venía de ahí arriba. Turbado, caminó hacia donde el plumaje amarillo y verde de la flecha señalaba la cantimplora. La bala reventó los guijarros y proyectó la cantimplora seis metros más lejos un segundo antes de que él oyera la detonación. Tsetseg saltó a tierra y tumbó a su caballo, para protegerse detrás de él. Yeruldelgger no se movió. Miró fijamente la cresta, del otro lado del valle, como si pudiera ver al tirador. Luego, sin apartar la vista de un punto invisible del horizonte, se dirigió hacia su caballo, sacó de sus alforjas unos prismáticos y azotó la grupa del animal para que se alejara al galope de la zona de peligro.

—¿Qué haces? —preguntó Tsetseg—. Ven a tumbarte conmigo.

—Eso ya lo hemos hecho —respondió Yeruldelgger, tranquilo.

—¿Te parece que es momento de bromear?

Yeruldelgger no respondió y enfocó con sus primáticos el punto de la cresta que atraía su atención. El hombre estaba allí, sin pretender ocultarse, tirado sobre una piedra plana, con el cañón del fusil apoyado en un trípode. No había duda de que a través de su mira telescópica veía cómo Yeruldelgger lo observaba. Luego apartó el rostro del arma, hacia un lado, como para mostrarse bien, antes de alinear de nuevo su ojo con la mira.

En el valle, Yeruldelgger bajó los prismáticos y dio la espalda a la cresta para

ir a recoger la cantimplora. Un metro antes de llegar a ella, se produjo una nueva detonación. Otra bala la mandó de nuevo dando saltos un poco más lejos. Yeruldelgger no se volvió. Esperó unos segundos para dar tiempo al tirador de cargar el arma y ajustar la mira, luego reanudó la marcha hacia lo que quedaba de la cantimplora. Esta vez la bala la destrozó, y Yeruldelgger se dio media vuelta hacia la cresta para llamar a su caballo con un silbido. El animal se tomó su tiempo para llegar hasta él al paso. Cuando estuvo a su lado le frotó el morro contra el hombro, Yeruldelgger lo agarró por las bridas, sacó otra cantimplora de su alforja y bebió despacio de cara a la cresta. Luego guardó la cantimplora, montó la silla, se acercó a Tsetseg y le ofreció una mano para ayudarla a ponerse en pie. Ella rechazó la ayuda; cuando su caballo se levantó, ya estaba montada sobre él.

—Podemos irnos —dijo Yeruldelgger con voz calma—. No hay nada que temer, pero cabalga delante de mí de todos modos, por si acaso.

—¿Qué ha sido eso?

—Un juego, supongo, o una advertencia...

37

«...DELGGER KAN!»

—¿Quién te ha enseñado?

—¿A qué?

—A tirar con arco, a levantarte subida a la silla de un caballo acostado...

—La vida.

—La vida nos enseña muchas cosas, pero no éstas.

—¿Ah, sí? ¿Ahora eres maestro de vida? Creía que no eras más que un ex poli violento que había sido expulsado.

—He sido poli el tiempo suficiente para reconocer a quien se entrena en cosas que exigen mucha disciplina y obstinación. De hecho, me pregunto por qué viniste hasta mi cama para pedirme que castigue a quienes secuestraron a tu hija. Tienes pinta de ser perfectamente capaz de hacerlo tú sola.

—Fui a tu cama porque hacía cuatro meses que no hacías el amor. Sabía que no ibas a resistirte y a mi edad eso que me llevo. En cuanto a mi venganza, nunca dije que quería que tú los castigaras por mí. Lo que te pedí fue que me ayudaras a castigarlos. Sea lo que sea lo que le hayan hecho a Yuna, quiero verlos sufrir, y yo misma me encargaré de ello.

—Sabes que ya no vivo así. Si estoy presente cuando les des caza, impediré que pierdas tu alma torturándolos.

—¿Y a ti quién te ha dicho que todavía tengo un alma que perder, abuelo? Nunca deberías haber venido al Gobi, ésa sí que es una idea de bono. ¡Alcanzar la redención a través de la meditación! Tendrías que haberte quedado en las cloacas de Ulán Bator cargando con la mierda de la humanidad. ¿Qué te crees, que la estepa es más apacible, que es menos violenta, que puedes enfrentarte sin miedo a un tirador de élite que te dispara a un kilómetro de distancia sin ninguna

razón? Lo más loco de lo que acabamos de vivir no es tu coraje temerario sino que ese tirador pueda existir. Que podamos aceptar la idea misma de que existe. Los psicópatas *snipers* están bien para los campus de Estados Unidos y las series como *Mentes criminales*. Pero ¿qué pinta ése en nuestra estepa? ¿Qué pintan los que secuestran a nuestras hijas? ¿Y qué pinta ese otro ahí?

Iban en fila y Yeruldelgger oía hablar a Tsetseg delante de él. Se inclinó a un lado para ver qué había hecho que ella levantara la cabeza y armara discretamente su arco. A lo lejos, un jinete iba derecho hacia ellos a galope tendido. Se dio cuenta de que no era más que un niño con una túnica de satén azul. En los *naadams*, donde se dan cita pueblos o provincias enteras alrededor de tres juegos viriles tradicionales, la lucha está reservada a los hombres, el tiro con arco normalmente a las mujeres y la carrera de caballos a los niños. Éste tenía apenas seis años y galopaba a rienda suelta, con su cuerpecito flotando dentro la túnica hinchada por el viento.

—Que el cielo lo proteja y aplaste a su madre —murmuró Tsetseg, que se había detenido.

—No tiene ningún miedo —dijo él, de repente a su lado y sorprendido por la cólera que la mujer contenía—, parece un jinete excelente.

—Míralo, monta sin silla ni estribos.

—Suele ocurrir. La destreza de esos críos es increíble y por eso se los admira.

—Nadie admira a esos pequeños jinetes, aparte de los turistas imbéciles que los ametrallan con sus cámaras y se interesan más por la foto que acaban de tomar que por su suerte. ¿Sabes por lo menos por qué galopa de esa manera?

—Porque es la tradición —admitió Yeruldelgger.

—La tradición. Eso no quiere decir nada. Es sólo una capa de lona sobre la armadura de una yurta. Lo que importa es lo que la tradición enmascara. Lo que perpetúa.

—¿Y qué enmascara la de las carreras de caballos? —preguntó Yeruldelgger, irritado porque no le gustaba que hablaran mal de los ritos de los ancestros.

—Pobre imbécil, así que formas parte de los que no quieren ver nada... Él monta sin silla y sin estribos para ser más ligero. Monta con sólo seis años porque resulta menos pesado. Lleva una simple túnica para que el caballo soporte el menor peso posible. Porque el único que cuenta es el caballo. Es él quien gana la carrera. Nunca el pequeño jinete.

Yeruldelgger admitió sin llegar a decirlo que había algo de cierto en las

palabras de Tsetseg. Cuando aquellas cabalgadas vertiginosas terminaban, a los jinetes que quedaban en primer lugar se los regaba con leche de yegua fermentada, porque eran demasiado jóvenes para beber, pero enseguida los cumplidos y los halagos recaían sobre el caballo y su entrenador. Era el trabajo de este último el que se alababa. Los meses trabajando la resistencia de la montura, la elección del jinete y, sobre todo, de los arreos.

—¿Sabes por qué se felicita también al que llega último? —preguntó Tsetseg con sequedad y sin apartar la mirada del pequeño jinete que se les aproximaba.

—Para consolarlo porque la carrera no es más que un juego.

—Tienes suerte de seguir siendo un buen amante para la edad que tienes — se burló la mujer—, si no fuera por eso no pasarías de ser un viejo gruñón que no serviría más que para alimentar a los lobos. Al último de la carrera se lo festeja con tantas alabanzas y tanto *airagcomo* al primero para animarlo a hacerlo mejor la próxima vez.

—Eso es lo que yo decía.

—¡Mira que eres gruñón, cabezota e idiota! Lo animan a hacerlo mejor porque ha sido él quien no lo ha hecho bien. Él y sólo él. Él es siempre quien falla, nunca el animal. ¡Nunca! Deja de mirar la carrera como un hombre y mírala como una mujer. Como una madre, más que como un padre criador. El niño no representa nada en esas carreras. Si los hombres estuvieran seguros de que los caballos pueden recorrer solos los quince o treinta y cinco kilómetros de la carrera, prescindirían hasta del más pequeño de los jinetes, que no representa sino un peso para el hermoso caballo del que ellos están tan orgullosos.

Yeruldelgger la miró durante unos segundos. ¿Qué desgracia había herido a esa mujer para que se esforzara hasta ese punto en denigrar las costumbres felices de los nómadas, las que tejían los vínculos entre ellos?

—¿Qué tienes tú contra la tradición?

—Las tradiciones de unos son siempre el yugo de la opresión de otros — replicó Tsetseg con un tono que puso fin a la discusión.

Yeruldelgger sintió que no valía la pena responder y miró cómo el niño detenía su caballo en medio de una nube de babas blancas y polvo amarillento. La bestia tenía espuma en el morro y él se sorprendió buscando de inmediato las huellas de sudor en el cuello del animal. Esas que de muy niño su padre le dejaba secar en el caballo ganador con la ayuda de un bastón de madera para el sudor, con forma de sable. ¿Qué mal había en creer en esas cosas?

—¿Tú eres el arquero? —preguntó el chaval casi sin aliento.

—Yo soy Yeruldelgger.

—Entonces, ¿eres el viejo policía que tira al arco con las mujeres?

El crío no llegaba a los seis años y tenía la voz aflautada, como un niño de parvulario.

—Ya no soy poli, no estoy tan viejo y disparo cuarenta flechas contra una diana a setenta y cinco metros. No veinte a sesenta, como hacen las mujeres.

—Eso no quita que fueras el único arquero que estaba inscrito, abuelo.

—Eso es porque los demás tienen miedo de enfrentarse a mí —bromeó Yeruldelgger.

—Espera —intervino Tsetseg—. ¿Por qué dices que «estaba» inscrito? ¿No se va a celebrar el *naadam*?

—Lo han anulado.

—¿Ha ocurrido algo?

—Eso es lo que vengo a preguntar. Los demás quieren saberlo.

—¿Saber el qué?

—Qué vienes a hacer.

—Vengo a participar en el *naadam* como arquero, ¿qué otra cosa quieren que haya venido a hacer?

—Dicen que vas a la cabeza de un pequeño grupo hacia el paso comercial para ajustarle las cuentas a la milicia de la Colorado.

—¿Yo? —se sorprendió Yeruldelgger—. ¿Quién va contando por ahí semejantes pamplinas?

—Todo el mundo. Los criadores y los nómadas. Están hartos de la Colorado y de los ninjas. Todos están contigo. Están dispuestos a seguirte para recuperar sus tierras.

—Pero ¿¿qué tonterías son ésas?! —masculló Yeruldelgger masajeándose la cara con sus manazas para intentar calmar la cólera, que se agitaba ya sordamente bajo su estupefacción—. Escucha, hermanito, vuelve allí al galope y diles que sólo vengo a intentar ganar el concurso de tiro al arco en el *naadam*. A nada más. No hay grupito, sólo me acompaña Tsetseg, como puedes ver, y no tengo ninguna intención de partir en una cruzada contra nada, sea la Colorado o no.

—Es demasiado tarde, Delgger Kan, todos han partido.

—¿Todos, quiénes? ¿Partido? ¿Adónde?

—Los luchadores, los entrenadores, los espectadores, todos. Incluso las

arqueras. Por lo menos son doscientos, y van en coches o a caballo. Hasta transportan sus yurtas para instalarse.

—Pero ¿dónde?

—En el paso comercial. Van por la pista del otro valle, y aunque cortaras a través de la cresta, te seguirían llevando ventaja. Algunos han venido detrás de mí para protegerte.

—¿Protegerme? ¿De qué?

—Un vigía esperaba tu llegada. Escuchó los disparos y vino a prevenirnos de que un tipo estaba intentando matarte en el valle. Le contó a todo el mundo cómo le hiciste frente sin miedo y han decidido seguirte para protegerte antes incluso de que se lo pidas, Delgger Kan.

—Pero ¡si yo nunca he tenido intención de pedir a nadie que me siga! ¿Qué historia de locos es ésta? —maldijo poniendo a Tsetseg por testigo.

—Quien siembra tradición... —se burló Tsetseg.

—¿Qué cosecha? —preguntó irritado Yeruldelgger.

—Estupideces y problemas —sonrió la anciana—. De todos modos, no tienes arco. Me pregunto qué ibas a hacer en el *naadam*.

—Tirar el último con el arco y las flechas del que hubiera marcado menos puntos. Es el privilegio de los Shaolin.

—Menuda tontería de privilegio —dijo Tsetseg riéndose.

—Venga —los interrumpió el niño—, tenemos que irnos, Delgger Kan.

—¡Y tú, por amor al cielo, deja de llamarme así!

—Pero ¡es que así te llaman todos!

—¡Yo no soy Delgger Kan! —gritó Yeruldelgger perdiendo los estribos—. ¡Yo no soy Delgger Kan!

...COMO PARA QUE UNOS CUANTOS CRÍMENES LA INFLAMARAN?

Debería de haberlo matado. Lo había tenido en la mira de su Dragunov, apenas a mil metros. A esa distancia, los francotiradores serbios que tanto encomiaban esa arma sabían reventarle la rodilla a un hombre para a continuación disparar a la cabeza de todos los que se arriesgaran a arrastrarse hasta él para ayudarlo. Él ya había matado a dos hombres a esa distancia. Había formado parte de un destacamento enviado por Mongolia en el marco de una operación para mantener la paz en Chad y Sudán del Sur. Eran ochocientos cuarenta y nueve soldados y un miembro de las fuerzas especiales. Él. Por petición expresa de las fuerzas francesas de la operación Épervier, uno de cuyos mandos lo había visto en acción durante la defensa del campo Eggers, en Kabul, y después como instructor de tiradores de élite del nuevo ejército afgano. En África, él formaba dúo con un *sniper* francés, y actuaban con total autonomía. Él desorganizaba las bandas armadas no importaba de qué lado de la frontera, en Chad o en Sudán, tanto daba un país como otro, eliminando con disparos ejecutados a dos mil metros de distancia a sus pequeños jefes tiránicos y sanguinarios. El récord de tiro, establecido en Vietnam en 1967 por el sargento Hathcock, de los marines, y que parecía imbatible tras matar a una víctima desde dos mil doscientos ochenta y seis metros de distancia con un viejo Browning, había sido batido varias veces desde la guerra de Afganistán. Desde entonces cada año, cada mes incluso, los resultados de los mensajeros de la muerte mejoraban. Cuando abandonó el ejército en 2012, el récord estaba en dos mil ochocientos quince metros, establecido por un *sniper* australiano. En función del arma, Jebe sabía que podía dar muerte hasta a dos mil trescientos diez metros de distancia. Así que matar a aquel viejo arrogante que se burlaba de él con su

cantimplora habría sido un juego de niños.

Sin embargo, estaba la promesa que había hecho de matar tan sólo cuando resultara útil. Así que guardó el arma y cabalgó hasta su campamento, a una hora de galope, del otro lado del otro valle. Una yurta anónima al abrigo de las miradas gracias a un bosque ralo de saksauls retorcidos por la sequía.

Un hombre la ocupaba permanentemente y el interior parecía un centro de mando.

—Lo tengo —dijo el hombre que controlaba las pantallas—, nos lo han enviado.

Tendió unos cascos a Jebe y puso en marcha la grabación. En la pantalla apareció el primer plano del rostro de un tipo. Parecía estar con el torso desnudo y, a pesar del encuadre, se adivinaba que tenía las manos atadas a la espalda. La rabia por haber caído en una trampa todavía se le notaba un poco por el modo en que contraía la mandíbula y el labio superior. No obstante, su mirada delataba ya cierta renuncia e insinuaba el miedo que le iba creciendo dentro. Las respuestas que daba a la mujer que lo interrogaba eran exactamente las que Jebe esperaba. Era un secreto a voces en el mundo de las finanzas y de las minas, pero representaba un mazazo para los mineros de Mongolia.

«—¿Es usted Ryan Walker? —preguntaba la voz de una joven fuera de plano.

»—Sí, soy Ryan Walker, y vosotros, ¿a qué panda de chiflados pertenecéis?

»—Es el ingeniero jefe encargado de las operaciones automatizadas de la Colorado, ¿no es así?»

—Está bien —dijo Jebe quitándose los cascos—. Móntalo como dijimos. Que no salga más violencia de la necesaria. ¿Lo mataron?

—Sí.

—¿Lo filmaron?

—Sí.

—Pues que no salga el tipo muerto. ¿Hay noticias de Nueva York?

—Lo hizo. Me lo ha confirmado con un mensaje de texto, pero todavía no ha aparecido nada, ni en internet, ni en los medios.

—Tenme al corriente cuando eso empiece a moverse. Di a Perth y a Nueva York que tienen que aguantar unos días más. Que permanezcan escondidos y esperen mi señal.

Salió de la yurta y se sentó bajo un saksaul para dejarse impregnar por el silencio y la inmensidad del lugar, como en la época de sus misiones en África.

También por la fragilidad y la violencia del destino, sobre todo del suyo, hoy más aún que en aquellos tiempos. No existe nada que no muera, y quizá había llegado el momento de que el imperio muriera también. Pero el imperio no podía desaparecer sin combatir y en ese caso él sería el brazo armado. A menos que su plan funcionara. Y que sus sacrificios en Perth o en Nueva York y hasta en el Gobi despertaran la furia asesina de ese pueblo de guerreros convertidos en ovejas dóciles y obreros resignados. Pero ¿les quedaba rabia suficiente a los mongoles como para que unos cuantos crímenes la inflamaran?

39

¡VIVO!

Una multitud alegre y ruidosa había invadido la terraza al sol del albergue de Knowlton con ocasión del «Killer Martini Quiz» de sus Primaveras Asesinas. ¡Qué ironía que se celebrara un festival de novela policíaca allí donde Zarza quizá cometía un crimen!

Por suerte, al profesor Bouthillette no le gustaban los gentíos que no podía controlar, y el grupo de autores desembarcaba con demasiado ego como para que él intentara sacar partido. Sin embargo, entre aquellos hombres que hablaban alto y entre las jóvenes que reían todavía más alto, había algunos especímenes a los que le habría gustado tirarles la caña. Dos o tres cruces de miraditas a modo de cebo y esa periodista pelirroja de Vancouver, tan ingeniosa y encantada con su pequeña notoriedad, o ese joven de Montreal tan tímido que aún no era consciente de su potencial como autor de novela negra, habrían mordido el anzuelo. Sin embargo, sus redes ya le habían proporcionado buenas capturas en casa. Dejó la copa de Saint-Pépin sin terminar, abandonó la mesa, se sumergió sin miramientos en la muchedumbre, empujando a varios *Martini killers*, y salió cruzando la sala del albergue, decorada con toda clase de patos.

Zarza lo dejó salir sin seguirlo. Lo vio pagar en el mostrador y dirigirse a su coche, que estaba en el aparcamiento. Sólo se aseguró con la mirada de que, desde Lakeside, tomaba dirección este, hacia Victoria. El resto podía imaginarlo, hacía tres días que lo espiaba.

Los chicos del servicio secreto lo habían encontrado con mucha rapidez. Eran verdaderos *raters*: tenaces como sabuesos, retorcidos como *hackers*. Sin apartarse de las pantallas, navegando tan sólo por lugares accesibles para todo el mundo, habían seguido los vínculos entre la MUST, la Universidad de Ulán Bator, y Terra Nostra, la ONG de Montreal. Luego habían rebuscado entre los

expedientes administrativos de la ONG, producto de un embrollo increíble de fundaciones, asociaciones y mecenazgos. Y tirando del hilo de la financiación habían establecido la relación entre Terra Nostra y una asociación con fines humanitarios que dependía del Departamento de Ciencias de la Tierra de la Universidad de Vancouver, para el que la ONG recogía las informaciones que les proporcionaban los geólogos que estaban en Mongolia. El nombre de Bouthillette aparecía por todas partes en cuanto llegaron al tercer nivel del embrollo administrativo. Presidente fundador de Terra Nostra, profesor honorario asociado en la MUST, profesor titular en la UQEM, profesor asociado en la Universidad de Vancouver, consultor de la asociación humanitaria. El análisis de sus cuentas oficiales y de las ocultas y de su tren de vida hizo el resto y le confirmó a Zorzavadjian que era su objetivo.

El agente francés abandonó el albergue, condujo su coche por la carreterita limpia y bien señalizada de Lakeside y continuó por ella, en lugar de girar a la izquierda, hacia Victoria, como habría hecho si hubiera querido seguir a Bouthillette. Pasó frente a un bar discreto y sombreado a la orilla del Cold, en el punto donde un arroyo escapaba del lago de Moulin a través de una pequeña presa en pendiente, al otro lado de la carretera. Bouthillette había cenado allí la víspera con la estudiante gordita a la que maltrataba de noche. Zarza continuó hasta el lago para rodearlo por el oeste. El paisaje era un *patchwork* de césped y jardines cosidos por unos bordes floridos. Más allá de los parques arbolados se adivinaban propiedades rodeadas de viñedos amarillentos. Sin ánimo de ofender a los quebequenses, Knowlton mostraba abiertamente y con suficiencia su lado más británico: grandes mansiones de madera blanca y estilo colonial, circundadas de verandas sobre alfombras de césped mullido; edificios históricos esculpidos con columnatas y frontispicios, amerengados como tartas de boda; campos de tenis de tierra batida detrás de unas verjas altas y bajo la sombra densa de los arces; piscinas sin trampolín erizadas de tumbonas blancas e impecables, y hangares para botes o barcos de remo frente a embarcaderos privados. Sólo desentonaban los viejos moteros vestidos de cuero que se paseaban lentamente con sus máquinas. Hacían rugir los motores de sus Harley entre todas aquellas mansiones preciosas, despectivos y serios, tratando de no exagerar demasiado, antes de ir a hacerse los rebeldes bebiendo cerveza en las terrazas floridas de los restaurantes, con sus motos rutilantes aparcadas en fila justo enfrente. Knowlton, como muchos de los lugares más bonitos del mundo, se había convertido en una ciudad de provincias en la que unos viejos estúpidos y sus motos pasadas de moda iban a dar envidia a otros viejos estúpidos y sus

mansiones de cartón piedra.

Zarza se alojaba en el motel Cyprés, situado más al norte, en Lakeside, pero había alquilado una barca y la tenía amarrada en el extremo de Pointe Fisher, una península opuesta diametralmente a la bonita casa del profesor, del otro lado del lago, en la bahía Robinson. Bouthillette se había revelado muy casero y apegado a sus rutinas. Una hora antes del amanecer, salía a pescar. El resto del tiempo, se dedicaba a aprovecharse sexualmente de los estudiantes a los que invitaba. Alumnos o alumnas. Sin preferencias. El sexo y las carnadas marcaban el ritmo de esos fines de semana largos, de cuatro días, en su casa del lago, fruto de cincuenta años de salario.

De regreso al motel para prepararse, Zarza se dijo que en realidad no quería pescar a Bouthillette. Iba a quemarlo. Como un pirómano. ¡Vivo!

40

«...TE DEVUELVO A TU BURDEL»

Muy pronto iba a ver cómo se le venía encima en medio de la bruma malva que emanaba del agua negra. Primero repararía en él. Luego lo observaría de reojo. Y se inquietaría. No puede creerlo. Ese idiota rema de espaldas y desliza su barcaza contra la suya. Maldice. Se asusta. ¿Qué hace? ¿Recoge el sedal antes de apartar la barca, o pone en marcha el motor y pierde el sedal? Duda. Demasiado tarde.

—¡Eh!

Zarza no respondió. En el último instante, hizo pivotar la barca con un golpe de remo y dio brutalmente en la de Bouthillette, haciéndola oscilar.

—Pedazo de tarado, a ver si pones atención...

Cuando Zarza sacó su arma con silenciador, al profesor se le atragantaron las palabras.

—Pero ¿qué es...?

—¿Qué tal, colega, pescando ouananiches?

—¿Eh? ¿Qué?

—Ouananiches, salmones de agua dulce, colega. ¿Es eso lo que pescas?

—No, no hay ouananiches en este lago —respondió el profesor, sin poder apartar la mirada del arma de Zarza—. Los hay en el Memphrémagog, a diez kilómetros de aquí, pero...

—¿Estás seguro? ¿Aquí no hay ouananiches?

—No, le juro que... —balbuceó Bouthillette levantándose en la barca.

—Los llaman *Landlocked salmon*, ¿te das cuenta, colega? «Salmones prisioneros.» Menudo nombre para un pez, ¿no? ¿De verdad estás seguro de que no queda ninguno en este lago?

—No, escuche, se lo juro. ¿Qué quiere? Nunca he visto a nadie sacar uno desde que pesco aquí.

—¿Quieres decir desde que tienes esa casa tan bonita en la bahía Robinson?

—Usted... ¿Usted sabe dónde vivo?

—Pues claro, colega, y también dónde tienes metida la pija cuando echas un polvo con tus alumnos. Eres un acróbata de los testículos, ¿eh?

—Un familiar, es usted el padre de alguno, ¿es eso? Escuche, si es así, ha sido siempre con su consentimiento, con el de todos ellos, se lo juro. Además, son adultos. Yo no obligo a nadie...

—¿Masculino o femenino?

Zarza mantenía las barcas juntas con una mano y con la otra apuntaba el arma contra Bouthillette. El profesor recuperó un poco de seguridad en sí mismo, como si tratar de sus derivas sexuales entrara en el marco de sus competencias y sus talentos.

—¡A ninguno! Todas las veces han sido consentidas, se lo juro, con chicos y chicas!

—No, no, colega. «Ouananiche», que si es un nombre masculino o femenino.

—¿Eh, «ouananiche»? ¡Femenino, es femenino, se dice «una ouananiche»!

—¿Y estás seguro de que no hay ni una en este lago?

—Se lo juro. Hay lubinas de boca pequeña, lucios o percas, pero no ouananiches.

—Pues aun así yo creo que las hay, colega. Estoy seguro. No hay ninguna razón para que al inicio del último período glaciar los salmones del Atlántico se quedaran atrapados en el lago de al lado y no en éste.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —gimió Bouthillette—. Quizá los haya. Si usted lo dice, debe de haber. ¡Le creo, le creo!

—Por otro lado, colega, quizá tú tengas razón, y puede que no haya. Lo mejor sería que fueras a comprobarlo.

—¿Qué vaya a comprobar qué?

—Que vayas a comprobar si hay.

—¿Ouananiches?

—Ouananiches.

—¿Cómo que ir a comprobar? ¿Comprobar adónde?

—Al fondo...

—Al fondo, pero cómo...

Zarza disparó seis veces. Seis tiros que sobresaltaron tanto a Bouthillette que la barca estuvo a punto de volcar. Las seis balas atravesaron sin problema el fondo plano de aluminio, donde aparecieron de inmediato seis géiseres redondos y bullentes de espuma blanca y fría.

—¿Qué hace...?

La barca cabeceó de nuevo, un poco más pesadamente ahora, cuando Zarza empujó su borda para alejar la suya.

—¡Qué ha hecho, por Dios!

La bruma amortiguaba sus quejas, que se ahogaban en el acto sin hacer eco. Zarza sólo era una silueta hebrosa entre algodones. Bouthillette tuvo pronto el agua por los tobillos y su nevera empezó a flotar dentro de la barca. El pánico se le aferró a la garganta, y lo que pretendía ser un grito de socorro, una llamada gutural de auxilio, no fue más que un chillido largo, agudo e infantil. Cuando el agua le llegó a las rodillas, la barca desapareció poco a poco bajo sus pies. El agua helada le oprimía los pulmones y la nuca. Comprendió que iba demasiado vestido para poder nadar. Gesticuló para quitarse ropa, pero se enredó con el sedal y el anzuelo le desgarró la mejilla. El fondo del lago Brome lo aspiró una primera vez y se atragantó suplicando a Zarza. Logró sacar la cabeza a la superficie, con los ojos a ras del agua entre sus cajitas de anzuelos triples y sus Black Nickel, de cordones trenzados y plomos de pesca de agarradera, de pera o de paleta. Al remontar in extremis de una segunda inmersión, distinguió en el agua oscura sus cebos, ganchos, emerillones, sedales trenzados, peces nadadores y demás utensilios de la marca Rapalas, algunos de los cuales flotaban en la superficie mientras que otros se hundían hacia el fondo con él.

Una cuerda le arañó el pómulo y la agarró por instinto. Zarza había regresado y estaba a dos metros de distancia, en el extremo de la cuerda anudada a la popa de su barca. Cuando se puso a remar, ésta se estiró unos cuatro metros, manteniendo al profesor en la superficie.

—La cosa va así, colega —dijo Zarza con una voz tan pausada que aún infundía más terror a Bouthillette—. Mientras yo reme, la velocidad te mantendrá a flote. Si paro, te hundes. Así que responde a todo lo que te pregunte y hazlo rápido. El agua debe de estar a diez grados. Eso te deja una hora de vida antes del colapso. Pero probablemente me canse de remar. O el agua fría te entumezca las manos y termines por soltar la cuerda.

Bouthillette intentó gritar, pedir socorro, pero Zarza pujó fuerte con los remos, y el remolino que la proa enviaba contra su mentón invadió la garganta

del profesor. El frío ya le crispaba el vientre y los genitales, pero aun así sintió el hilo caliente contra el muslo cuando se orinó en el agua helada.

—Te voy a hacer un lote de preguntas, así puedes responder al por mayor. Quiero saber tu relación con Terra Nostra y con Vancouver, qué buscan vuestros geólogos en Mongolia, cómo circula el dinero y para qué sirve, además de para pagarte este picadero tan bonito junto al lago, y quiero tener acceso a los informes entre las universidades de Ulán Bator y Vancouver que pasen por tus manos. Ya ves, no es complicado. Tú responde y en un pispás te devuelvo a tu burdel.

41

...GRITABA EN LA CAMA

Atracaron en el embarcadero bajo el resplandor de la mañana. El sol, entrecortado por las copas de los abetos y los abedules que bordeaban la bahía, deslizó sus dedos largos y cálidos sobre sus cuerpos agarrotados por el frío. Zarza amarró la barca, saltó al pequeño muelle y arrojó al profesor sobre las planchas grises ya tibias por el sol.

—Venga, en pelotas, colega, que no es momento de morir.

Bouthillette yacía semiinconsciente. Zarza comprobó que las pupilas se le contrajeran y que el corazón le latiera, aunque fuera al ralentí. Hipotermia grave. Tenía veinte minutos antes de que el estado del profesor anticipara lo peor. Le quitó una a una todas las prendas y lo dejó desnudo como un pollo antes de ayudarlo a levantarse. Bouthillette sintió en el acto cómo el sol infundía calor a su cuerpo congelado y recuperó algo de energía. Zarza lo ayudó a caminar hasta la gran fachada acristalada, un poco apartada entre los árboles, de modo que la casa no tenía nada enfrente. Toda la planta baja y la de arriba daban al lago gracias a unos ventanales panorámicos.

Zarza echó un vistazo al interior. Era un loft enorme, moderno y frío, atravesado por una escalera de hormigón visto que subía al piso de arriba. Muebles de diseño y cuadros de arte contemporáneo. Corrió la puerta de cristal y entró sosteniendo por el hombro al profesor, muy aturdido. No habían dado dos pasos cuando una chica apareció en lo alto de la escalera, desnuda bajo una camisa de hombre abierta.

—¿Profesor?

No era muy bonita. Un poco regordeta. Pero voluptuosa en cierto modo. Al ver a Zarza se detuvo y con las dos manos tiró del faldón de la camisa para ocultar su sexo. El gesto dejó al descubierto sus pechos grandes y blancos de

pezones oscuros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustada.

—He intentado ahogarlo —respondió Zarza en tono despreocupado.

—¿Se va a morir?

—Es posible —dijo Zarza, sorprendido por la pregunta—, y será en los próximos minutos si no entra en calor.

—Entonces déjeme que haga algo —dijo ella lanzándose escaleras abajo sin preocuparse ya por su desnudez.

Se abalanzó sobre Bouthillette y, antes de que Zarza pudiera reaccionar, lo agarró por los hombros, lo atrajo hacia sí con un gesto seco y le plantó varios rodillazos rabiosos en los genitales petrificados por el frío. El dolor sacó al profesor del coma y le hizo vomitar un hilo de bilis agria.

—¡Subnormal de mierda, te voy a arrancar los huevos!

Zarza soltó a Bouthillette, que se derrumbó hecho un ovillo, como un feto, e intentó calmar a la fiera.

—¡Pedazo de hostia de cáliz de altar de mierda!⁵ —gritó ella terminando cada injuria con una patada.

Zarza trató de controlarla sin saber bien dónde poner las manos en aquel cuerpo que se agitaba sin pudor. Así que la mandó volando al sofá de un bofetón bien calculado. Ella cayó boca arriba de una forma más bien obscena, luego se acurrucó en la misma posición de dolor y supervivencia que Bouthillette, y rompió a sollozar. Zarza aprovechó para levantar al profesor, cargarlo sobre el hombro y subirlo a la primera planta, donde supuso que estaban las habitaciones. Sólo había una. Inmensa. Totalmente acristalada, con vistas al lago, que resplandecía como un espejo dorado ahora que la bruma se había disipado. La cama de hierro forjado era enorme y se reflejaba en las paredes cubiertas de espejos. También en el techo. La habitación daba a un gran cuarto de baño abierto, frente a la cama. Reparó en la ropa que había plegada cuidadosamente en una silla y en los juguetes sexuales de las mesitas de noche. Ver los cordones de la cortina atados a la cabecera y a los pies de la cama bastó para que se decidiera. Sin miramientos, echó a Bouthillette de espaldas sobre el colchón y con los cordones le ató las muñecas y los tobillos al bastidor.

—Lamento haber perdido los estribos...

Zarza se volvió. La chica estaba allí, en el umbral de la puerta, completamente desnuda y con los ojos enrojecidos.

—Tranquila —dijo Zarza—. Si hay un albornoz, póntelo, pero no te vistas.

Ella dudó, pero no intentó comprenderlo, se ciñó un albornoz blanco y se sentó en un taburete pequeño.

—Lo hacemos para no suspender —murmuró, con las manos juntas púdicamente entre las rodillas y con la cabeza baja—. Este cretino sólo es un maldito chantajista. Abusa de su cargo. Nos tiene a todos revolcándonos en la mierda, y si no se la chupas te jode las notas a final de curso.

—O sea, «promoción sofá», ¿es eso? ¿Tienes que dejar que te pase por la piedra para diplomarte?

—Exacto. Es justo eso lo que te dice al oído, mientras te mete una mano entre los muslos, cuando te pide que vayas a hablar a su despacho: «Tus notas no van bien, no van nada bien, pero si quieres diplomarte eres bienvenida en casa.» ¿Se puede morir, de verdad?

Zarza siguió la mirada de la chica.

—No, ya no. Tiene hipotermia, pero la mejor manera de que se recupere es dejar que su cuerpo se caliente despacio a temperatura ambiente. Dentro de una hora o dos habría que meterlo en la bañera con agua tibia.

—¿Por qué has intentado ahogarlo?

—Necesitaba que respondiera a unas preguntas.

—¿Las respuestas pueden meterlo en líos?

—Sí.

—Bien, en ese caso te ayudaré. Estoy al corriente de bastantes de sus mierdas. No sólo nos folla, además nos explota y nos hace trabajar para él. En todos sus asuntos.

—Son sobre Terra Nostra, las operaciones en Mongolia, sus vínculos con Vancouver, me ha contado muchas cosas que debo comprobar.

—Lo he oído hablar de todo eso. He visto cosas.

—¿Tienes acceso a sus ordenadores?

—En parte, sí, pero para usarlos hay que preguntar a Richard.

—¿Richard? ¿Quién es Richard?

—Es un pirado de la informática, otro alumno de este cáliz de mierda consagrada que disfruta follándonos en trío. Chico- chica, a poder ser.

—¿Y dónde puedo encontrar a ese friki?

La chica hizo una señal con la cabeza y Zarza sacó su arma mientras se dirigía a la puerta de al lado del cuarto de baño. Estaba cerrada por dentro.

—¿Richard? Richard, abre por favor...

—...

—Tengo un pistolón en la mano, colega. Si me obligas a disparar contra la cerradura para abrir, te arriesgas a llevarte un tiro sin querer...

—...

—Richard, si lo que hay detrás de esta puerta es el váter, no vas a tener mucho espacio para evitar los pepinazos.

—¡Richard, deja de actuar como un gallina, pedazo de tarado! —le ordenó la chica gritando—. Venga, abre, no compliques las cosas.

Zarza oyó el clic del pestillo y apuntó el arma hacia la puerta que se entreabría. Un rubio alto, también completamente desnudo, con cara de niño y gafas de montura de pasta, la abría con la punta del pie, las manos ya arriba, inclinado hacia un lado para ver qué había en la habitación antes de exponerse. Zarza le arrojó una toalla de baño que el joven se ajustó a la cintura.

—¿Qué pintas tú aquí, colega?

—Llegó anoche —respondió la chica.

—Mayores de edad y con vuestro consentimiento, ¿eh? Pues éste ya no es el mismo juego, colegas, ¿de acuerdo? Quien intente joderme a mí está muerto, ¿entendido?

Trabajaron toda la mañana rebuscando en los expedientes y en los discos duros del profesor. Richard sabía cómo hacerlo. Se conectó a los ordenadores de la Universidad de Montreal y robó todos los archivos que pudo. Luego forzó el cortafuegos de Terra Nostra y tuvo acceso a los datos que la ONG transmitía diariamente a Bouthillette. La chica recogía y clasificaba la información, y la guardaba en un USB para Zarza. Anotaciones cartográficas, movimientos de fondos, cuentas bancarias, nombres, contactos. Hacia la una de la tarde, Zarza consideró que tenía mucho más de lo que había ido a buscar. El profesor había recuperado algo de energía y de vez en cuando los insultaba y amenazaba con represalias de gente cuyo poder y crueldad ellos no podían ni imaginar.

Sin avisar, Zarza se guardó en el bolsillo el USB, sacó el arma y apuntó a Richard y a la chica.

—Lo siento, niños, pero de todos modos sois unos tipejos de cuidado. Unos cabroncetes redomados dispuestos a meteros en la cama de quien haga falta para obtener un diploma, así que la prudencia obliga. Poneos en pelotas y montaos encima de él —dijo señalando a Bouthillette con el cañón del arma.

—¿Y eso por...? —balbuceó Richard.

—En pelotas y encima de él —repitió Zarza sacando su móvil para grabar el

momento—. Hacedlo como queráis, fingiendo o de verdad, a mí me da igual, pero os ponéis en marcha como si yo no estuviera aquí.

La chica fue la primera en comprenderlo. Se quitó el albornoz, se subió a la cama, se acercó de rodillas a la cabecera y se sentó con las piernas abiertas sobre la cara de Bouthillette. Richard dejó caer la toalla de baño sin saber muy bien qué hacer. Zarza lo azuzó con el cañón y él también acabó encima del profesor, de espaldas a la chica.

—¿Yo le...?

—Tú le, si tú quieres, colega, pero ¡espabila!

Los filmó durante unos minutos, luego puso fin a aquella interpretación y entregó a cada uno su albornoz o su toalla.

—El trato es simple, colegas. Nadie habla con nadie de lo que ha pasado aquí. Ni de mí, ni de lo que he preguntado, ni de lo que me habéis conseguido. De lo contrario, este vídeo se hará viral, con millones de visualizaciones en el mundo entero, y sobre todo en la universidad y en casa de papá y mamá, ¿está claro? Y eso vale también para ti, Bouthillette, si hablas con alguien te convertirás en una puta estrella de internet, colega. ¿Estamos de acuerdo?

—¡Sí! —dijeron de inmediato los chicos.

Bouthillette no respondió.

Zarza les dijo entonces a los dos estudiantes que se vistieran y se largaran. La chica había llegado con el profesor, pero Richard tenía coche y podía llevarla a Montreal.

—Gracias —dijo el chico.

—No me las des, colega. No sois más que dos lameculos, en el sentido más literal de la palabra, y no me caéis bien. Largo.

Los vio marcharse en silencio, luego buscó las llaves del Mercedes de Bouthillette y salió de la casa para regresar a Montreal. Cuando cerró de un portazo, el profesor gritaba en la cama.

«...CHAGDARSÜREN DJÜGDERDEMIDIIN BILEGT»

—¿Guata de foca? —dijo De Vilgruy, sorprendido.

—¡Guata de foca! —confirmó Zarza—. Y no «What the fuck!». Es la frase de Robert de Niro, en quebequense.

—De Niro jamás dijo «*What the fuck!*». Su frase mítica es «*You fuck my wife*».

—¿Ni siquiera en *Toro salvaje*?

—«*You fuck my wife*» es de *Toro salvaje*.

—¿Y en *Taxi Driver*?

—La de *Taxi Driver* es «*You talkin' to me?*».

—Mierda, qué pena, lo de «Guata de foca» de verdad que suena muy deniresco —dijo Zarza mirando su camiseta.

De Vilgruy se impacientaba en la pantalla. Se habían conectado por videoconferencia a través de una red segura desde la oficina de importación-exportación que servía de tapadera al departamento, en la calle Notre-Dame, en el barrio de Ville-Marie de Montreal. Zarza había encontrado la camiseta en el local del mecánico de la planta baja, que también se dedicaba a estafar a turistas. Era un indio de la India, como la mayoría de quienes hacían reparaciones. Los únicos indios de la ciudad, ya que los otros, los nativos, estaban bien lejos, aparcados en sus reservas con casinos.

—¿Y bien? —preguntó Zarza, como si fuera él quien estuviera esperando.

—Hay mucha información interesante en los archivos que nos has enviado. Sobre todo dos. Los datos transmitidos por Terra Nostra no son más que datos de confirmación. Según un contacto en el BRGM, parece que alguien, en algún lugar, está trabajando en un modelo y Terra Nostra sólo hace comprobaciones de

apoyo.

—¿Qué clase de modelo?

—Es un poco pronto para decirlo. Seguimos analizando tu información. Por lo visto, quienes dan las órdenes están interesados en cuencas y depresiones. Dentro de unos días podremos hacernos una idea más clara.

—¿Y sobre esos que dan las órdenes?

—Al final de la cadena de financiamientos oficiales u ocultos siempre aparecen intereses ligados de cerca o de lejos con la Durward Minnig. En otras palabras, la Durward dirige investigaciones muy serias pero muy discretas sobre las cuencas de sedimentación en Mongolia. La cuestión es por qué eso ha requerido eliminar a uno de nuestros corresponsales.

—¿Por las prospecciones?

—En principio no parece haber una lógica prospectiva en sus trabajos. Y muchas de las zonas en las que operan ya han sido sometidas a prospecciones en el pasado. Por cuenta de ellos o de la Colorado.

—¿Qué tiene que ver la Colorado en todo esto?

—En Mongolia, la Colorado australiana y la Durward canadiense son uña y carne. Desde hace veinte años actúan como lobos en manada para saquear el subsuelo mongol.

—¿Ésa es la otra información interesante?

—No. Es un nombre. Chagdarsüren Djügderdemidiin Bilegt.

—¿Cómo?

—Chagdarsüren Djügderdemidiin Bilegt. Por lo visto es el nombre de una mujer de negocios que sale constantemente como intermediaria. Según los primeros análisis de los mensajes que pirateaste en casa de Bouthillette, aparece mencionada por todas partes. Su nombre está ligado a la Colorado, a Terra Nostra, a diferentes organizaciones mongolas e incluso al Gobierno. Ella sería la Bouthillette local, pero mejor blindada, y algunos indicios apuntan a que cobra de todos lados. Y con un poco más de carácter que tu pescador de ouananiches, por cómo los otros hablan de ella. O por cómo ella los trata.

—¿Y qué hago ahora?

—Tienes una reserva para el vuelo 349 de Air France a París, a las once menos veinte de la noche, e inmediatamente después otra en el 1774, de París a Moscú. Llegarás a Ulán Bator al día siguiente a las siete de la mañana, en el 330 de Aeroflot. Te veo mañana por la mañana en la zona de tránsito del Charles-de-Gaulle durante tu escala.

—¿Para qué?

—Te llevaré una maleta con ropa y algunas camisetas menos estúpidas que esa de «Guata de foca».

—¿Y cuál es mi misión allí?

—Averiguar quién es esa tal Chagdarsüren Djügderdemidiin Bilegt.

...LA MIRADA TRANQUILA DEL ASESINO

—¿Chagdarsüren Djügderdemidiin Bilegt?

—Como lo oyes: Chagdarsüren Djügderdemidiin Bilegt.

—¿Y qué es eso de Chagdarsüren Djügderdemidiin Bilegt? —preguntó Donelli, con cara de asombro.

—Un nombre mongol de mujer —respondió Pfiffelmann—. ¿Te das cuenta? ¿Es que no pueden llamarse «Pfiffelmann» o «Ehrenzweig», como todo el mundo?

—¿Y de dónde sale ese nombre?

—Del expediente sobre el planeador de la Quinta Avenida, aparece por todos lados. Cuentas bancarias, títulos de propiedad y lo que quieras; ella es signataria o cosignataria en todo, y cuando no lo es actúa como procuradora. Por lo visto, el defenestrado era su marido, pero con ese sistema de nombres tan absurdo todavía hay que verificarlo.

—¿Y cómo se llamaba el defenestrado?

—Léelo tú —dijo Pfiffelmann girando su libreta hacia Donelli—, yo ni siquiera logro pronunciarlo. Tsakhigiyn no sé qué. Nuestro trapealista sin red hacía acrobacias en el circo financiero después de una bonita carrera con trampolín político en su país. Se supone que fue viceministro en varios gobiernos antes de presidir distintas comisiones, principalmente la que otorga las concesiones mineras.

—¿Cómo te has enterado de todo eso tan rápido?

—Un día deberías dejar tu Underwood y pasarte al MacAir, Donelli. Pones el nombre en Google y te salen doscientas treinta y siete mil páginas sobre ese tipo.

—¿Con ese nombre?

—Si escribes «Donelli» obtienes cuatrocientos sesenta y un mil resultados.

—¡Cuatrocientos sesenta y un mil! ¿Con mi apellido?

—Bienvenido al mundo Google. En él encontrarás preciosos desnudos realistas de Donelli DiMaria; el vino Donelli, de Emilia Romagna; las excavadoras Donelli, de Ohio; a *Donelli*, un semental alemán de Hanover, además de un montón de «Donelli» italianos de todo género y condición. Le añades una «n» y tienes setenta y tres mil más, y con una «y» al final llegas a los veinticuatro millones.

—¡Veinticuatro millones de «Donnelly»!

—Ajá, y aparecen en cero coma cuarenta y tres segundos. Así que he necesitado menos de un segundo para acceder a una tonelada de información sobre nuestro clavadista. Y apesta a corrupción y a dinero, si quieres saber mi opinión.

—No me hacía falta.

—Bueno, pues ahí la tienes de todos modos. Porque tu Ícaro de Manhattan se instaló en su piso por un dineral apenas un mes después de haber dimitido de la presidencia de su comisión.

—¿Lo echaron?

—Motivos de salud.

—Teniendo en cuenta el estado en el que está hoy, resulta razonable. ¿Se dice «*fly out*» cuando se habla de alguien que se arroja de una planta veintisiete después de haber estado «*burn out*»?⁶

—No. No se dice.

—¿Piensas que alguien podría intentar hacérselo creer?

—¿El qué?

—Que ha sido un *fly out*.

—En absoluto. El que arrojó a nuestro trapecista no tiene nada de falsificador. Mira —dijo Pfiffelmann sacando de un bolsillo una serie de fotografías—. Incluso se esforzó por posar a cara descubierta delante de cada una de las cámaras de seguridad de cada una de las tiendas, bancos y cruces hasta la estación de metro de la calle 53. Allí tomó uno en dirección Middle Village y lo perdimos. Pudo bajarse en cualquier lugar del sur de Manhattan, o en Brooklyn. He hecho que envíen su retrato a todas las patrullas, por si acaso.

—Eso no va a servir de mucho —dijo Donelli—. Si ese tipo se deja ver de esa manera es porque está seguro de que podrá esconderse. La cuestión es saber por qué se esconde después de haberse exhibido así.

—Para reírse de nosotros.

—Nadie como los psicópatas estadounidenses para divertirse con su policía. Sin embargo, un extranjero no actúa así. Y además no hay nada de fanfarronería en esas fotos. Ninguna provocación. Tengo la impresión de que sólo quiere hacernos saber que ha sido él y que no se oculta.

—Entonces no tiene sentido.

—Para él sí, seguramente. Para nosotros no. Todavía no.

Donelli repasó de nuevo todas las fotos, una a una. Un hombre joven, de complexión más bien atlética. Entrenado, lo más probable. Decidido. Con una mirada directa, franca y, sobre todo, amable. No era la mirada perversa, traicionera, iluminada y desquiciada de todos los desgraciados, colgados o depravados que se dedican a provocar a la policía para caer apenas unas horas más tarde, después de haberse creído los Einstein del crimen. Esa mirada era diferente, y a Donelli le molestaba no ser capaz de decir por qué. Intuía que esa diferencia podía explicarlo todo.

—¿Has probado ya la comida mongola? —le preguntó Pfiffelmann de pronto.

Donelli salió de su reflexión como se sale de una ducha demasiado larga.

—¿Qué dices?

—Que si ya has comido algo mongol. ¿Sabías que hacen ragú de rabo de cordero y que comen cabeza de cabra hervida? Ragú de rabo de cordero, te das cuenta, ¿no? ¿Alguna vez has visto un rabo de cordero? Es todavía más pequeño que el mío. ¡Ahí no hay nada que sacar!

—¿Y qué? Basta con usar varios para preparar el plato y ya está.

—Sí, ¿y van a matar a cuatro corderos para un plato de ragú?

—¿Has probado la pluma del cerdo? Es un músculo pequeño que está en la punta del espinazo. Cada animal tiene sólo dos. Es muy escaso. Con mucho perejil está... delicioso.

—¿Cómo quieres que lo haya probado? ¿Es cerdo *kosher* por casualidad?

—Y tu Classic Chicago del Bill's Bar del otro día, ¿era *kosher* por casualidad?

—Claro que sí. Es la ventaja de comer en un sitio de delicatessen. ¡La *frankfurter* es *kosher*!

Frankfurter kosher... ¿y por qué no boloñesa vegetariana? El mundo se hundía en una locura consumista y por desgracia él no veía otra manera de hacer frente a esa deriva que resignándose a ella.

En ese preciso instante comprendió la mirada tranquila del asesino.

«¿QUÉ QUIERES DECIR CON ESO?»

Esa noche, dos hombres perdieron la vida en Ulán Bator. Un viejo lisiado con muletas, ahogado en un remanso del Selbe, al pie de los transformadores de la antigua central eléctrica postindustrial del distrito doce. Lejos de su casa. En medio de un terreno baldío y maltratado como un campo de batalla tras una andanada de morteros. Un accidente. Resbaló. Cayó al agua estancada de un atascadero. Fue incapaz de levantarse. Ahogado en veinte centímetros de agua.

El otro también cayó, pero desde el Peace Bridge sobre la Narnii Road. Bajo las ruedas de un semirremolque que no se detuvo. Los diez vehículos siguientes, tampoco. Otro accidente. Un borracho que se inclinó por encima de la baranda. No quedaba gran cosa de la cabeza cuando llegaron los primeros polis. Y del cuerpo, tan sólo un amasijo de carne aplastada dentro de una piel marcada con tatuajes en honor al Gran Kan, a la gloria de la nación mongola y de los Lobos Grises, y a la del pobre desdichado, un tal Hüttler Kan. Alguien comprobó muy doctamente que en el cuerpo vaciado de sus tripas de la víctima había más alcohol que sangre.

Bekter estaba furioso. Había puesto una alerta con el nombre de «Hüttler Kan» y no lo habían avisado hasta el amanecer. Telefonó de inmediato a Fifty para que se reuniera con él en el despacho. Dos testigos de cargo contra la mujer de los Louboutin habían muerto durante la misma noche, el mensaje estaba claro. «No jodas más. No toques a esa mujer. Déjalo estar.»

—Es por mi culpa —dijo Fifty nada más abrir la puerta del despacho de Bekter—. Me he dado cuenta en el coche: cuando fui al aeropuerto para preguntar sobre la paliza que le habían dado a ese hombre, alguien debió de arreglárselas para avisarla. Hoy volveré para dar con ese pájaro. Ya no podrá cantar más cuando le haya reventado la nariz.

—Para nada es culpa tuya, y ya irás a hacer limpieza en el aeropuerto más adelante. Dime que por fin sabemos quién es, y yo mismo iré a hacer limpieza a su casa.

—Chagdarsüren Djügderdemidiin Bilegt, alias, no te lo vas a creer, *Sue Ellen*, alias *Madame Sue*. Pero vas a tener que ponerte unos guantes bonitos, Bekter, de seda blanca, porque tocarás lencería fina, aunque es mejor que uses unos de doble capa de látex porque las manos se te van a llenar de mierda. Lo de esa mujer es la corrupción en todas sus formas; está metida en todos los fraudes y en todo tipo de jugadas sucias, y se ha acostado prácticamente con todos los que han gobernado desde la caída del régimen anterior, y quizá también con buena parte del Parlamento. Trabaja como intermediaria de lo que sea para los franceses de Areva, los canadienses de la Durward, los australianos de la Colorado y todas las demás concesiones mineras. Está al frente de media docena de sociedades, entre ellas la Mongolian Guard Security, que proporciona servicio de limpieza y mano dura a quien esté dispuesto a pagar bien caro por ello. Por otra parte, su milicia ha reclutado a todos los ultranacionalistas de tendencia fascista. Y lo mismo lleva la seguridad de las minas más grandes del Gobi que la de los burdeles más pequeños de Ulán Bator. Esa buena mujer mueve un dedo, Bekter, y tú dejas de ser poli. Chasca otro y a mí me atropella un camión al cruzar la calle.

—¿Qué pasa, acaso te da miedo? Cualquiera puede morir en cualquier momento atravesando no sé qué calle de Ulán Bator.

—¿Miedo? ¿Estás de broma? He venido de inmediato porque sabía que querrías atraparla y no me lo perdería por nada del mundo.

—Entonces dedica el día a seguirla y a ubicarla, y la atraparemos cuando estemos preparados. No metas a nadie más en esto, ocúpate tú sola.

Bekter se encerró en el despacho, con las tripas revueltas por una rabia que apenas podía controlar. Que los miembros del régimen anterior se hubieran repartido la tarta pasándose al liberalismo económico, todavía tenía un pase. Se trataba de supervivencia, eso se podía comprender, y bastaba con esperar a que aquellos mastodontes se hundieran por sí mismos bajo el doble peso de su corrupción endémica y de la edad. Pero lo que no soportaba era aquella nueva perversión sin complejos hecha de violencia y arrogancia, que tenía como regla saquear la frágil economía del país como se ordeña a un animal. Los que se entregaban a ella no tenían más excusa que su codicia. Y lo que lo exasperaba aún más era que al abrir por casualidad una investigación sobre uno de esos corruptos, como esa tal Madame Sue, se enterara de que había otros. Muchos

otros, en realidad, que maniobraban bajo la sombra protectora del poder y se apropiaban con total impunidad de la poca grasa que aún cubría al animal, mientras él luchaba sin cesar y sin esperanza contra el crimen triunfante.

Intentó olvidar a Madame Sue concentrándose en otros expedientes. Sabía que Fifty seguiría trabajando en el caso con tanta rabia y tanto afán por resolverlo como él. Después, por la tarde, recibió la llamada de Nambaryn, el tipo de Inmigración.

—¿Qué quieres?

—Saldar mi deuda —respondió Nambaryn.

—Es demasiado grande.

—Ya, pero esta vez te traigo mucha pasta.

—...Di entonces.

—Madame Sue.

Bekter tuvo que hacer un esfuerzo colosal para no saltar de alegría y se quedó en silencio unos segundos antes de responder.

—Te escucho.

—He oído hablar del viejo de las muletas del Selbe y del otro tarado tatuado de la Narnii Road.

—¿Y qué?

—Que no quiero terminar como ellos.

—¿Y por qué razón ella la tomaría contigo?

—...

—¿Nambaryn?

—...Porque fui yo quien la avisó de que andabas detrás de ella —soltó con una voz que ya pedía perdón.

De nuevo, Bekter se tomó un tiempo antes de hablar, para asimilar la información y todas sus consecuencias.

—En ese caso, de quien tendrías que tener miedo es de mí...

—Bekter, cuando esa loca hace limpieza no usa plumero. Usa soplete. ¡O lanzallamas! Yo soy el vínculo entre ella y esos crímenes, y ya debo de estar en su lista.

—Me parece bien —respondió el agente—. Te dará lo que te mereces. No hacía falta que delataras a mis dos testigos.

—Bekter, esa loca me tiene cogido por donde más duele, y con un puño de hierro y uñas afiladas. No podía hacer otra cosa.

—Siempre se puede hacer otra cosa, Nambaryn, la prueba es que me lo estás contando ahora.

—Te lo cuento porque la única manera de salvar mis pelotas es que ella caiga, y tú pareces muy decidido a hacerlo. Por eso te acabo de confesar lo que hice por ella.

—¿Y por qué esta confesión patética debería saldar tu deuda?

—La confesión es tan sólo para demostrarte que estoy jugando limpio. Además, tengo información que de momento sólo yo conozco y que podría ayudarte.

—Te escucho...

—¿Me ayudarás?

—Te escucho...

—Un tipo de mi departamento me ha reenviado una petición de información. Una llamada en inglés, desde Nueva York, a propósito de un tal Tsakhigiyn.

—Nambaryn, por favor...

—Tsakhigiyn es el marido de Madame Sue. En fin, lo era, porque alguien acaba de tirarlo de la planta veintisiete de un edificio de Manhattan donde se había comprado un piso de tres millones de dólares al contado y con dinero negro.

—¿Y eso en qué me ayuda?

—Aquí esto nadie lo sabe todavía, pero no va a tardar en saberse. Es información que puede desestabilizarla. Puedes usarla contra ella. Sería la primera vez que irías por delante en esta investigación, ¿no?

—¿Qué te hace pensar que no fue un crimen normal y corriente, o un robo que salió mal?

—Que el estadounidense me preguntara si el hecho de que el hombre tuviera una huella de lobo en la frente tenía algún sentido para nosotros.

—¿Y lo tiene?

—Joder, Bekter, deja Asuntos Especiales y sal a la calle a coger canallas de verdad. Estamos en Ulán Bator. En Mongolia. El lobo es la firma de los ultranacionalistas, de los identitarios, de todos esos chiflados tatuados con cruces gamadas que patean a los chinos como ratas.

—¿Tsakhigiyn era chino?

—¿Chino? Pero ¿tú eres idiota o qué, Bekter? Ese tipo ha estado en nuestro Gobierno, ¿cómo quieres que fuera chino?

—Bromeaba, Nambaryn, estaba bromeando. Es que me divierten tus ataques

de pánico.

—¡Mi pánico te divierte, mi pánico te divierte! —gritó el hombre de Inmigración—. Joder, yo todavía puedo...

—¡Tú ya no puedes nada! —lo cortó Bekter—. Cierra el pico, no hables con nadie y mantente lejos de ella. Todos los que la rodean van a caer, así que haz que te olviden. Ella y todo el mundo. Y, sobre todo, yo. ¿Entendido?

—Entonces, ¿estamos en paz?

—En paz y una mierda, Nambaryn —siseó Bekter—. Tu cuenta acaba de aumentar con los cadáveres del lisiado y el tatuado.

Colgó tan fuerte que Fifty apareció de inmediato en su despacho.

—¿Problemas?

—No —sonrió Bekter—, todo va bien. Pide a alguien que me traiga una lista de todos los grupúsculos ultranacionalistas y haz que la filtren con nombres clave como «lobo», «huella», «Madame Sue» y el verdadero nombre de esa cabrona.

—Sería de ayuda saber qué buscamos...

—Un grupúsculo tan adoctrinado como para enviar a un tipo a la otra punta del mundo para que lance por la ventana al marido corrupto de esa desgraciada —soltó Bekter.

—¿De dónde has sacado eso?

—De Nambaryn, de Inmigración.

—Si él lo sabe, todo el mundo lo sabe.

—Puede que todavía no. Me da la impresión de que los polis de allí andan un poco perdidos. Creo que tenemos varias horas de margen. Vamos a atraparla esta noche.

—¿Quién se ocupa?

—Tú, yo y nadie más. No quiero correr el riesgo de que se fugue. Si hace falta pasamos allí la noche entera, pero nos la traemos.

—Pues allí no vamos a sacar mucho, Bekter.

—¿Por qué?

—Porque según mis informadores, la Sue esta pasa las noches en lugares que ni te imaginas.

—Estoy dispuesto a ir a donde sea para echar el guante a esa mujer.

—¿Y todo esto porque ha amenazado a tu guapa forense? —soltó Fifty saliendo del despacho.

—¿Qué quieres decir con eso? Fifty, vuelve aquí. ¿Qué quieres decir con eso?

«...SOÑAR CON EL APARATO DEL AUSTRALIANO?»

El Chenggis Mob se merecía su reputación. Decoración agresiva y música mala, de moteros. Para llegar hasta allí había que cruzar una zona industrial abandonada, al oeste de la ciudad, donde dos toscos muros de hormigón canalizaban las aguas del Selbe para forzarlo a unirse en sentido oblicuo con las del Tuul. Desde el centro, bastaba con tomar la carretera que discurría junto al río, siguiendo las tuberías que había en los largos nichos articulados que iban hasta las cuatro torres de refrigeración, rodeadas de vapores, de la siniestra central térmica número 4.

La sala principal era un garaje abandonado, con viejas Harley suspendidas de las vigas metálicas de la estructura del antiguo hangar y pedazos de carrocería de moto de otras marcas colgados por los muros de hormigón. En la planta de arriba había unas pasarelas con barandilla para que los machos ojearan desde lo alto a las chicas vulgares. Y unos rincones sombríos para que ellas subieran a terminar sus bailes entre mirones que no sólo tocaban con los ojos. El Mob era el club nocturno de los chicos malos. De los falsos: los mongoles, esos que jugaban a ser Ángeles del Infierno. Y de los verdaderos: los expatriados, los duros, con sus tatuajes en honor a Ángela y Cheryl, a la vida después de la muerte, a su *fucking mama* o a la *bloody death*. Esa muerte que rondaba por el Mob cada vez que estallaba alguna de sus memorables peleas. Esas que se cuentan entre cervezas en todos los tugurios del planeta. Con neozelandeses grandes como postes, australianos sólidos como rocas e ingleses secos y nerviosos como juncos. Los otros, los latinos románticos y los escandinavos flemáticos, se quedaban al margen de las broncas, si podían. Era ya una proeza haber sobrevivido a una de esas *smash mobs*, como las llamaba todo el mundo. Siempre hacían falta bastantes conductores para llevarse a los heridos.

En el sótano, el billar. La sala más peligrosa, donde un pobre tipo podía convertirse, sin saberlo, en toda una leyenda.

El chófer dejó la carretera mal iluminada justo antes de que el Selbe se bifurcara y metió el BMW todoterreno en la cuneta. Un camino de tierra que discurría bajo unas canalizaciones gigantes y elevadas era el único pasaje un poco iluminado que se adentraba en la zona industrial, llena de almacenes y depósitos de chatarra, donde se encontraba la fábrica abandonada. Siguió la pista a través de un terreno baldío cuya oscuridad perforaban a cada rato los haces de luz cruda de los proyectores de los puestos de observación. Circulaba esquivando baches, entre las tuberías ubicadas a su derecha y los depósitos vacíos y cerrados a cal y canto de detrás de los muros de hormigón prefabricado. Tan sólo sobresalía de vez en cuando el *toon* de alguna yurta sucia bajo la que se refugiaba un guardián. El chófer conocía el terreno y avanzaba rápido, como se le exigía, comprobando en el retrovisor con mirada temerosa que Madame Sue estuviera cómoda. Pasado el último hangar de techo azul, giró a la izquierda y se dirigió de frente hacia el canal del Selbe. El Mob estaba en el último almacén, sin letrero ni iluminación, y daba directamente al río.

Alguien que parecía estar esperando el X6 se precipitó a abrir la puerta a Madame Sue. Ésta bajó sin mirar y entró en el local. Por una vez, la música no era tan mala. *Wrong Side of Heaven*, de los Five Finger Death Punch. El ambiente le golpeó en el estómago de inmediato. Los *riffs* y la potencia de los focos, el sudor y la cerveza, la violencia brutal de esos hombres duros. Se dirigió directamente al sótano, capando con la mirada a quienes se atrevían a acariciar con los ojos su cuerpo de mujer mayor, bien reconstruido y enfundado en un Chanel clásico.

Un australiano iba ganando al billar a dos tipos de la MGS que ella conocía. Ahora que ella estaba allí, perdería sin rechistar.

Madame Sue se sentó a la mesa donde la esperaban tres moteros.

—Ha vuelto.

—Lo sé, madame. Lo hemos sabido por...

—¿Lo sabéis? ¿Sabéis que ya ha matado a cuatro de vosotros? ¿Lo sabéis y seguís ahí, venga a rascaros los huevos? ¿Dónde está Qasar, qué está haciendo? ¿Por qué no ha lanzado a la jauría tras sus pasos?

—Qasar está muerto, madame.

—¿Qué? ¿Qasar ha muerto?

—Sí, madame. Jebe también lo ha matado.

—¡Jebe ha matado a Qasar! ¿Ha matado a su *anda*, a su hermano de sangre, y seguís aquí babeando por esas perras, dándole a la cerveza y oyendo esta música de tarados? ¿Sabéis qué significa la muerte de Qasar? ¿Lo sabéis?

—Sí, madame. Significa la guerra.

—La guerra, justo, eso es exactamente lo que significa: la guerra. Y la guerra, para Jebe, implica vuestra muerte, la muerte de todos vosotros, ¿lo entendéis, panda de descerebrados?

—Nos ocuparemos de eso, madame.

—¿Ocuparos de qué? ¿De hacerle la guerra a Jebe? ¿Con vuestras motocicletas de mariquitas? ¿Con vuestras panzas cerveceras colgando sobre vuestras pollas flácidas?

Con un ademán rabioso, la mujer barrió de la mesa las ocho Chinggis y la botella de vodka, que fueron a estrellarse contra la pared de ladrillos.

—¡Largaos! ¡Fuera de mi vista! —gritó.

En la mesa de billar, el australiano se había parado a reflexionar. Sólo le faltaba meter la ocho. A dos bandas. Pero iba a meterla a tres. Para divertirse. Para que aprendiera ese cabeza de burro, que lo miraba desde lo alto de su metro noventa convencido de que su quintal marcaría la diferencia en caso de gresca. Como diera un paso en falso le soltaría un golpe con el taco en la cabeza que lo dejaría seco. Pero el otro no se movió. Se había quedado paralizado ante el acceso de cólera de la mujer a la que el australiano se obstinaba en sonreír.

Cuando salió de su pasmo hipnótico, él y el otro jugador desaparecieron con el chasquido de dedos de Madame Sue, que se dirigía directamente hacia él. El australiano conservó la sonrisa incluso cuando ella lo empujó con las dos manos para echarlo sobre el billar y desabrocharle la bragueta. Incluso cuando se puso de rodillas sobre la mesa para cabalgarlo. Incluso cuando se levantó la falda de su traje tan chic hasta las caderas y se dejó caer sobre él. Pero cuando ella le aplastó las mejillas con una mano para ponerle boquita de piñón y morderle los labios hasta hacerle sangre, cuando se enderezó contrayendo los riñones para marcar su ritmo y le soltó dos bofetadas feroces, cuando con la otra mano le apretó la garganta para cortar el paso de la sangre por las carótidas y le arañó el torso con sus uñas afiladas como garras de Freddy Krueger, entonces él perdió la sonrisa, trató desesperadamente de recuperar el aliento e intentó librarse de aquella furia histérica que lo cabalgaba bajo los resplandores enloquecidos de la lámpara que ella misma interrumpía con su sombra cada vez que la golpeaba con la cabeza.

—Venga, defiéndete, maricón, puto, golpéame si te atreves. ¿Ésa es toda la violencia que llevas dentro, cagón? Más te vale estar a la altura, follador de mierda, porque ahora que me tienes encima, vas a tener que merecerme si quieres que te suelte...

Ella se había arrancado uno de los zapatos de suela roja y se disponía a plantar el tacón en el cráneo del aterrado australiano cuando sus ojos percibieron en éste un asomo de expresión de auxilio. Se detuvo y se volvió para ver quién se había atrevido a aparecer.

—No se preocupe por nosotros —dijo Bekter, a medio tramo de la escalera empinada que bajaba hasta la sala—. Después de todo, no es delito y no vamos a juzgarla. Ni siquiera es adulterio, ¿verdad?, ahora que es viuda...

—¿Cómo dice? —le siseó con furia la mujer, sin bajar el brazo.

—Digo que incluso las viudas recientes pueden echar un polvo —respondió Bekter acercándose a ella, seguido de Fifty.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué cuento es ése? ¿Mi marido está muerto?

—Sin ordenar: está muerto, no es un cuento y usted está detenida.

—¿Está muerto?

Bekter arrancó el zapato de la mano que lo blandía y agarró a la mujer por el brazo para forzarla a bajarse de la mesa de billar y liberar al australiano. Pero el hombre no se atrevió a moverse y sus genitales de vaquero quedaron al aire, para admiración de Fifty.

—Está detenida por haber encargado el asesinato de un hombre con muletas y de un joven con tatuajes.

Madame Sue se recuperó enseguida. Ya había asumido la idea de la muerte de su marido, había establecido sus prioridades, y se esforzaba en recuperar la entereza, como la mujer fuerte que era, para hacerse cargo de la situación. Sin embargo, Bekter estaba prevenido. La esposó a la espalda, sin dejar que se reajustara el corsé y escondiera sus pechos. Ella se había subido la falda hasta las caderas haciéndola rodar hacia dentro, y ahora no acababa de bajarle del todo y dejaba al descubierto sus muslos y el borde de las nalgas. Bekter entregó a Fifty el Louboutin que le había confiscado, y a Madame Sue, humillada y descompuesta, la obligó a subir las escaleras cojeando. Luego hizo que atravesara la sala repleta en medio de un silencio aterrador que ni siquiera lograba llenar el *Painkiller* de Judas Priest.

Madame Sue, furiosa, tiró de una patada iracunda el Louboutin que le quedaba contra la jeta de un motero que la estaba mirando y luego le exigió que

llamara a quien él ya sabía. Bekter hizo inmediatamente una señal a Fifty para que se llevara también al motero.

—Lo llamaremos juntos —dijo ésta con ironía.

El motero intentó resistirse con la inercia del peso de su cuerpo, pero Fifty estaba esperando eso precisamente para aprovecharlo y bloquearle el brazo en la espalda, subiéndole la palma de la mano hasta los omóplatos.

—¿Creéis que ése es el único que sabe a quién llamar? Tu chavalita y tú vais a perder mucho más que el empleo.

—Eso es lo que se dice por ahí, pero por ahora lo único que usted puede hacernos perder es el tiempo.

Empujaron a Madame Sue y al motero a la parte trasera del coche, bloquearon las puertas y arrancaron tranquilamente mientras observaban por los retrovisores al gentío inmóvil que se había reunido a la salida del Mob. Inmediatamente después de dejar atrás el último hangar, Bekter giró a la derecha y aceleró para volver a cruzar el terreno baldío de la construcción industrial abandonada hasta el camino de salida, bajo las tuberías. Fifty mantenía la vista fija en el retrovisor exterior, pero nadie los seguía. Llegaron a la oficina sin problemas y condujeron a Madame Sue y al motero a dos despachos diferentes.

Ya era de noche. No quedaba mucha gente de servicio, aparte del personal de turno. Fifty se encontró con Bekter en su despacho.

—¿Has visto esa furia?

—Déjalo, Fifty, que tú no hacías más que mirarle el aparato al australiano.

—Caray, eso también es cierto. ¿Habías visto algo así?

—No soy experto en aparatos, ya sabes...

—Sí, pero de todos modos, ése era algo fuera de lo normal, ¿verdad?

—Fifty, ahórrame esta conversación, ¿quieres? Todo lo que yo he visto esta noche es que hemos echado el guante a esa mujer.

—¿Y ahora?

—Ahora les comunicaremos que están bajo custodia policial y los aislaremos a cada uno en una celda. Haremos el papeleo y los interrogaremos mañana por la mañana, al amanecer, después de que hayan pasado una noche de mierda. Ocúpate personalmente, ¿de acuerdo? La despelotas del todo, la registras a fondo y le confiscas lo que lleve encima. Nada de contacto con el exterior, nada de llamadas. ¿Entendido?

—¿No crees que sería mejor interrogarla ahora?

—No. Ahora tengo mejores cosas que hacer.

—¿Mejor que eso? ¿Qué? ¿Irte a dormir?

—A ti no te importa, Fifty.

—¡Ay, eso suena a cita!

—¿Acaso te he preguntado yo si vas a soñar con el aparato del australiano?

46

«¡POR SUPUESTO QUE QUIERO!»

—Escucha —dijo él poniendo la mano sobre la suya.

—Lo sé —admitió ella sin retirarla.

Ella lo sabía, y él también. Los dos lo habían deseado. Él, obviamente, como una conquista; ella por dejarse llevar, como una evasión divertida. Él la había invitado al Namaste, el restaurante indio de la primera planta del ala oeste del Flower Hotel, en el microdistrito doce. Tenía como reclamo un letrero luminoso, a la manera china, con unas letras neohippies amarillas sobre un fondo rojo. Y una fachada postsoviética con unos contornos perfilados por unas tiras verdes de neón. Ella había sonreído, y él la había comprendido. Parecían un par de amantes y eso los divertía. Por suerte, la entrada al restaurante, a la izquierda del vestíbulo exterior, les ahorraba tener que adentrarse en el hotel, pero Solongo no pudo evitar pensar que quizá Bekter había reservado una de esas habitaciones falsamente lujosas y elegantes de las que presumía la publicidad. Subieron los dos tramos de escalones con baranda de acero inoxidable que en otro país parecerían las escaleras de servicio de una clínica o de un edificio administrativo. Pero una vez pasada la puerta de plástico blanco del Namaste, en el rellano de la primera planta, Solongo apreció la atmósfera del lugar. La moqueta con motivos geométricos blancos y negros, las banquetas de terciopelo rojo y las sillas con los respaldos vestidos con la misma tela, los cojines gruesos y bordados finamente en distintos tonos del mismo color, y las lámparas doradas y un poco pretenciosas que bañaban la estancia con una luz cálida. Bekter había reservado una mesa para dos sobre una tarima un poco apartada, al fondo del restaurante, contra el rojo cardenal de la pared adornada con las letras en oro del Namaste. Y se estaba bien. El perfume de las especias y el curry, el del *naan* con queso, el frufú del sari de la joven que los condujo hasta la mesa, el olor a rosas

y a sándalo. Solongo cerró los ojos un instante y se dejó llevar por un abandono goloso y lejano. Nunca había comido indio y dejó que Bekter le explicara la carta. Él pidió samosas, *papadam* y *panner tikka* rebozado como entrante, y Solongo propuso compartir luego un curry vegetariano de nuez blanca y batata. Ella no quiso cerveza ni vino y optó por un *lassi* salado. Por el sabor del yogur y para mantener la mente clara.

—¿Esto es sólo para seducirme, o es que celebras algo en especial esta noche?

Bekter le soltó la mano para cruzar las suyas delante del plato, como si pensara en qué debía responder. Luego levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Esta noche he arrestado a Madame Sue, la mujer que te amenazó.

—Cuéntame...

Él le resumió la investigación de Fifty, el expediente que habían abierto y la información sobre el hombre que había caído por la ventana en Nueva York, le habló de la zona industrial abandonada donde estaba el Mob y de su clientela, y de cómo habían sorprendido a la mujer de los Louboutin con la falda de su traje Chanel arremangada hasta la barriga y violando a un grandullón australiano sobre una mesa de billar. Se dio cuenta un poco tarde de que estaba diciendo algo que podía resultar muy alusivo, y buscó instintivamente en los ojos de Solongo el efecto que habían podido producir sus palabras. Pero lo que vio reflejado en ellos fue su propia vergüenza y turbación.

—Háblame de ella. ¿Qué sabes de su infancia?

—Todavía nada. La acabamos de poner a disposición policial. Comenzaremos los interrogatorios mañana.

—Ya verás, seguro que proviene de una familia de nómadas y fue madre muy joven. Antes de seguir hasta la ciudad a un hombre que estaba de paso, debió de vivir en una yurta un poco apartada de las otras. A una distancia suficiente de su familia para estar lejos, pero no tanto como para sentirse excluida.

—¿De qué hablas?

—Esa mujer fue sin duda una madre de la estepa —dijo Solongo con la voz cargada de ternura y tolerancia.

—¿A qué te refieres? Había oído hablar de las «hijas de la estepa», pero nunca de las «madres de la estepa».

—Son las mismas. Hijas que resultan fáciles a los hombres, madres que avergüenzan a sus familias.

—Pero ¿las «hijas de la estepa» no son mujeres que se dedican a una especie de pequeña prostitución? ¿De forma ocasional, nómada y doméstica?

—¿Pequeña prostitución? ¿Tú crees que hay una prostitución pequeña y una grande, de naturaleza diferente?

—Quería decir escogida o sufrida...

—Ése es otro debate. Otra dicotomía masculina. ¿Te has preguntado alguna vez por qué existe esa prostitución en toda la estepa, de una punta a la otra del país?

—Por el placer, sin duda, por la oportunidad, el dinero fácil, la supervivencia...

—Prostituirse por placer, otro argumento de hombre. La oportunidad, puede. Pero ¿por qué justamente esas chicas? En cuanto al dinero, no existe en la estepa, y para sobrevivir vale más un rebaño todos los días que un cliente de vez en cuando.

—Entonces, ¿qué?

—La causa suele ser un joven idiota. Puede tener doce años o veinte. Ve crecer a esa chiquilla cerca de él y cuando su cuerpo está listo, poco a poco empieza a desearla. Su cuerpo la reclama, todo el mundo se da cuenta y él sonrío con disimulo, hasta la noche en que levanta la lona de la yurta y se cuelga en su interior. En el silencio y la oscuridad se desliza bajo la manta de la chica, que no se atreve a decir nada por miedo a avergonzar a sus padres. Entonces ella lo deja hacer sin entender qué pasa y él la toma torpemente, como en un juego prohibido. A veces la chica descubre que le gusta. Pero con frecuencia le hace daño y llora en silencio. Luego él recoge su ropa, sin un adiós, sin decir palabra, y se desliza por debajo de la lona para salir a la noche al encuentro de los muchachos mayores, que lo esperan, para felicitarlo y llevarlo a beber a algún lugar apartado. En el interior, la chica no duerme y los padres tampoco, pero nadie habla. Por vergüenza. Porque aun siendo tan doloroso para el cuerpo de la chica como para el corazón de los padres, eso es algo que se tolera como una tradición que enorgullece a los chicos. Y si por casualidad nace un niño, la vergüenza sigue ahí y la tradición dice que la chica, convertida en mujer a su pesar y por causa de otros, debe irse a vivir a su propia yurta, un poco aislada del campamento. La más alejada del punto de agua, en las laderas más pedregosas, para ver crecer a su crío deseando que no termine por deslizarse él también bajo la lona de una yurta. O, por el contrario, animándolo a hacerlo. Por venganza. Pero si el hijo es una niña, desdichado aquel que intente meterse en la yurta. Las

madres de la estepa nunca duermen, para no abandonar a sus hijas al llanto.

—No lo sabía —murmuró Bekter, conmovido—, pero eso confirma lo que pienso de la tradición. ¿De verdad tú has conocido eso?

Solongo había hablado con tal emoción que a él no le cabía duda, pero, igual que el deseo aumentaba a cada segundo, también sus ganas de saber más. Y lo perturbaba la idea de que la respuesta pudiera volverla todavía más deseable.

—Sí —dijo ella ladeando ligeramente la cabeza—. Pero no tuve un hijo y el clan me conservó a su lado. Mi mejor amiga, por el contrario, no tuvo esa suerte y por eso la perdí.

—Pero, entonces, ¿por qué se venden a los hombres?

—Porque la tradición las empuja cuando las aísla en sus yurtas. Puede que también porque ésa es su manera de vengarse. Siendo ellas quienes, en efecto, toman y dejan a los hombres que están de paso. O porque la tradición las priva de una vida sexual matrimonial. Poco importa lo que ellas hagan. Lo que no debes olvidar es qué las ha hecho así.

—¿Y tú crees que Madame Sue fue una madre de la estepa?

—No me sorprendería. Deberías buscar en esa dirección.

—Lo haré, pero eso no cambia lo que le hizo a ese repartidor de pizzas, o lo que te quería hacer a ti.

—Todo lo que permite entender a la gente permite entender sus actos.

Bekter le sonrió. Era magnífica. Una mujer con todas las letras.

—¿Lo dices por nosotros? ¿Debemos conocernos mejor para entender lo que vamos a hacer?

—Tú y yo sabemos lo que vamos a hacer, Bekter. Vamos a ceder a una tentación poco razonable.

—Y si es poco razonable, ¿por qué ceder?

—Porque las tentaciones se han hecho para eso. Para resistirlas el máximo tiempo posible y así sucumbir mejor a ellas, ¿no es cierto?

Él la miró sonriente, sin atreverse a responder.

—Quieres que... —empezó a decir apartando la mano hacia la ventana.

El ventanal del Namaste daba al vestíbulo del Flower Hotel. Él detuvo el gesto y entonces ella le tomó la mano con dulzura entre las suyas para depositarla de nuevo sobre el mantel blanco.

—No. Aquí no. No en un hotel. No es de eso de lo que tenemos ganas. ¿No habrás reservado, espero?

—No —sonrió él bajando la cabeza—. No me atreví. No sabía si...

—En mi casa —dijo ella—. Ven conmigo.

Abandonaron los *kulfis* de cardamomo y rosas disculpándose ante la camarera con sari, preocupada al verlos dejar los helados, y la felicitaron por la calidad de la cena, luego caminaron en silencio hasta el coche de Bekter, estacionado en el aparcamiento del hotel.

Él sabía dónde vivía ella y se adentró en el tráfico escaso de la noche sin preguntarle nada. Solongo rompió entonces el silencio.

—Bekter, esto sólo va a ocurrir dos veces.

—¿El qué?

—Lo nuestro.

—¿Por qué? —preguntó él como un niño castigado.

—Porque tú y yo tenemos gente a la que amamos y a la que no queremos hacer sufrir. No vamos a comenzar nada que nos obligue a escondernos y a mentirles.

—Yo no tengo a mucha gente, ya lo sabes...

—Yo sí tengo a alguien —respondió ella.

—Entonces, ¿por qué? ¿Y por qué dos veces?

Solongo apoyó la cabeza en su hombro y lo tomó de la mano, dejándole conducir con la otra.

—Porque la primera vez siempre es magnífica. Nos desnudamos, literal y figuradamente, delante de una persona todavía desconocida. Descubrimos su cuerpo, el sabor de su boca, de la sal de su piel. La descubrimos gimiendo, buscamos sus gritos, nos hundimos en su abandono. Pero la primera vez suele ser tan intensa que nos olvidamos de arriesgar y buscamos el placer demasiado deprisa, por eso hay una segunda. Esa en la que nos esperamos de nuevo, en la que nos volvemos a encontrar para recuperarnos. En la que por fin hacemos lo que no osamos la primera vez. Pedir, llorar, gemir sin contenernos. Y si esa segunda vez es también la última, entonces gozamos al máximo de lo que sabemos que nunca más podremos disfrutar.

Bekter conducía sin atreverse a mirarla. Ya estaba empalmado, por lo que ella acababa de decirle y por el deseo que había ido acumulando desde el principio de la velada, pero la cabeza le ardía sólo con pensar que no iba a durar.

—Pero, entonces, ¿para qué sirve, Solongo?

—Para habernos amado dos veces —dijo ella como si fuera una evidencia dulce—. Para habernos conocido desnudos, piel con piel. Para haber gozado

juntos de nuestras caricias. Y para acordarnos de todo cada vez que nos volvamos a ver.

—No lo entiendo muy bien...

—Entonces piensa que es nuestra versión del amor nómada. Pero entendería muy bien que tú no...

—Por supuesto que sí. ¡Por supuesto que quiero!

...EN MEDIO DEL OLOR DE SU ORINA

Ella se sobresaltó en la cama y se incorporó, desnuda, mostrando los pechos a los cuatro hombres encapuchados, armados con fusiles de asalto, que apuntaban a sus senos con la luz roja de sus miras láser. Una mano enguantada de cuero negro salió de las sombras y la agarró por el brazo, arrancándola de la cama, mandándola aterrada y dando tumbos hasta la otra punta de la yurta. El ruido de su cuerpo desarticulado golpeándose contra los muebles despertó a Bekter en el momento en que uno de los miembros del comando lo inmovilizaba contra la cama, con una rodilla plantada en los omóplatos y el cañón del fusil de asalto en la nuca.

A partir de ese instante todos los enmascarados se pusieron a gritar órdenes. «¡No te muevas!», «¡sal de la cama!», «¡échate al suelo!», «¡las manos en la cabeza!». Un soldado sacó a Bekter de la cama y lo arrojó al suelo retorciéndole el brazo en la espalda. Una bota le aplastó la cara contra las planchas y pudo ver a Solongo, aterrizada, inmovilizada en el suelo por otra bota, con los pechos aplastados, los muslos separados por otras dos botas que le impedían cerrarlos y sus hermosos ojos devastados por el miedo. Intentó calmarla con la mirada y hacerle comprender que no debía oponer ninguna resistencia. Luego se concentró en lo que pasaba en torno a él. Era una operación de la policía. Una operación especial. Él también había actuado de esa forma tan violenta cuando había temido una reacción del sospechoso. Pero se dio cuenta de que tan sólo eran cuatro hombres. Un equipo pequeño. Algo nada habitual en esa clase de detenciones. Ningún civil, tan sólo comandos con el uniforme de intervención. Iban a mantenerlos en el suelo el tiempo suficiente para dejar claro que eran ellos los que controlaban la situación, para asegurar el lugar y preparar la extracción. Rutina. Bekter tomó una decisión con el propósito de aplacar el

miedo de Solongo. Cuando notó que el nerviosismo de los cuatro comandos había disminuido un poco, decidió que intentaría explicarse.

—Quizá pueda...

La bota le aplastó la mejilla para impedirle hablar.

—Tú no puedes nada, cierra el pico.

El que se hacía cargo de él era el jefe de la operación y se puso a dar órdenes.

—¿Tenéis el arma?

—Afirmativo.

—Coged la ropa.

—¿No va a vestirse?

—No.

—¿Y ella?

—Ella no viene.

—¿Estás seguro?

—Es lo que te acabo de decir. Sólo él.

—Entonces ya está, estamos listos.

—Okey, preparaos para salir...

Él sintió que la presión de la bota sobre su rostro se aflojaba y unas manos lo agarraban por debajo de los brazos. Oyó que arrancaban un pedazo de sábana y vio la tela caer como un chal sobre Solongo.

—Tápese. Mañana la convocarán como testigo.

Solongo se echó la tela por encima y se puso de rodillas.

—¿Adónde lo llevan?

—Mañana lo sabrá. Quédese donde está y no se mueva hasta que nos hayamos ido.

—¿Por qué lo detienen?

—No tiene por qué saberlo.

—Pero ¡es policía!

—Razón de más. ¡Venga, nos vamos! —ordenó el hombre a los otros comandos.

Los dos hombres que mantenían a Bekter en el suelo lo agarraron para levantarlo y lo empujaron hacia la puerta de la yurta. El tercero cerraba la marcha y comprobaba que Solongo no se movía. El jefe del comando ordenó a sus hombres que se detuvieran un momento, luego abrió el batiente de par en par y se apartó para dejarlos salir. En cuanto Bekter apareció, desnudo, con la cabeza

baja para no golpearse con el marco, la luz cruda de un proyector lo cegó y lo forzó a componer una mueca. Un equipo de televisión lo estaba grabando sin ningún pudor, flanqueado por los dos comandos enmascarados, que hicieron otra parada por indicación del jefe. Bekter se dio cuenta de la maniobra y reaccionó como pudo. Se enderezó, olvidando que estaba desnudo, y miró a la cámara.

«¡Bekter! ¡Bekter! ¿Es verdad que secuestró a unos sospechosos para interrogarlos de forma ilegal?»

«¿Es cierto que su departamento dispone de una sala de torturas en un vagón de mercancías de una estación abandonada al este de la ciudad?»

«¿Dio órdenes para que se librarán del cuerpo de Hüttler Kan haciendo creer que se había caído borracho a la carretera de Narnii desde el Peace Bridge?»

Se quedó de piedra. Manipulación, humillación, hacía mucho tiempo que el país se había habituado a ese tipo de actuaciones. Después de todo, ¿no se había detenido hacía poco a un antiguo presidente de la República, favorito en los sondeos, en plena campaña presidencial, al amanecer, para exhibirlo en calcetines y pijama delante de unas cámaras a las que se había avisado de antemano? Lo importante era que él ahora sabía qué acusaciones se escondían tras la manipulación. En cuanto a la humillación, ese error lo habían cometido los maquinadores. Ésta probaría, en su momento, la voluntad de daño y la parcialidad del procedimiento. Y aunque el episodio presidencial había demostrado el servilismo de una gran parte del sistema judicial, había unos cuantos jueces que tenían todavía atragantadas esas prácticas mafiosas. El esmero que habían puesto en humillarlo le sería de utilidad más adelante. Estaba regodeándose en esas reflexiones cuando los dos comandos lo empujaron hacia las cámaras, pero la luz blanca de los leds se deslizó más allá de él, ahora sumido en la oscuridad de la noche. Temió de inmediato lo que la precipitación del cámara implicaba. Giró la cabeza, a pesar de los puños de hierro que lo empujaban, y distinguió por encima del hombro la cara demacrada de Solongo, a quien el otro comando mantenía de pie en el hueco de la puerta. Estaba aterrada, medio desnuda, sujetándose la tela rota contra el pecho con los puños crispados.

«Señora, señora, ¿desde cuándo es la amante de Bekter? ¿No era la amante de otro policía? ¿Ese policía no fue expulsado del cuerpo por sus prácticas violentas? ¿Señora, por qué sólo la atraen los polis malos? ¿Le gusta practicar la violencia en su vida íntima?»

Bekter intentó soltarse y al echarse hacia atrás sorprendió a los dos policías que lo sujetaban. Los arrastró al desequilibrarse y golpearon al técnico, que cayó soltando la cámara. Bekter aprovechó para hacer una torsión con la cadera y dar

una patada al proyector, que se apagó. De pronto en la oscuridad, el primer golpe en los riñones le irradió un dolor intenso por todo el cuerpo. Por encima de él, la voz del jefe del comando trataba de poner orden en el desbarajuste.

—¡Hacedla entrar! ¡Hacedla entrar! ¡He dicho que ella no!

—Pero ha sido ella la que...

—¿Ha sido ella la que se ha precipitado delante de las cámaras?

—Ella no, la otra. La de afuera es la que me ha hecho la seña.

—Mierda, hazla entrar y cierra esa puta puerta. ¡Aquí las órdenes las doy yo!

El segundo golpe, en la base del cráneo, privó a Bekter de la continuación de la historia. Luego se dio cuenta de que lo arrastraban por los brazos hacia un coche. Los dedos de los pies se le iban despellejando con la gravilla. Lo levantaron, con las manos siempre esposadas a la espalda, hasta desencajarle los hombros. Antes de que lo arrojaran al suelo metálico de una furgoneta, tuvo tiempo de distinguir las suelas rojas de un par de Louboutin inmóviles entre la agitación de pies de los equipos de televisión que se replegaban asustados. Luego alguien cerró con violencia la puerta de la furgoneta y él sintió que el olor y la tibieza del miedo le cerraban la garganta. Entonces se desmayó, en medio del olor de su orina.

«YO ALLÍ NO VUELVO»

Se rumoreaba en los pasillos desde hacía días. Fifty sonreía ante la posibilidad de que Bekter se tirara a la forense. Mala suerte para ella, que tenía cierta debilidad por su jefe. Solongo era muy guapa, según se decía. No había cómo luchar.

Esperaba su turno en el Mongolian Grill. Había escogido tiras de cerdo, lonchas de buey y algunas gambas, además de col, cebolla, champiñones, piña y cilantro. Cuando uno de los tres cocineros le hizo una señal, ella le entregó sus dos boles y le indicó el punto de cocción de cada carne y cómo quería las verduras. Un cocinero lo echó todo en la gran plancha redonda en torno a la que daban vueltas dos de sus otros compañeros. Luego, con unas espátulas largas que hacía girar en el aire y manejaba como si fueran baquetas y él un baterista de rock, repartió las carnes y las verduras en diferentes lugares de la plancha para asarlas, rociándolas con agua y aceite de vez en cuando, en un ballet gastronómico que la tenía fascinada. Fifty admiraba la destreza de los tres chicos sudorosos que danzaban alrededor de la plancha. Recuperaban en un lado lo que habían dejado apartado en otro, deslizaban ágilmente con sus varillas un pedazo de carne chisporroteante hacia un lugar menos caliente, iban en busca de una verdura para mezclarla con una carne, y luego otra con otra carne, hasta terminar por reunirlo todo en un bonito triángulo con la punta hacia el centro y, con movimientos expertos, deslizarlo en un plato ancho. Fifty adoraba la barbacoa mongola. Comenzó a picotear la carne caliente, que se llevaba con la punta de los dedos a la boca, encontró una mesa donde sentarse y bebió a morro un trago de su cerveza.

—¿Puedo?

Fifty contempló a la chica que aguardaba de pie con un plato en las manos.

Apenas tendría treinta años, era más bien alta, y llevaba unos pantalones ajustados y rotos en las rodillas, media melena y una camiseta fina con la frase «*Mongols do it on the grill*» debajo de una chaqueta tejana corta. Dos chicos la acompañaban, un poco apartados. Dos Justin Bieber estilo mongol, con un golpe de viento de las estepas en el pelo engominado y antebrazos con tatuajes bonitos, para lucirse.

—Si es en plan ligue, esta noche no es el mejor momento.

—No, es sólo que ésta es la única mesa donde hay tres sitios libres —se excusó la chica.

Fifty asintió con la cabeza suspirando y el trío se instaló a su lado.

—¿Qué? ¿Un día duro?

—¡Eh! —cortó Fifty mirando al chico que le sonreía—. Estoy aquí para comer algo tranquilamente después del trabajo, así que no vamos a hablar, ¿de acuerdo?

—Discúlpalos —suplicó la chica—. Son unos torpones. A mí también me cansan un poco. Pero ¿qué quieres? Son chicos. ¿Te puedo invitar a una cerveza?

—Escucha, yo...

—Sólo una cerveza, porque has sido simpática y has dejado que nos sentáramos. ¿Altan Gobi o Chinggis?

—Altan Gobi —cedió Fifty.

La chica se levantó y Fifty se quedó sola con los dos chicos, que la miraban en silencio. Se preguntó si sus sonrisas bobaliconas formaban parte del *look* Bieber, o había ido a dar con los tontos del pueblo. La idea le arrancó media sonrisa que alargó de oreja a oreja la de aquellos dos imbéciles.

—Toma —dijo la chica poniendo dos Altan Gobi abiertas sobre la mesa—. Veo que estáis intimando. También tú te has rendido a sus sonrisas irresistibles, ¿verdad?

A Fifty se le escapó la risa y lo salpicó todo de espuma de cerveza. Los otros tres rompieron a reír y luego levantaron las latas para brindar con ella.

—¿Sabes que la barbacoa no tiene nada de mongol? —dijo la chica mientras atacaba su plato.

—¿Estás segura? Yo creía que era una tradición de los guerreros de Temujin. ¿No cocinaban la carne a la plancha con sus escudos de metal sobre las brasas del fuego del campamento?

—Tonterías y leyendas —dijo riendo la chica—. De eso se empezó a hablar en los años cincuenta. ¿Sabes dónde se abrió el primer Gengis Kan Mongolian

BBQ? En el centro de Taipéi, en la China nacionalista. En nuestro país es tan sólo una trampa para turistas que se puso de moda en los noventa. ¡Hubo uno en Arkansas antes de que se abriera el primero en Ulán Bator!

Todos atacaban los platos con avidez salvo Fifty, que de pronto había perdido el apetito. Como si le hubiera sobrevenido toda la fatiga de aquella jornada tan agitada. Sin contar el calor que desprendía la plancha de la barbacoa.

—¿No comes?

—Me ha dado un pequeño bajón. He tenido un día movidito. Debe de ser la resaca. Además, hace mucho calor aquí dentro.

Fifty se bebió la cerveza de un trago para refrescarse y la chica se ofreció a ir a buscarle otra.

—No, deja, eres muy amable —dijo Fifty—, pero ya no tengo hambre. Voy a marcharme.

Intentó levantarse, pero con el peso del cuerpo le flojearon las piernas y cayó sobre la mesa. Su plato se rompió contra el suelo. Todos los clientes se volvieron y la vieron tambalearse al tratar de ponerse de pie. La chica se precipitó a ayudarla y deslizó un brazo debajo del suyo para sostenerla.

—Penas de amor —explicó al público—. Ha bebido un poco de más. ¡La acaban de dejar!

Hizo una señal a los dos Bieber para que la ayudaran y abandonaron el Grill, con Fifty tambaleándose en medio de ellos.

—¿Has dicho que...?

Fifty no conseguía articular palabras. La distancia entre lo que quería y lo que podía hacer se agrandaba con cada paso. Su cerebro se licuaba. Todo se volvió viscoso y espeso dentro de ella, tanto su voluntad como sus músculos. Se esforzó en comprender lo que le ocurría.

—Mierda, no son ni dos... —balbuceó antes de desplomarse en sus brazos haciendo tropezar al grupo.

La enderezaron como pudieron, pero volvió a caerse, agarrada a la chaqueta de la chica.

Una vez afuera, sintió que una de las manos que la sujetaban se deslizaba por su espalda y buscaba en sus caderas hasta encontrar su arma.

—No... eso no...

—La tengo —dijo, demasiado tranquilo, uno de los dos muchachos.

—¿Has usado el pañuelo?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas?

—Entonces vamos —dijo la chica.

Acceleraron el paso. Arrastraban a Fifty, que ya no era capaz de caminar. Su cerebro registraba con retraso lo poco que percibía. El desfase la aturdía. Llegaron hasta una furgoneta aparcada a unos metros. Una puerta se deslizó y la empujaron al interior. Vio en contrapicado a la chica que la había abordado. Subió a su lado. Uno de los chicos se puso al volante. El otro desapareció riendo.

—No son ni dos...

—¿Dos qué?

—...dos cervezas...

—Dos cervezas no pueden haberte puesto así, ¿es eso lo que quieres decir? Pues tienes razón, pobre idiota. ¡Ha sido lo que yo he puesto en ellas!

—¿Por qué...?

—¡Cállate! —ordenó la chica cambiando de registro.

—Llámala, hay que avisarla —dijo el conductor por encima del hombro.

—Tengo frío —gimió Fifty hundiendo los puños en los bolsillos del pantalón.

—Mierda, ¿y mi teléfono? ¡Se me debe de haber caído en el Grill cuando he levantado a esta petarda!

—Frío... —balbuceó Fifty.

—¡Cierra el pico! —le ordenó irritada la chica dándole una bofetada.

—¿Lo tienes?

—No...

—Te aviso, yo no vuelvo allí hasta que no nos hayamos librado de ella. Ya has visto el circo que hemos montado.

—¿Y qué? Hemos ido a eso, ¿no? Pobre inútil.

—Inútil la que ha perdido el teléfono. Toma el mío y llámala —dijo él ofreciéndole su *smartphone* por encima del hombro—. Yo allí no vuelvo.

SU HERMANA DE LA ESTEPA

Suspiró al intuir de lejos la agitación que reinaba alrededor del paso comercial. Lo habitual era ver una decena de barracas alineadas, cubiertas de carteles publicitarios y separadas de la carretera por un terreno yermo, ancho y polvoriento, que servía de aparcamiento improvisado. Las barracas en frontón, como en el Viejo Oeste, ofrecían diez veces el mismo comercio, una suerte de colmado, bar y garaje. Los mismos frigoríficos llenos de refrescos y cervezas en el exterior, y también los mismos billares, con el tapete quemado por el sol y el invierno, y rayado por los torpes golpes de taco de jugadores demasiado borrachos. En los tiempos del régimen anterior, los soviéticos habían prohibido los juegos en los establecimientos públicos. Pero como en aquella época todo establecimiento era público por defecto, los asiduos habían sacado las mesas de billar para respetar la consigna del partido y seguir jugando. El régimen renunció a recordarles que la calle también era pública. Era la fuerza de la inercia nómada.

Delante de las casuchas se veían habitualmente furgonetas y todoterrenos, algunos coches rusos imposibles, con el capó levantado para dejar respirar a los motores ahogados por el polvo, y camiones remolque cargados hasta tres veces su altura con fardos de lana sucia estrangulados con cuerdas. Y a veces alguna moto, una IZH Planeta 5 casi siempre, con la familia al completo y como ensartada encima. A menudo se veía a un cetrero de águilas, un cazador falso, que permanecía un poco apartado y ofrecía a los turistas hacerse un *selfie* con él por un billete, bajo la mirada burlona de los camioneros. Además de los carteles con reclamos, el viejo *deel* de satén púrpura o azul que llevaba para la foto aportaba la única nota de color en aquel paisaje amarillento por el sol y la arena. Pero esta vez, en medio del desorden de la muchedumbre, Yeruldelgger distinguió los colores brillantes de las túnicas de los pequeños jinetes, las

chaquetillas de los luchadores y los largos abrigos bordados de las arqueras. Había toda clase de vehículos estacionados por todas partes, entre celosías que se desplegaban y erizaban de varas naranjas para montar las yurtas.

—¿Qué barullo es éste? —gruñó Yeruldelgger reteniendo su caballo.

—Problemas nuevos, supongo —dijo Tsetseg, también intrigada y poniéndose a su altura.

Se quedó a su lado para observar aquella promesa de tormentos, mientras el pequeño jinete los sobrepasaba con su caballo al galope, feliz y orgulloso de anunciar la llegada de Delgger Kan.

—Bueno, creo que vas a tener que ir ahí abajo —dijo ella sin mirarlo—, parece que te esperan para salvar el mundo nómada.

—¿No me acompañas?

—No. Primero voy a ir a ver a una mujer que vive ahí, un poco apartada —dijo Tsetseg levantándose sobre los estribos para mirar hacia una yurta aislada.

—¿Quién es?

—Todavía no la conozco.

—Entonces, ¿por qué tienes que ir a verla?

—Porque creo que somos hermanas.

—¿Tienes familia aquí? —le preguntó Yeruldelgger, asombrado.

—No. He dicho «hermanas» en el sentido de «hermana de la estepa»...

Él quiso preguntarle lo que eso significaba, pero Tsetseg ya había echado a galopar. La vio enfilar hacia la yurta, con la espalda recta a pesar de la edad, los codos abiertos con seguridad y el arco que llevaba con orgullo en bandolera, y se dijo que le habría gustado que aquella mujer lo acompañara a meterse en los siguientes líos. Se resignó a tener que afrontarlos solo, y dejó que su montura lo condujera hasta ellos al paso.

Desde lejos, intentó entender la dinámica del gentío. Demasiados hombres a caballo para los pequeños corredores del *naadam*. Probablemente fueran criadores, quizá un centenar, que intentaban mantener en calma a las manadas, que parecían muy nerviosas. De vez en cuando un caballo recorría al galope algunos metros y el hombre lo detenía en seco ante el sobresalto de los demás. Distinguió decenas de siluetas agachadas, postradas o atemorizadas, que se mantenían al margen. Seguramente eran ninjas inmóviles ante la agitación de aquellas bestias que pateaban la tierra y apestaban a sudor. También vio una veintena de hombres en uniforme. Negros. Estaban agrupados delante de una muralla pequeña formada por cinco vehículos alineados de forma militar. Eran

Hummer de la MGS, idénticos a los que conducían quienes habían saqueado el campamento de Ganbold. Y sobrevolando aquella muchedumbre y enarbolados por unos brazos invisibles, cada vez se veían más estandartes cuadrados, rojos, amarillos, verdes o azules. Eran pequeños y estaban estampados con un emblema que todavía no lograba distinguir. Se estaba preguntando cómo esa reunión disparatada de una multitud tan inverosímil no había degenerado todavía en un tumulto cuando oyó el primer disparo. Entonces vio, por encima de los jinetes, la silueta oronda de Guerléi, brazo en alto y arma en mano, subida al techo de la furgoneta azul de los cuatro artistas locos.

Saber que la teniente seguía tan dispuesta a mantener el orden lo divirtió sin llegar a tranquilizarlo. Puso su caballo al trote, con una sonrisa nerviosa en los labios, motivada sobre todo por el grupo de jinetes que se dirigía a su encuentro, con sus estandartes de todos los colores azotados por el viento del galope. Cuando estuvieron más cerca, reconoció en cabeza al ogro Zorig, el conductor de la furgoneta azul, cuyos pies rozaban el suelo de tan grande que resultaba para su caballo de patas cortas.

—*Ave, Delgger, morituri te salutant!* —gritó éste alegremente, torciendo el bocado de su montura para detenerla en seco.

Yeruldelgger vio cómo el grupo lo rodeaba blandiendo sus enseñas, y el corazón empezó a latirle en la nuca acelerado por un ataque de cólera.

—¿Y eso? —gruñó señalando una bandera.

—Naaran —respondió orgullosamente Zorig.

—¿Naaran? ¿Te estás burlando de mí?

—No, quiero decir que es Naaran quien lo ha hecho, pero, evidentemente, eres tú, todo el mundo te reconoce.

A su alrededor, con sus ojos risueños y llenos de arrugas hundidos entre los párpados, los nómadas agitaban con admiración las enseñas con el rostro de Yeruldelgger. Porque estaba claro que era él. Delgger Kan.

No había nada que hacer. El fervor guerrero de la tropa era tal que él no pudo decir nada. Sobrellevó su enojo en silencio y echó una mirada aviesa a lo lejos, hacia el paso comercial, y todos los jinetes tomaron su cólera sorda por una determinación heroica. Espoleó su caballo con el talón mientras retenía las riendas para neutralizar la impaciencia del animal, luego soltó la brida y partió a galope tendido. La tropa se reorganizó de inmediato y se lanzó gritando tras él, orgullosa de tener un jefe tan feroz.

Al llegar al paso, la muchedumbre se abrió formando una guardia de honor

que lo condujo hasta la furgoneta azul encima de la cual lo esperaba la teniente, con la mirada furiosa y los puños en las caderas.

—¿De verdad crees que tengo necesidad de todo esto? —gruñó ella señalando con un gesto amplio de la mano el lío circundante.

—Yo no tengo nada que ver —se enfureció Yeruldelgger—. ¡Sólo quería participar en el *naadam*!

—¿Ah, sí? ¿Y de dónde han sacado entonces que un tal Delgger Kan, que tiene tu jeta, va a salvar al país de los extranjeros y de los concesionarios de las minas?

—No lo sé, Guerléi, pero ya puedes creerme. Paso de su rebelión como paso de tu investigación. Sólo soy un viejo ex poli que intenta encontrarse a sí mismo en el aislamiento de un retiro espiritual. ¡Mierda, joder, es que no es tan complicado, ¿no?!

Había acompañado sus insultos de varios golpes en la frente con el puño tan apretado que los nudillos palidieron.

—¿Y eso qué es?

Se dio la vuelta para ver lo que ella le señalaba desde lo alto de la furgoneta, y se masajó con fuerza la cara para asegurarse de que no estaba soñando. Al y Naaran habían colgado de una cuerda, para que se secaran, los carteles que el francés iba produciendo en cadena y que los nómadas esperaban como si fueran regalos. Yeruldelgger hizo que su caballo diera media vuelta y lo arreó hacia ellos. Los carteles estaban dibujados y escritos a mano, en un solo color, sobre papel basto.

«Bajo las dunas, la muerte», decía el primero, que mostraba el cráneo monstruoso de una cabra cíclope. «Concesiones: trampas para estúpidos», proclamaba otro con una yurta encerrada en el centro de un círculo de alambradas. «Prohibido prohibir», con una gran brecha abierta en una alambrada. «No me liberes, yo me encargo», con un nómada al galope blandiendo un fusil. «Todos somos nómadas mongoles» y «Ocupemos el desierto». En otro se leía una especie de poema:

Yo nomadeo.

Tú nomadeas.

Él nomadea.

Nosotros nomadeamos.

Vosotros nomadeáis.

Ellos se aprovechan.

Pero el más solicitado era uno que simplemente rezaba «Delgger Kan» debajo de un retrato de Yeruldelgger dibujado como si fuera el Che Guevara.

Los tres artistas estaban en trance, bajo la mirada fascinada del gentío. El francés explicaba en una especie de jerigonza los eslóganes que los otros traducían al mongol y dibujaban de inmediato en una tela mosquitera montada sobre un marco de madera.

—Es serigrafía —explicó Erwan en francés, al ver a Yeruldelgger—. Encontré en los colmados todo lo necesario para improvisar este taller.

De la muchedumbre, que contemplaba a Yeruldelgger con respeto, se elevó un murmullo de admiración ante aquel héroe que también hablaba la lengua misteriosa del artista. Yeruldelgger sintió que la cólera le congestionaba de nuevo la aorta e hizo un último esfuerzo para controlar sus impulsos cada vez más asesinos.

—Tira todo eso a la basura y déjate de estupideces. No quiero ver una sola bandera ni un solo cartel con mi retrato. Yo no soy Delgger Kan, no sé qué se está tramando aquí y tampoco quiero saberlo. Voy a regresar a mi hogar en cuanto hayáis destruido esos carteles.

Yeruldelgger se volvió. La teniente seguía de pie sobre la furgoneta azul, sin que la rodeara nadie. Él forzó el paso entre la muchedumbre y se acercó a ella.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Y bien, ¿qué? —gruñó Guerléi.

—¿Qué es todo este lío?

La teniente dudó un segundo a la hora de escoger entre el enfado y la ira, luego se sentó en el techo de la furgoneta, con los pies colgando.

—No lo sé. ¿Conoces a éstos? —preguntó señalando con la cabeza a los hombres uniformados de negro, que estaban junto a los Hummer.

—Son vigilantes de la MGS, ¿no?

—No, son todo lo contrario. Pertenecen al Ejército de los Mil Ríos. Econacionalistas disidentes de Nación Mongola. Antes apaleaban chinos en las calles de Ulán Bator, pero se reciclaron en la lucha contra las concesiones mineras porque todas están en manos de compañías extranjeras.

—No me digas que...

—Sí. Alguien enroló a Nación Mongola dentro de la Mongolian Guard Security, que tiene el monopolio de toda la seguridad privada del país, entre otras

la de las concesiones mineras. Y eso es una traición imperdonable para los disidentes.

—Entonces se podría pensar que...

—No razones mal para ser un viejo ex poli. Sí, se podría pensar que el Ejército de los Mil Ríos castigó por traidores a los cuatro tipos del puente y al de la roca, y les aplicó chapuceramente, a lo Gengis Kan, lo que cuenta la tradición sobre cómo se repara el honor.

—Eso quizá explicaría dos de los crímenes, pero no todo este jaleo.

—Desde que existe, el Ejército de los Mil Ríos se dedica a asegurarse *manu militari* que se aplica la ley.

—¿Qué ley?

—¡No me digas que no has oído hablar de la Ley del Gran Nombre!

—Claro que sí, por supuesto. Conozco las leyes, fui poli, te lo recuerdo. Es la ley que prohíbe las prospecciones y las operaciones mineras cerca de las fuentes de los ríos, las zonas protegidas, las reservas de agua y las zonas boscosas. Data de 2009. Se votó bajo una fuerte presión con grandes manifestaciones por parte de los activistas ecologistas. ¿Qué más quieren?

—El problema es que después de 2009 se han suscrito normativas que matizan su aplicación en beneficio de las grandes compañías mineras, que la burlan metiendo la primera excavadora y comprando luego autorizaciones excepcionales con grandes sobornos. Y que Nación Mongola se haya convertido en un servicio de orden de las concesionarias ha cambiado las reglas del juego. Las compañías mineras empezaron a temer cada vez menos los ataques de los activistas. El EMR ha decidido cambiar de estrategia y centrarse directamente en las grandes compañías usando medios casi militares.

—¿Y es eso lo que se disponen a hacer?

—Si debo fiarme de los rumores, sí, van a apoderarse de una concesión de la Colorado.

—¿Y todos los demás?

—Los nómadas están metidos en esto porque las concesiones privan de pastos a su ganado, y la hierba que hay al borde de las carreteras está envenenada. Los ninjas, porque la Colorado extiende sus concesiones y los empuja lejos de los filones. Y los demás, por ti, porque les han dicho que querías luchar y que estabas organizando un ejército contra la Colorado.

—Pero ¡yo nunca he dicho eso! La Colorado me importa una mierda. ¿De dónde lo han sacado?

—Estaban deseando creerlo, sólo ha hecho falta que alguien se lo dijera.

—Pues bien, tráeme a ese alguien, que yo no voy a necesitar ningún taller de serigrafía para estampar su rostro sobre la primera piedra que encuentre.

—Bueno, ¿y qué hacemos entonces?

—¿Cómo que qué hacemos? Pero ¿es que no te has enterado? Yo no voy a hacer nada. ¡Voy a coger el caballo y me vuelvo a casa!

—¿Y me dejas con todo esto?

—Tú eres la poli, no yo. Éste es tu problema. Prácticamente acabas de resolver las muertes del puente y de la roca, ¡no está tan mal!

—No hablo de eso. ¿No te das cuenta de lo que se está preparando?

—Me río de eso.

—La Colorado va a enviar a los mercenarios de la MGS.

—Yo no puedo hacer nada.

—Después de ellos enviarán a los mineros. Y son dos mil.

—No es mi problema.

—Si las autoridades se mueven a tiempo, mandarán a la policía o al ejército para que los frene.

—Me la trae floja.

—Yeruldelgger, esto acabará en una masacre. Dos milicias de descerebrados, compañías mineras sin escrúpulos, un departamento de policía sobrepasado, un ejército que va a reaccionar como reacciona el ejército y unos políticos que quizá prefieran que se produzcan los altercados para explotarlos en su propio beneficio. ¡Mierda, Yeruldelgger, éste sigue siendo tu país!

—¿De verdad, teniente, de verdad? Pues ya ves, yo me lo pregunto. ¿Tú te reconoces en este país?

—¿Te crees que tengo derecho a hacerme esa pregunta? Soy la única policía aquí, ¿todavía no te has dado cuenta? El único poli en medio de cuatrocientos brutos, casi todos armados y dispuestos a luchar contra los mil o dos mil brutos como ellos, también armados, que no van a tardar en aparecer. La única poli, Yeruldelgger, ¿me oyes?

—Me caes bien, teniente, pero una vez más: yo ya no soy poli. Y, por otro lado, ¿en medio de este follón supone alguna diferencia que haya un policía o dos? Si todo se va al carajo, tú no podrás evitarlo y yo tampoco. Así que déjalo y haz como yo. Vete a casa.

Le tendió una mano para ayudarla a bajar del techo de la furgoneta, pero ella se la rechazó.

—Vete a la mierda, Yeruldelgger, no eres más que un vejstorio sin honor.

—¿Honor? ¡Vaya, ahora eres tú la que invoca los valores de la tradición! —
se burló él.

Arreó su caballo para adentrarse al paso entre los mirones, y en cuanto tuvo un poco de espacio lo lanzó al trote hacia la yurta solitaria donde Tsetseg había ido a visitar a su hermana. Su hermana de la estepa.

«UNA TONTERÍA DE LAS GRANDES»

—Quiero ver al ministro.

—Es un poco pretencioso como petición, viniendo de un hombre que está desnudo y esposado a una mesa de interrogatorio, ¿no crees?

—Cuando haya hablado con él veremos quien está más en pelotas en esta historia.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia. Para ti y para todos los que quieran continuar con esta farsa.

—¿A una sala de torturas en un vagón y al fiambre debajo del puente los llamas «farsa»?

—Es todo una manipulación. El vagón figura oficialmente en el inventario de locales asignados a Asuntos Especiales a título de sala de interrogatorio. Y si no me falla la memoria, fue el propio ministro quien desbloqueó los fondos secretos en 2013, tras los disturbios de los ecologistas. En cuanto al muerto del Peace Bridge, tengo una coartada.

—Entonces no tienes nada que temer y no hay necesidad de que molestemos al ministro. Vamos a proceder tranquilamente con la investigación. Vamos a ser tan meticulosos como en Asuntos Especiales cuando se encarnizan durante meses con compañeros nuestros de diferentes departamentos. Vas a ver lo que es estar al otro lado.

—Tú vas a estar al otro lado cuando se descubra tu puesta en escena.

—¿Te refieres a la tele? Yo no tengo nada que ver con eso. Son profesionales, ya sabes, hacen su trabajo.

—Obedecían a su patrón.

—¿Ah, sí? ¿Y tú conoces a su patrón?

—Por supuesto, y tú también, es el hombre que se acuesta con la mujer de las suelas rojas. La que estaba allí esta noche, pasando desapercibida; la que ha llamado a la televisión, la misma a la que tú obedeces y que te paga. A menos que te tenga cogido por las pelotas.

El hombre acusó el golpe con discreción. La alusión a Madame Sue le descentró unos segundos y Bekter se aprovechó de ello.

—Te aseguro que ahora te interesa pensar deprisa. Yo soy el señor de Asuntos Especiales. Ella es la señora de los asuntos turbios. Quiere hacerme caer antes de que yo la haga caer a ella. Si se moja hasta el punto de hacer que acusen de asesinato al jefe de Asuntos Especiales es porque debe de estar verdaderamente cagada de miedo por lo que yo tengo contra ella, ¿no te parece? Salvando el detalle de que, en realidad, no es ella la que se moja. Eres tú. Y eso no te deja mucha elección.

—Hablas demasiado para ser un tipo al que todavía no se le ha hecho ni una pregunta.

—Eso es porque no estoy seguro de que hayas recibido órdenes de hacerme alguna, así que tomo la delantera. ¿Entiendes ahora las opciones que tienes?

—La tuya, la única, es cerrar el pico —dijo levantándose, con tono amenazador.

—La más radical, por supuesto, es que me suceda algo. Un accidente. Una caída fortuita. Pero después del circo que organizaste con la tele va a ser difícil darme una muerte discreta. También puedes jugártela, y mientras tanto, trabaja que trabaja. Investigación, papeleo, expedientes, lo que sea para que la cosa dure y se vea quién sale vencedor, si ella o yo, antes de abrir el paraguas. Salvo que si es ella, tú estás muerto, porque no suele dejar testigos de sus tejemanejes. Por cierto, espero que no sepas que el cadáver del puente era el de un tipo que había aceptado declarar como testimonio contra esa mujer en un caso criminal, porque si lo sabes eso podría levantar rumores: policía cómplice.

—¿Tienes pruebas de eso? Si es cierto, te juro que yo no lo sabía.

—Pruebas, las tengo, pero desnudo y esposado a una mesa es difícil presentarlas. De todos modos eso no arregla el problema.

—¿Qué problema?

—El tuyo. El de intentar salir de la mierda en la que ella te ha metido.

—Pues intenta tú salir de la tuya. ¿Sabes de quién hablas? Le bastó una llamada, una sola, y no te imaginas quién la pudo hacer por ella para que me

llegara la orden directa de agarrarte. ¿Sabes de dónde venía la orden?

—Del ministro, supongo...

—Exactamente. El mismo al que tú quieres ver. ¿De verdad crees que va a aceptar escucharte?

—Estoy convencido. Vamos, estoy incluso seguro. Porque si él ha accedido a su petición es porque ella lo tiene cogido por los huevos. Y lo que yo estoy preparando es justo la gran soltada de huevos. Algo que va a liberar a todo el mundo del chantaje de esa señora. Y el ministro y los jueces y los polis se van a mostrar muy interesados, te lo garantizo. La cuestión es: ¿estás tú también dispuesto a que te suelte de los huevos, o prefieres que se te agarre bien para arrastrarte en su caída?

—Hablas demasiado y vas de farol. No tienes nada, si no, ella no habría corrido este riesgo. Yo en todo caso no voy a correr ninguno. Es ella quien lleva las riendas. Vas a caer por un asesinato, y por mí está bien.

—Y yo voy a hacer que ella caiga por cinco, y tengo pruebas. Escoge bien el bando, camarada.

El hombre lo estudió con la mirada durante un buen rato, luego abandonó la sala.

—Que le den un uniforme de prisionero para que se vista y que nadie lo toque —ordenó al policía de plantón—. Nunca se sabe.

—Podrías avisar también a mi colega, si lo haces nunca lo olvidaré.

—Ay, eso no va a ser posible —respondió el hombre sin volverse.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ella también está entre rejas.

—¿Entre rejas? ¿Y por qué?

—Porque ha cometido una tontería que no te va a gustar. Una tontería de las grandes.

51

«...MANOSEAN A LAS CHICAS AUNQUE ELLAS NO QUIERAN...»

—No eres bienvenido —dijo ella.

—He venido a decirte que me voy...

—Entonces mal viento te lleve, déjanos —dijo la otra mujer.

El interior de la yurta estaba en sombras y pobremente amueblado. Enfrente de Tsetseg, sentada directamente en el suelo, una mujer más joven, flaca y mal vestida, lo miraba con odio. Compartían un té salado y unos bizcochos de leche agria.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Yeruldelgger a la joven.

—No eres bienvenido —repitió Tsetseg.

—¿Qué? ¿Me tienes ganas? —dijo la mujer levantándose, agresiva y arrogante, con las manos huesudas prestas a soltar su viejo *deelde* colores gastados.

—No hagas eso, hermanita —dijo Tsetseg—, él no es un mal hombre.

—Todos lo son.

—No todos. Él no.

—¡Quiero que se vaya!

—¿Qué pasa aquí? —insistió Yeruldelgger volviéndose hacia Tsetseg—. ¿Quién es esa mujer?

—Soy una hija de la estepa —ladró la joven—. ¿Te vale así?

—Me vale —dijo Yeruldelgger—. Entonces, ¿tú también lo eres, Tsetseg?

—Sí, yo también. Pensé que lo habías intuido.

—¿Debería?

—Parece ser que se nos reconoce por nuestra manera de hacer el amor.

—¿Cediste ante este hombre? —preguntó indignada la joven.

—Fui yo quien cedió —precisó Yeruldelgger—, pero no es lo que piensas. Fue un amor nómada.

—Sandeces de tíos. ¡Te la tiraste, y punto!

—No —los interrumpió dulcemente Tsetseg—. De verdad que fue un amor nómada.

—De todos modos quiero que salga de mi casa.

—Dime antes qué ocurre —insistió él.

—Las hijas de la estepa son las que mejor pueden saber lo que sucede con las chicas que desaparecen. Es de ella de quien hablaba la teniente. La persona que vio a la chica de la foto en el paso comercial. La vio intentar escapar de un gran todoterreno negro mientras los guardias bajaban a comprar cervezas.

—¿Se la llevaron en un todoterreno negro, a una de las chicas desaparecidas? ¿Lo podrías describir? —preguntó él volviéndose hacia la joven.

—Claro que sí. Es uno de los que están aparcados delante del paso en este momento.

—¿Un Hummer del Ejército de los Mil Ríos?

—Está mintiendo —dijo una voz desde el exterior de la yurta.

Primero se recortó una sombra, luego un hombre apareció en el rectángulo de la puerta. Todavía era joven, llevaba el pelo más bien largo y sujeto con una bandana azul, y un *deel* corto azul cielo bordado con motivos tradicionales. Un guerrero, pensó de inmediato Yeruldelgger, con los colores azules de la sinceridad, la honestidad y la bravura. Seguro de su fuerza, bien plantado en el suelo sobre sus pies y dueño de sus emociones. Cuando entró respetando la tradición, Tsetseg aprovechó su posición para agarrar el arco, armarlo con una flecha y apuntarlo contra él.

—Nadie te ha dicho que entraras.

—La tradición obliga, ¿no? No he visto una *urga* plantada delante de la puerta a pesar de la presencia en tu casa del hombre que ama a todas las mujeres.

—Si das un paso más te atravieso el corazón —amenazó Tsetseg sin dar tiempo a que Yeruldelgger respondiera.

—Mi corazón ya está muerto —sonrió el desconocido—, no le harías mucho daño.

—Quizá haya otras partes de tu cuerpo que podrían hacerte sufrir más —respondió Tsetseg bajando el arco y apuntando a la entrepierna.

Yeruldelgger se inclinó ligeramente para ver el caballo, detrás del hombre, delante de la yurta. Dentro de un estuche colgado de la silla había un fusil.

—Es un Dragunov, ¿verdad?

—Sí, mi arma preferida.

—El arma de los cobardes. Esos que matan escondidos a dos kilómetros de sus víctimas.

—Dos kilómetros trescientos diez metros, en mi caso, pero eso fue con un McMillan, en Sudán del Sur.

—Entonces tú eres el Africano —concluyó Yeruldelgger—. El que malgasta munición disparando a cantimploras.

—Ése mismo. Ahora ya sabes que si hubiera querido mataros estaríais muertos, y que por tanto no tenéis nada que temer.

—Puede que sin fusil, en un cuerpo a cuerpo, te mostraras un poco menos orgulloso —dijo Yeruldelgger levantándose.

—Habría que ver, abuelo, si con dos horas de entreno al día desde hace meses eres capaz de darme más guerra que los demás.

—¿Que los cuatro del puente, por ejemplo?

—Puede.

—¿Y que el hombre de la roca en la colina?

—No lo menciones, corres el riesgo de cabrearme.

Yeruldelgger adivinó el propósito de Tsetseg al mismo tiempo que el hombre, cuyos reflejos admiró. Ella soltó la flecha, que atravesó un faldón del *deel* del intruso y se clavó profundamente en la madera de la puerta. Por un instante, Yeruldelgger estuvo en ventaja, pero entonces la otra mujer agarró un cuchillo de trinchar y se abalanzó contra el extranjero. En el intervalo que Yeruldelgger la bloqueaba y le hacía soltar el arma, el hombre rompió la flecha para liberar su ropa.

—¿Y si hablamos? —propuso.

—¿De qué? —preguntó Yeruldelgger haciendo una señal a Tsetseg para que controlara a la joven.

—De la chica que estáis buscando, para empezar.

—¿Sabes dónde está mi hija? —preguntó Tsetseg dándose la vuelta.

—Según tú —dijo él agachándose—, por lo general, ¿dónde acaban las jóvenes que desaparecen?

—No me vengas con el jueguito cínico de las adivinanzas —lo amenazó Yeruldelgger—, mi paciencia tiene un límite que la insolencia traspasa muy deprisa. Y estás hablando de la hija de mi amiga.

—De tu amor nómada, querrás decir.

—¿Cómo sabes eso? ¿Nos espías? ¿Desde cuándo?

—Desde que me sirvo de ti.

—De mí no se sirve nadie.

—Vamos, te he convertido en Kan a tu pesar, ¡no lo olvides!

—¿Esa payasada es cosa tuya?

—No es una payasada. Si quisieras, podrías convertirte en el gran libertador de nuestro país, aunque yo no te haya dado ese título con ese fin.

—Comienzas a resultarme insoportable...

—Yo tampoco te soportaba. Incluso te odiaba, antes de admirarte. ¿No te acuerdas de mí? Nos cruzamos hace dos años en el bar de aquel imbécil neonazi al que llamabas Adolf. Metiste en prisión a toda su banda.

—¿Eras uno de ellos?

—Lo era. También formaba parte de la banda de moteros que violó a tu compañera de aquella época. ¿Cómo se llamaba, por cierto?

—¡Pronuncia su nombre y te arranco la lengua!

—Ya, sé que eres muy capaz, pero no lo harás. Te has dado cuenta de que tengo muchas cosas que contarte, ¿verdad?

—Tienes razón. Dinos lo que sabes de Yuna, la hija de Tsetseg. Por lo que hiciste a Oyun te mataré más tarde, a su debido momento.

—Estarás muerto antes, créeme, abatido por un disparo del que ni siquiera habrás oído la detonación. Y te prometo que haré todo lo posible para dejarte seco en el acto, a dos kilómetros de mí, sin que te quedes tendido, mutilado y agonizante.

—Nunca verás la oportunidad —dijo Yeruldelgger confrontando su mirada con la sonrisa del hombre.

—¿Ha terminado ya vuestra pelea de gallos? —ladró Tsetseg—. ¿Dónde está Yuna?

La actitud del hombre cambió en el acto; perdió toda la arrogancia para volverse hacia Tsetseg con compasión.

—Escucha, abuela, me llamo Jebe y lo que voy a decirte va a gustarte y a desagradarte a la vez: tu hija está viva, pero se encuentra en malas manos.

—¿Qué tipo de manos? —preguntó Tsetseg desafiándolo con la mirada.

—De las sucias, de las que manosean a las chicas aunque ellas no quieran...

«DEBEN DE ESTAR VIENDO LA TELE»

—Pronto tendrá mil metros de profundidad. Dentro de veinte años, cuando hayan agotado el filón, podría meterse ahí dentro nuestra montaña más alta, el Kujten Uul, con su cumbre de dos mil trescientos metros.

—No puedo creerlo —murmuró Yeruldelgger contemplando la herida abierta de la mina.

Desde lo alto de la colina en la que se habían apostado, veía por primera vez aquella úlcera abierta de varios kilómetros cuadrados que tajaba la tierra hasta sus entrañas. Y a su alrededor, la estepa necrosada.

—En Sudáfrica, excavaron hasta cuatro kilómetros de profundidad. En Estados Unidos, en los Apalaches, cincuenta años de explotación minera han arrasado cuatrocientas montañas, rellenado otros tantos valles y sepultado mil ríos. Y los que todavía llevan tienen un agua más ácida que la Coca-Cola.

—¿Cómo pueden rellenar valles excavando una mina? —dijo Tsetseg, asombrada y temiendo la respuesta.

—¿Dónde crees que va a parar la tierra que sacan? Mira al este, esa cadena de camiones, según tú, ¿adónde van? A verter el cargamento a unas pocas decenas de kilómetros de distancia, en un nuevo valle, después de haber rellenado ya decenas de otros.

Yeruldelgger no conseguía expresar su cólera. Ni siquiera conseguía comprender cómo se podía excavar semejante mina. Se comenzaba con un agujero pequeño, que se iba ensanchando a medida que se descendía. Se excavaban paso a paso varios kilómetros cuadrados al mismo tiempo. ¿Cómo se construían carreteras a lo largo de las paredes? ¿Tenían que rehacerlas cada vez que se agrandaba la mina? Pero la imagen que le partía el corazón era la de los buldóceres que arañaban y arrancaban la fina capa de tierra arable antes de

lanzar las excavadoras y las perforadoras a romper la roca. Esa capa fina de tierra cuyo equilibrio habían preservado durante siglos los nómadas, que habían convenido desplazarse con su casa y su familia dos o tres veces al año para no agotarla. Y ahí estaban esos hombres venidos de otra parte que arrasaban todo por un oro que ni siquiera se iban a quedar.

—¿Y Yuna? —se impacientó Tsetseg.

—Ahí abajo, en la zona norte, apartada del barrio de los mineros, en esa especie de barrio de barracones con cuatro yurtas en medio.

—¿Qué es eso? —preguntó ella inquieta.

—El burdel —soltó Jebe.

Y dejó que el silencio fijara esa palabra cruel en la mente de Tsetseg.

—No me digas que...

—Lo siento, abuela, pero tu hija está viva, ahí abajo.

—Pero...

—Seis mil hombres trabajan aquí, abuela. Hombres con contratos que los privan de sus familias. ¿Qué quieres? El cuerpo tiene sus necesidades, y siempre hay malos corazones que sacan provecho de los malos instintos. La prostitución alrededor de las minas es un negocio aún más grande que el de las drogas.

—¿Cómo lo sabes? —cortó Yeruldelgger.

—Trabajé para la que lo organiza —respondió Jebe—. Ya te lo he dicho, soy nacionalista y elegí mal antes de fundar el Ejército de los Mil Ríos. Formé parte de la Mongolian Guard Security. Primero en el Departamento de Seguridad de las concesiones, luego en el de los abastecimientos. De todos los abastecimientos. Mujeres incluidas.

—Voy a caparlos uno a uno —dijo Tsetseg entre dientes—, y a ti te castraré el último.

—Según tú, ¿dónde está Yuna? —preguntó Yeruldelgger para desviar la rabia de Tsetseg.

—Las chicas para el proletariado de mineros mongoles están en los diez barracones que hay a ambos lados de las yurtas. Cuatro sirven de dormitorios, para diez chicas cada uno, y cuatro son picaderos organizados en cuatro alcobas. Ochenta chicas en total para ocho alcobas. Diez minutos por pase, veinticuatro horas al día, como en la mina. Mil pases por día. Un orgasmo por semana para los bravos trabajadores. A diez dólares el polvo, son diez mil dólares diarios, trescientos mil al mes, casi cuatro millones al año. Siento decírtelo así, abuela, pero se trata de una auténtica mafia.

—¿Yuna está ahí?

—No. Si Yuna está ahí, no será en esos barracones.

—¿Estás seguro?

—Las chicas para los mongoles son chinas. El sexo es una liberación para los mineros, una vía de escape para sus frustraciones. Esos tipos saben bien que el sistema los está jodiendo en su propio país, así que quieren al menos joder triunfantes durante los pocos minutos que tienen de poder. Y para descargar su odio y su rabia, ¿qué mejor que humillar a una china? Las chicas vienen de Macao por turnos rotativos. La madama tiene intereses en dos o tres locales de allí. A las chicas que trabajan mal, la mina les sirve de castigo. Pero a las chicas de aquí hay que ir a buscarlas donde los expatriados, que pagan con billetes de los buenos. Ellos quieren producto local, nada de *made in China*. La MGS empezó reclutando chicas para ellos, y las terminó secuestrando. Es un negocio muy bien organizado, la madama ha pensado en todo. Son mil dólares por cada chica aceptada. Una por mes, no más, para asegurar la novedad. Los expatriados pagan cincuenta dólares el pase de media hora en una de las cuatro yurtas. Para ellos hay champán ruso, jacuzzi, y todo está permitido. A las chicas de aquí las alojan aparte, en los cuatro barracones al norte de las yurtas.

—¿Diez por barracón, como las otras?

—Sí.

—En ese caso, con doce nuevas al año, ¿qué pasa si son demasiadas?

—La madama las manda a su red de Macao. Y en caso de surgir algún problema, las revende a los rusos o a los serbios. Lo más lejos posible, para que no vuelvan.

—¿Y las que son secuestradas pero no son aceptadas? —murmuró Tsetseg.

—Desaparecen sin más —respondió sin rodeos Jebe.

Yeruldelgger imaginaba lo que le estaba pasando por la cabeza a Tsetseg. Deseaba que Yuna hubiera sido juzgada lo bastante bella como para ser esclavizada sexualmente.

—Cuando hayamos encontrado y liberado a Yuna, antes de que arreglemos cuentas, quiero que me des tiempo para castigar a quienes la secuestraron.

—Ya me he ocupado yo de ellos por ti. Son los cuatro tipos del puente. Les pedí que abandonaran el negocio y que se unieran al Ejército de los Mil Ríos. Por eso los castigué como se castiga a los traidores.

—¿Estás seguro de que fueron ellos?

—Absolutamente. Sólo se autoriza a un equipo por año para ir a cazar

chicas. Ésa es la regla de la MGS.

—¿El cráneo que han encontrado en los antiguos pozos de los ninjas sería el de una chica rechazada? —preguntó Yeruldelgger, horrorizado ante su propia deducción.

—Es lo más probable. Hace unos meses un viejo nómada depositó a la entrada de la mina unos esqueletos aberrantes. Aseguraba que la escoria mineral que caía de los camiones y el agua contaminada por la explotación de la mina habían provocado aquellas horribles mutaciones genéticas. Recibimos la orden de librarnos del vejestorio y de sus esqueletos. Me acuerdo de que aquel día Qasar dijo que no había que olvidarse de «la otra aberración».

—Qasar. ¿Es el hombre de la roca?

—Sí. Era mi *anda*.

—¿Fuiste tú quien lo mató a la manera de Jamukha?

—Sí. Él traicionó a la causa. Ya no defendía a su país. Tenía que morir.

Yeruldelgger lo miró largamente a los ojos, tratando de saber si debía odiar la locura de ese hombre por lo que había sido o admirarla por lo que intentaba ser. Pero no encontró la respuesta en su mirada perdida.

—¡Cielos, en qué nos hemos convertido! —murmuró Yeruldelgger.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Tsetseg.

—Esperar a eso —dijo Jebe señalando hacia la mina, en el fondo del valle.

Algo había cambiado, aunque un trajín de camiones amarillos, enormes y altos como cinco hombres, continuaba en el flanco de la cantera. Arriba, en medio de las edificaciones, hacia la entrada principal, un grupo reducido se organizaba alrededor de una decena de Hummer, a los que iban uniéndose otros vehículos. *Pick-ups* o camionetas a las que se subían hombres armados con palas, barras de mina y picos, decenas de todoterrenos, e incluso una media docena de buldóceres, que se alinearon en dos filas para encabezar el cortejo belicoso. Antes mismo de cruzar el portón custodiado, los coches se erizaron de banderas mongolas y enseñas rojas con un emú dorado estampado.

—¿Qué bandera es ésa? —preguntó Yeruldelgger, ajustando los prismáticos.

—El emblema de la Colorado. Un emú dorado sobre un fondo rojo.

—¿Un emú?

—Sí, el pájaro corredor, el otro emblema de Australia junto con el canguro, ¿y sabes por qué? Porque se dice que el emú, al igual que el canguro, por cierto, es un animal que jamás reula.

—¿Y adónde van de esa manera? Espero que no sea al paso comercial.

—Sí, justamente ahí se dirigen, y eso es lo que yo estaba esperando.

—Pero ¡van a masacrar a la gente del paso comercial! No son más que nómadas y ninjas. ¡Dime que los han avisado! ¡Que se han preparado!

—No. Deben de estar viendo la tele.

«¡Y PON FOX NEWS!»

—¿Pfiffelmann?

—Claro, ¿quién quieres que sea? ¡Es la una de la madrugada y estás llamando a mi casa!

—Lo entiendo, Pfiffelmann.

—¿Qué entiendes? ¿Que es la una de la madrugada y los pobres judíos necesitan dormir tranquilos? ¿Sabes al menos qué día es?

—Viernes, ¿no?

—*Alter trombenick*, no. Ya es sábado, *prostak*, y es *sabbat*, *macaroni*, y se supone que yo no debería ni tocar el teléfono. ¡Así que *shalom*, y déjame en paz si no quieres verme *a la arrabiata*, *tsutshepenish*!

—Está preparando algo, Pfiffelmann.

—*Gey in bod arayn*, yo también estoy preparando algo, joder, una especie de pogrom de italianos a la boloñesa, ¿te suena?

—Su mirada, en los vídeos, es la de alguien que está preparando algo. Es la mirada de la resignación. Ese tipo se ha resignado a llevar a cabo algo y lo asume. ¡Ésa es su mirada!

—¿Me estás hablando del jodido defenestrador? ¡*Lig in dr'erd un bak beygl*, Donelli!

—¿Pfiffelmann?

—¿Sí?

—Pfiffelmann, ¿en qué estás hablando?

—En yidis, Donelli, en yidis porque estamos en pleno *sabbat*, y cuando estoy en pleno *sabbat* me gusta hablar yidis, sobre todo con tocacojones de *kadokhes*, de *kelev*, de *khazer*, de...

—Okey, okey, Pfiffelmann, lo he entendido, lo he entendido, perdona. Perdona por haberte molestado en pleno *sabbat*. En fin, quiero decir en plena noche. Quiero decir en plena noche de *sabbat*. Lo siento. Ya cuelgo. Que duermas bien.

Una hora más tarde, el teléfono sonó en casa de Donelli.

—¡Aquí Donelli! —dijo descolgando.

—Sé muy bien que eres tú, *nudnik* —dijo Pfiffelmann soltando un suspiro—. ¡Quién podrías ser, si son las dos de la madrugada y estoy llamando a tu casa!

—¿Pfiffelmann?

—No, soy el *Rattenfänger von Hameln*, idiota.

—Ay, te lo ruego, para ya con tu yidis.

—Esto no es yidis, es alemán.

—Ajá, pues a las dos de la madrugada y medio dormido, suenan parecido. ¿Ya no estás de *sabbat*?

—No. ¿Te puedes creer que un *shtik drek* me ha fastidiado el día de reposo a deshoras y sin ninguna consideración?

—¿Estás despierto entonces?

—Tú debes de ser investigador de la policía de Nueva York: ¡por supuesto que estoy despierto después de tu llamada! ¿Qué te crees? ¿Que uno vuelve a dormirse como Moisés de mocoso cuando se tiene la edad de Matusalén? ¿Que basta con contar corderos *kosher* o releer a Irène Némirovsky o a Isaac Bashevis Singer para caer de sueño? ¿O con atiborrarse de *makrouds* o de rosas del desierto de praliné?

—¿Por qué me llamas entonces?

—Para impedir que tú también duermas, *kadokhes*, y porque sé lo que está preparando tu defenestrador.

—¿Ah, sí? ¿Y qué está preparando?

—Ahora ya nada. Ya ha terminado. Enciende la tele. ¡Y pon Fox News!

...DE UN CREPITAR DE FLASHES

—Me llamo Dorjnam Elbegdorj, soy ciudadano de la República de Mongolia y miembro del Ejército de los Mil Ríos. En nombre del pueblo mongol he tirado por la ventana a quien nosotros llamamos Tsakhigiyn, como castigo por todo lo que ha robado a mi nación. Lo he arrojado desde un piso de tres millones de dólares que se acababa de comprar en la Quinta Avenida con una parte de las comisiones ilegales y de los fondos desviados que había acumulado al amañar la atribución de decenas de concesiones mineras en mi país. El patrimonio adquirido fraudulentamente por Tsakhigiyn y su mujer está estimado en diez millones de dólares. Estas prácticas corruptas están generalizadas en mi país, en el que siete de las diez fortunas más grandes están en manos de cargos electos o de altos funcionarios, y Tsakhigiyn actuó con la complicidad tácita o activa de todos los sectores políticos y a todos los niveles del Estado. El Ejército de los Mil Ríos considera que el país ya no pertenece al pueblo, ni a sus representantes, sino a potencias mineras como la Colorado o la Durward, que lo explotan y lo corrompen sin ninguna vergüenza y que también serán castigadas muy pronto por sus crímenes contra la economía y el medio ambiente. Invito a todos los defensores del medio ambiente y de la democracia a permanecer atentos a la próxima declaración de otro miembro de nuestro ejército.

—Señor Elbegdorj, ¿va usted a entregarse a la policía?

—Evidentemente. Estoy aquí, en sus estudios del 1211 de la Avenue of the Americas, y la policía puede esperarme a la salida. Estoy dispuesto a pagar por esa ejecución que reivindico con orgullo en nombre del Ejército de los Mil Ríos.

—Señor Elbegdorj, ¿por qué ha elegido denunciarse a través de las antenas de la Fox?

—Porque si bien es cierto que Mongolia está lejos de aquí, el poder y los

medios de compañías mineras como la Colorado o la Durward me llevan a pensar que nada de lo que yo hubiera podido confesar se habría hecho público en caso de entregarme directamente a la policía de mi país. A partir de ahora, las cosas pueden ir mal para mi persona, pero no para mi causa. El público ahora lo sabe.

—Señor Elbegdorj, usted ha amenazado con represalias específicamente a dos compañías mineras. ¿Cabe temer de parte de lo que usted llama «Ejército de los Mil Ríos» algún atentado o nuevas ejecuciones?

—Todos cuantos han participado del saqueo en Mongolia a costa de su pueblo deben prepararse para rendir cuentas. Pero hoy existen muchas maneras de vengarse. No es sangre lo único que puede correr.

—Eso es un poco ambiguo, ¿podría aclararlo? ¿Qué otra cosa podría correr?

—El dinero. El dinero puede correr como el agua. Igual que ha corrido a chorros en favor de especuladores y aprovechados, podría también correr en sentido contrario.

—¿Y matarlos económicamente con una hemorragia financiera?

—Exactamente.

—Señor Elbegdorj, me advierten por el audífono que los inspectores están ya en nuestro edificio y se dirigen hacia el estudio para detenerlo. ¿Tiene algo que añadir antes de que intervengan?

—Nada más que lo que ya he dicho. Otro grupo del Ejército de los Mil Ríos hará una declaración durante la próxima hora e invito a todos los mongoles y a todos los trabajadores de las minas repartidas por el mundo a escucharlo atentamente y a conectarse a www.amr.com.

Luego el realizador dio paso a otra cámara, una que llevaban al hombro, cuya imagen bailoteaba en directo. El técnico seguía el caminar apresurado de dos hombres que entraban en un ascensor. La imagen se movió de nuevo cuando Donelli usó los codos para hacerse espacio.

—¡Nuestro cuarto de hora a lo Warhol! —se burló Pfiffelmann—. ¡Dedicado a nuestros amores, por su belleza y nuestra gloria!

—¿Durante el *sabbat* no estáis obligados también a cerrar el pico?

—¡En absoluto!

—Qué pena.

—Y aquí en directo los dos inspectores que han venido a detener al señor Elbegdorj. Se trata del inspector Nathan Isaac Pfiffelmann y del inspector Michael Benito Donelli.

—¡Benito! —gritó Pfiffelmann—. ¡Benito! ¡Tu segundo nombre es un jodido nombre de fascista y nunca me lo has dicho! ¡Mierda, «Mike», «Isaac» y «Benito», te das cuenta!

Vieron al joven mongol a través del ventanal de cristal de un estudio, de donde salió una mujer. Era la caricatura de la *working girl* en versión presentadora de televisión.

—Soy Laureen...

—Sé quién es usted —refunfuñó Donelli—. Y en persona es más bajita y menos natural que en pantalla...

Entró en el estudio seguido de Pfiffelmann, que entre risas se disculpaba con la presentadora asegurándole que por el contrario se veía mucho más en 3D en la realidad que en la pantalla plana. Se dirigieron directamente hacia el hombre que acababa de confesar el crimen y lo arrestaron respetando el procedimiento, delante de tres cámaras y en medio de un crepitar de flashes.

«...EL AFRICANO OS TIENE EN EL PUNTO DE MIRA»

Los hombres de los Mil Ríos habían obligado a los propietarios de tres barracas equipadas con antenas parabólicas a conectarse a Fox News. De pie sobre el capó de sus Hummer, iban traduciendo más o menos bien lo que desde hacía un rato aparecía en bucle en la pantalla. Pero pronto, a medida que hablaban, los rostros de la gente fueron oscureciéndose y las miradas se endurecieron.

—¿De qué va esto ahora?! —exclamó la teniente, a la que ya nadie prestaba atención.

¿A qué jugaban aquellos iluminados? ¿A poner histérico a todo el mundo? ¿Y esos cuatro artistas de pacotilla, venga a imprimir carteles revolucionarios y banderas en honor a Delgger Kan! Guerléi dedicó un instante a pensar qué podía hacer ella para encauzar la locura que se preparaba, y decidió que lo primero era atraer su atención. Se montó de nuevo sobre la furgoneta azul de Zorig y sacó el arma para disparar al aire. En esa posición, antes de apoyar el dedo en el gatillo, distinguió una columna de polvo que se levantaba contra el horizonte en dirección a la mina. Llamó con un silbido a uno de los uniformados de negro y le pidió con gestos unos prismáticos. El tipo, joven y más bien guapetón, introdujo medio cuerpo en uno de los Hummer por la ventanilla abierta, sacó de él un estuche y se acercó a ella en dos zancadas ágiles. Al llegar a su lado, también él reparó enseguida en la polvareda y sacó del estuche los prismáticos, que Guerléi le arrancó con un gesto autoritario que le hizo sonreír. Ella no sonreía. Aumentada por las lentes y aplastada por la perspectiva, una columna de vehículos erizada de banderas se dirigía hacia el paso. Y el que viniera precedida por seis buldóceres que avanzaban en línea no auguraba unas intenciones muy cordiales.

—¡Menuda mierda! —gritó la teniente.

—No te preocupes —dijo el hombre detrás de ella—. Jebe también ha previsto esto.

Guerléi echó un último vistazo a la tropa que se acercaba, estimó el tiempo que tardaría en caerles encima y saltó de la furgoneta, seguida de inmediato por el joven.

—¿Qué quieres decir con que lo ha previsto?

—Jebe dijo que en cuanto los viéramos, teníamos que sintonizar la ABC de Australia o conectarnos a amr.com.

—¿Quién es ese Jebe, el hijo secreto de Murdoch?

—¿Quién es Murdoch?

—Un magnate australiano de la prensa, propietario de Fox News y quizá, de una manera u otra, también de la ABC.

—¡No lo sabía!

—Tú no sabes gran cosa. No eres la clase de persona que puede ayudarme a detener a ese ejército de payasos. Dame la llave de uno de esos Hummer.

—Voy contigo.

—No, ya soy mayorcita, y además poli.

—No te dejaré ir sola, es demasiado peligroso. Nadie te dará las llaves de uno de nuestros Hummer.

—No importa —respondió ella empujándolo con un pie para poder entrar en la vieja todoterreno azul.

Hundió el brazo bajo el cuadro de mandos rudimentario tras el que se veía la transmisión, arrancó un puñado de cables, y conectó dos entre sí para activar el encendido. El ruido del motor y los gritos del joven alertaron a dos pequeños jinetes que descansaban sobre sus caballos y que, al distinguir la nube de polvo más allá de la furgoneta, avisaron de inmediato al resto. Guerléi aún no había metido la primera y a pesar del tamaño del retrovisor rajado, redondo y pequeño como una polvera de mano, pudo ver que el gentío detrás de ella se ponía en orden de batalla, en plan caballería americana. Cuando embragó para ir al encuentro de los mineros, ya habían formado tres líneas que se alargaban delante de un enemigo que proseguía su avance. Antes de que la polvareda que levantaba la furgoneta le nublara la vista, vio a los Hummer tomar posiciones delante de la primera línea.

En ese momento la puerta del lado del copiloto se abrió, rebotando contra la carrocería, y el joven de uniforme negro se agarró al retrovisor para montarse en

marcha. Guerléi pisó a fondo y el tipo se sujetó a los soportes del asiento para subir a bordo, buscando un apoyo en el capó metálico ya caliente que recubría el motor entre los dos asientos. Ella le aplastó los dedos de un codazo, para obligarlo a soltarse, pero él aguantó y consiguió sentarse, a pesar de los saltos que daba la furgoneta al rodar sobre los baches endurecidos por el sol y los hoyos profundos de las marmotas. Cuando se inclinó peligrosamente en el exterior para cerrar la puerta, agarrándose con una mano al armazón del asiento, ella intentó de nuevo expulsarlo dándole un fuerte puntapié en las nalgas. Luego, al ver que él lograba cerrar la puerta y se apoyaba en el respaldo sonriendo, ella desistió y echó un vistazo al retrovisor.

—No me lo creo. Esos necios van a jugar a la carga heroica, ¿o qué?

—Yo diría más bien que es como la carga de la brigada ligera, vista la masacre que nos tienes preparada.

—¿Cómo? ¿Ahora resulta que soy yo quien prepara una masacre? ¡Será porque todos esos idiotas están alineados para bailar un *step dance*!

—Déjame hablar a mí con los mineros, sé lo que hay que decirles.

—¿Te crees poli porque llevas uniforme? No eres más que un estúpido miliciano de una banda de tarados nacionalistas. Así que déjame hacer mi trabajo.

—¿Sola en una cochambrosa furgoneta azul cielo y con una pistola de seis disparos?

—Ocho, es una Tokarev TT-33. ¡¿Ni siquiera sabes eso?!

—Sin embargo, sé que seguramente no te quedan ocho, con todos los que has disparado desde que llegaste al paso...

—De acuerdo, me quedan cinco. O puede que tres. Pero te garantizo que bastarán para detener a esa horda de imbéciles si se niegan a dialogar.

—¿Y cómo se supone que van a saber que quieres dialogar si vas lanzada contra ellos? ¡Con la mala leche con que conduces, seguro que hasta el radiador de la furgoneta tiene la misma jeta obstinada y belicosa que tú!

—¡Mierda! ¿No llevas nada blanco encima?

—No, nuestro uniforme es negro.

—¡Esto no puede estar pasando!

Retiró una mano del volante y se retorció para quitarse la chaqueta del uniforme.

—¡Ayúdame, idiota!

Él la ayudó a sacarse las mangas y luego se la echó hacia atrás sobre el

respaldo. Llevaba una camiseta blanca que se le ceñía a los pechos y sintió la mirada de él anclada en ellos.

—¡Sujeta el volante y mira al frente!

Él se inclinó y agarró el volante con las dos manos por encima del capó interior del motor mientras ella se sacaba la camiseta. Cuando quiso ponerse la chaqueta, los bulldóceres de los mineros estaban apenas a unos cientos de metros. Sacó la camiseta blanca por la ventanilla abierta y la agitó con mano urgente y diplomática. Luego se volvió a poner al volante con un gesto demasiado brusco en el momento en que la todoterreno azul brincaba sobre un bache. Derraparon y ella trató de compensarlo como pudo. La furgoneta se deslizó de lado, en medio de una polvareda ocre, y envió al miliciano contra la puerta, que cedió. Un segundo salto lo proyectó al exterior y desapareció de la vista de la teniente. Cuando la nube se disipó, ella vio con horror los bulldóceres circulando a tan sólo unas decenas de metros de ella. Pisó el freno con los dos pies, abrió la puerta, se agarró al borde del techo y se alzó por encima de la furgoneta blandiendo su camiseta cada vez menos blanca.

Por una fracción de segundo, Guerléi pensó que su bandera blanca improvisada funcionaba, y el desorden generado por el estupor terminó por romper la línea de frente de los bulldóceres, que se detuvieron. Pero enseguida notó dos cosas que hirieron su orgullo de mujer y de poli. Por un lado, el ángulo que poco a poco iban tomando las setenta y cinco toneladas de uno de los CAT 844K, que dirigía su morro decididamente hacia el frente izquierdo, y por el otro, las miradas de todos los hombres, que se habían precipitado fuera de sus vehículos y se reagrupaban a la derecha de éstos. Ninguno se interesaba por ella. Todos miraban hacia la izquierda, lejos en el horizonte. A un mismo punto hacia el que Guerléi terminó también por mirar.

En medio de la acción y el ruido de los motores, nadie oyó el primer disparo, cuya bala reventó como una sandía la rueda delantera izquierda de un bulldócer, pese a que ésta tenía la altura de un hombre. La furgoneta se ladeó a su vez sobre sus dos ruedas derechas, antes mismo de que se oyeran los otros dos disparos, a lo lejos sobre la cima del otro lado del valle. El golpe desequilibró a Guerléi, que saltó sobresaltada y rodó entre el polvo lo más lejos posible de la furgoneta, inclinada hacia un costado. Todos los valientes guerreros del ejército de las minas, milicianos de la MGS incluidos, se habían escondido ya detrás de los vehículos, al abrigo de los bulldóceres. Sólo el joven que acompañaba a Guerléi permanecía en pie y al descubierto, de cara a la montaña lejana. Tenía en la mano la chaqueta de la teniente y se la tendió, invitándola a levantarse.

—Todos esos tipos están tan cagados de miedo que van a tener que probar de algún modo su virilidad. Si no quieres que sea a tus expensas, hermanita, blíndate con tu uniforme. Además, necesito tu camiseta.

Se la quitó de las manos, se volvió hacia la cima de la que habían partido los disparos y la agitó ante los ojos asustados de quienes se atrevieron a mirar. Unos segundos más tarde, todo el mundo oyó dos detonaciones en el horizonte, sin que ningún impacto las precediera.

Él se dirigió hacia el primer tipo con uniforme de la MGS que reconoció y le habló desde lejos, forzando la voz.

—¡Espero que lo hayas entendido!

—¿Es el Africano?

—Sí, es él. Es Jebe. Puede reventarle la cabeza a cualquiera de vosotros desde aquella cima antes de que se oiga la detonación.

—¿Quién es ese puto negro? —preguntó un capataz de la mina recuperando un poco de su arrogancia ante lo que intuía que era una especie de armisticio.

—El mejor tirador de élite del ejército. Dos misiones en Afganistán y una en África. Diecisiete objetivos neutralizados a más de dos kilómetros de distancia. No querrás hacerle perder la paciencia.

—¿Qué tiene él que ver con nuestro conflicto con los nómadas?

—Está del lado de ellos. Él creó el Ejército de los Mil Ríos para oponerse a las compañías mineras.

—¿Y por qué se mete en medio ese pobre imbécil? Todos los que estamos aquí tenemos trabajo gracias a las minas, y no estamos dispuestos a perderlo para que pasten las cabras apestosas de tres abuelos. Estamos en el siglo veintiuno, ve a decírselo a tu negrito.

—Mi negrito lo que va a hacer es explicarte a ti lo que es la vida. La de verdad. La del siglo veintiuno, como tú dices. Ésa en la que los grandes bocazas como tú se dejan hundir tan profundamente como esas minas, y lo hará con pruebas. Quiero dos Hummer. La teniente y yo vamos a llevar a diez de vosotros hasta el paso comercial. Te garantizo personalmente su seguridad. Los demás, esperad aquí a que ellos regresen. Y nada de tonterías: el Africano os tiene en el punto de mira.

DE GOLPE

—¿Darryl? Esquina de Felder y Roy, en las oficinas de la ABC, reúnete allí con nosotros lo antes posible.

—¿Nosotros, qué nosotros? No me digas que todavía estás con Andrew.

—Sí, pero ése no es el problema. Ven rápido. ¡Esto es grave!

—¿Qué pasa?

—El asesino del surfista de Yanchep, el de la Colorado: está montando un espectáculo en la tele. Intenta verlo mientras vienes, pero no te estrelles. Lo están poniendo en bucle por el canal de informativos.

Darryl se precipitó hacia la ducha encendiendo la tele al pasar y subiendo el volumen al máximo para oírla desde el cuarto de baño. ¡Mierda, Karin y Andrew! De puros celos, en la esquina del alicatado aplastó de un puñetazo rabioso una arañita totalmente ajena a su descarga de perdedor.

«Hace ahora veinte minutos que el hombre que ven en la pantalla ha trepado a la azotea de nuestro edificio y ha amenazado con arrojar al vacío. El hombre, que se ha presentado en nuestras oficinas del número 39 de Felder Street hace treinta y siete minutos, muy pronto treinta y ocho, dice ser ciudadano de la República de Mongolia y ha reivindicado directamente el secuestro y asesinato del ingeniero informático de la Colorado, Ryan Walker. Ryan Walker había desaparecido de su casa de Yanchep hace tres días, y su cuerpo desnudo fue encontrado por la mañana en el brazo de un río al borde del parque nacional.»

Darryl salió de la ducha sin secarse, se puso un pantalón de tela y una camiseta con el lema «*Gone For a Duck*», y arriesgándose a perder el equilibrio, golpeó entre sí sus mocasines para sacudirlos de cualquier puto insecto o arácnido oportunista que hubiera podido colarse en ellos. ¡Karin y Andrew, qué

hijos de puta!

«El hombre, que todavía no ha revelado su nombre, dice ser, si hemos entendido bien, soldado del autodenominado “Ejército de los Mil Ríos”, al menos eso hemos creído entender, y afirma haber asesinado premeditadamente al hombre que según él se preparaba para acabar con más de diez mil mineros en su país. La Colorado explota, en efecto, importantes concesiones en Mongolia, sobre todo de oro y cobre.»

¡Coño, Karin! A lo máximo que él se había atrevido con ella, aparte de a fantasear con su cuerpo, había sido la insinuación de la otra noche. Que era a él a quien ella debería haber metido en su cama, si realmente no quería que lo hiciera Andrew.

«El hombre, cuya intención aparentemente es entregarse a la policía, si es que algún día ésta se presenta en nuestras oficinas, les recordamos por cierto que están en el número 30 de Felder Street, el hombre, pues, ha logrado engañar a nuestra vigilancia y ha subido a la azotea. Dice tener la prueba filmada de que Ryan Walker merecía la muerte. Su confesión habría sido grabada en un vídeo que la policía, más exactamente el comisario del Grupo de Respuesta Táctica en persona, nos ha prohibido difundir antes de que sea visionado por los equipos competentes, los cuales, recordémoslo, todavía no han dado con el camino a nuestros estudios. A menos que lo estén visionando tranquilamente en sus despachos, a través del enlace de internet que nos ha facilitado el presunto asesino, y no les preocupe el destino de este desdichado que va a terminar saltando ante la total indiferencia de las autoridades al mando. El hombre presume de haber colgado el vídeo esta mañana en la red en el enlace que aparece en este momento en pantalla y de que ya haya tenido ochocientas mil visitas en pocas horas.»

—¡Será zorra! —maldijo Darryl dirigiéndose a la periodista *l’orealizada*, que seguramente pensaba que ella lo valía.

Agarró su iPhone y las llaves, que estaban sobre la esquina de un mueble, y salió dando un portazo mientras con un pulgar tecleaba en el móvil para abrir el vídeo y con el otro, a distancia, la puerta de su coche.

«—¿Es usted Ryan Walker? —preguntaba la voz de una joven fuera de plano.

»—Sí, soy Ryan Walker, y vosotros, ¿a qué panda de chiflados pertenecéis?»

El hombre parecía estar desnudo, a pesar de que en la pantalla sólo se le veía el torso. Se notaba que estaba sentado y con los brazos atados detrás del respaldo

de la silla, arrogante y furioso. Darryl conocía bien esa reacción, habitual entre sospechosos o prisioneros, consistente en enmascarar el pánico con agresividad. Sin embargo, detrás de su rabia aquel hombre estaba muerto de miedo.

«—Es el ingeniero jefe encargado de las operaciones automatizadas de la Colorado, ¿no es así?

»—¿Si ya lo sabéis, para qué me lo preguntáis, bastardos de mierda?

»—¿Ese sistema ya está operativo?

»—Por supuesto que ese puto sistema funciona. ¡Podéis encontrar esa información en cualquier sitio de internet, joder!

»—Denos un ejemplo.

»—Nuestra mina de hierro de Pilbara, aquí en Australia, funciona así desde hace ocho años. Las excavadoras están automatizadas, el mineral se transporta en vagonetas automatizadas y se descarga automáticamente en los 930E Komatsu sin conductor, que suben también de forma automática hasta lo alto de esa mina y descargan por sí mismos el hierro en los trenes que ahora estamos automatizando.

»—¿Cuántos hombres participan en esa operación?

»—Ninguno.

»—¿Puede repetirlo?

»—No hay ningún minero en Pilbara, os lo acabo de decir.

»—¿Conductores, transportistas, mecánicos?

»—Ninguno, joder. ¡Ni uno solo!

»—¿Y cómo funciona entonces?

»—Para la excavación y la carga en el fondo de la mina, usamos sólo robótica básica con sensores, automatización e informática. Para el transporte, esa puta mina se cartografió vía satélite y los Komatsu se equiparon con un sistema de pilotaje mediante inteligencia artificial.

»—¿No llevan chófer a bordo?

»—No. Ya no es necesario. Funcionan con GPS, orientación láser, sensores y detectores de obstáculos.

»—Un 903E es un camión de ocho metros de altura que transporta trescientas toneladas de mineral, ¿es así? ¿Y circulan solos?

»—Ajá, mi sistema lleva haciéndolos circular veinticuatro horas al día desde hace ocho años, a cincuenta kilómetros por hora con pendientes de treinta grados y curvas muy cerradas. Y no han sufrido ningún accidente. ¡Todo el mundo lo sabe, joder!

»—¿Quién dirige todo ese tinglado?

»—Un equipo de informáticos lo controla todo desde nuestro centro operativo en Perth.

»—¿El centro operativo no está en el mismo lugar que la mina?

»—Te lo acabo de decir. El centro operativo está en Perth, a mil trescientos kilómetros.

»—Así pues, todo funciona a distancia.

»—Como un puto videojuego, lo puedes decir.

»—A propósito, ¿cuál era el salario anual de un conductor especializado en manejar los Komatsu en Pilbara?

»—...»

Por primera vez apareció en pantalla la mano de la joven empuñando una Tokarev cuyo cañón apoyó en la frente del hombre.

«—El salario.

»—Alrededor de cien mil dólares.

»—¿Cuántos Komatsu hay en la mina?

»—Cinco.

»—De modo que la Colorado se ha ahorrado cuatro millones de dólares en ocho años a costa de los transportistas, ¿es eso?

»—Se puede decir así...

»—¿La inversión costó más que eso?

»—Por supuesto que ese sistema costó más. Estáis locos, ¿o qué? Mucho más. Por lo menos cien veces más, pero hoy esa mina funciona veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año, y la producción de material ha aumentado entre doscientos y trescientos cincuenta millones de toneladas anuales.

»—¿Eso quiere decir que la inversión se amortiza gracias al aumento de la producción?

»—Evidentemente. Ese sistema hace doce años que funciona en nuestras minas de todo el mundo.

»—¿También en Mongolia?

»—...»

La Tokarev volvió a aparecer en pantalla y esta vez la chica la apoyó tan fuerte contra la frente del hombre que le dejó una marca.

«—¿En Mongolia también?

»—Allí hemos cartografiado ya nuestras minas. Los sensores están en proceso de instalación y las máquinas estarán equipadas y con autonomía durante los próximos dos años.

»—¿Quién dirige todo esto, un centro operativo en Mongolia?

»—No, vosotros no tenéis la formación necesaria. Lo ideal es que todo se dirija desde Perth. En el peor de los casos, desde un centro en Corea.

»—¿Y los diez mil mineros?

»—...»

Por primera vez, la mujer lo golpeó con la culata y le hizo una herida en la frente. Una chispa de pánico desgarró la mirada del hombre.

«—Nuestro sistema les evita un trabajo penoso y arriesgado, ¿qué te has creído?

»—Su sistema los priva de trabajo. Diez mil mineros. Diez mil familias. ¿Qué van a hacer ustedes por ellos? Ese sistema va a enriquecerlos a ustedes destruyendo miles de empleos, ¿no es así?

»—¡Joder! —dijo el hombre con furia, como si estuviera defendiendo una causa justa—. Hemos dado trabajo a esos salvajes durante casi diez años. Se morían como miserables en sus putas tiendas de lona calentándose con la mierda de sus caballos. Diez mil familias han vivido gracias a nosotros.»

Esta vez el culatazo le rajó el pómulo, antes de que la chica le aplastase las mejillas para hundirle el cañón del arma en la boca.

«—Nosotros no somos salvajes. Conquistamos dos tercios de las tierras habitadas del planeta cuando vuestro país ni existía. Ni siquiera erais la pandilla de criminales y presidiarios que intentaron exterminar a los aborígenes que vivían desde hacía cincuenta mil años en la isla que les robasteis...»

Una llamada a su equipo de manos libres obligó a Darryl a pausar el vídeo.

—Mierda, Darryl, ¿vienes, o qué? —se impacientó Karin.

—Ya llego, no te enfades, comienza con Andrew sin mí. Ya sabes cómo hacerlo, ¿no?

—¡Vete a cagar!

Ella colgó y él volvió a abrir en su iPhone la página web de la ABC.

«El hombre sigue sin saltar. Muestra una gran calma, pero uno no sabría decir si eso es bueno o malo. Todos nuestros equipos están, por supuesto, preparados para reaccionar. Tenemos uno en la azotea, a pocos metros del que llaman ya “el Justiciero Mongol”; otro en tierra para informar inmediatamente en caso de que lleve a cabo su trágica amenaza, y dos en la redacción preparando

dos temas: uno sobre la automatización de las minas de la Colorado y otro sobre las actividades de dicha compañía en el mundo, y más específicamente en Mongolia.»

Darryl llegó al parque industrial, donde los plataneros enrojecían al sol, y bajó por Brown Street para girar a la izquierda y tomar Felder. A lo lejos, más allá del cordón de seguridad que había montado la policía uniformada, distinguió a los bomberos delante de los estudios. Se identificó, pasó el control y se dirigió al edificio de la ABC. Un grupo reducido de gente se mantenía a cierta distancia, en la acera de enfrente, y miraba hacia arriba, más allá de una zona libre que los bomberos habían despejado al pie del frontispicio. Reconoció a Karin, que hablaba con los guardias de seguridad de los estudios. No vio a Andrew. Estaría en alguno de los pisos o en la azotea, haciéndose el héroe, o en algún coche oficial recibiendo un rapapolvo de algún superior a las órdenes de la Colorado. Darryl se encaminó directamente hacia Karin; pegado a la fachada de los estudios.

Desde lejos, vio los ojos de la joven abrirse con espanto al descubrirlo. Tuvo tiempo también de entrever a Andrew. Éste le hacía gestos a través de los cristales del vestíbulo de entrada, en los que se reflejaba la imagen de los bomberos y la multitud. Iba en su dirección cuando ese imbécil de Justiciero Mongol le cayó encima desde la azotea de los estudios, matándose y matándolo a él. De golpe.

...DE UN PUÑETAZO

Nadie se atrevía a decir ya nada delante de las pantallas del paso comercial. La muchedumbre de nómadas permanecía silenciosa alrededor de unos pocos mineros, noqueada por lo que acababa de ver y de oír. Incluso los pequeños jinetes, que no entendían gran cosa de aquellas historias de mayores, habían enmudecido sobre sus caballos inmóviles, perturbados al ver a todos los ancianos con lágrimas en los ojos. Sobre todo los mineros. Ellos habían traicionado un sueño ancestral por otro sueño más contemporáneo, y ahora ambos sueños desaparecían al mismo tiempo y sólo quedaba la traición. Todos se miraban buscando en los ojos de los demás el arrepentimiento o el perdón. Luego dirigieron la vista hacia el capataz que los había acompañado hasta el paso comercial. Él abrió los brazos, derrotado e impotente. Se levantó y se dirigió hacia el hombre del Ejército de los Mil Ríos, le puso las manos sobre los hombros, lo miró largo rato y sin ningún pudor apoyó la cabeza en su pecho para llorar. El otro lo estrechó entre los brazos, luego lo apartó despacio para enderezarlo y devolverle un poco de compostura.

—Por eso luchamos —dijo—, por eso un hermano ha aceptado ir a prisión en Nueva York y otro ha entregado su vida en Australia. Para que nos devuelvan nuestro país. Este país es nuestro, tan tuyo como mío. La tropa que Jebe ha reclutado no ha levantado las armas contra vosotros. Ni contra las minas. Ha levantado las armas contra los extranjeros que sólo vienen a robar.

El hombre no respondió. Con un gesto de la cabeza reunió a sus compañeros, y con otro de la mano rechazó que los devolvieran en los Hummer. Los nómadas los vieron alejarse, arrastrando el paso y con la cabeza baja, sin decir palabra, hasta llegar a la línea amarilla de los bulldóceres, unos cientos de metros más lejos, e imaginaron sus primeras palabras y la silenciosa onda de decepción y

rabia que iba a sacudir a los otros. Subida a un Hummer, Guerléi los observaba con los prismáticos. Adivinó un movimiento, una reacción, luego una pelea. Estaban empujando a un hombre. Le arrancaron el teléfono móvil con violencia. Quizá había intentado avisar a la mina de que sus hombres no iban a regresar, ni como vencedores ni como vencidos. Iban a pasar la noche en la estepa alrededor del fuego, vomitando su rencor y sintiendo aumentar su cólera. Los nómadas del paso comercial les llevarían comida y *airag*. Las mujeres cocinarían raviolis de cordero, crepes fritas de carne, *hooroog* de cordero cocido con piedras calientes y sopa de fideos. Cenarían a la antigua, fuera de los comedores, dormirían bajo las estrellas, fuera de los dormitorios, escucharían gargantas invisibles entonar los cantos misteriosos de la estepa, lejos de las pantallas y de las consolas, y llorarían tumbados de espalda, de cara a la inmensidad del cielo, por sus ilusiones rotas y por todo lo que habían destruido en su país y ya nunca podrían recuperar. Al día siguiente volverían a la mina unos mineros desesperados. Y luego unos huelguistas determinados.

El miliciano del Ejército de los Mil Ríos se acercó a la teniente, que seguía sobre el techo del Hummer, y le tendió su camiseta.

—Deberías volver a ponerte esto, teniente.

—¿Sigue ahí? —preguntó Guerléi sin apartar los ojos del perfil de la cima desde la que habían salido disparados los tiros.

—¿El Africano? No, probablemente ya esté de camino a la mina.

—¿Qué va a hacer allí?

—Seguir con su plan para derribar a las compañías mineras y a sus cómplices del Gobierno.

—¿La huelga no le basta?

—La huelga no es más que un conflicto laboral y las compañías saben cómo gestionar ese tipo de problemas. En el peor de los casos, traerán a chinos. Son millones los que esperan al sur de la frontera. Y luego harán venir desde Boston, Singapur o París a gestores de crisis que les explicarán cómo reducir el movimiento huelguista. Es simple: provocación, represión, recuperación. Enfurecerán a los mineros con su intransigencia y su altanería hasta forzar a los más extremistas a perder la paciencia. Y cuando esos pobres diablos hayan quemado algunos camiones por valor de varios millones de dólares, o les hayan endosado la muerte, accidental o no, de un pobre guardia, la opinión pública cambiará.

—¿Tan cínico se ha vuelto nuestro mundo?

—Acuérdate de Munkhbayar, el guerrero ecologista que luchaba por la aplicación de la Ley del Gran Nombre. Recibió por ello el prestigioso premio Goldman de Medio Ambiente en 2007. Se manifestó delante de la sede del Gobierno con un centenar de nómadas a caballo y disparó una flecha simbólica contra el edificio mientras un poli de civil se escondía en un rincón y disparaba al aire. Hoy Munkhbayar sigue en prisión, condenado a veinte años por bandidismo y atentado contra la seguridad del Estado. La simple lectura de las actas del proceso pone en evidencia toda una serie de manipulaciones y de mentiras tremendas tramadas por el Gobierno. Pero ¿quién lee las actas de un proceso? Nadie. Por el contrario, todo el mundo ve la tele y sus resúmenes tendenciosos. La opinión pública cambió, e incluso los miembros del Goldman, que habían demostrado su buen hacer, le retiraron el premio.

—¿Por eso el Africano ha recurrido a la tele?

—Jebe lo entendió. No es la huelga lo que hará caer a las compañías mineras y a sus lacayos. La huelga sólo servirá para desestabilizarlas y debilitar su capacidad de reacción. Lo que las hundirá son los escándalos. Con argumentos económicos no se puede movilizar a la vez al pueblo y al mundo de las finanzas. Lo que sí puede unir al mismo tiempo la indignación popular y el principio de precaución bancaria son los escándalos. Jebe se dio cuenta de eso, y se está empleando a fondo en hacerlos estallar.

—¿Enviando a jóvenes militantes a la muerte?

—Creando héroes.

—Bobadas, ha asesinado a sus propios compañeros. ¡A su propio hermano de sangre!

—Con Qasar hizo como el Gran Kan. Castigó su traición. Qasar era un militante nacionalista como nosotros, pero se puso al frente de la MGS, que está al servicio de las empresas mineras. En cuanto a los cuatro muertos del puente, mira la tele mañana y lo comprenderás.

—¿La va a emprender contra la MGS?

—Peor, pero ya verás...

La teniente se sentó en el borde del techo del Hummer, con los pies colgando y una mano a cada lado, apoyadas en el metal. Él se sentó junto a ella. Estaban de espaldas al paso comercial. Delante de ellos se desplegaba la estepa hasta la línea amarilla de los buldóceres, algunos de los cuales tenían encendidas las luces a pesar de estar a pleno sol. Luego, la estepa continuaba su expansión vertiginosa hasta el horizonte, azulado por algunas montañas escalonadas.

Debajo de aquella belleza infinita seguía el choque milenario de las placas tectónicas. La deriva de los continentes persistía bajo aquella inmovilidad eterna. Era ese caos escondido el que determinaba la armonía de la superficie. Olas de colinas doradas, picudas y paralelas, ríos plateados angulosos, terrazas de hierba mullida erosionadas, hondonadas triangulares de color ocre. Y ahora toda aquella superficie serena se hundía en el tumulto de las pasiones y la codicia de los hombres. ¿Quién era ella para pretender mantener un poco de orden en aquel choque inmóvil y silencioso?

Saltó del Hummer y el miliciano hizo lo mismo.

—¿Cómo podía saber tu Africano que íbamos a ir al encuentro de los mineros? ¿Cómo podía saber dónde y cuándo se iba a producir éste?

—Os lleva observando desde hace mucho, a ti y al ex poli. Desde mucho antes de la puesta en escena de los cuatro muertos del puente. A Yeruldelgger desde que vino aquí para poner un poco de orden en su vida, y a ti desde que se enteró de que te interesabas por las chicas desaparecidas. Jebe no deja nada al azar, e incluso cuando el azar lo sorprende, sabe cómo acomodarlo a sus planes.

—¿Y sabe que voy a meterlo en prisión por todos esos asesinatos?

—¿Crees que eso le da miedo? ¿Con nuestros hermanos de Nueva York o de Perth no te has hecho ya una idea de hasta dónde estamos dispuestos a llegar? —dijo él, y se dirigió a una mesa de billar alrededor de la cual unos espectadores inmóviles observaban a unos jugadores silenciosos.

Ella lo vio alejarse sin decir nada. ¿Estaba usando un truco de charlatán? ¿Era la confesión de un condenado? ¿El pesar de un resignado? Cada una de esas posibles respuestas le partía el alma.

Una ola de desánimo le ahogó el corazón e hizo naufragar su voluntad. Se volvió hacia una de las barracas equipada con pantalla y pidió al tendero que desconectara Fox News, que se remitía a la ABC para relacionar los casos de Nueva York y Perth. Por supuesto, Fox News no había dudado en transmitir la grabación del pobre Ryan Walker. La imagen se emborronó un segundo, antes de estabilizarse de nuevo en otra cadena nacional. Era de noche. Un tumulto de gente se había congregado delante de una yurta. Apareció un hombre desnudo en medio de otros hombres enmascarados que lo llevaban a empujones. La teniente gritó a los presentes que se callaran y el tendero subió el volumen.

«...detenido esta noche en casa de su amante. El jefe de Asuntos Especiales está acusado del secuestro y la muerte de un hombre al que habría torturado personalmente en un vagón transformado en sala de interrogatorios ilegal sobre

una vía férrea abandonada de los barrios del este. Aquí se ve a los hombres encapuchados de los servicios secretos llevándose a Bekter para interrogarlo por orden directa del ministro de Justicia, quien ha declarado que por desgracia debe desconfiar de momento de las fuerzas policiales, en la medida en que Bekter, dadas sus funciones en Asuntos Especiales, podría ejercer presión sobre éstas. El arresto ha tenido lugar al este del distrito diecisiete, en la lujosa yurta de su amante.»

La gente se había agrupado de nuevo delante de la pantalla y se tragaba aquellas revelaciones como si fueran leche fermentada, pero el alcance revolucionario y político de las imágenes estaba muy lejos de lo que habían imaginado el Africano y sus esbirros del Ejército de los Mil Ríos. Los hombres, incómodos, reían muy alto, y las mujeres se burlaban de la desnudez de Bekter con risitas de falso pudor. Se recreaban en un suceso sórdido, no reaccionaban ante una provocación revolucionaria. Luego apareció en pantalla la amante del policía corrupto y la teniente sintió que se le detenía el corazón. Aquella mujer perdida, desnuda y aferrada a una manta con la que se tapaba, con el rostro desencajado por el miedo y la sorpresa, a quien unos hombres encapuchados habían empujado delante de las cámaras, era la forense que había venido de Ulán Bator para llevarse los cuatro cuerpos del puente. La mujer elegante y dulce que había preguntado por Yeruldelgger. A todas luces, su compañera o una persona querida a la que él había amado o amaba todavía, y que muy educadamente le había pedido que lo saludara de su parte.

A Guerléi se le heló la sangre en las venas. Dio media vuelta, empujando a los que se habían amontonado detrás de ella para mofarse, atravesó aquella masa de imbéciles y se fue directamente donde estaba el miliciano.

—La revolución por el escándalo, ¿no? ¡Cabrón!

Y lo tumbó de un puñetazo.

...UN CENTENAR DE CHICAS Y TREINTA MILICIANOS

—¿Yuna? Yuna...

De regreso de la yurta, Gova se había pegado a su amiga. Yuna lloraba en silencio sobre la cama. Como cada día desde que había llegado al Gobi Moon. El lugar había sido bautizado así por el Moon Hotel de Macao, cerca del Senado Square, donde una treintena de prostitutas deambulaban libremente día y noche por la lujosa galería circular de su planta baja. Para disfrute de los turistas, que, por un puñado de dólares, sólo tenían que entrar con ellas en los ascensores y seguirlas hasta las habitaciones. Salvo que en el Gobi Moon nadie deambulaba, y mucho menos libremente, y los dólares cambiaban de manos fuera de la vista y del alcance de las chicas.

—Yuna, está pasando algo raro...

Yuna estaba desnuda y sudorosa debajo de la sábana en aquel minúsculo dormitorio sobrecalentado. Las chicas se daban una ducha fría antes de cada cliente. Ésa era la norma. Para que se refrescaran y cogieran fuerza. También para despertarse. Gova se había quedado vestida, acurrucada contra su amiga para cuchichearle al oído. Las confidencias entre chicas estaban mal vistas, y ellas desconfiaban de las soplonas, siempre dispuestas a denunciarlas por una Coca-Cola extra.

—¿Qué? —preguntó Yuna con los ojos enrojecidos por la desesperanza.

—Fuera pasa algo...

—¿Qué quieres decir?

—Han anulado todas las visitas —murmuró Gova, que se negaba a hablar de «pases» o de «clientes»—. He ido a la yurta a la que me habían convocado, pero me han enviado de vuelta.

—¿Por qué? —preguntó Yuna, inquieta y volviéndose hacia su amiga.

—No lo sé. Nadie puede entrar en el Gobi Moon. Todas las visitas están canceladas hasta nueva orden. Pero hay algo todavía más extraño.

—¿El qué?

—Sólo hay un guardia...

—¿Cómo?

—Uno solo, como te digo. Los cinco tipos de la MGS ya se han ido.

—¿Y en las yurtas?

—Una sola madama.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé, pero quizá sea nuestra oportunidad.

—...

—Yuna, un solo guardia. Puede que nunca se nos vuelva a presentar una ocasión así.

—¿Tú crees?

—¿Qué más podemos perder? Dentro de unos meses traerán chicas nuevas. Y ya sabes lo que se dice... Las veteranas son enviadas a Macao y terminan vendidas a las redes rusas o todavía peor. Tenemos que probar suerte, Yuna.

—No estoy en condiciones, Gova, no me siento con fuerzas...

—Mierda, Yuna, espabila y deja de lloriquear de una vez. Tenemos que irnos de aquí, ¿me oyes?, y olvidar esta pesadilla.

—¿Y las otras?

—Que se las apañen. Dejaremos la puerta abierta.

—¿Cómo? ¿Quieres escapar por la puerta?

—Por supuesto. Sólo hay un guardia, Yuna. Lo matamos y nos escapamos.

—¿Quieres matar a un hombre?

—¿Y qué? ¿Acaso a él le importa violarnos? Es un miliciano de la MGS. ¿Has olvidado cómo se encarnizaron con nosotras cuando intentamos resistirnos? ¿Recuerdas los primeros quince días que pasamos en sus manos? ¿Los golpes, las humillaciones, las violaciones en grupo, el desmoronamiento? ¿Cuántas veces me has dicho que te gustaría arrancarles los ojos, Yuna?

—Lo sé, Gova, lo sé. Puede que tengas razón. ¿Has pensado en un plan?

—Tenemos tus flechas y mi puñal —dijo Gova echando una mirada confiada a su colchón.

—Sólo me quedan dos. No he terminado la punta de la tercera.

La idea se le había ocurrido a Yuna cuando reparó en que su colchón reposaba sobre un armazón de madera. A riesgo de sufrir un castigo severo, dos meses antes había provocado un alboroto y había roto el somier saltando encima. Todas las chicas de la habitación fueron castigadas y golpeadas, y todavía no se lo habían perdonado. Pero Yuna había aprovechado para esconder una astilla de madera del tamaño de su mano y puntiaguda como una daga. Un puñal para una sola puñalada. En caso de necesidad. Para ella o para el hombre que se propasara.

Un mes más tarde, durante una falsa disputa, rompió una silla con la ayuda de Gova. Los hombres de la MGS la castigaron de nuevo, una semana esta vez, pero Yuna se había guardado tres palos del respaldo. Tres varas de madera dura y maciza, rectas y de unos cuarenta centímetros de largo. Un poco cortas, pero ya eran algo. Con ellas podría tallar unas flechas, como su madre le había enseñado, aunque no tuviera manera de fabricarse un arco. Luego se acordó de aquel turista extranjero que se había quedado unos días en la yurta de Tsetseg. Un hombre de piel oscura, con la mitad del rostro y todo el cuerpo decorado con unos tatuajes tribales fascinantes. Era francés. De una isla que ellas no conocían, de un océano también desconocido. Él les hablaba de aquellos lugares con pasión y añoranza. La Polinesia. Archipiélagos. Tuamotu. Puka Puka, donde él vivía, en las islas de la Decepción. Nunca había conseguido explicarles con sus gestos el significado de aquel nombre tan curioso. Era un hombre fuerte y atento que no hablaba más lengua que la suya y que había amado mucho y bien a Tsetseg esos pocos días que había estado con ellas. Sin palabras, sólo con gestos y miradas, le había enseñado a Yuna, que todavía era pequeña, cómo fabricar esas flechas polinesias que se lanzan a mano con la ayuda de un cordel, como si fueran arpones. Yuna sabía propulsarlas a varias decenas de metros de distancia. Pero a diez metros era capaz de usar la potencia de la cuerda para clavar la flecha con precisión en una diana no más grande que una cabeza.

Se deslizaron fuera del dormitorio después de haber amenazado de muerte, aunque sólo fuera con la mirada, a la primera de sus compañeras que se atreviera a seguirlas. El terror a un castigo a manos de los esbirros de la MGS bastó para que las chicas que se habían despertado metieran la cabeza inmediatamente debajo de la almohada. Luego ellas se separaron. Afuera el sol caía implacable. Todas las chicas, madamas incluidas, se habían refugiado en los barracones, desnudas delante de los ventiladores, con trapos mojados velando las ventanas para evitar que entrara el calor. Gova se dirigió a la parte trasera de la yurta principal, se arrastró silenciosamente por debajo de la lona de la tienda y se

deslizó hasta colocarse a espaldas de la madama. Era una voluntaria de Macao. Ésas eran las peores. A ella no se la había castigado a pudrirse en un charco de esperma y sol en pleno corazón del Gobi. Había ido hasta allí para ganar puntos. Era una déspota vil y cobarde. Sentada a una mesa que hacía las veces de mostrador de recepción, en bragas y con los pechos al aire, leía una revista china mientras se pintaba las uñas del pie que asomaba a un lado de la mesa. Al acercársele, Gova se sorprendió pensando que esa mujer no tenía culo, que sus tetas estaban flácidas y que se merecía lo que iba a ocurrirle. Aquella aprendiz de madama era tan estúpida que al ver a Gova armada con su astilla de madera su única reacción fue lanzarle una mirada sombría y furiosa y amenazarla con las represalias más terribles. Pero apenas tuvo tiempo de insultarla. Gova le clavó en el cuello su arma improvisada y tres chorros largos de sangre salieron disparados y salpicaron las paredes de la yurta, cogiendo por sorpresa a Gova, que se manchó al dar la vuelta al cuerpo ya inerte.

La china se desplomó en el suelo, y Gova se agachó sobre el cuerpo para hundir sus manos en el charco de sangre, que todavía manaba, y embadurnarse con ella la cara, los hombros y el vientre. Cuando se levantó, su mirada se cruzó con la de la chica agonizante y pensó que quizá antes había sido como ella, prisionera y sumisa, obligada a interpretar un papel para sobrevivir. Para salvar su pellejo. Pero se forzó a verla morir, contemplar sus últimos estertores, para darse fuerzas y poder seguir. Siempre y cuando Yuna aguantara. Yuna siempre había sido la más fuerte, la que tenía más resistencia de las dos. La más determinada a escapar, capaz de provocar un alboroto para fabricarse un arma, de pelearse y conseguir material para hacer flechas cuando Gova ni siquiera imaginaba cómo ni para qué iban a poder servirse de ellas. Pero el último castigo la había sobrepasado, la había roto. Aquellos cerdos habían conseguido meterle en la cabeza la idea de que nunca conseguiría salir de allí. Sin embargo, eso es lo que estaban haciendo ahora, y Yuna tenía que aguantar.

Gova respiró profundamente, dio una patada violenta en la barriga al cuerpo de la chica para darse coraje y ánimos de guerrera, luego gritó en silencio, con los puños crispados a la altura de los ojos. Soltó su puñal y fue hacia la puerta de la yurta. Ahora todo dependía de Yuna.

Cuando salió al sol, manchada de sangre, el guardia no reparó en ella de inmediato. Sin embargo, luego percibió un movimiento en el límite de su campo de visión, se volvió hacia ella y se detuvo un momento, intentando comprender lo que estaba ocurriendo. Delante de él había una chica, casi desnuda, inmóvil, con los brazos en alto, las piernas separadas y completamente ensangrentada.

«¡Entra, coño! —le dijo Gova con la mente—. ¡Abre esa reja y acércate!» El guardia no se movió. En su lugar, miró hacia el otro lado, detrás de sí, a lo lejos en la estepa, antes de volver la cabeza de nuevo hacia ella. «¡A qué esperas, cabrón, entra, entra, quita la cadena de esa puerta y ven hacia mí!» Él seguía sin moverse, como si no entendiera lo que estaba pasando. Una vez más el guardia miró hacia atrás. Entonces Gova se dejó caer de rodillas, para alimentar su curiosidad o provocar su compasión. Todo lo que logró despertar en él fue más inquietud, lo que lo empujó a mirar de nuevo por encima del hombro. «Pero ¿de qué tienes miedo?! ¡Pobre imbécil! ¡Estoy ensangrentada, en cueros y desarmada! ¡Abre, mierda, y acércate!» Ella no se atrevía a comprobar si Yuna ya estaba donde habían previsto, escondida detrás de la esquina del barracón. No quería correr el riesgo de alertar al guardia. Tampoco quería hablar, para no llamar la atención de las otras chicas, que podrían causar problemas. «¡Ven, ven, ven! ¡Ni se te ocurra joderlo todo, pedazo de bruto!» Era como si el guardia presintiera la muerte y no quisiera penetrar en su terreno. Gova se sentó sobre los talones, como si estuviera al límite de sus fuerzas, y alzó los brazos en un gesto de súplica, pero el guardia la miraba sin moverse al otro lado de la reja. Ella se quedó así un buen rato, como una mártir implorando que la rematen. «¡Pobre idiota! Vas a venir, ¿eh? ¿Vas a abrir de una vez esa puta reja?»

De pronto, ella se levantó, corrió al interior de la yurta y volvió a salir arrastrando el cadáver de la madama por los pelos. Esta vez el guardia se acercó a la reja para ver mejor, y Gova se dejó caer sobre el cuerpo de la otra mujer, como si ella también se estuviera muriendo. El guardia miró una vez más hacia atrás, como si esperara refuerzos desesperadamente, luego abrió la reja y corrió hacia los cuerpos de las dos mujeres. Cuando había caminado una decena de metros vio el cuello desgarrado de la china, se detuvo de pronto y desenfundó el arma, intentando adivinar qué peligro lo acechaba en el interior de la yurta. La primera flecha le atravesó la mejilla y los labios, y él se llevó las manos a la cara pero sin soltar el arma. Yuna salió entonces de detrás del barracón y se lanzó hacia él gritando para darse coraje. Con toda su rabia lanzó una mano hacia delante tirando del cordel, sujeto con un nudo a una ranura de la parte de atrás de la flecha. Ésta atravesó la garganta del guardia y se quedó clavada. El guardia se tambaleó como un toro acribillado de banderillas, con la mirada aturdida. «¿Qué? ¿No te crees que vas a morir? Oh, sí, pobre imbécil, vas a morir. No, esto no es un error, no vale la pena que nos mires así. Por supuesto que te lo mereces, igual que los demás. ¡Igual que todos los hombres de la tierra, pobre desgraciado!»

El guardia cayó de espaldas, con el cuerpo convulsionado por los espasmos. Yuna no podía apartar la mirada de él, paralizada como estaba de horror más por lo que había hecho que por la agonía histérica del hombre. Gova se puso de pie de un salto, agarró a Yuna por el brazo y la arrastró corriendo hacia la reja abierta. Todavía no estaban a salvo. El Gobi Moon no formaba parte de las dependencias de la mina, pero el burdel quedaba dentro del terreno de la concesión. Habían decidido rodearlo para escapar por el lado opuesto a la mina y llegar a la verja que, a más de un kilómetro de los barracones, delimitaba la propiedad. Cuando se dirigían corriendo en esa dirección, el soldado, agitado por las últimas convulsiones, apretó el gatillo de su arma y Gova tropezó en el polvo, con el muslo desgarrado por una bala.

—Mierda —maldijo Yuna—. ¿Puedes caminar?

—Me duele, ve tú, sálvate y pide ayuda.

—Ni hablar, todavía contamos con el factor sorpresa. Vamos a intentarlo juntas.

—Aunque lleguemos a la verja, nunca podré escalarla.

—Eso ya lo veremos una vez allí. Nos meteremos por debajo.

—Estás soñando...

—Acabo de matar a un tipo, Gova, y tú has degollado a una chica. En nada esto se parece a un sueño. Se trata de salvar el pellejo.

La herida le ardía en la pierna, pero Gova encontró en la determinación de Yuna la fuerza para seguir. Incluso fue capaz de volver a poner la cadena en la reja para retrasar a los que hubieran oído el disparo.

—¿Y las otras chicas?

—Acabarían por escapar y los guardias se lo tomarían como una rebelión. Con la reja encadenada, ellos tardarán en darse cuenta de que hemos huido.

—Pero se vengarán con ellas, Gova.

—Si lo conseguimos, las autoridades no podrán seguir fingiendo que ignoran la existencia del Gobi Moon. Puede que lleguen a tiempo.

Habían recorrido doscientos metros, cogidas del brazo, cojeando, y ya distinguían la línea de la verja cuando vieron el tumulto en el Gobi Moon, detrás de ellas. Tal como Gova había previsto, las chicas habían salido de los barracones y un Hummer procedente de la mina se dirigía hacia el portón. Mientras los tres guardias buscaban cómo abrirlo primero y luego rompían la cadena a culatazos, Yuna y Gova recorrieron otros doscientos metros. Durante el rato que tardó el menos idiota de los tres en hacer entrar en los barracones a las

chicas bajo la amenaza de su arma y en preguntarse cómo un guardia podía estar muerto en el interior del Gobi Moon y la reja cerrada con cadena desde el exterior, ellas hicieron doscientos metros más. Y mientras el guardia descubría el puñal de madera, examinaba atentamente las dos flechas polinésicas clavadas en su compañero y llegaba a la conclusión de que aquellas dos armas improvisadas tenían que haber sido fabricadas en secreto por las internas, ellas adelantaron otros doscientos metros.

Cuando sólo les quedaba un centenar de metros para alcanzar la verja, el guardia reparó en ellas y se lanzó con el Hummer a su persecución. Yuna arrastró a su amiga hasta la barrera y saltó para agarrarse a la malla metálica con los ojos fijos en la alambrada que la coronaba. Cuando se volvió para ayudar a Gova a subir, la vio petrificada de miedo. Siguió su mirada, perdida a través de la verja. Del otro lado, procedentes de la estepa, dos Hummer negros se dirigían directamente hacia ellas, con la intención de atraparlas en tenaza. Ella miró por encima de su hombro. El Hummer del Gobi Moon acababa de detenerse derrapando en medio de una nube de polvo. Del otro lado, los otros dos Hummer habían frenado en seco también sobre la estepa y dos hombres armados con fusiles saltaron de uno de los vehículos. En el Hummer del interior de la concesión, el tirador apoyaba el arma sobre el capó para apuntar hacia ellas. Yuna sintió que la sangre le hervía de rabia. Estaba colgada a mitad de la verja, expuesta como una diana de feria, en el punto de mira de milicianos apostados a ambos lados. Gova había encontrado fuerzas para agarrarse a su vez a la malla y subía a golpe de brazos.

—Me da igual que me disparen —murmuró, agotada, con lágrimas en los ojos, mientras miraba a Yuna por encima de ella—, yo no vuelvo ahí abajo por nada del mundo.

El disparo sonó seco y claro en el aire vibrante de calor, y Yuna cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, los tiradores del exterior seguían en sus posiciones. Pero a su espalda, el tirador del Gobi Moon yacía a dos metros del capó, con la cabeza destrozada por el impacto. Sonaron otros dos disparos desde la estepa. Y dos veces, el Hummer del Gobi Moon se hundió cuando explotaron sus neumáticos. Todavía agarrada a la verja, Yuna vio entonces que las puertas del vehículo se abrían. Volvió bruscamente la cabeza para ver si, contra lo que cabía esperar, los tiradores de la estepa los abatían. Un hombre seguía en posición, inmóvil, bien apoyado en el capó, pero el otro Hummer acababa de arrancar y se acercaba a la verja. La pulverizó a una treintena de metros al sur de donde Yuna y Gova, paralizadas, seguían agarradas pese a la onda de choque del

metal. Luego arrancó patinando sobre la tierra para girar y dirigirse hacia ellas. Cuando se detuvo a pocos metros, Yuna se soltó de la verja y se desvaneció al ver a Tsetseg bajarse del coche.

No fue testigo del resto. Del momento en que los dos guardias de la MGS fueron esposados en su vehículo. De la señal que hicieron a las tres *pick-ups* cargadas de hombres de los Mil Ríos que salieron de un pliegue de la estepa para precipitarse contra la reja del Gobi Moon. De los diez hombres armados que a punta de pistola mantuvieron detrás de los camiones a los hombres de la MGS, que habían sido sorprendidos desorganizados o mal armados. De los otros cinco que inspeccionaron el interior de cada barracón para reagrupar a las chicas delante de la yurta principal. De los dos cámaras que lo filmaron todo bajo las órdenes precisas del jefe del comando, un hombre joven y decidido, totalmente vestido de azul y con una bandana en la cabeza. De la rabia de Tsetseg, que, con su arco y su carcaj en bandolera, preguntó por la choza que usaban de enfermería para atender a Yuna y a Gova. Ni de las órdenes tranquilas y metódicas que daba Yeruldelgger para evitar que todo aquello degenerara. Primero se había dirigido a las chicas en mongol para que todas las que comprendieran esa lengua se pusieran a su derecha. Luego, pidió a una de las que parecían menos asustadas que le confirmara que todas eran en efecto de Mongolia. Ordenó a los hombres del EMR que anotaran sus nombres y apellidos, los de sus padres, el lugar donde vivían antes de ir a parar al Gobi Moon, y la fecha, aunque fuera aproximada, en la que fueron secuestradas, si es que lo habían sido, y el lugar en que el rapto había tenido lugar. Su experiencia de viejo poli lo empujaba a recoger ese tipo de informaciones en caliente, antes de que aquellas que habían cedido más o menos voluntariamente a la tentación de prostituirse tuvieran tiempo de inventarse un secuestro. Aunque las consecuencias para aquellas pobres chicas habían sido igual de trágicas, ya fueran raptadas o voluntarias. Aquél era tan sólo un procedimiento, sin ningún juicio moral.

Luego reparó en otra chica del grupo de las mongolas. Había dado detalles precisos sobre su secuestro y mostraba más rabia que miedo. Le pidió que lo siguiera hasta el grupo de las extranjeras y que le indicara si algunas de ellas habían desempeñado de una manera u otra un papel de responsable. La joven fue directamente a agarrar por los pelos a una de las madamas, y Yeruldelgger le llamó la atención, bastaba con que se las señalara con el dedo.

Hizo que un hombre armado vigilara a las siete chinas de Macao, a las que separaron de las otras. Luego preguntó quién podía hacerle de intérprete; rechazó la ayuda de una de las siete chinas y aceptó la de una mongola. Acompañado de

un guardia armado, se encerró con las siete chinas en una de las yurtas e hizo que le explicaran el funcionamiento del Gobi Moon y le entregaran todos los documentos. Entre las madamas identificó a la que servía de intermediaria con la organización que gestionaba el burdel. El oficio le había enseñado cuál era el punto débil de las estructuras mafiosas: llegaban a creerse tan poderosas y protegidas por la corrupción que terminaban por perder toda prudencia. En alguna parte tenía que haber un registro del negocio por escrito, como tenían los tenderos de antaño, para evitar los celos de unos y otros en cuanto a las ganancias exactas del mismo y al reparto de los beneficios. Encontró los documentos en un despacho minúsculo, al fondo de un barracón cerrado con cadenas que servía de intendencia y al que sólo aquella madama tenía acceso. Detrás de las reservas de compresas y tampones, papel higiénico, preservativos de todas las tallas, lubricantes y gel antiséptico, había un pequeño despacho donde guardaban los archivos del burdel. Un libro de personal reseñaba las fechas de llegada y de partida de cada chica. Enseguida reparó en una columna que parecía un historial de castigos, y otra que reflejaba lo que debía de ser una nota global. Probablemente el «valor» de cada interna. Se fijó sobre todo en el registro de los servicios. Un listado diario que incluía el apodo de cada chica, el tipo de servicio, su precio y el nombre o número de identificación de cada cliente. Yeruldelgger se dio cuenta de dos cosas rápidamente: la identificación de los clientes no tenía ningún sentido ni interés en una red de prostitución al por mayor para obreros y mineros; sólo podía ser útil a la compañía minera como medio para presionar o chantajear al personal. Yeruldelgger se dijo que los agentes deberían seguir investigando esa pista. La Colorado no toleraba un burdel en sus terrenos pensando en el bienestar de sus empleados, como argumentarían los abogados en su línea de defensa. Con esto perseguían otros intereses. La segunda deducción de Yeruldelgger fue que el libro de la contabilidad de las ganancias de la prostitución, junto con el registro de los servicios, debía de comunicarse a la mafia que lo gestionaba a través de medios más modernos que un papel efímero. En algún momento, el conjunto de datos debía de acabar compilado informáticamente, por ejemplo, en una tabla de Excel. Y la experiencia le decía que esa transcripción implicaba una gran cantidad de chanchullos, con apropiaciones y comisiones ocultas, que servirían a los investigadores para enfrentar a los sospechosos entre sí. Empezando por lo más bajo del escalafón. Le bastó con dar unos cuantos puñetazos sobre la mesa, encerrado en el despacho del almacén con la china, que lo miraba aterrorizada, para lograr que ella le entregara el equivalente a mil dólares en efectivo que

había logrado desviar a su bolsillo. Todo lo hizo delante de la cámara de un miliciano, que no se separó de él ni un segundo hasta que hubo entregado a Jebe todos los documentos.

—Prefiero que se los des directamente al primer poli que se presente —dijo el Africano.

—Yo no voy a ocuparme de eso —respondió él—, y tampoco voy a quedarme. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Montar el vídeo de nuestra actuación y difundirlo en la red.

—¿Otro escándalo?

—Una piedra menos en el muro de las compañías mineras.

—Un montaje. ¿Y se te verá abatiendo al miliciano de la MGS?

—Se verá morir a un traidor que se aprestaba a matar a dos chicas heridas y desarmadas.

—De todos modos es un muerto más...

—No tendría que haber sucedido así.

—¿Y cómo se supone que debería haber ocurrido? —preguntó Tsetseg a sus espaldas.

Se les había unido acompañada de Yuna y Gova, que llevaba el muslo cubierto con una venda gruesa.

—Así no —repitió Jebe con aire incómodo.

—Te repites. ¿Qué quieres decir con eso?

—Escucha, hermana mayor, ellas no podían saberlo, no es culpa suya —dijo evitando las miradas de Yuna y de Gova.

—¿Ellas no podían saber qué?! —gritó Tsetseg.

—El tipo de la MGS en la reja del Gobi Moon era uno de los nuestros. Un topo infiltrado. Tenía que apañárselas para quedarse solo de guardia y abrirnos la verja sin causar daños ni violencia. Nadie tenía que morir. Por lo menos no él. Pero ellas no podían saberlo...

Tsetseg tomó a las dos chicas por los hombros y las estrechó contra sí, y clavó en los ojos de Jebe una mirada sombría.

—Cuando os castigaban, ¿ese tipo también participaba junto con los demás? —preguntó a las chicas sin dejar de mirar a Jebe.

—Alguna vez —murmuró Yuna.

—Sí —dijo Gova, con las mandíbulas apretadas por la rabia que a duras penas lograba contener.

—Entonces se lo merecía —concluyó Tsetseg—. Ahora decidme cuál de ellas es.

Yeruldelgger y Jebe compartieron su inquietud en un cruce de miradas.

—Ésa —dijeron las dos chicas al unísono, apuntando con un dedo a una de las chinas que trataba de pasar desapercibida detrás de las otras.

—¡Tú, avanza! —ordenó Tsetseg.

Las otras se apartaron para dejarla pasar, y como ella no quería avanzar, la empujaron fuera del pequeño grupo para dejar clara su buena voluntad y su rendición sin reparos.

Yeruldelgger lo comprendió demasiado tarde e intentó interponerse, pero Tsetseg fue más rápida. Armó su arco y soltó la flecha sin que nadie tuviera tiempo de reaccionar. La china se desplomó todavía sorprendida, en un silencio estupefacto, con una flecha atravesándole el cuerpo de lado a lado a la altura del corazón.

Yeruldelgger se precipitó a quitarle el arco y el carcaj de las manos a Tsetseg, que no opuso resistencia.

—Ella estaba a cargo de las chicas a su llegada. Era quien las golpeaba y destrozaba arrojándolas a una violación colectiva por parte de los milicianos. Y era quien decidía los castigos, a los que asistía siempre, si no los administraba ella misma. No me arrepiento en absoluto.

Yeruldelgger contempló a Tsetseg, derecha y orgullosa, estrechando a las dos chicas de nuevo entre los brazos. Luego miró un buen rato el cuerpo de la china.

—En absoluto —repitió Jebe acercándose al cuerpo.

La agarró por los pelos con una mano y con la otra la golpeó en la frente ya lívida, dejando sobre ella la marca de una huella de lobo.

—¿Qué haces? —dijo Yeruldelgger, indignado.

—Es la marca de los traidores y los enemigos de la Nación Mongola —respondió Jebe, y se sacó el arma de los dedos para lanzársela al ex poli.

Era una especie de puño americano de plata que cubría las falanges superiores con un molde en forma de huella de lobo. Yeruldelgger tuvo el reflejo de agarrarlo, pero lo arrojó con desagrado a los pies del cámara que lo filmaba.

El tiempo se detuvo unos segundos durante los cuales habría bastado una chispa para que todo degenerara en violencia y venganza. El centenar de chicas podía arrojarse sobre las madamas sobrevivientes para arrancarles los ojos y la lengua. O las chinas podían abalanzarse sobre las mongolas para vengar a las suyas. Yeruldelgger se dio cuenta de que Jebe temía que el caos destruyera el

impacto de su acción.

—Okey. Vamos a sacar a todas las chicas del perímetro de la concesión. Vamos a separar a los grupos, a una distancia de medio centenar de metros. Tres hombres armados para las chicas mongolas, otros tres para las extranjeras y dos para las madamas. Los coches se colocarán en formación de protección frente a la concesión con el resto de los hombres armados, para evitar toda tentativa de contraataque. Fuera de la concesión, estaremos claramente bajo la jurisdicción de la policía y del ejército. Las órdenes son simples: aguantar hasta la llegada de las autoridades. Yeruldelgger se queda aquí. Es un antiguo poli, él os dirá cómo actuar. Obedecedlo como si fuera yo. Necesito cinco horas para montar el vídeo de nuestra acción y difundirlo. Me reuniré con vosotros inmediatamente después, allí donde estéis. Buena suerte.

Jebe subió a uno de los Hummer, acompañado por los dos cámaras, y partió a toda prisa, dejando a Yeruldelgger en medio de un centenar de chicas y treinta milicianos.

«¡NO ME EXTRAÑA QUE SEAS UN CORNUDO!»

—¿Cómo puede un solo hombre provocar semejante caos? —soltó la teniente Guerléi, tan admirada como estupefacta.

Tres vehículos del ejército habían descargado sus tropas en medio de la estepa. Mientras éstas montaban un hospital de campaña, los jeeps daban tumbos por la ladera de la colina y los helicópteros zumbaban levantando la nariz al cielo para asegurar el perímetro. Era la jungla en decadencia, como en una escena de *Apocalypse Now*, aunque las chicas le daban un aire más a *M.A.S.H.*, dos películas que ella había visto hacía poco en *streaming* en su portátil.

Otro grupo de militares bloqueaba la entrada de la concesión, y un tercero se había hecho cargo del recinto del Gobi Moon. Yeruldelgger se felicitó por haberse guardado los documentos del almacén del burdel, como le había sugerido Jebe. Tras el tsunami de la inspección marcial, no debía de quedar gran cosa de lo que en realidad eran escenas de multitud de crímenes.

Por si el caos era poco, el desordenado ejército de los mineros indignados por las revelaciones sobre la Colorado había aparecido. Y se les había prohibido el acceso a la mina. Los mineros amenazaban ahora con forzar las barreras con sus máquinas para ajustar las cuentas al cuadro directivo, y el ejército tuvo que agruparse al otro lado de la verja, dispuesto a defender su sustento contra los huelguistas traidores que habían confraternizado con los nómadas y los ninjas.

—¡Hasta vas a obligarlos a que traigan carros de combate en helicóptero! —soltó Guerléi, incrédula.

Yeruldelgger no contestó, espantado ante aquel espectáculo surrealista. La tropa de nómadas del paso comercial había seguido a los mineros en su repliegue. Curiosos, deambulaban entre las máquinas abandonadas y las patrullas militares. Viejos jinetes de a dos o de a tres, con sus *deels* de colores y

la *urga* en la mano, impasibles como lanceros bengalíes. Ninjas en familia o en clan, con sus cubetas de plástico a la espalda, que plantaban sus vivacs sin poder escapar a la tentación de examinar la tierra debajo de sus tiendas azules de plástico. Luchadores y arqueras en ropa de *naadam*, que evitaban cruzarse por superstición. Y un poco por todos lados, los pequeños jinetes, juguetones y risueños, con sus túnicas de satén multicolor, galopando en fila india para asustar a los hijos de los ninjas.

—¿Esto es real? —farfulló Yeruldelgger antes de frotarse vigorosamente la cara con sus manazas—. Nunca ha sido mi intención que ocurriera algo así, te lo juro, teniente. Sólo quería participar en el *naadam* para refrescarme las ideas después de varios meses de retiro solitario.

—Bueno, pues lo de romper la soledad, lo has conseguido —dijo Guerléi—. Nunca tendría que haberme cruzado en tu camino. Nunca. Voy a lamentarlo toda la vida. No eres un mal hombre, Yeruldelgger, todo lo contrario, pero ¡eres el generador de follones más productivo, creativo y prolífico que conozco!

—Créeme, soy el primero que lo sufre, teniente —dijo él antes de soltar un largo suspiro.

—¿El primero? No. ¿Te estás burlando de mí? ¿Es que no ves este desmadre, esta anarquía, toda esta confusión que hay a tu alrededor? Pues bien, yo soy la única policía que está en medio de este caos, y es por tu culpa. La única representante de la autoridad civil. Y tengo que hacerme cargo de una escena del crimen de varias hectáreas, con cuatro muertos y más de un centenar de víctimas de delitos sexuales. A los que se suman los otros seis de los días anteriores. Una escena del crimen en la que varios cientos de militares, que no van a aceptar ninguna orden de una civil, se pasan el rato mirando el culo a las víctimas. Y en la que unos huelguistas que echan chispas por los vídeos malsanos de un friki revolucionario pisotean las pruebas y las pistas, junto con una banda de ninjas y nómadas retrasados que se toman esto como si fuera un juego de rol. ¿Tú te das cuenta de todo esto? ¿Te das cuenta, Yeruldelgger?

—¿Cómo podría no darme cuenta? —admitió él abriendo los brazos en señal de impotencia—. Tienes razón. Es mejor que me mantenga a distancia. Para bien de todos. En el maletero del Hummer que tenemos detrás encontrarás todos los documentos que implican a los que controlan el burdel y probablemente a sus cómplices entre los miembros del Gobierno y el organigrama de la Colorado.

—¡Ah, claro, por supuesto! —ladró Guerléi—. ¡Hop, ahí va! ¡Un caso para la pequeña teniente que implica a mafiosos y gente poderosa de todo el mundo, a miembros del Gobierno y policías corruptos! ¡Qué fácil! Un negocio que no se

ha podido montar sin que todos los peces gordos de la policía, es decir, mis superiores, hayan venido a dar el visto bueno, por aquello de poder mojar su fideíto gratis, ¿y le toca a la pequeña teniente hacerse cargo del asunto? ¿Es eso? ¿Qué quieres, Yeruldelgger, que me obliguen a dimitir, que muera en un accidente o que acabe yo también de puta barata en Macao?

—Escucha, teniente, tú eres la policía, no yo; te lo llevo diciendo y repitiendo desde que nos vimos por primera vez. Es una lástima, pero es así, y no puedo hacer nada. Estoy hartos y me voy a casa. Voy a buscar un caballo y me largo. Cuida de Tsetseg.

—¿De Tsetseg? Ella es la única de quien no debes preocuparte. Tiene agallas. Tiene coraje.

—Tiene mucha suerte entonces —dijo Yeruldelgger alejándose.

—¡Y no huye! —gritó Guerléi.

—¡Pues yo sí!

Guerléi se odió a sí misma antes incluso de decirlo, pero una rabia más fuerte que ella le hizo gritar:

—¡No me extraña que seas un cornudo!

«OCÚPATE TÚ DE ELLA. SI PUEDES»

—¿Qué habéis visto exactamente?

—Poca cosa. Yo estaba preparando la tinta para tus nuevas enseñas. Sólo recuerdo que hablaron de uno de Asuntos Especiales. El tipo estaba completamente desnudo. Lo detuvieron en plena noche —dijo Naaran.

—¿Y hablaron de Solongo?

—Ese nombre no me dice nada —respondió Zorig—. Dijeron que habían arrestado al hombre en casa de su amante, eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Sí. Y que ella era taxidermista, creo —precisó Al, estirando un tamiz fino sobre un marco de madera para preparar nuevas serigrafías.

—O zoóloga, quizá —añadió Naaran.

—¿Forense? —aventuró Yeruldelgger.

—Eso es, sí, forense. «Una de las mejores forenses», dijeron.

Yeruldelgger encajó el nuevo golpe. En el caos de la mina, la teniente no había querido ser más precisa, pero lo había dejado partir como una maestra deja salir de clase a un crío al que le espera una mala noticia en casa. Él había recuperado el caballo y había galopado hasta el paso comercial. Aparte de los tenderos, sólo había encontrado a los cuatro artistas, que, privados de su furgoneta azul, no habían podido seguir a la muchedumbre. Ocupados como estaban con su taller revolucionario, no habían prestado demasiada atención a la televisión.

No tenía derecho a enojarse con Solongo, si es que realmente se trataba de ella. Cada cual tenía derecho a sus amores nómadas. Él lo sabía mejor que nadie. Pero estaba preocupado por ella. Al jefe de Asuntos Especiales no se lo detiene

en plena noche y delante de las cámaras por una nadería. Y tampoco se exhibe por una nadería el nombre y el rostro de aquella a la que se presenta como su amante. Sintió que un presagio oscuro le oprimía el pecho. Todo el mundo había abandonado el paso comercial. La vieja furgoneta azul de los artistas yacía ladeada a lo lejos, en la estepa.

Hundió los hombros con un desaliento repentino. Se sentó sobre el billar, como un boxeador abatido por un *uppercut*, luego se dejó caer lentamente de espaldas sobre el tapete, bajo la mirada ausente del tendero. Un sueño cargado de tristeza sombría lo invadió de inmediato y abandonó aquel mundo caótico para hundirse a plomo en las pesadillas. Cuando se despertó, era noche cerrada y el tendero no se había movido. Con voz de hombre noqueado, Yeruldelgger pidió usar su teléfono y marcó el número del móvil de Solongo.

—¿Solongo?

—...

—¿Solongo?

—¿Yeruldelgger?

—...

—¿Eres tú, colega? —preguntó una voz en ruso.

—¿Zarza? ¿Qué haces en Mongolia? ¿Dónde está Solongo?

—Solongo ha muerto, Yeruldelgger.

El silencio los golpeó a los dos. A Zarza, por lo que acababa de decir, y a Yeruldelgger, por lo que acababa de oír y trataba de comprender.

—¿Qué dices? Eso es imposible. ¿Qué ha pasado?

—Le dispararon mientras dormía. No se dio cuenta de nada. Dos veces, a través de un cojín.

—¿Quién? ¿Lo sabes?

—No, sólo vi a una mujer que escapaba...

—¿La viste? ¿Tú estabas ahí?

—Había venido a verla. Estaba intentando dar contigo. Te llamé desde Francia y contestó ella. Eso me inquietó.

—Júrame que no tienes nada que ver con esto, Zarza.

—Por supuesto que no, ¿cómo puedes pensar algo así?

—¿Qué ha sucedido? Dímelo, te lo suplico.

—No lo sé. Voy a intentar averiguarlo. Te lo prometo.

—¿Dónde está? Quiero decir, dónde está su...

—Lo tengo delante. Sobre su cama, en su yurta. ¿Vas a venir?

—...

—Yeruldelgger, ¿vas a venir? Por Solongo, ¿vas a venir?

—...

—¿Yeruldelgger?

—No.

—¿Cómo que no? Es Solongo, Yeruldelgger, ¿cómo puedes...?

—Zarza, no intentes comprenderlo. Mejor dime qué haces en Mongolia.

—¡Joder, Yerul, estamos hablando de Solongo!

—¿Por qué estás en Mongolia?

—Por una misión. No tiene nada que ver contigo. Es por un geólogo francés que ha muerto en el Gobi.

—¿El hombre de la Oficina de Investigaciones Geológicas?

—¿Lo conocías? —preguntó Zarza, asombrado.

—Es una larga historia. Yo descubrí su cuerpo.

—Yeruldelgger, ¿qué está pasando?

—No lo sé, Zarza, de verdad que no sé nada. Es como...

—Espera, tengo que dejarte. Oigo llegar a los polis, no deben encontrarme aquí. Quédate en ese teléfono, te devolveré la llamada en cuanto tenga novedades. ¿Estás seguro de que no quieres venir?

—Sí. Ocupate tú de ella. Si puedes.

...EL ROSTRO DE LA ASESINA. LA AUTÉNTICA

«Giro sórdido en el caso de la detención del jefe de Asuntos Especiales. Su amante, la forense en cuya casa fue arrestado la pasada noche, ha sido encontrada muerta en su domicilio de la capital, una yurta de lujo en el distrito diecisiete. Según una fuente fidedigna, ha recibido dos disparos, uno en el corazón y el otro entre los ojos, perpetrados por la adjunta del jefe de Asuntos Especiales, con la que éste también mantenía una relación amorosa. Los investigadores hallaron en la escena del crimen el arma reglamentaria, en la que sólo se han encontrado sus huellas. Según nuestra fuente, la adjunta del jefe de Asuntos Especiales ha sido arrestada esta mañana en su domicilio en un estado de casi coma etílico. Se cree que descubrió la infidelidad de su amante al ver las imágenes de su detención por la televisión, y con ellas la existencia y el aspecto de su rival. Los celos habrían desencadenado este sórdido episodio pasional dentro del caso de acusación por secuestro, tortura y asesinato en el que está implicado el que fuera antiguo jefe de Asuntos Especiales.»

Zarzavadjian no había necesitado entender las palabras del periodista. Las imágenes hablaban por sí solas. La repetición de la escena del arresto de Bekter, el zoom sobre el rostro inquieto de Solongo aquella noche, el plano general de la bolsa de plástico saliendo en camilla de su yurta, el plano fijo sobre el rostro aturdido de la adjunta. Pero sobre todo no había necesitado entender nada porque él ya lo sabía. Sabía de la mentira y la manipulación porque esa noche él había estado en el lugar del crimen.

Primero se había registrado, como estaba previsto, en el Kempinski Khan Palace, al este de la Peace Avenue, como lo exigían su tapadera de hombre de negocios y la documentación falsa que De Vilgruy le había proporcionado. Tras instalarse, salió a tomar un taxi que lo dejó enfrente del palacio de Gobierno, en

el Blue Sky, donde tenía una reunión de negocios con un tal Alain Larroque, nombre ficticio con el que él mismo había reservado otra habitación en ese hotel, sólo que para al cabo de dos días. Abandonó el hotel tras pedirle al conserje que le diera un mensaje a Larroque (que acudiera a verlo al Kempinski en cuanto llegara) con la idea de consolidar así su tapadera. Tras salir del Blue Sky remontó un buen trecho de la Peace Avenue en dirección oeste. Justo después de atravesar Baruun Selbe, entró en el feo edificio tipo chino del State Departement Store para comprarse una maleta, una mochila pequeña y algo de ropa. Con su nuevo aspecto de turista perdido en la debacle ruidosa de Ulán Bator, mochila al hombro y maleta en mano, siguió caminando por la Peace Avenue, siempre en dirección oeste, hasta encontrar el hotel Toto. Le había gustado el nombre. También su emplazamiento, a dos kilómetros del Kempinski, pero en la misma avenida. Era un pequeño inmueble postsoviético protegido como un búnker por una fachada que ocultaba sus cuatro plantas, pintada con el mismo estuco de color caca de oca que los bloques de edificios del otro lado de la avenida. Había un karaoke en la planta baja, y otro en el búnker de al lado, debajo de un restaurante Stadium cuyas pantallas estaban conectadas permanentemente a cadenas deportivas estadounidenses, y por todas partes, entre los edificios, casitas bajas, vestigios de una arquitectura casi precolonial anterior al caos.

Se registró con un pasaporte falso, alemán, cuya existencia desconocían los servicios de De Vilgruy. A nombre de *Herr Stefan Remmler*, el de *Was ist los mit dir, mein Schatz? Aha... Da, da, da!*, en homenaje al cantante del grupo Trio. A los alemanes les encantaba ese tipo de hotel insípido en la periferia de la ciudad, y su jeta de armenio pasaba perfectamente por la de un turco germanizado. Una vez instalado, volvió a adoptar el aire de turista perdido pero contento de haber llegado y ávido por descubrir la ciudad con su mochila al hombro, y preguntó en su peor inglés dónde quedaba la parada más cercana de algún autobús que lo llevara a la plaza más turística. Se subió a un cacharro amarillo y destartado y saltó de él cien metros después, delante del hotel Luna, feo y frío cual moderno edificio soviético de hormigón, pero no se dirigió hacia la famosa plaza Gengis Kan. La memoria visual de Zarza rozaba los prodigios de la hipermnesia. Y ahora estaba excitada por el recuerdo de su anterior misión en Mongolia, en la que había memorizado el mapa de la ciudad y de sus transportes anárquicos. Cambió una primera vez a la altura del gran monumento en honor de la gloriosa escuadrilla de cazas de los hermanos soviéticos, con sus tres Lavochkin pintarrajeados en oro e instalados en vertical sobre unas varas de acero imponentes. Luego cambió más al norte, en medio de un área metropolitana

llena de descampados transformados en zonas de almacenamiento de cualquier cosa, entre las que sobresalían los esqueletos de las infraestructuras de hoteles de futuro improbable. Al bajar, incluso los pasajeros más abotargados por el cansancio y el calor miraron con incomprensión y condescendencia a aquel turista despistado que iba a merecerse lo que le pasara. Fue en busca de un último autobús cien metros más lejos y se dejó conducir esta vez hasta los grandes aparcamientos, llenos de mercachifles, chalanes y camelistas, del mercado de coches. Allí compró por un puñado de dólares un Nissan Micra azul de 1997, tras negociar su precio, en un ruso precario y plagado de frases de circunstancias, con un kazajo sin escrúpulos.

Luego regresó al Kempinski, dejó el Micra en el aparcamiento y subió a su habitación, a descansar un poco y coger algo de ropa que llevaría más tarde al Toto. Cuando entró, y tal como ofrecía el hotel, pidió en recepción que le prestaran un teléfono móvil local. Por si acaso. Mientras se daba un baño de espuma con extractos de *saksaul* del Dorno Gobi, encendió la gran pantalla plana de la tele. Al ver la cara de terror de una Solongo descompuesta y empujada bajo la luz cruda de las cámaras durante el arresto de Bekter, salió de la bañera. Tenía previsto visitarla al día siguiente y preguntarle por Yeruldelgger. Pero cambió de planes inmediatamente y decidió ir más tarde, esa misma noche, para ver si podía ayudarla en algo.

Pasó una primera vez por delante de la entrada del cercado que aislaba la yurta y entonces vio el coche. Un BMW todoterreno de color bronce. Demasiado lujoso para dejarlo aparcado en esa callejuela. Demasiado hundido en las sombras de las ramas de un sauce llorón que desbordaba el jardín. La matrícula, prudentemente manchada de barro a pesar de la tierra dura y polvorienta, era ilegible. Con todos sus sentidos alerta, pasó de largo sin cambiar de velocidad ni volver la cabeza, adivinando de soslayo la silueta de un hombre que esperaba al volante.

Sabía que el hombre lo observaba. Una mirada desconfiada siguió por el retrovisor el brillo apagado de sus viejas luces traseras. La ventanilla eléctrica descendió en silencio. Con los oídos al acecho para escucharlo alejarse y desaparecer...

Paró el Micra doscientos metros más adelante, frenando con el motor y el freno de mano para detenerse sin lanzar a la oscuridad el resplandor de una frenada en un barrio sin iluminación. Luego volvió a pie a la yurta como un gato de ronda, por una callejuela paralela que discurría al otro lado del jardín. Había reparado en la silueta de unos árboles grandes cuyas ramas formaban un túnel

sobre el callejón, todavía más oscuro que la noche. Saltó la empalizada justo antes de que lo sorprendiera una jauría de perros vagabundos que andaban merodeando. Aguardaba tras el matorral tupido de una hilera de arándanos para no alertar a los perros que pasaban jadeando del otro lado de la empalizada cuando oyó los disparos. Era un arma de mano. En el interior. Dos tiros. Apagados.

Cruzó sigilosamente el jardín, rodeando la tienda para alcanzar la puerta. No llevaba armas encima. Iba a lanzar una ojeada prudente por la abertura cuando percibió un movimiento en el interior. Se agachó detrás de un arbusto justo antes de que una mujer saliera apresuradamente. Ella debió de notar su presencia, pero al hacer un movimiento asustado para escrutar la oscuridad le falló un pie, tropezó y cayó en una posición obscena. Una sombra surgió entonces desde la calle. Era el hombre que Zarza había visto al volante del BMW escondido bajo los árboles. Con el arma en la mano, barrió con un gesto teatral todo el jardín antes de tender en silencio la otra mano a la mujer para ayudarla a levantarse. Ésta fusiló a su salvador con la mirada y se puso en pie rechazando su ayuda. Luego lo precedió hasta la calle, y unos segundos más tarde Zarza oyó al todoterreno partir sin ruido. Sin faros. Con las luces traseras apagadas.

Él esperó unos instantes antes de atreverse a entrar en la yurta, temeroso de lo que estaba seguro de que iba a descubrir. Dejó que sus ojos se habituaran a la oscuridad densa del interior, luego distinguió la cama. Había una sombra, larga y pálida, acostada en un salto de cama. La reconoció sin necesidad siquiera de acercarse a ella. Sobre el corazón tenía una mancha negra no más grande que una amapola. Zarza ya se había dado cuenta de que bajo la luz esa mancha tendría el mismo color que la flor. Otro agujero se abría en la hermosa cara de Solongo, en la frente.

No tocó nada pero lo anotó todo. Con la función linterna de su *smartphone*, inspeccionó el lugar. La ausencia de desorden, el cojín en el suelo, desgarrado por dos agujeros enrojecidos, el arma sobre la cama. Fotografió cada detalle con el móvil que le habían prestado en el Kempinski, bajo el resplandor blanco del otro teléfono para no utilizar el flash. Trabajó deprisa, sin pensar en quién era la víctima, y salió al jardín para fotografiar el lugar en el que la mujer había tropezado. Era una pequeña zona embarrada. Solongo debía de haber regado para distraerse antes de acostarse. En la tierra mojada había dos agujeros pequeños y profundos y la huella de un triángulo puntiagudo. Iba a mirarlo más de cerca cuando oyó sonar un teléfono dentro de la yurta. Corrió al interior y enseguida distinguió el resplandor del aparato. Descolgó y en el acto reconoció

la voz de Yeruldelgger, que preguntaba por Solongo.

Sin embargo, ahora las cosas se complicaban. La joven que los agentes encapuchados de las fuerzas de seguridad exhibían orgullosamente delante de las cámaras no era la que él había visto salir de la yurta. No obstante, su arma y el estudio de balística la acusaban sin género de duda, según las fotos comparativas que el presentador comentaba con todo detalle. Pero, con lo que él sabía, era obvia la artimaña. La mujer de la yurta, o aquélla o aquél para quien ésta trabajaba, en caso de no ser más que una asesina a sueldo, estaba cargando el muerto a esa chica. Debía de tratarse de un nombre muy poderoso para manipular tan deprisa y tan bien a los medios de comunicación. El primer arresto se había emitido en directo, el segundo casi igual de rápido y ya con fotos de pistas y pruebas a disposición de las redacciones. Todo eso olía a montaje. Y luego una asesina que apaga el ruido de las detonaciones disparando apoyándose en un cojín para que no la sorprendan pero que huye abandonando el arma en el lugar del crimen. Todo eso era insostenible y él no necesitaba pruebas porque había visto escapar a la auténtica asesina. Sin embargo, no estaba en situación de intervenir; tenía una misión y no podía arriesgarse a que su tapadera quedara al descubierto. Ni siquiera por Solongo. Ni por Yeruldelgger.

Cambiaron las imágenes de la pantalla y Zarza, preocupado, siguió mirando por inercia las noticias de actualidad. Problemas entre mineros y nómadas, según pudo deducir. Huelgas o protestas. Luego, imágenes de otro lugar, por lo visto Australia. Se veía un hombre, que Zarza intuyó desnudo, atado a una silla en medio de un pantano, y parecía estar confesando algo. Su atención se concentró en la tele cuando vio que la mano de una mujer armada con una Tokarev golpeaba al hombre en la cara. Pero entonces se pasó a otra noticia. Los cuerpos de dos hombres en medio de un charco de sangre. Uno parecía asiático, el otro no. En los subtítulos leyó el nombre de la ciudad de Perth, en Australia. Luego, tras volver brevemente al plató, un plano de la foto de carnet de otro hombre que parecía mongol, y luego su cadáver al lado del de un caballo en una calle de Nueva York. Por los movimientos de la cámara recorriendo la fachada del edificio, adivinó que el hombre se había caído desde lo alto. Aunque no entendió nada de la traducción simultánea de la entrevista a dos polis, corrigió inmediatamente su interpretación de los hechos. No se había caído. Lo habían defenestrado. Sin duda, no era buena cosa ser mongol en los tiempos que corrían. El país de las estepas infinitas e inmóviles se presentaba de pronto agitado por sucesos bien macabros. Ya había decidido volver a ponerse en marcha con la misión que le había asignado De Vilgruy cuando otra cara

apareció en la pantalla. Esta vez se plantó delante del aparato para intentar entender de qué se trataba. Porque antes de desaparecer para dar paso a una sucesión de imágenes de edificios, nombres de sociedades y guardias de uniforme delante de minas o de clubes nocturnos, la pantalla se había llenado con el rostro de la asesina. La auténtica.

«¿INCLUSO PARA ELIMINAR A YERULDELGGER?»

—¿Zarza?

—Sí, querido tío —respondió al reconocer la voz de De Vilgruy.

—Vuelves.

—¿Ya?

—Mañana. Vía Seúl. Y entretanto no hagas nada.

—No he hecho nada todavía.

—Mucho mejor. Haz turismo, vete a comer carne al Altái de la Tokyo o una *blanquette* al Bistrot, y vuelve.

—¿Puedo saber por qué?

—Hemos terminado de analizar los archivos que conseguiste en Quebec. Ya tenemos lo que queríamos saber.

—¿No hay que confirmarlo in situ?

—No, no hace falta.

—¿Y eso?

—Zarza, eres ejecutor, no analista.

—¿Perdón?

—Te encargas de limpiar, ¿recuerdas? No necesitas saber el qué, ni el porqué. Ya has limpiado y te toca volver.

—¿Cómo? El primer ministro en persona me monta un circo, me trago todos sus juegucitos de palabras infumables bajo los árboles de Matignon, me casco un viaje de mierda de Knowlton a Ulán Bator vía Moscú y ahora me mandas de vuelta a casa sin una explicación. ¿Puedo saber por qué?

—Porque yo soy el jefe de este servicio y obedezco órdenes.

—En ese caso, lo siento, mi querido tío, pero voy a tomarme unos días de

vacaciones.

—Ni se te ocurra.

—Ya estoy en ello.

—Eso es lo que te has creído.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Abre la puerta y lo sabrás.

Zarza se detestó por quedarse mirando el teléfono como un estúpido. Luego clavó la vista unos segundos en la puerta de la habitación antes de ir a abrirla. De Vilgruy estaba plantado allí, con una maldita maleta en una mano y el teléfono en la otra.

—Te he traído tus cosas del hotel Toto. Así no tendrás que desviarte camino del aeropuerto.

Zarza suspiró y le hizo un gesto resignado con la mano para que entrara.

—¿Qué ocurre?

—Han surgido demasiadas complicaciones. ¿No sigues las noticias?

—Sí. Y justo por eso voy a quedarme un poco más.

—Ni hablar. Si lo haces para ayudar a tu amigo Yeruldelgger, olvídalo inmediatamente.

—Acaban de asesinar a su compañera.

—Lo sé. Seguimos el caso de cerca, imagínate.

—No tanto como yo. Estuve en la escena del crimen. Y lo presencié.

Esta vez fue De Vilgruy el que fue pillado desprevenido. Miró a Zarza y luego se dejó caer en uno de los grandes sillones club que había en la habitación.

—Cuéntame...

—Tú primero.

—Ten cuidado, Zarza, no te confundas. El jefe soy yo, ¿entendido?

—Escucha, mi querido tío, no me lées, ¿vale? Salvo que os hayáis pegado el lujo de poner escuchas en esta habitación, aquí sólo estamos nosotros dos. No hay ninguna razón para guardar las apariencias. Puede que yo sólo sea un ejecutor, pero me recorro el mundo jugándome la piel por vuestros ejecutivos trajeados de los ministerios. Así que, dado que aquí no hay más que cuatro ojos, los nuestros, creo que tú también puedes sincerarte un poco si es que pretendes que yo lo haga.

—Muy bien —dijo De Vilgruy, y luego suspiró—. El análisis de los datos que conseguiste lleva a una sola conclusión: Mongolia está estudiando la

posibilidad de desviar los ríos del norte del país para crear un lago interior en las provincias del sur.

—Pero ¿qué teorías son ésas? ¡Eso son tonterías de propaganda!

—No sabes lo que dices. Nazarbáyev, el presidente de Kazajistán, acaba de resucitar un viejo proyecto soviético de los tiempos de la guerra fría: desviar algunos ríos del norte, en Siberia, para formar un mar interior en el sur. Una idea que el antiguo alcalde de Moscú, Luzhkov, ya había considerado por su interés económico, cifrado en millones de dólares. Se planteaba vender el diez por ciento del caudal del Ob siberiano a los agricultores e industriales de Asia Central.

—¡Fanfarronadas de megalómanos! —lo interrumpió Zarza.

—Por eso tú eres un ejecutor, hijo mío. La privatización y el control del aprovisionamiento del agua será la batalla más feroz que se librará este siglo.

—Nadie podría apoyar proyectos tan suicidas —protestó Zarza, picado por el tono de De Vilgruy.

—¿Ah, no? ¿Y cómo crees que secan el mar de Aral? Desviando los cursos del Amu Daria y del Sir Daria para irrigar los campos de algodón de Uzbekistán cuando ese país era sólo una de las repúblicas soviéticas.

—¡Eso fue hace medio siglo, en los tiempos oscuros!

—Bien, pues hace tan sólo un año que China terminó la primera fase de su Gran Trasvase. Transferir diez mil millones de metros cúbicos de agua del río Amarillo, al sur, hacia el curso del río Yangtsé, al norte, para salvar a Pekín y a su región de la desertización. El subsuelo de la capital se ha vuelto más seco que el de Argelia. Cientos de kilómetros de canales, en parte subterráneos, a través de cadenas montañosas, y un juego de esclusas monumentales para abrir al río una línea de desvío de aguas. Y ante los resultados, la India acaba de poner en marcha un proyecto para conectar todos sus ríos y afluentes.

—¿Y qué se supone que hacemos nosotros metidos en todo esto, querido tío?

—Prospectiva para estabilizar la región. En fin, eso yo, porque tú no tienes otra cosa que hacer más que obedecer. ¿Quieres saber por qué Francia, y Occidente en general, apenas han protestado ante esos trabajos faraónicos que amenazan con desestabilizar el clima mundial? Para poder observar a tamaño real experiencias que nadie se atrevería a imaginar en nuestros países y todavía menos a ensayar. Y también para evitar que esa región se inflame cuando nosotros todavía no estamos preparados. China representará muy pronto a un cuarto de la población mundial con sólo un siete por ciento de los recursos de

agua. La región de Pekín está tan seca que se prevé que las arenas del Gobi la sepulten en veinte años a lo sumo. Y a Occidente no le interesa que estalle una guerra civil entre el norte y el sur de China. No, en tanto que China siga siendo nuestro principal taller. Cuando se convierta en nuestro competidor, puede que sí, pero ahora no.

—Entonces, ¿qué hacemos con Mongolia?

—Nada. Sobre todo tú. Yo voy a limpiar este expediente y la operación nunca habrá existido. El primer ministro está muy contento con el trabajo que hemos hecho. Confirma lo que sabía por otras fuentes y eso le permitirá afinar su estrategia en la región.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Qué estrategia? ¿Qué tenemos que ver nosotros con esos proyectos? ¿De verdad pueden ayudar a frenar la desertización?

—Pero ¿qué dices de la desertización? A nadie le importa la desertización. ¿Qué te crees, que vives en los mundos de Yupi? Si los australianos de la Colorado y los canadienses de la Durward están detrás de ese proyecto es por una razón muy simple: en la región sur del Gobi, llena de minas de oro y cobre, se necesitan treinta y dos mil metros cúbicos de agua al día para el ganado y diez mil para los nómadas. Cuarenta y dos mil metros cúbicos en total. Pero las minas necesitan para ellas solas ciento noventa mil metros cúbicos diarios. Hacen falta decenas de miles de metros cúbicos cada día, y los están sacando de unas capas freáticas que a este ritmo van a secarse en menos de ocho años. Sin embargo, se prevé que las minas sean rentables cuarenta años más. Así que hay dos opciones. O se reduce el consumo de agua de los nómadas y sus animales expulsándolos del Gobi, o se trae agua de otra parte. A las compañías mineras y al Gobierno mongol les ha parecido más prudente trabajar con las dos opciones a la vez.

—Pero ¿y nosotros, Francia...?

—Nosotros trabajamos más a largo plazo, con nuestras propias armas. Gracias a lo nuclear vamos a dejar que los demás nos saquen las castañas del fuego.

—¿Lo nuclear?

—Cuando los australianos y los canadienses consideren que este filón ya no es lo bastante productivo, lo que en el mejor de los casos está previsto, como te he dicho, para dentro de cuarenta años, ¿qué crees tú que va a quedar de todo esto, de unas minas perdidas en el culo del mundo con hasta dos kilómetros de profundidad? Suma a eso un Gobierno ávido por encontrar nuevas fuentes de ingresos. Ahí es cuando nosotros les ofrecemos nuestro excepcional saber hacer

en materia de reciclaje de residuos nucleares. Somos los campeones mundiales en esa mierda; título que pocos países nos disputan, por otra parte. Se burlan de nuestro ministro de Asuntos Exteriores porque ha inaugurado una granja experimental francomongola, ofreciendo mil vacas de Cantal con el nuevo modelo de crianza sedentaria. Pero olvidan que bajo cuerda ha firmado convenciones que autorizan la compra de las concesiones mineras cuando los contratos de los australianos y los canadienses hayan llegado a su término.

—No me digas que vamos a reciclar nuestros residuos aquí abajo, en la otra punta del mundo.

—Por supuesto que no. «Aquí abajo», como dices tú, quedan dos gigantes nucleares, aparte de China y de Rusia, que se las apañarán solas, así que olvídate de ellas. Dos gigantes con un territorio demasiado pequeño y demasiado inestable para poder gestionar sus propios residuos: Corea y Japón, con los que ya hemos firmado principios de acuerdo. Sin contar Corea del Norte, que un día caerá del lado luminoso de la Fuerza y habrá que desnuclearizarla también.

—¿Y cómo lo haremos?

—Por avión. Una de las minas de la Colorado posee ya en pleno Gobi una pista de aterrizaje para grandes medios de transporte, más larga y más ancha que la del aeropuerto internacional de Ulán Bator.

—¿Sobrevolando China y Rusia? ¡Imposible!

—Olvídate de Rusia, de momento no es muy estable, pero ya lo será. El desvío de los ríos del norte de Mongolia afectará seriamente al equilibrio del lago Baikal, así que ellos irán con pies de plomo. China, por el contrario, está muy interesada en una nueva irrigación de los desiertos al norte de su frontera, que contribuya a sus esfuerzos por salvar Pekín. Así que están negociando un corredor aéreo, a cambio del pago de un derecho de paso, por supuesto.

—¡Qué puto mundo! —maldijo Zarza entre dientes.

—Que diga eso alguien que ejerce uno de los oficios más putos del mundo es de una ingenuidad conmovedora.

—Es decir, que vamos a dejar que esta locura de proyecto prospere, ¿no? ¿Se sabe al menos qué impacto va a tener sobre el medio ambiente?

—Se han hecho muchas hipótesis. La existencia de un pequeño mar interior o de un gran lago, cuya masa de agua se enfría o se calienta según la temperatura ambiente, podría aumentar por ejemplo la fuerza de los vientos y acelerar el avance del Gobi hacia el este, en lugar de frenarlo. La infiltración de una gran masa de agua en un terreno fragilizado por las minas y por una red de fallas

importante podría provocar múltiples microseísmos locales con consecuencias terribles. Una masa de agua que por un efecto contrario podría modificar, entendiéndose destruir, la red de capas freáticas existentes. Al igual que hay que considerar la hipótesis de que el agua llegue a la cuenca de recepción después de haber barrido la estepa y haberse saturado de sal y de minerales, o sea, de la escoria de metales pesados dispersada durante cuarenta años de explotación minera, volviéndose no apta para el consumo. ¿Quieres más respuestas estratégicas?

—Sólo una —cortó Zarza en un arranque de cólera—: si todo el mundo ha estudiado ya todo eso, ¿de qué ha servido enviarme a Quebec para hacerme con unas informaciones que son un secreto a voces?

—En parte, para mantenernos al corriente del avance del proyecto. Pero, sobre todo, para hacer saber a los servicios de inteligencia del mundo entero que Francia está seriamente interesada en él. Y también para aumentar la presión sobre los australianos y los canadienses. Para demostrar a Ulán Bator que estamos comprometidos. Para sondear a Pekín y a Moscú. Ya ves, para muchas cosas. La patria te está agradecida por ello y ahora te pide que dejes de vaciar sus arcas y vuelvas a casa.

—¿Y por qué tiene que ser mañana?

—Porque estoy esperando a alguien para organizar otra misión.

—¿En Mongolia? ¿Por qué no me la confías a mí? Ya estoy aquí y conozco el terreno.

—Porque creo que no puedo confiar lo bastante en ti para esa operación.

—¿Cómo? ¿Qué me estás contando? ¿Acaso te he fallado en alguna de las misiones que me has asignado?

—No, pero podrías fallar en ésta.

—¿Y eso por qué?

—Porque lo que nos han pedido los amigos de Ulán Bator podría afectar a tu determinación.

—Me estás insultando, querido tío. Ellos saben bien que pueden contar con mi lealtad.

—¿Incluso para eliminar a Yeruldelgger?

«YO TAMBIÉN TENGO COSAS QUE DECIRLE»

—Bekter, tienes mucho coraje para hacerme venir hasta aquí.

—Por lo menos usted sabe dónde está, Sangajav. Porque yo no.

—Estás en unos locales secretos que dependen de los servicios de seguridad. A alguien que ha torturado ilegalmente a un hombre en una sala de interrogatorios clandestina eso no debería extrañarle mucho.

—No debería hablarme de esa manera, Sangajav.

—Te hablo como me parece. Yo soy el ministro de Justicia de este país y tú un torturador que avergüenza a nuestra policía.

—Déjese de comedias. Yo estoy aquí por una maquinación, y usted es el ministro de Justicia de un país que ocupa el puesto ciento veintidós, de ciento noventa y tres, en materia de corrupción. Índice dos con siete y cayendo desde hace diez años. Al mismo nivel que Irán o Malí, si no recuerdo mal. Así que tráguese su orgullo porque si ha respondido al mensaje que hice que le transmitieran es porque usted también tiene el culo lleno de mierda. ¿Qué le ha pasado a mi compañera?

—¿Te crees que estoy aquí para que me insultes o me hables de culos?

—¿Qué le ha pasado? —ladró Bekter.

—Está en manos de la policía.

—¿Por qué?

—Por asesinato.

—¿Asesinato?

—Sí, ha asesinado a tu amante, ¿no lo sabías? —dijo con ironía el ministro, encantado de volver a llevar las riendas.

—¿Solongo está muerta?

—Ay, los celos de las mujeres... —dijo el ministro—. No soportó ver las imágenes que sacaron a la luz tu aventura cuando te arrestaron.

Bekter se esforzó por no reaccionar. Se concentró, retuvo un buen rato la respiración, luego espiró largamente para controlar su furia. No debía dejarse arrastrar. Tenía que recuperar el control de aquella discusión.

—Muy bien —dijo—, olvidemos eso, tiene usted razón, no estamos aquí para hablar de mí.

—¿Ah, no? —replicó desafiante el ministro—. ¿Y de qué otra cosa podríamos hablar entonces?

—De la mujer a la que voy a enviar a prisión y que va a arrastrar con ella a la mitad del Gobierno.

—¿Perdón? —soltó el ministro, enderezándose en la silla.

—Ha oído bien.

—No sé de quién...

—De la mujer de los zapatos de suela roja que merodea sin bragas por vuestras antesalas.

—Pero ¿cómo te permites...?

—Mi pobre Sangajav, no pretenda ser más ridículo de lo que ya es. A ver si va a resultar que es usted el único que no se ha revolcado con ella a cambio de concederle sus buenas prebendas.

El hombre se puso tenso y se quedó un buen rato en silencio, luego cedió bruscamente.

—¿Qué quieres?

—Salir de aquí ya. Quedar limpio de todas las acusaciones. Recuperar inmediatamente mi puesto y todas las prerrogativas que van con él.

—Soy ministro de Justicia, no puedo interferir en un caso policial.

—Siga así y dentro de una hora no será ministro de nada. Estoy en manos de los servicios secretos, no en las de la policía o la justicia. Si he podido caer aquí sin ningún procedimiento, puedo salir de la misma manera.

—Vas de farol, Bekter. Es un farol bien jugado, pero resulta patético. No tienes nada. Ni contra mí, ni contra ella. Nadie tiene nunca nada contra ella.

—Yo sí, Sangajav.

—¿Qué?

—Una grabación. En ella reconoce haber encargado el asesinato de cuatro miembros de la Mongolian Guard Security.

—¿Una grabación? ¿Estás de broma? Eso no es una prueba.

—¿Quiere que le recuerde cuántos opositores a la Ley del Gran Nombre han enviado a prisión sus jueces sólo a partir de testimonios indirectos?

—¿Y eso es todo?

—Tengo otra en la que reconoce el asesinato de un chico, y otra en la que amenaza de muerte a la mujer que supuestamente ha asesinado mi compañera. Sin hablar de otros expedientes que la ligan a la muerte de dos hombres que se disponían a declarar contra ella.

El ministro suspiró y juntó las manos a ambos lados de la nariz, en posición de rezo, con los pulgares apoyados en la barbilla y los índices sobre los lacrimales de sus ojos cerrados. Luego enderezó la cabeza y puso las manos juntas sobre la mesa.

—¿De verdad tienes todo eso?

—Sí, señor ministro de Justicia.

—¡Joder, mierda! ¿Sabes lo que va a provocar su caída?

—Sí. La suya. Y la de sus amigos.

—Yo solo no puedo decidir nada. Tengo que hablar con el primer ministro.

—No hay tiempo, Sangajav. Le propongo que tome ventaja sobre los demás, para que pueda organizarse.

—¿A cambio de lo que me has pedido?

—Sí, y del nombre de la persona a la que ella se dirigió para que la liberara después de que yo la detuviera. Le doy dos horas a partir de mi puesta en libertad para que me lo comunique.

—No vale la pena esperar. Fue el primer ministro en persona. Me llamó para echarme la bronca. Oficialmente soy yo quien intervino, pero por órdenes suyas.

—Entonces dé las órdenes necesarias. Quiero salir de aquí ya y regresar a la ciudad con usted. En su coche. No sea que me maten por el camino.

—¿Acaso crees que eso la detendría?

—No. Por eso tenemos que adelantarnos a ella. Fue ella quien me denunció, supongo.

—Sí.

—Entonces deme una hora, después de dejarme en Asuntos Especiales, y haga una declaración pública: tras una investigación diligente de los servicios del Ministerio de Justicia se ha descubierto que bla, bla, bla. Le doy permiso para mentir. Una hora para que usted lave su imagen, y mientras tanto yo la arresto.

—Judicialmente es factible, pero políticamente...

—Políticamente es fácil. Un militante de un grupúsculo disidente de Nación Mongola ha tirado por la ventana de un edificio de Nueva York a su marido. Nación Mongola constituye la base de las tropas de la Mongolian Guard Security, y la MGS es ella. Un asesinato político. Ésa es una buena razón, ¿no?

—¿De verdad te lo parece?

—Coño, Sangajav, ¿va a decidirse? De todos modos puede usted confiar en su pequeña banda de potentados. Todos sueñan con deshacerse de ella. En cuanto caiga, todos echarán cohetes. Sabe que eso es cierto. Usted la hará caer por sus casos de corrupción, sus sobornos y todos sus crímenes tipificados en el derecho constitucional básico, y tatará sus compromisos políticos. Creo que si gestiona bien la lista de sus revolcones ministeriales, podría tener muchas opciones de ascender en el Gobierno.

—¡Quiero las grabaciones! —exclamó el ministro como última exigencia.

—En cuanto la haya detenido, las incluyo en el expediente.

—No, lo que quiero son las grabaciones de sus interrogatorios. Quiero tener todo lo que ella diga. Si no, no sales de aquí.

—Le propongo algo mejor. Una comisión de investigación gubernamental del Ministerio de Justicia. Formada por usted y dos esbirros suyos. Eso es fácil de justificar. Ella detenta informaciones capitales relativas a compañías extranjeras esenciales para la supervivencia económica del país, etcétera. Mientras pone en marcha la comisión, me dará veinticuatro horas para montar el expediente criminal contra ella. Luego, la dejo en sus manos.

—¡Guardia! —gritó el ministro.

El hombre que abrió la puerta blindada de la sala de interrogatorios no era un simple guardia. Era el jefe del comando que había arrestado a Bekter y el que había avisado al ministro por petición del mismo.

—Bekter queda en libertad. Regresa a Ulán Bator conmigo. Llévenlo a mi coche. Y quiero un guardia de más. Armado. Y tráigale ropa de civil.

—Pero... —comenzó el jefe del comando.

—No me joda —lo cortó el ministro saliendo de la sala, con la soberbia recuperada—. ¡Sólo tiene que darle la que trae usted puesta!

El jefe del comando ladró una orden para que un subalterno se desnudara y le tendiera la ropa a Bekter.

—Gracias. Esta habitación tendrá escuchas, supongo.

—Es una sala de interrogatorios.

—Entonces espero que hayas sacado provecho de nuestra conversación.

—Hubiera preferido no haber oído nada.

—Protégete las espaldas, camarada —le respondió Bekter dándole una palmada en el hombro—. Esos hipócritas de mierda siempre intentan que seamos nosotros quienes caigamos. Blinda lo que hayas grabado.

—No, no, nosotros escuchamos, pero no grabamos —se defendió el poli.

—¿Unos servicios secretos que no graban?

—No cuando un ministro está relacionado oficialmente con el interrogatorio.

—No te hablo de una grabación oficial. Te hablo de tu boli, ese que llevas en el bolsillo de la chaqueta.

—Esto es...

—No me importa lo que eso sea. Con estos corruptos haces bien en cubrirte. Sólo espero una cosa...

—¿Cuál?

—Que no estés espionando para ella, porque visto lo que se prepara, ésa sería una muy, muy mala elección. ¡Tu vida y el porvenir de tu familia están en juego en este momento, camarada!

El hombre dudó un instante mientras sondeaba en la mirada de Bekter su determinación.

—Tengo que entregarle a ella una grabación con todos tus interrogatorios.

—Pues no te tomes esa molestia. Dame el boli y la dirección, e iré en tu lugar. Yo también tengo cosas que decirle.

«...EL QUE SACARON DE LA CAMA DE SOLONGO»

Ahora lo veía. Todo había cambiado. Las montañas no eran más que arrugas de las rocas, y los ríos, cicatrices. La estepa había quedado reducida a un choque inmóvil, terrible. A una ilusión nacida del caos subyacente. El viento dulce de antaño era sólo un rallador que limaba el horizonte. Las nubes, avalanchas violentas que lo enterraban vivo bajo sus tormentas púrpuras, y el sol, una antorcha que le quemaba el alma. Y la luna, de noche, se alzaba como un astro muerto. Un fantasma suspendido. Un guijarro en el vacío. Un cadáver por encima de su cabeza. Y el cielo desgastado de estrellas, tan sólo un agujero invertido y sin fondo donde él no conseguía caer para perderse definitivamente.

Llevaba horas sin moverse, sentado en la cima de una colina, al pie de su caballo. Escuchando cómo el silencio inmenso de su tristeza lo invadía. No había más que Solongo en la fealdad de aquel paisaje nuevo. No había más que muerte y sufrimiento. Luchaba contra el recuerdo de todas las muertes que había provocado o con las que se había topado a lo largo de su carrera y a las que deseaba que la muerte de Solongo no se pareciera.

—La tristeza no es más que una ola que te sumerge y luego se va —dijo el Nerguii de repente a su lado.

Pero Yeruldelgger ya no creía en eso. En aquella sabiduría inútil. En aquellas futilidades incapaces de resistir la brutal fuerza del mal. En todo aquel amor para nada y al que nada protegía de nada. El Nerguii, a su lado, sólo era una imagen. Igual que el coraje sólo era vanidad. El perdón, abandono. Y el recuerdo, una traición.

—No seas tan duro conmigo —prosiguió el espectro del Nerguii—, y no finjas que lloras por ella. No haces más que tener pena de ti.

—¿Qué quieres que haga? —gruñó Yeruldelgger—. Tus enseñanzas me

hicieron creer en la fuerza del espíritu, ¿y para qué? Para tener fuerza para sobrevivir a aquellos que amo, ¡vaya cosa!

—El combate que debes...

—¡Cállate! —se exasperó Yeruldelgger, asustando a su caballo, al que tuvo que retener por la brida—. No quiero oír hablar más de combate. Mira adónde me ha traído la lucha.

—¿No hacerlo te habría llevado a otra parte?

—Puede que sí. Puede que yo estuviera hecho para seguir siendo un nómada y no para luchar. Para aprender a sufrir, a resistir, a aguantar y a no combatir. Todo tu arte me ha empujado, por el contrario, a la rabia y a la violencia, así que no vengas a llorar a mi lado cuando eso me ha costado lo que me quedaba de vida.

Luego guardó silencio hasta que el espectro del Nerguii desapareció. No quedaba más que la tibieza de la estepa esmeralda al pie de la colina. La frescura blanca de un río brillante que enredaba su lazo entre unos matorrales gruesos de juncos plateados. Un horizonte dentado al este, con la sierra de unas montañas azules, y liso al oeste, con el oleaje irisado de una pradera desgredada. Algunos caballos de crines doradas, que tenían el mundo entero por pastizal. Y al norte, en el cielo, se acumulaban las nubes malvas de una tormenta eléctrica.

Yeruldelgger dejó que toda aquella belleza trágica inflamara su desesperación hasta que ésta lo desbordó, lo inundó, y lo disolvió y arrastró hasta el fondo cuando su llanto regresó a la naturaleza para aumentar el cauce del río y la tormenta. Muy pronto no quedó más que el amor de Solongo, una barca encallada en la marea baja de aquel océano sin agua. Ésa era la razón por la que no iría a reconocer su cuerpo. Ni a enterrarlo. Ni a abandonarlo en la estepa. Ella ya sólo estaba dentro de él, como los restos inmóviles de un naufragio. Aquella mujer a la que había amado ya no era sino una herida que llevaba dentro. Sin embargo, el Nerguii tenía razón. La ola lo sumerge todo, y luego se retira. Pero ¡qué páramo deja donde estaban las praderas floridas de antaño!

—Esas flores se nutren de los cuerpos de aquellos a los que hemos amado —declaró el Nerguii—. Entrégala a esta tierra, y sentirás el perfume de su piel en el olor de la estepa. Reconocerás su risa matutina en el canto de un pájaro. El frescor de sus besos en el agua de una fuente. Y las angustias que tú apaciguabas en ella, en el abrazo de una tormenta que se cierra. Con la muerte nómada pasa lo mismo que con los amores nómadas: es ella quien te elige.

—Déjame en paz, abuelo —murmuró Yeruldelgger.

—¡Vaya, ahora hablas solo!

Tsetseg estaba detrás de él, un poco inclinada sobre su caballo, con las manos cruzadas en el pomo de su silla y el arco en bandolera.

—¿Qué haces aquí?

—Te observo morir.

—No estoy muriendo. Ya estoy muerto.

—Es cierto. Las penas como la tuya son pequeñas muertes. Pero el Nerguii tiene razón, la ola se retira siempre.

—El Nerguii no existe.

—Por supuesto que existe. Sólo que tú ya no lo quieres.

—No te sientas obligada a velarme en su lugar.

—¿Qué otra cosa quieres que haga? Yo soy tu último amor nómada. A la que amaste pensando en ella. En cierto modo, nos une un vínculo.

—Entonces, te libero de él.

—No hablo de ti y de mí. Hablo de ella y de mí. Estamos unidas.

Él no respondió y ella pareció no esperar respuesta. Se quedó ahí, como un comanche silencioso que acecha a un trampero que finge ignorarlo. La tormenta hacía rodar sus volutas oscuras en el lejano horizonte, de pronto acribillado por unos resplandores translúcidos.

—No vaya a atraparte la verdadera muerte quedándote bajo la tormenta.

—Es una tormenta eléctrica. No lloverá.

—Cierto. Eso me tranquiliza. Todavía eres un buen nómada. Cuídate mucho.

—Te lo ruego, no pierdas el tiempo velándome.

—Yo no te velo, Yeruldelgger, la velo a ella, y tú formas parte de ella.

La tormenta aplastaba ahora el horizonte. Debajo de los cúmulos violetas sólo se veía una banda púrpura estrecha a través de la cual los rayos del sol inflamaban la estepa y la cubrían con la sombra desmesurada de hasta la más pequeña de las colinas. Un rayo sobresaltó a su caballo. Se volvió para tranquilizarlo y vio que Tsetseg ya no estaba. Se quedó contemplando cerca de una hora cómo la tormenta giraba y se alejaba, hasta que su teléfono sonó.

—¿Yeruldelgger?

—Soy yo.

—Necesito que me hagas un servicio, colega.

—Creí que me llamabas por...

—Lo sé, pero las cosas se han complicado aquí.

—¿Qué quieres?

—Necesito que me detengas.

—¿Que te detenga? ¿Por qué?

—Por el asesinato de Solongo. Escucha, es muy complicado de explicar. Te estoy llamando desde el cuarto de baño de un restaurante de Ulán Bator. Avisa a un poli de confianza, dile que yo estaba en la escena del crimen cuando mataron a Solongo. Que venga y me enchirone. Es para poder ayudarte... ¿Yeruldelgger?

—Te he oído, pero el único poli en quien confío probablemente esté en la trena. Es Bekter, el que sacaron de la cama de Solongo.

...NO LE GUSTÓ EN ABSOLUTO LO QUE VIO EN ELLOS

La capital estaba sacudida por el viento de los escándalos. En las parrillas mongolas, entre Coca-Cola y Coca-Cola en las pizzerías, en medio del chismorreo de los cobertizos, en los salones con luces de neón de los hoteles, las televisiones no hablaban de otra cosa. Del hombre al que se acusaba de haber defenestrado a un estafador millonario, de las confesiones de un australiano sobre el despido inminente de diez mil mineros, del desmantelamiento de un burdel en una concesión de la Colorado y del riesgo de disturbios en el Gobi, donde los mineros se habían aliado con algunos nómadas y ninjas frente a las fuerzas armadas. También se empezaba a hablar mucho de ese tal Delgger Kan cuyo retrato a lo Che Guevara llevaban los rebeldes en sus camisetas y en sus banderas y que se parecía un poco a Yeruldelgger. En algunos campus, pequeños grupos coreaban ya su nombre delante de las cámaras.

De momento, el ministro de Justicia seguía sin aparecer para anunciar la puesta en libertad de Bekter y éste estaba decidido a aprovecharlo para golpear rápido y fuerte. Tanto más ahora que, con la llamada de Yeruldelgger, la suerte le sonreía. Antes de subirse al coche, recordó a sus hombres cuáles eran los dos objetivos de la jornada.

En el Bistrot, Zarza volvió a la mesa donde De Vilgruy se impacientaba y jugaba en su bolsillo con los teléfonos que le había confiscado. El suyo y el móvil de cortesía del hotel Kempinski, que Zarza había terminado por entregarle sin resistencia. Por supuesto, no sabía nada del de Solongo, que Zarza se había guardado.

—Desarreglo alimenticio —dijo Zarza para justificar el tiempo que había pasado en el retrete.

—En ese caso me pregunto si será prudente escoger el menú «Sabores de

Francia».

—¡Es una cena de despedida, querido tío, y hay que hacer lo que toca! No te olvides de que apenas unos días atrás me estaba zampando pucheros de *poutine* en casa de nuestros primos de Quebec, siguiendo tus órdenes.

De Vilgruy hizo tintinear los cubitos de hielo de su *pastis* para dar a entender a Zarza que iban a hablar de cosas serias.

—En cuanto a Yeruldelgger, lo siento mucho —dijo De Vilgruy—, pero esas son las órdenes.

—¿Del primer ministro?

—No. Esta vez digamos que vienen de alguien más local, en cierto modo.

—¿Obedecemos órdenes de un mandatario mongol?

—No exactamente. Digamos que nuestros jefes jerárquicos nos autorizan a actuar en pro de los intereses que son importantes para los intereses franceses en territorio mongol.

—¿Qué follón es ése, querido tío?

—Te lo ruego, Zarza, deja de llamarme por ese apodo tan ridículo.

—Lo ridículo es la misión contra Yeruldelgger. ¿Desde cuándo obedecemos órdenes de intereses privados?

—¿Quién te dice que son intereses privados?

—Aquí no hay más que intereses privados franceses, dejando a un lado...

—Sí. Dejándolos a ellos a un lado. Nuestro futuro en este país pasa por lo nuclear, Zarza, y tenemos que velar para que así sea.

—¿Eliminando a un poli jubilado que vive en medio del desierto?

—Neutralizando a quien se nos pide. Y, además, tú sabes muy bien que nadie es realmente lo que parece ser.

—Me ofrezco como aval de Yeruldelgger.

—Tu aval no tiene ningún valor. Ni tu opinión, ni tu vida, y lo mismo pasa conmigo. Hacemos lo que se nos manda, y que eso sea en interés del país o no es algo que nosotros no decidimos.

Una camarera les llevó los caracoles con mantequilla de ajo para Zarza y el potaje de verduras con aroma de puerros para De Vilgruy.

—¿Sabías que no hay puerros en este país? El dueño hace que se los traigan de Francia. Este hombre es un santo. Importa puerros y endivias a Mongolia. Adoro las endivias, sobre todo asadas.

Zarza comprendió que De Vilgruy había dado por concluido el asunto

Yeruldelgger. Aunque ninguno de los dos se dejaba engañar, él se prestó al juego compartiendo sus recetas de puerros. *Koftas* de puerros, huevos en *cocotte* sobre *fondue* de puerros, guiso de puerros con beicon... Iba a explicarle cómo saltar en aceite de oliva las rodajas finas de puerros y la cebolla picada para preparar su famoso *risotto* de puerros con azafrán cuando la vio entrar. Debió de dejar entrever su sorpresa porque De Vilgruy se puso tenso de inmediato.

—¿La conoces?

—No —soltó Zarza, recomponiéndose como pudo—. Pero ¡tiene pinta de que le gustan jóvenes!

De Vilgruy la observó unos segundos, luego dejó de prestarle atención.

—Dicen que tiene el culo más eficaz de Ulán Bator —susurró en tono confidencial e inclinándose por encima de su plato.

La mujer miró a Zarza y éste se quedó de piedra cuando ella le sonrió, se dio la vuelta ignorándolo y le tendió a De Vilgruy una mano cubierta de anillos de oro y brillantes, que éste besó a la francesa, levantándose respetuosamente. Ella los observó a ambos con desdén y fue a sentarse sola a una mesa de un reservado que quedaba resguardado tras una cortina pesada.

—¿La conoces? —quiso saber Zarza.

—Yo te lo he preguntado primero.

—Y yo te he respondido. Ahora te lo pregunto yo.

—Se llama Madame Sue. Folladora y conspiradora insaciable. También millonaria, como consecuencia. Sin moral y, por tanto, temible en los negocios. Dicen que tiene a la mitad de la clase política de este país agarrada por donde más duele y que no la suelta. Y me lo creo.

—¿Cómo? ¿Tú has...?

—En otra vida, Zarza, sólo en otra vida, pero sí, «yo he», como tú dices.

—Que se acuerde todavía de ti es más bien un halago. ¿En esa época eras ya amante de mi madre, o fue después de que te casaras con ella tras la muerte de mi padre, tu amigo del alma?

—Fue en otra vida, ya te lo he dicho —respondió De Vilgruy ignorando la provocación—. Después volví a ver a Madame Sue varias veces, pero sólo por cuestiones de trabajo.

—¿Qué tiene que ver esta mujer con los servicios franceses?

—Digamos que hace de *lobby*. Lleva a cabo acciones esenciales para la buena implantación de nuestros más altos intereses en este país, y a veces sucede que pide nuestros servicios para coordinar ciertos esfuerzos.

—¿Actuamos bajo sus órdenes?

—No tengo por qué responderte a eso.

—¿Actuamos bajo sus órdenes?

—No obedecemos más órdenes que las de nuestras autoridades competentes, las cuales pueden decidir acceder a las peticiones de representantes de ciertos grupos extranjeros, públicos o privados, o una mezcla de ambos. ¿Te vale como rodeo?

—¿Y las autoridades competentes saben quién es esa mujer?

—Por supuesto que sí.

—Respóndeme, De Vilgruy, ¿la misión que concierne a Yeruldelgger depende de ella?

De nuevo De Vilgruy se puso en alerta. Zarza rara vez lo llamaba por su apellido.

—Eso no te incumbe. Ahora voy a pagar y a irme, y tú vienes conmigo.

—Tú no te mueves de aquí —le dijo Zarza agarrándolo por el brazo para impedir que se levantara.

La tensión en la mesa comenzaba a ser ostensible. Desde lejos, el dueño del restaurante los vigilaba.

—Tú no quieres contarme nada, pero yo sí tengo cosas que contarte de esa mujer.

—Creía que no la conocías —dijo De Vilgruy, de pronto visiblemente inquieto.

—No la conozco más que de vista. La vi matar a Solongo, la compañera de Yeruldelgger.

—¿Qué?

—La vi, querido tío, yo estaba allí, en el jardín. Así que si la orden de eliminar a Yeruldelgger viene de ella, tú estás simplemente a punto de meter a nuestro servicio secreto en un sórdido caso de venganza personal.

—Pero ¿qué dices? Eso es imposible. Ella le entregó a nuestra embajada la prueba de que Yeruldelgger había organizado el asesinato del geólogo en el Gobi.

—¿Qué prueba?

—No estás autorizado a tener acceso a ella.

—¿Qué prueba, De Vilgruy?!

—Escucha, Zarza, abre un poco los ojos: un ex poli que decide irse de retiro

espiritual al desierto cuando tiene a una mujer de ensueño en Ulán Bator, ¿tú te crees eso? Yeruldelgger es un agitador ecologista que va por ahí jodiendo a todo el mundo. Eso es lo que dicen nuestros amigos mongoles.

—Yo no te estoy contando algo que unos amigos dicen que les han dicho otros amigos. Te estoy contando lo que vi. Y vi a esa mujer matar a Solongo, la compañera de Yeruldelgger, y ahora esa mujer quiere que ordenes la muerte de Yeruldelgger, ¿eso no te pone en alerta?

—Y esto, ¿esto no te pone en alerta a ti? Está en la red desde esta mañana. En las teles del mundo entero desde anoche. Las proezas guerreras de tu amigo.

Tecleó en su *smartphone*, pulsó sobre un *link* que abrió un vídeo antes de volver la pantalla hacia Zarza. El montaje parecía de ficción. Un asalto a una especie de prisión efectuado por unos hombres de una milicia en un decorado de desierto del Oeste americano. En plan *El equipo A*. Salvo que el francotirador que se apoyaba en el capó de un Hummer negro era sin ninguna duda Yeruldelgger, y que su disparo reventaba la cabeza de un hombre con el uniforme de la MGS. En otra secuencia, reconoció de nuevo a Yeruldelgger, con un arco y unas flechas en las manos, antes de ver con espanto cómo una china se desplomaba con el corazón atravesado por la flecha que tenía Yeruldelgger. El resto del reportaje lo mostraba organizando lo que parecía ser la liberación de unas chicas que estaban secuestradas en alguna parte del desierto. No cabía duda de que Yeruldelgger era el jefe de la operación. Sólo se lo veía a él en la pantalla, dando órdenes, interrogando a sospechosos, confiscando documentos. Zarza vio además el cuerpo de otro guardia de la MGS, con la garganta traspasada por una flecha, como la china, luego hubo una serie de primeros planos. El rostro de cada muerto, con la frente marcada con una huella de lobo, y un *zoom* a los dedos de un Yeruldelgger furioso que los llevaba cubiertos con un puño americano en forma de huella de lobo. El reportaje terminaba con un primer plano de la plantilla de un retrato de Yeruldelgger, pero con el nombre «Delgger Kan» escrito debajo.

—¿Te basta con esto? Déjate entonces de estupideces y cierra el pico, ¿de acuerdo? Yo obedezco órdenes y te aconsejo que tú hagas lo mismo. En pie, ¡nos vamos!

Sin embargo, cuando Zarza se levantaba para obedecer, diez hombres armados irrumpieron en el restaurante. Dos neutralizaron al guardaespaldas de Madame Sue y otros dos controlaron a una pareja de turistas que disfrutaban de una cena romántica sentados a una mesa cercana a la puerta. Por su manera de no protestar y de no mirarlos, Zarza lo comprendió de inmediato. El retorcido de

De Vilgruy llevaba refuerzos de paisano. Otros dos agentes se arrojaron sobre él y lo placaron contra la mesa, con la nariz metida en la pechuga de oca rellena sobre un lecho de patatas al horno, mientras un tercero apuntaba a De Vilgruy. Los otros tres abrieron precipitadamente la cortina para arrestar a Madame Sue, que opuso una resistencia física y verbal mucho más viril que la de Zarza.

Cinco minutos más tarde, en la acera, Madame Sue, su guardaespaldas y Zarza fueron esposados de cara contra la pared. Bekter llevó a De Vilgruy aparte y se dirigió a él en inglés.

—Señor De Vilgruy, embarque a su pequeño personal en el primer avión y váyase a jugar a los vaqueros a otra parte que no sea nuestra estepa. No le servirá de nada pedir ayuda a sus amigos políticos o empresarios. Ninguno se mojará por usted en esta operación que ha resultado ser un fiasco y que muy pronto le explotará en la jeta a toda esa panda tan bonita. De momento esto no es más que un paso en falso que queda entre nosotros. No lo convierta en un incidente diplomático. Podría llegar a ser muy perjudicial para los negocios entre nuestros dos países.

—¿Y el señor Zarzavadjian?

—Tiene cosas que contarnos. No se moleste en esperarlo. Lo enviaremos de vuelta cuando hayamos terminado con él. Entero. Se lo prometo.

—Tiene derecho a la asistencia de nuestro consulado.

—Dudo que la presencia en nuestro territorio de un grupo de agentes franceses en misión ilegal, uno de los cuales está implicado en un caso criminal relacionado con un asunto de Estado, necesite del consejo consular. Le propongo más bien que alerte a su canal diplomático para que comience a presentar excusas por esta operación secreta de sus servicios en nuestro país y, ya puestos, que los diplomáticos de nuestros dos países y nuestros respectivos espías lleguen a un acuerdo tan equitativo como oficioso que permita al señor Zarzavadjian irse a París para degustar, en casa Lilane, por ejemplo, o donde Bouchet, esa deliciosa cena de la que le hemos privado esta noche en el Bistrot.

Ante la mirada estupefacta de los viandantes y de los clientes del Bistrot, Bekter dejó a De Vilgruy y a su pareja de agentes y metió a Zarza en su coche, mientras sus hombres empujaban a Madame Sue y a su guardaespaldas a bordo de otros dos vehículos. Cuando la berlina de Bekter pasó a su altura, De Vilgruy buscó los ojos de Zarza en el asiento trasero, y no le gustó en absoluto lo que vio en ellos.

«IR A PRESIONAR A DE VILGRUY»

—¿Quién le ha dado mi número?

—Yeruldelgger.

—¿Cómo ha contactado con él?

—Tengo el móvil de Solongo —respondió Zarza tendiéndole el aparato a Bekter.

—Entonces es verdad que usted estaba allí...

—Sí. Estaba allí y vi a la mujer que la mató. Pero por lo visto usted ya la había identificado.

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió Bekter.

—Porque acaba de arrestarla —dijo Zarza, ante la sorpresa de Bekter.

—Quiere decir que...

—Sí, esa mujer, Madame Sue o como quiera que se llame. La vi saliendo de la yurta de Solongo. Justo después de oír los disparos.

Bekter permaneció en silencio durante unos segundos, antes de proseguir con aquel interrogatorio oficioso.

—Entonces, ¿usted sabía que ella estaba en el restaurante, no es eso? ¿La estaba siguiendo?

—No, la verdad es que no esperaba verla allí. Ha entrado unos minutos después de que nosotros llegáramos.

—¿Por casualidad? ¿En serio? ¿Está seguro de que no ha sido cosa de De Vilgruy?

—No es él quien ha elegido el lugar. Yo estaba indeciso entre la barbacoa mongola del Altái o el Bistrot, pero no puedo resistirme a la mantequilla con ajo. Feliz coincidencia, la verdad.

—En nuestro oficio eso es más bien raro. Y si no era para entregarnos a esa mujer, ¿por qué quería que lo detuviera?

—Porque al arrestarme ha impedido que De Vilgruy me mande de vuelta a casa.

—¿Quiere pedir asilo político? ¿En Mongolia? ¡Eso sí que es gracioso!

—En absoluto, créame. Alguien en su país se ha asegurado la cooperación de nuestros servicios para eliminar a Yeruldelgger.

Bekter no respondió y encajó el golpe sin parpadear. Pero se hundió en otro largo silencio y sondeó la mirada de Zarza.

—Al parecer hay una operación en curso —prosiguió éste para convencerlo—. Pero yo no participo en ella. Me han apartado por implicación directa y afectiva con el objetivo, como decimos nosotros.

—Yo habría dicho y hecho lo mismo —le respondió Bekter—. Entonces, hay unos agentes secretos franceses en nuestro territorio con la orden de abatir a un ciudadano mongol y usted me lo anuncia así. ¡A mí! ¿Es consciente de que soy el menos indicado en todo lo que concierne a Yeruldelgger?

—Es él mismo quien me envía.

Esta vez Bekter no pudo ocultar su sorpresa. Sintió una punzada en su interior. Como una cuña en una grieta. Se rehízo lo más rápido posible para abandonar la sorpresa y ponerse a la defensiva.

—¿Está él al corriente de lo que pasó?

—Sí. Vio cómo lo detenían en la tele. Sabe lo que tuvieron Solongo y usted. Me habló de amores nómadas, creo. El resto se lo expliqué yo.

—¡Ese De Vilgruy es un cabrón!

Zarza puso una mano firme sobre la de Bekter, que quería descolgar el teléfono.

—Arrestar a De Vilgruy no es una buena idea. Conténtese con vigilarlo. De todos modos, después de vuestra irrupción en el Bistrot, actuará con prudencia, por lo que respecta a los golpes bajos.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces, qué? ¿Le dejamos hacer?

—No. Salvamos a Yeruldelgger.

—¿Conoce la naturaleza de la amenaza?

—Supongo que se trata de una operación de perfil bajo. Un accidente organizado. Dos hombres como mucho. Puede que uno. O una mujer. En modo turista.

—Por las informaciones de que dispongo y por lo que he visto en la tele, me

hago una idea de dónde está Yeruldelgger, pero no va a ser fácil localizarlo con precisión. Todavía no hay fuerzas policiales allí. El ejército se está encargando del lío y también la milicia de las compañías mineras. Es decir, hay mucha gente y muchas armas.

—¿Puedo ir?

—No le faltan agallas. Pero es un agente extranjero al que podría considerarse sospechoso de un crimen.

—¿Cuánto se tarda en helicóptero? ¿Medio día?

—Sí, ¿y dónde quiere que lo deje? —se burló Bekter, irritado al sentir que Zarza estaba más motivado que él.

—Podríamos empezar por averiguar dónde está la yurta a la que se ha retirado.

—Voy a ver qué consigo —dijo Bekter descolgando el teléfono.

Esta vez Zarza lo dejó hacer e intentó adivinar qué órdenes daba en mongol. Luego Bekter colgó y lo miró a los ojos.

—Quiero saberlo todo de los instigadores, ahora.

—Me gustaría decirte que son la Colorado, la Durward o el *lobby* nuclear francés. Eso es lo que ha intentado hacerme creer De Vilgruy, y eso es seguramente lo que le ha hecho creer a él su Madame Sue.

—¿Madame Sue, otra vez ella?

—Sí, de hecho creo que se trata de una simple venganza personal.

Bekter se acordó de las grabaciones que le había enviado Solongo, las que le habían permitido salir de prisión tan rápido como había entrado. Si se confirmaba que aquélla era la voz de Madame Sue, en ellas se la oía amenazar a Solongo con emprenderla contra Yeruldelgger. Sin embargo, no conseguía entender del todo de qué modo se vinculaban el follón en el sur y la venganza de esa mujer contra Yeruldelgger. Aunque ella parecía estar implicada en todas esas historias del burdel, la milicia y el *lobby*. Y hacía dos días que el nombre de Yeruldelgger aparecía relacionado también con esos mismos casos.

Bekter hizo tres llamadas telefónicas y en todas se mostró muy autoritario. La tercera, al borde de un ataque de ira, la interrumpió al ver aparecer el rostro agotado de Fifty en el hueco de la puerta de su despacho. Colgó de inmediato y se levantó para recibirla.

—¿Cómo estás?

—Mal. Necesito ponerme a trabajar para olvidar. ¿Cómo lo has logrado?

—Con las grabaciones de Solongo.

—Podías haberlas usado antes y haberte evitado la prisión.

—No. Tenía que esperar a llegar hasta alguien que tuviera interés en destruirla.

—¿Dónde está ahora?

—En un lugar secreto. Una comisión de investigación se ocupará de ella. La presidirá el ministro de Justicia.

—¿No está tan pringado como los demás?

—Sí, probablemente, pero necesitaba una ficha alta para hacer caer todas las piezas del dominó.

—De acuerdo. Escucha, Bekter, lo siento mucho. Dejé que me sorprendieran. Probablemente me drogaron y...

—Olvidalo, la policía científica encontró GHB en tus análisis. Han localizado la camioneta y han echado mano al conductor. Estás fuera de peligro.

—Toma, conseguí robarle el teléfono a la que lo orquestó todo. Si no lo entendí mal antes de quedar inconsciente, intentaba avisar a quien le había encargado el trabajo. Con un poco de suerte, esto te permitirá tirar del hilo hasta ella.

—Genial. Es Madame Sue, lo tengo claro, pero esto establece un vínculo material con ella.

—Ella no llamó. Yo tenía su teléfono.

—Pero si ella organizó tu secuestro, seguro que se comunicaron antes. Los mensajes de texto y la lista de llamadas nos serán de mucha ayuda. Y tú ya no corres ningún riesgo, aunque se te impondrán las medidas disciplinarias habituales por haber perdido el arma.

—¿Es cierto que la utilizaron para matar a la forense?

—Sí.

—Mierda, Bekter, de verdad que lo siento mucho. ¿Se sabe qué ocurrió?

—El señor estaba en el lugar de los hechos —dijo Bekter señalando a Zarza con un gesto del mentón—, luego te lo explico todo. Te presento a Zarzavadjian. Agente francés.

Zarza adivinó que le estaban presentando a la recién llegada y saludó con un gesto.

—¿Agente? ¿Tipo agente secreto? —se asombró Fifty.

—Sí. Ésa también es otra larga historia, pero él está aquí para ayudarnos. En todo caso, oficiosamente.

—¿Por qué? ¿Oficialmente, qué está haciendo?

—Oficialmente podría ser acusado de complicidad en el asesinato de Solongo. Estaba en el lugar cuando el crimen fue cometido. Él es quien ha identificado a Madame Sue.

—¿Y en qué nos ayuda?

—En evitar que agentes de su servicio neutralicen a Yeruldelgger.

—¿Yeruldelgger, el tipo de tu forense? Quiero decir, de la forense. En fin, el ex de la que... ¡Joder, el tipo!

—Exacto, el tipo. Ese tipo.

De repente Bekter adivinó la impaciencia de Zarza y todos pasaron a hablar en inglés para ponerse al día en los diferentes casos.

—En pocas palabras —dijo resumiendo Fifty—, buscáis un medio rápido para localizar a Yeruldelgger, ¿es eso?

—Eso es —respondieron a coro los dos hombres.

—Entonces estáis apuntando en la dirección equivocada. Hay que localizar la amenaza, no el objetivo. Si la amenaza está ya tras los pasos del objetivo, entonces será ella quien nos lleve hasta él. Después ya nos tocará a nosotros ser más rápidos.

—Eso me gusta, colega, ¿en qué estás pensando?

—Si la amenaza quiere tener autonomía, irá en coche. Agencias de alquiler, mercado de vehículos. Sólo hay dos pistas para dirigirse a la región en la que habéis ubicado a Yeruldelgger y va a necesitar por lo menos un tanque lleno para llegar. Así que: estaciones de servicio. Hay pocas.

—Tardaremos demasiado. Pero tengo otra idea.

—¿Más rápida y más eficaz? —preguntó Bekter.

—Mucho más.

—¿Qué necesitas?

—Ir a presionar a De Vilgruy.

...NO LO RESISTIRÍA

Yeruldelgger había atravesado el primer valle y había acampado sobre la última colina. Solo, sin fuego, enfrentado a la noche. En adelante, el universo existiría sin ella en la tierra. Esa noche se dejó convencer por la languidez translúcida y láctea del claro de luna. Esa claridad apenas perceptible que dibuja en el infinito oscuro y azul la cara oculta del astro blanco justo al inicio de su creciente. Recordó la noche en la que su maestro, el Nerguii, le explicó la mecánica mágica de los astros en las profundidades del cielo. Cómo el sol, que iluminaba el fino perfil plateado de la luna, inundaba también la otra cara de la Tierra con una claridad tal que ésta se reflejaba a su vez hasta tapizar con una penumbra suave la cara fantasma del astro muerto. Aquella noche, el Nerguii le enseñó a no temer la noche. Y, efectivamente, él ya no tenía miedo, aunque no era gracias al aprendizaje guerrero del séptimo monasterio. Nunca más temería la noche porque todas sus noches en adelante estarían habitadas por el soplo del alma de Solongo. Sus días serían infiernos soportados, pero sus noches se tornarían refugios esperados, y los primeros, antecámaras dilatadas del alivio de las segundas. Ya no necesitaba la fuerza del Nerguii para sobrevivir a lo que fuera. Le bastaría con vivir esperando la noche. Tumbarse de espaldas sobre la cima de una colina, de cara a la noche entera, y esperar a que el mundo se moviera para precipitarse en el recuerdo de aquel amor insondable. Caer en el universo a través de ese espejo que no hace sino esconder la puerta hacia otros mundos. Mundos tranquilos y silenciosos en los que las almas amadas aún viven.

Sin embargo, desde que había reanudado la marcha para bajar hacia el último valle, en el que pronto distinguiría su yurta, sabía que lo seguían otras almas menos dulces que la de Solongo. Una a su izquierda, lejana y fuerte, un poco por delante de él, invisible. Tres a su derecha, sobre la otra colina. También jinetes,

un poco por detrás que él. Torpes en su persecución, o demasiado seguros de sí mismos para esconderse. Y lejos, delante, un alma extraña y malévol. O quizá dos. Esperándolo. Aquella era la primera jornada del infierno de su nueva vida en la tierra sin Solongo, a la espera de poder encontrarla en la noche.

Se quitó el arco que llevaba en bandolera, lo colgó de la silla de montar, de la que ya pendía el carcaj, y puso el caballo a galope corto. Cabalgó así una media hora, atento al movimiento de las otras almas que lo seguían por sus flancos, y a la inmovilidad de aquella o aquellas que lo aguardaban delante. Entonces divisó al fin su yurta. Detuvo el caballo con un chasquido de la lengua y observó desde lejos. Había un coche. Un todoterreno verde oliva aparcado de cualquier modo entre el resplandor plateado del río y el gris algodonoso de la yurta. Llevaba una maleta en el portaequipajes y otra, de piel, sobre la parrilla delantera. Turistas. Entornó los ojos para ver dónde se escondían el guía y el chófer. Barrió con la mirada la estepa a su alrededor por si habían ido a hacer un reconocimiento desde las alturas circundantes, o a recoger madera muerta y bostas para hacer vivac. No vio a nadie. Serían turistas aventureros que habían obviado las recomendaciones de no adentrarse tan lejos en la estepa sin guía ni chófer. Se concentró de nuevo en el vehículo y adivinó un movimiento en su interior. Luego una mujer abrió la puerta trasera, del lado desde el que Yeruldelgger podía verla, y salió del coche en bragas y sin sostén. Su actitud era la de quien se siente muy a gusto. Recorrió los cuatro puntos cardinales con una mirada larga y atenta, como para asegurarse de que nadie podía verla, sin reparar en él, y luego se bajó las bragas hasta los pies. Así, desnuda, dudó todavía un momento, inmóvil hacia él, y Yeruldelgger creyó por un instante que había sentido su presencia. Luego corrió alegremente hacia el río y entró en el agua rompiendo el espejo en mil perlas de luz.

Para Yeruldelgger, aquello era a la vez una belleza naturista y una afrenta a la tradición, pues la extranjera iba a ensuciar el río lavándose en él. Sin embargo, la mujer desnuda no hacía más que jugar y sumergirse en el agua. Le concedió entonces su indulgencia y arreó al caballo suavemente para dirigirse a la yurta.

Trotaba de cara al sol, y la mujer le daba la espalda para recibir ella también los rayos cálidos en la cara. Parecía estar sola. Si alguien la hubiera acompañado, él o ella estarían en el agua refrescándose, o en la orilla admirando su desnudez a la espera de amarla. Se encontraba apenas a unas decenas de metros del río cuando ella se volvió, con los senos endurecidos por el agua, los codos levantados para escurrirse el cabello negro en la nuca, el agua a la altura de sus muslos bien moldeados y el vientre plano chorreando luz. En cuanto lo vio, se

tapó los pechos con un brazo y escondió su sexo con la otra mano, reculando en el río, alejándose de la orilla por la que él se aproximaba.

La vio tambalearse hacia atrás, abrir los brazos para intentar recuperar el equilibrio y desaparecer de pronto entre un haz de salpicaduras. Él lanzó el caballo al galope en los últimos metros. Vio reaparecer la cabeza, asustada, sofocada, luego los dos brazos agitándose antes de que ella se hundiera de nuevo en un remolino. Se había caído en un hoyo de agua, arrastrada quizá por una corriente de fondo o con un pie atrapado entre las piedras. Él arreó el caballo dentro del agua en medio de una explosión de salpicaduras hasta el lugar donde había desaparecido la mujer. Se inclinó sobre el cuello del animal para sumergir el brazo y agarrarla por el pelo, cuando la mujer saltó fuera del agua, viva y fuerte, derecha, tensa como un arco, propulsándose para agarrarlo por la garganta. El caballo se encabritó, provocando la caída de Yeruldelgger, y luego hizo una espantada de lado hacia la orilla, para salvarse. Antes de que ella lo arrastrara hacia el fondo, aprisionándolo con las piernas y los brazos, que lo apretaban como un torno, Yeruldelgger se cruzó con su mirada un segundo y comprendió que había caído en una trampa mortal. Embutido en su ropa y con las botas de montar puestas, su cuerpo se hizo enseguida demasiado pesado para luchar. Ella no sólo se había desnudado para turbarlo y engañarlo sino para luchar mejor en el agua. Era una profesional. Lo estaba estrangulando con una llave de cuello. No debía resistirse. Debía utilizar su fuerza. La de ella, no la suya. Se dejó hundir, permitió que la mujer lo arrastrara en su inmersión. Y cuando sus pies tocaron fondo, él se abandonó todavía un poco más, hasta quedar acuclillado sobre las piedras. Entonces la mujer cometió el error que él esperaba. Apretar su llave sin buscar apoyo para los pies. En ese momento, él se impulsó con toda la potencia de sus piernas y salió, junto a ella, a la superficie rompiendo de paso una costilla a su agresora con un codazo violento. Emergieron juntos, ella sofocada y en silencio por el dolor, él ruidosamente por la falta de aire. Iba a agarrarla por el cuello cuando, a través de sus ojos empañados, reparó en un hombre que corría hacia ellos por el agua con una *urga* en la mano. Ella aprovechó su distracción para escapar de su presa y arrastrarlo de nuevo. Él le buscó a ciegas un pequeño músculo debajo del labio inferior, a medio camino entre la boca y el mentón, y se lo pellizcó con todas sus fuerzas con el índice y el pulgar. Aquel dolor fulgurante sorprendió a la mujer. Soltó un grito de burbujas que la sofocó e intentó deshacerse de aquella pinza dolorosa con la ayuda de las dos manos. Él le golpeó de nuevo la costilla rota y salió a la superficie para respirar. Cuando emergió desesperadamente, mientras aspiraba

todo el aire del mundo y empujaba a patadas a la mujer bajo el agua, buscó con la mirada al hombre. Lo vio demasiado tarde. En lo que se volvía expulsando el agua de los pulmones, el hombre descargó sobre él la larga vara de madera. El golpe sonó contra su cráneo con la violencia de una detonación. Cayó hacia atrás, con la cabeza ensangrentada y el cuero cabelludo desgarrado. A través del agua percibió que el hombre dudaba, como si intentara saber si había logrado desmayarlo. Se dejó llevar para escapar de él, y la mujer aprovechó para agarrarlo de nuevo entre las piernas y arrastrarlo hacia abajo. Vio cómo el cielo se dilataba en los remolinos de la superficie, la luz del sol se diluía y el agua se teñía con su sangre. Con toda su sangre. ¡Había tanta! Se abandonó. Su mente sólo estaba atenta a las acciones de la mujer. Entendía lo que estaba haciendo. Ya no intentaba llevarlo hasta lo más profundo del cauce. Lo había cansado y tenía un cómplice. Adivinó que se contentaba con mantenerlo bajo el agua, descargando todo su peso sobre él, mientras ella, apoyada en los guijarros, mantenía la cabeza en la superficie. Él abrió los ojos y la miró a través del agua enrojecida. Estaba a caballo sobre él. Podía incluso distinguir su rostro tras su cabello negro. Un rostro que no estaba mirando cómo él moría. Un rostro inquieto que escrutaba el paisaje alrededor. Un rostro que de repente vio explotar a través del agua en un reguero de sangre, huesos y cerebro.

Las manos que lo ahogaban se relajaron. Él se enderezó de inmediato, tragando con la misma desesperación sofocada una bocanada de aire y de agua ensangrentada que le desgarró los pulmones. El cuerpo desnudo de la mujer sin cabeza flotaba de espaldas, obscenamente. Cerca de la orilla estaba el del hombre de la *urqa*, arrodillado en el agua, caído sobre sí mismo, con un agujero en el lugar donde debía estar el corazón. Yeruldelgger agarró la vara de madera que flotaba a su lado y se ayudó de ella para levantarse y llegar a trompicones hasta la orilla. Estaba demasiado cansado como para intentar comprender lo que acababa de ocurrir. Cuando vio a los tres jinetes galopar hacia él, supo que no lo resistiría.

...SE HUNDIÓ EN UN SUEÑO SIN IMÁGENES

—¿Y bien?

—Nada. Profesionales. He revisado el vehículo y los equipajes. Y nada.

—¿Papeles?

—Canadienses, pero no me fio. Ella, Caroline François, de Montreal, y él, Michael Brome, de Vancouver. Ella editora y él traductor. Visa de entrada de hace apenas setenta y dos horas. El tiempo de llegar hasta aquí de un tirón: esos dos habían venido por ti. Billetes de regreso para dentro de tres días. Destino Montreal, pero con escala en París, como a la venida. Si tienes problemas con los franceses, éste es el momento de decirlo.

—¿Y tú dónde estabas? —preguntó Yeruldelgger evitando responder sobre su relación con los franceses para no implicar a Zarza.

—A un kilómetro y medio al sur, así no me daba el sol de frente —respondió Jebe.

—Buenos tiros, te debo una, pero esto suma otros dos muertos. ¿Por qué me seguías? ¿Habías reparado en ellos?

—No. Más bien me esperaba un comando del ejército o de la policía.

—¿Contra mí? ¿Tengo motivos para temerlos?

—¿Cómo? ¿No estás al corriente? Para todo el mundo eres ahora Delgger Kan, el nuevo líder de la resistencia nacional. La tele, los medios extranjeros, el pueblo... Desde la liberación del burdel de la Colorado se habla de ti en el mundo entero.

—Pero ¡qué idiotez es esa! —se indignó Yeruldelgger—. ¡Yo no tengo nada que ver con esas historias! Tan sólo he ayudado a Tsetseg a encontrar a su hija. ¡Nunca he hecho ni he deseado una revolución!

—Lo siento, abuelo, pero ya no eres tú quien decide. Tu destino no está en tus manos. Toma, bebe más, tienes que reponerte antes de que lleguen los medios de comunicación —se burló de él Jebe.

Yeruldelgger se bebió la leche de yegua fermentada que le tendía.

Después de que los tres hombres de Jebe lo ayudaran a salir del agua, había sentido que le fallaban las fuerzas y la voluntad. Quisieron llevarlo al interior de la yurta, pero él prefirió que lo desnudaran y lo tumbaran al sol mientras esperaban a su jefe. Debía de haber perdido la conciencia, o caído en un sueño comatoso varias veces, porque en su último despertar descubrió a Jebe inclinado sobre él.

—¿Los cuerpos?

—Enterrados.

—¿El coche?

—Botín de guerra. Mis hombres se ocuparán de él.

—¿Y ahora?

—Voy a ponerte a resguardo. Hay mucha gente, y muy poderosa, que está furiosa contigo. Mucha.

—No voy a huir de nadie. No tengo nada que reprocharme.

—Quizá, pero debes esperar a que estén dispuestos a escucharte y a creerte. Y ése no es el caso, de momento. Ya veremos cuando haya pasado algo de tiempo. Ahora descansa, tenemos un largo viaje por delante.

—¿Nos vamos?

—Sí, en cuanto sea posible. Mientras tanto, duerme, yo cuido de ti.

—No es necesario.

—¿Ah, no? Diría que una mujer desnuda y desarmada ha estado a punto de ahogarte en el río hace apenas unas horas...

Yeruldelgger no respondió. El vértigo desplazó el cielo sobre el horizonte y él se hundió en un sueño sin imágenes.

«EH, ¿ESTÁS MUERTO, O QUÉ?»

Cuando abrió los ojos, se vio sentado bajo la sombra escasa de un saksaul, al pie de una duna blanqueada por un sol imperturbable. La luz le golpeaba la cabeza y el dolor le crispaba los ojos. De repente, su cabeza cayó sin fuerza, el mentón contra el pecho. Entornó los ojos para filtrar el resplandor del sol y se enderezó. La duna delante de él sólo era una larga lengua de arena que venía a morir a sus pies, pero detrás de ella se dibujaba la marea inmóvil y amarilla del gran Gobi. Las dunas se extendían hasta un horizonte erosionado por la arena áspera, sus hileras en forma de arco abrían vientres oscuros y abombaban sus laderas vibrantes bajo el viento continuo que raspaba las cimas.

A pesar de la fatiga que le aflojaba los músculos, intentó levantarse apoyándose en la corteza rugosa. Pero tenía las manos atadas por detrás del tronco, al que lo sujetaba también una cadena pesada alrededor del vientre. No podía moverse, estaba sentado contra el árbol, con las piernas estiradas.

—A pesar de toda la rabia que siento contra ti, no he podido decidirme a derramar tu sangre.

Yeruldelgger volvió la cabeza. Unas piedras ardientes entrechocaron en el interior de su cráneo vacío. El dolor provocó en sus ojos una sensación de vértigo que casi hizo que se desmayara. Cuando se recompuso, distinguió a Jebe, de pie sobre la arena, con una lona plegada debajo de un brazo y una cantimplora en la mano. Apoyó el fusil contra el tronco del saksaul y se agachó cerca de él para hablarle.

—Nunca te he perdonado lo que les hiciste a los míos en tus anteriores investigaciones, ¿sabes? Y he deseado mil veces tu muerte desde que te retiraste aquí. Pero debo reconocer que eres un hombre de honor y fiel a las tradiciones. Así que voy a matarte sin derramar tu sangre, sin ensuciar nuestra tierra, como

supongo que tú mismo exigirías por respeto a la tradición.

—Vas a dejarme morir de calor aquí, ¿es eso? —murmuró Yeruldelgger.

—Oh, no —respondió Jebe—. Quiero que mueras según la tradición, pero también quiero que sientas el horror. Morir de calor sería muy poco para ti. Además, voy a atar esta lona a las ramas para protegerte del sol.

—Estupendo —consiguió responder Yeruldelgger—. Entonces moriré de sed.

—Yo me encargaré de que tampoco mueras de sed, estate tranquilo.

Jebe le agarró el mentón con una mano, apretándole las mejillas para obligarlo a abrir la boca, y le dio agua tibia, que ya sentía espesa.

—Y si hace falta, masticaré cada pedazo de carne de cabra cocida que tengo de reserva y te lo meteré a la fuerza en la garganta para que no mueras de hambre antes de morir de verdad.

Yeruldelgger necesitaba tiempo para poder entender lo que estaba ocurriendo. Fingió desmayarse, dejando caer la cabeza sobre el pecho. Jebe le mojó inmediatamente la nuca, intentó hacerle beber un poco más y luego desplegó la lona para resguardarlo del sol. Yeruldelgger aprovechó para intentar reagrupar sus recuerdos. Numerosas manos lo llevaban y lo depositaban en el maletero de un coche. Estaba débil, sin fuerzas, sin consistencia, sin voluntad. Se dejaba hacer. Había voces que se saludaban, luego una carretera larga, llena de baches y silenciosa. Recordaba haber imaginado que vadeaban ríos. Oyó salpicar el agua bajo las ruedas. Abandonaron las pistas planas para cortar a través de unas estepas pedregosas cuyos guijarros acribillaban los bajos del coche. Atravesaron unos pasos llenos de curvas cerradas que lo sacudieron en cada maniobra. Sus recuerdos estaban fragmentados, desperdigados en una memoria algodonosa. Lo habían drogado. Pensó en el *airag* de Jebe. Jebe. Ése es el hombre que va en el coche. Los otros ya no están. Van solos los dos, además de ese caballo que galopa por algún lugar. Galopa al lado del coche durante mucho rato. Galopa encima del coche. Galopa dentro del coche. En su cabeza. Un caballo sin cabeza que no le da miedo. Lo que lo asusta es esa fatiga terrible. Sus músculos colapsados bajo la chapa del maletero. Su cabeza sin fuerzas, que se bambolea al ritmo de las piedras y los baches. Es lo único que puede mover de su cuerpo. No por sí mismo. Depende de los baches que haya en el camino. Recuerda sufrir lagunas, agujeros grandes y negros. Y que cada vez que emergía de uno de ellos se sentía como un condenado a muerte que se encuentra de pronto a plena luz: cegado.

—Bebe más —ordenó Jebe levantándole la cabeza.

Yeruldelgger se enderezó y bebió un buen rato, mendigando nuevos tragos con la boca o con el mentón.

—Al principio quería matarte por venganza. Muchos de mis amigos se están pudriendo en la sordidez de las prisiones por tu culpa. Pero debo confesarte que hoy tengo ambiciones mayores para tu alma.

—No te preocupes por ella, estará muy ocupada arruinándote la vida una vez que la hayas liberado.

—¿De verdad crees que voy a abandonarte aquí para que los depredadores te coman y liberen tu alma? De todos modos, por aquí no hay carroñeros ni aves de presa que puedan hacerte ese servicio.

—Algún lobo vendrá. Lo llamaré en cuanto me des la espalda, y cuando me haya devorado y roído los huesos, te degollará sin partir los tuyos para que tu alma jamás se evada.

—Es muy bonito creer en los cuentos de juventud cuando se está a las puertas de la muerte, abuelo. ¿En qué más quieres creer, en que el Aka Allghoi Khorhoi, el terrible monstruo del Gobi, te matará antes que yo? ¿En que el gran gusano de la muerte saldrá de la arena para escupirte su veneno corrosivo o soltarte una descarga eléctrica que te cortocircuitará los nervios?

—Además de matarme no me tomes por idiota, Jebe, sé muy bien que el Aka Allghoi Khorhoi no existe y que sólo los extranjeros fingen haberlo visto. Yo no creo en esa clase de historias. Sólo creo en leyendas.

—Está bien que digas eso —respondió Jebe sentándose a su lado para darle de beber—. Me reconforta porque eso es en lo que te he convertido.

—¿Convertido? Tal vez consigas matarme, pero estás loco si crees que me has convertido en algo que yo no quiero ser.

Jebe se puso en pie y Yeruldelgger, al levantar la cabeza, lo vio sonreír al desierto antes de responderle.

—Te he convertido en un héroe, y muy pronto serás una leyenda —dijo Jebe satisfecho, bajando la mirada hacia Yeruldelgger.

—El sol te hace delirar más que a mí.

—¿Ah, sí? ¿Y quién te ha convertido en Delgger Kan? ¿Quién siguió tus pasos desde tu yurta al Gobi Moon? ¿Quién inventó tu nombre de guerra? ¿Quién se lo susurró al oído a los rebeldes indignados, ninjas y nómadas? ¿Quién dio a tus artistas la idea de las camisetas y las banderas?

—Mientes. No podías saber lo que iba a pasar.

—Es verdad, pero eso es lo bueno contigo: las cosas llegan por sí solas. Basta con seguirte. Yo había previsto hacer saltar este Gobierno podrido tan sólo con las acciones de mis hombres en Nueva York y en Australia, y con el escándalo de sus revelaciones a la prensa. Eso era suficiente para golpear al Gobierno y debilitar a compañías mineras como la Colorado. Pero me bastó con observarte para ver en ti un arma todavía más destructiva.

—Yo no he hecho nada, y tú tampoco me has hecho hacer nada.

—Eso todavía es cierto. Ha sido suficiente con que estuvieras allí. Eres un hombre fuerte al que la gente simple teme. También eres un buen hombre, y ellos te respetan. A tu pesar, arrastras tu leyenda de poli justiciero castigado por el poder y la de monje guerrero del séptimo monasterio al que el poder teme. No tardé nada en comprender lo que podía sacar de ti en favor de nuestra causa.

—Tú no tienes más causa que la de destruir lo que existe para que llegue tu turno de acceder al poder. Sólo hay que ver cómo has matado o hecho morir a esos hombres. En Nueva York, en Perth, incluso aquí, a tus propios compañeros. Los cuatro del puente, tu supuesto *anda* y los guardias del Gobi Moon. Basta con ver cómo vas a matarme ahora.

—No, no, te equivocas, abuelo. Yo no voy a matarte. Si te matara no me serías de ninguna utilidad. Te lo he dicho: he hecho de ti un héroe, y ahora te quiero convertido en leyenda. Vas a morir, pero yo no te mataré. Bebe más, y recupera fuerzas.

Jebe lo hizo beber, luego le roció el rostro y la nuca para refrescarlo. El agua tibia le pegó de inmediato la tela a la espalda. Le dio también algunos pedazos de carne de cabra para que masticara, y varias galletas agrias de leche rancia. Luego se acuclilló de nuevo junto a él.

—Mira este desierto, Yeruldelgger. Así es nuestro país. Grandioso. Severo. Violento. Piensan que somos nómadas que viven buenamente en estos espacios inmensos, y sin embargo no hacemos más que luchar con él día y noche. Lo que nos hace fuertes es este país cruel que nos enseña a combatirlo y a respetarlo desde nuestra más tierna infancia. Que nos fuerza a protegernos de su frío calentándonos con bostas. A galopar sin cesar detrás de nuestras bestias, a las que sus espacios infinitos atraen y pierden. A cargar con nuestras casas sobre la espalda en busca de pastizales que nos regatea mezquinamente. A temer sus tormentas, a huir de sus *dzuds* y de sus ventiscas, y a desconfiar de sus arenas. ¿Sabes que este desierto está vivo? ¿Sabes que avanza como un gigante? ¿Sabes que al sur, en China, su dedo más avanzado, el desierto de Maowusu, está a unos pocos kilómetros de Pekín y que en unas decenas de años la habrá sepultado?

Este desierto avanza tres kilómetros al año, Yeruldelgger. Tres kilómetros. Ocho metros por día.

—¿Me quieres matar de pena, viendo cómo mi bonito desierto pasa delante de mí y desaparece? —se burló de él Yeruldelgger, incapaz de reflexionar por culpa del calor y el dolor.

—No, abuelo. No estás en el arcén de la pista mirando pasar el desierto como mirabas, de niño, el paso de los grandes camiones rusos con remolques cargados de pieles y de cachemir. Esta vez tú estás en su camino, Yeruldelgger. Te he puesto justo en medio de su ruta, y él viene hacia ti. Avanzando ocho metros por día. Mira tus pies, ya los ha atrapado.

Yeruldelgger bajó la vista y encogió las rodillas por instinto para sacar los pies de la arena.

—Treinta centímetros por hora —continuó Jebe—. ¿Ves esa mata sobre la duna, ahí abajo? Son las pocas ramas que le quedan a otro saksaul. La última vez que pasé por aquí, se lo veía retorcido pero orgulloso, a más de veinte metros de la arena. El desierto lo está digiriendo, y quizá lo veas desaparecer para siempre bajo la duna antes de desaparecer tú también en ella.

Yeruldelgger había imaginado a menudo el momento de su muerte. Sobre todo cuando todavía era poli. La violencia, el sufrimiento, el miedo. Solía decirse que, si todo estaba perdido, intentaría ser él quien decidiera. Que nunca dejaría que nadie le arrebatara esa última elección. Y luego, cada vez, en el último minuto, a veces en el último segundo, la muerte lo había despreciado. Lo había soltado, desamparado, yaciente pero salvo, si no sano, en el límite de la vida. Así que había aprendido a lidiar con ella en cuanto se anunciaba, a no dejar nada suelto, a intentar controlarlo todo, los sustos, los miedos, los terrores, para tener una última oportunidad hasta el último segundo.

—Es una muerte cruel y discreta —reconoció Yeruldelgger, esforzándose por mantener la calma.

—Es la que estaba esperando, tanto por ti como por mí. Una venganza cruel, cuando no quede más que tu cabeza fuera de la duna bajo el viento. Cuando la arena te seque los labios, te fuerce la boca y cubra la lengua. Cuando te lije los ojos. Cuando te arañe las fosas nasales y llegue a tus pulmones. Cuando ya sólo puedas escupirla ensangrentándote la garganta.

—Entonces, si he de morir así, que al menos esa venganza apacigüe tus tormentos.

—Déjate de fanfarronadas de viejo chamán del séptimo monasterio, abuelo.

Todo el mundo tiene miedo a la muerte, y sobre todo a una muerte como ésa.

—¿Y tú vas a quedarte para verme morir?

—Sí. Poco a poco iré agachándome sobre la duna, que irá engordando para tragarte, y yo te veré desaparecer entre las rodillas, debajo de mí, entre mis pies, imaginando la arena que se cuele dentro de ti hasta pararte el corazón.

—¿Y podrás vivir con eso?

—¡Por supuesto, abuelo, por supuesto! Justo por eso escogí esta muerte discreta. Porque no encontrarán nada de ti. Y si por un milagro tu alma se salva, pídele que te vea vivir en mí, porque si bien tú vas a desaparecer, Delgger Kan seguirá viviendo en mí —dijo abriendo los brazos para abrazar el desierto que lo rodeaba—. Y cuando te hundas en las arenas de nuestro hermoso país, te convertirás en leyenda, Yeruldelgger, y yo haré que Delgger Kan viva durante siglos si hace falta.

—¡Estás loco! Nunca he sido ese hombre y nunca conseguirás que nadie se lo crea.

—Y tú estás viejo. ¿Sabes cómo se crean las leyendas hoy en día? A golpe de clics y de *likes*, de chismorreos, de números de visitas. Ten, mira en lo que te has convertido ahora que la arena aún no te cubre los ojos —dijo colocando una *tablet* delante de Yeruldelgger.

Jebe se regodeó viendo cómo la incredulidad, luego la estupefacción y finalmente la cólera se pintaban en el rostro sudoroso del ex policía. Yeruldelgger miraba las imágenes de la liberación de las chicas del Gobi Moon. Él apoyado en el capó del Hummer y el hombre de la MGS derribado por su disparo. Él con el arco y el carcaj en la mano, y la chica muerta con una de sus flechas en el corazón. Y el otro guardia, con una flecha atravesada en la garganta. De nuevo él, dando órdenes, separando a las prisioneras, interrogando a la madama china, confiscando documentos. Siempre él en pantalla, nunca Jebe. Sólo él.

—¡Eso es un montaje! —protestó—. Yo nunca disparé al guardia del Gobi Moon, ni maté a esa china, y fuiste tú quien marcó la frente de las víctimas con esa huella, ¡no yo!

—Pero las imágenes dicen y dirán siempre lo contrario.

—Tus imágenes mienten.

—Es cierto, he hecho que mientan, pero lo importante es que quienes las ven se las creen.

—Nadie las difundirá sin verificar que es cierto.

—Ya las están emitiendo todos los medios de comunicación del planeta. Diecisiete millones de reproducciones en internet en cuarenta y ocho horas. Puedes abandonar este mundo sin lamentarlo, Yeruldelgger, hace mucho que no formas parte de él. Delgger Kan ha ocupado tu lugar.

—Así que ésa es la razón por la que debo desaparecer. Para que puedas cometer otros crímenes en mi nombre. Por eso tiene que tragarme el Gobi, ¿no es así?

Mientras hablaban, la arena se había deslizado por la superficie de la duna. Millones de granos de arena de silicio rápidos y disciplinados empujados por un viento invisible, como una marabunta de hormigas minúsculas, rubias, minerales y obstinadas. A pesar de la fatiga y el calor, Yeruldelgger mantenía las piernas recogidas para escapar de la arena que ahora corría alrededor y probablemente por detrás del tronco del saksaul. Ya tenía los pies enterrados hasta los tobillos, y la mitad de las nalgas también.

—Sí. Vas a convertirte en el brazo vengador de nuestro Ejército de los Mil Ríos. Invisible y omnipresente a la vez, inalcanzable, mágico, demoníaco. El pueblo necesita leyendas para tener el coraje de rebelarse. Gracias a Delgger Kan, el héroe que liberó a sus hijas y a sus hermanas del Gobi Moon en las mismas narices de la Colorado, ninjas, mineros y nómadas se han unido para luchar juntos. En las universidades, los estudiantes corean tu nuevo nombre, ¿lo sabías? Y en Ulán Bator el poder tiembla sólo con oírlo. Tu vida ya no te pertenece. Tu muerte tampoco.

Jebe se sentó al lado de Yeruldelgger, apoyándose en el saksaul. Quedó un poco más alto que él porque estaba más derecho, menos fatigado, y encima de la arena en lugar de metido en ella.

—Aunque hubiera podido convencerte para que te unieras a nosotros, no te habría perdonado. Tú eres mongol, de eso no hay duda. Pero al observarte todos estos días comprendí enseguida que nos servirías más muerto que vivo. Sin embargo, este país vive en ti, eso se siente, y te prometo que haré que siga viviendo a través de Delgger Kan. Mira cómo...

—¡Cállate!

—¿Qué?

—¡Cierra el pico y escucha!

Jebe, sorprendido, obedeció y se calló, y de pronto oyó el lamento prolongado del viento sobre las dunas que tenían delante. Un sonido rugoso acompañado enseguida de otro más puro hasta convertirse en un canto obsesivo.

—¿Son las dunas las que cantan? —preguntó Jebe, incrédulo.

—Sí —confirmó Yeruldelgger, con una mirada feliz y ausente de pronto.

—Sabía que ocurría, pero nunca las había oído.

—En Marruecos, las del Sáhara cantan una sola y misma nota. Un sol sostenido. Es un lamento largo y lúgubre que asusta a los turistas extraviados. En Omán, por el contrario, el desierto canta en más de nueve tonos diferentes. Esas melodías resultan embriagadoras para los turistas que se pierden entre sus arenas. Es raro que nuestro Gobi cante tan fuerte dos notas distintas. Esa duna tal vez esté a un kilómetro de nosotros, pero si nos encontráramos sobre ella su canto nos haría perder la cabeza. De lo fuerte que grita.

—Nunca había oído algo tan mágico —admitió Jebe, asombrado.

—No hay nada de mágico en el canto de las dunas —respondió Yeruldelgger—. Basta con que un banco de arena muy fina y bien seca, barnizada por una capa microscópica de calcita y arcilla, se deslice por la cara pronunciada de una duna para provocar ese ruido que a veces recuerda a una voz humana. Deslizándose todos al mismo tiempo y con la misma rapidez por la pendiente, los granos se apartan unos de otros y el aire pasa por los intersticios, luego los granos se vuelven a juntar en su deslizamiento y expulsan al unísono el aire, que comienza a vibrar. Nada de mágico, mi pobre chico, no más mágico que tu Delgger Kan.

Jebe permaneció un buen rato en silencio, hipnotizado por las dos notas del canto.

—Sé en lo que estás pensando —dijo suavemente Yeruldelgger, mirando la arena que le cubría ahora las piernas hasta los gemelos y buena parte de los muslos—. Te estás diciendo que me engaño, y que no puede ser casualidad que esta duna del Gobi salmodie dos notas simultáneamente, como nuestros cantos difónicos tradicionales. Pues bien, estás equivocado: en Marruecos, un solo tamaño de grano, una sola nota. En Omán, varios tamaños de grano, varias combinaciones de notas. Supongo que si separáramos la arena de esta duna, sólo encontraríamos granos de dos diámetros. Así que no busques magia y leyendas donde no existen, esto no es más que mecánica de fluidos y ecuaciones de ondas acústicas. Cuando me hayas matado, o más bien cuando me hayas visto morir, personas racionales se interesarán por mi desaparición y demostrarán que estoy muerto y que Delgger Kan no existe.

—Veo que no lo quieres entender, abuelo —dijo Jebe soltando un suspiro, como si lo lamentara—. No son esas personas racionales las que escriben la

historia. La escriben quienes creen en las leyendas. Más de mil millones de telespectadores vieron los aviones estrellarse contra las torres de Manhattan. Bastó con manipular un poco los vídeos y las fotos que circularon por internet para que millones de ellos crean ahora que se trató de un complot enorme e incomprensible. Y unos pocos millones me bastan.

—Honestamente, aparte de saciar su ego y su megalomanía, no veo qué provecho sacan esos manipuladores con sus mentiras.

—Ninguno. Algunos ganan algo de dinero, pero todos ven cómo su día a día y su vida personal se estrellan contra la resistencia del sistema. Las manipulaciones sirven de muy poco a quienes las plantean. Sirven a los que se esconden detrás. Tu leyenda no me aportará nada y ni siquiera la reivindicaré, pero servirá a quienes en las sombras esperan conmigo a que el sistema se derrumbe para recuperar este país. Quién sabe, puede que dentro de cincuenta años aparezcas en los libros de historia. Con el nombre de Delgger Kan, quiero decir...

Al aglomerarse contra el cuerpo de Yeruldelgger y el tronco del saksaul, la arena formaba ahora un montículo que sobrepasaba su barriga. De sus piernas sólo las rodillas sobresalían entre la arena áspera con la que el viento seguía tejiéndole ese sudario pesado.

—¿Y si ahora me dejaras a solas para morir?

—Estoy dispuesto a concederte esa indulgencia —dijo Jebe, y se levantó para sacudirse la arena que ya le había cubierto los zapatos—. Pero no vas a morir inmediatamente. La arena no te llegará a la boca hasta dentro de dos horas.

—Mejor —respondió Yeruldelgger—, eso me deja tiempo para oír cómo se acerca a mí ese caballo al galope.

Jebe agarró el fusil y barrió con la mirada el horizonte en todas direcciones, al acecho, dispuesto a llevarse el arma al hombro.

—¿De qué caballo hablas?

—¿No oyes cómo resuena su galope contra la tierra?

—Deliras, abuelo. O será otra duna que ha comenzado a cantar.

—Es un caballo. Galopa con nosotros desde que partimos. Ya galopaba dentro del maletero de tu coche. Incluso lo oí galopar sobre el techo. Y ahora galopa en la arena tan fuerte que sus cascos hacen temblar la tierra bajo el desierto. ¿No lo oyes?

—Te estás volviendo loco, de verdad. Tienes razón, es hora de dejarte morir. Estaré en el coche, a diez metros detrás de ti, llámame si tienes sed.

—Es una yegua.

—¡Estás loco!

—Blanca como la abundancia y la dicha.

—¡Chorradas!

La arena le llegaba ahora al pecho y le dificultaba la respiración. Sólo la parte de arriba de su tronco y sus hombros emergían ante el avance del desierto. La arena se había cerrado también alrededor del tronco del saksaul. Pensó incongruentemente en que esos granos que iban a ahogarlo en seco habían sido un día bloques de montañas. ¿Cuántas eternidades habían vivido antes de tener como destino ahogarlo convertidos en algo tan pequeño? Empezó a economizar su respiración. Media hora antes aún podía hinchar los pulmones para apartar la arena y tomar aire. Ahora cada vez que respiraba sentía cómo la masa se deslizaba para apretarle aún más pesadamente el pecho. La duna le oprimía los pulmones. Tenía que contentarse con tomar bocanadas pequeñas y seguidas. Y la arena ya le había herido los labios, quemándoselos.

—¿Sabes de lo que acabo de enterarme?! —gritó Jebe a su espalda desde el coche en el que se había refugiado—. Esa tal Madame Sue, la que mató a tu amiga Solongo, la radio dice que la acaban de encontrar ahorcada en su celda. Estrangulada con sus propias medias, ¿te das cuenta? ¡Ella, que al parecer nunca llevaba bragas! Espero que eso te alegre, abuelo. Después de todo, en cierta manera es como una pequeña venganza para ti, ¿no?

Yeruldelgger no respondió. Estaba inmerso en la contemplación del poderío del desierto que tenía enfrente. El sol le latía en las sienes y le secaba la boca. Cuando el sur del Gobi llegara a Pekín, no estaría más que a cien kilómetros del mar. ¿Al cabo de cincuenta años habría aún pequeños pequineses para jugar sobre una playa de mil kilómetros de ancho, debajo de la cual habría ciudades prohibidas, estadios olímpicos y el esqueleto de un viejo mongol encadenado a un saksaul?

—¿Me pregunto cómo se hace en esos casos! —gritó Jebe—. Eh, ¿me escuchas? Una vez que has estrangulado a esa mujer en su celda, ¿cómo se hace para colgarla con las medias? ¿Se manda a alguien a su casa a buscar la ropa interior que no llevaba? ¿O se envía a alguien a comprar un par de medias en alguna parte? ¿Y esa persona es mejor que sea una mujer, para que sepa escoger? ¿Se le dan consignas sobre cuál es la mejor marca con la que hacer un torniquete? ¿Las más resistentes para estrangularla bien, o las más caras para que vayan a juego con el guardarropa de la víctima? ¿O las más baratas, para ahorrar

dinero al Estado?

Ahora el desierto vibraba en sus ojos quemados por la sal del sudor. En su cabeza gritaba el canto de las dunas y el galope de la yegua blanca golpeaba al ritmo del corazón que se debatía en su pecho. Mantenía los dientes apretados. Ya no podía escupir la arena que se le había metido en la boca y le arañaba las encías detrás de sus labios inflamados y agrietados por el sol. No quería darle a Jebe la satisfacción de oír cómo se asfixiaba. Sólo respiraba por la nariz y la arena fina le limaba las fosas como el papel de lija.

—¿O será que le han pedido a una policía que se quite las suyas?! —gritó Jebe, riendo—. ¿Las mujeres policías llevan medias debajo del uniforme? Eh, tú deberías saber eso, ¿no? ¿Me escuchas al menos? ¿No estarás ya muerto?

La arena golpeaba contra su boca y él no respondió. El peso del desierto le hundía el pecho. Sintió que sus fuerzas y su voluntad se fundían bajo el sol. Incluso las dunas se disolvían en el calor. Éstas se animaron como un océano pastoso, un mar de crema amarilla y agobiante. Un lodo tibio y pegajoso en el que notó que se deslizaba y se le sumergía el rostro. Entonces, delante de los ojos, que le picaban, justo antes de que el desierto los engullera, brotaron millones de flores amarillas y verdes en el extremo de unos tallos duros y rectos como bastones, y las dunas se dispersaron para convertirse en la inmensa estepa de su infancia, donde nada se crea ni nada muere, sino que se perpetúa en las leyendas de la muerte nómada.

—Eh, ¿estás muerto, o qué?

«A CAMBIO QUIEREN LOS TANGAS Y LOS SUJETADORES»

Habían perdido tiempo. Sin embargo, gracias a la última comunicación de De Vilgruy con sus agentes, lograron dar con las coordenadas exactas para encontrarlos. Pero aparte del piloto, ajeno al caso, todos los pasajeros sintieron el corazón en un puño al sobrevolar el lugar indicado. En la estepa, tapizada de claveles enanos y geranios salvajes, se veía una yurta aislada, pegada a una colina suave al norte y enfrentada a un río al sur, siguiendo estrictamente la tradición. Delante, cuatro nómadas estaban en cuclillas alrededor de un montón de cosas sueltas, con las cabezas levantadas, mirando curiosos cómo descendía el helicóptero. Con una mano se sujetaban los sombreros para que no se les volaran con el viento de las palas. Y detrás, un poco más lejos, del lado de la colina cubierta de artemisas azules y salpicada de flores de aster plateadas, se veían dos manchas claras y oblongas de tierra que parecía como si se acabara de remover.

Bekter y Zarza saltaron del aparato antes mismo de que tocara el suelo. Fifty quiso ayudar a De Vilgruy a bajar una vez que el helicóptero hubo aterrizado, pero éste se liberó de su brazo con furia. A De Vilgruy no le gustaba nada de lo que estaba pasando y maldecía a Zarza por haberlo metido en aquel pozo de mierda. Y eso que todavía no era consciente de su profundidad. Por instinto, corrió hacia las dos tumbas improvisadas. Dos tumbas quería decir dos muertos, y es que cuando dos agentes perseguían un mismo objetivo, inevitablemente surgían problemas.

Los otros se dirigieron hacia el grupo de nómadas. Eran cuatro hombres, de edad difícil de calcular, con la piel curtida por el sol y estriada en una sonrisa eterna por el azote implacable de los vientos incesantes del invierno. Removían unos efectos personales con las puntas de sus cuchillos o de sus bastones,

murmurando alegremente, sin preocuparse por los recién llegados. Había sujetadores, tangas, bragas y calzoncillos, así como otras prendas que les provocaron tanta risa que dejaron al descubierto los pocos dientes que tenían. También dos armas, aparatos eléctricos, una brújula y artículos de aseo. Y un bote con condones y tampones higiénicos que les hicieron reír tontamente.

Fifty fue la primera en reparar en los restos de sangre que había sobre la hierba, cerca del río. Luego desenterraron los dos cuerpos bajo las miradas de los viejitos, que ya no reían tanto. El cuerpo desnudo de una mujer, con la cabeza destrozada. El de un hombre, con el pecho reventado. La visión impactó a De Vilgruy, que maldijo en silencio antes de arrastrar por la manga a Zarza para hablarle a solas.

Mientras tanto, Bekter y Fifty inspeccionaron la yurta: era claramente la de Yeruldelgger, aunque parecía que hacía días que no la habitaba.

—¿Crees que ha sido él?

—Es posible. Es un hombre de recursos. Pero dos agentes franceses... Eso es mucho para un solo hombre. Ya has visto los daños en los cuerpos.

—Sí. Parecen más de un arma pesada que de un arma de mano. ¿Un tiro a distancia?

—Bien podría ser, pero la sangre indica que las víctimas fueron alcanzadas aquí, cerca del río. Si ha sido un tiro a distancia y él el tirador, eso significa que Yeruldelgger no estaba aquí, cerca de la yurta. Puede que los estuviera esperando, escondido lejos para tenderles una emboscada.

—¿Y dispara contra dos turistas que se detienen junto a su yurta? Eso no tiene sentido. ¿Cómo podría haber adivinado sus intenciones?

—Tal vez lo alertara un informador.

—Pero ¿quién? Era una operación francesa y Zarza estaba con nosotros.

—¿El mongol que da las órdenes?

—¿Madame Sue? Estaba en nuestras manos y en una prisión secreta.

—Entonces, ¿qué crees que ha ocurrido?

—Yeruldelgger está aquí, los franceses llegan y se lanzan contra él, pero está cubierto a distancia por un cómplice que se los carga.

—Es una posibilidad —concedió Fifty—. ¿Y dónde están él y su cómplice ahora?

—Yo diría que en algún lugar con el coche de los franceses.

Bekter llamó a De Vilgruy, que se les unió de mala gana, seguido de Zarza.

—¿Qué coche era?

—Un Land Cruiser verde de tres puertas y chasis corto.

—¿Con sistema de navegación?

—No. Es fácil de identificar. Utilizamos localizadores personales. En los relojes.

—Pues sin GPS va a ser difícil seguirles la pista, colegas —concluyó Zarza.

—No tanto —masculló Fifty—. Nos queda la red satelital nómada.

Los tres hombres, desconcertados, la vieron dirigirse hacia los nómadas. Asistieron desde lejos a una larga discusión en voz baja en el curso de la cual los viejitos fueron asintiendo con la cabeza por turnos. Luego, Fifty regresó con aire satisfecho.

—Solucionado: ellos nos buscarán el coche. A cambio quieren los tangas y los sujetadores.

...QUIZÁ PERDIDO ÉL TAMBIÉN

Dejaron a De Vilgruy al cuidado de los cuerpos de sus agentes para poder llevarse a bordo del helicóptero al más viejo de los cuatro ancianos nómadas. Con su gastado *deel* azul, que olía a sudor de caballo y a tabaco frío, éste pegó su cara al plexiglás de la cabina, fascinado al descubrir su estepa desde el aire. Pero pasado el primer momento de sorpresa y asombro, recuperó enseguida sus instintos de nómada y buscó las referencias. Las barrancas, los montes, los senderos, las charcas, los *ovoos* de piedras adornadas con cintas azules, todo lo iba nombrando con pasmo en una larga letanía susurrada.

Una hora antes de despegar, sus tres compadres habían partido de reconocimiento en sus monturas, impacientes por alejarse del aparato. Siguieron las huellas del Land Cruiser en la hierba, la gravilla y la arena, y regresaron para explicarles que el coche se había adentrado por una pista abandonada y que se dirigía hacia el este, rumbo a la frontera china. El viejo nómada, muerto de risa, había hecho entonces una seña a Fifty para indicarle que podían despegar en esa dirección. Después establecieron cuatro etapas siguiendo sus risueñas órdenes. El piloto se posó primero cerca de una yurta perdida, para intriga de los niños, que no tardaron en asustarse. Luego, cerca de un jinete solitario, espantando a los caballos desgredados que éste miraba pastar en libertad. Junto a un cazador sentado, orgulloso e inmóvil, al lado de su vivac, en lo alto de una colina puntiaguda, a caballo entre dos valles. Y de nuevo, cerca de otra yurta desde la que una mujer los miró levantar el vuelo bendiciendo al helicóptero con cuatro gotas de leche que lanzó hacia los cuatro puntos cardinales, como manda la tradición. En cada ocasión, un hombre, una mujer o un niño había dicho al viejo nómada en qué dirección había desaparecido el coche, y quién podría ser, en esa parte del mundo, la persona a la que preguntar en la siguiente etapa. El último

fue un camellero. Él había visto el Land Cruiser adentrarse en la pista que enfilaba directamente hacia el costado de las dunas. Desde hacía ya varias semanas, el Gobi había cortado la pista y se había tragado parte de ella, y todavía nadie había abierto otra para rodear de nuevo aquel desierto en movimiento. Pero él había seguido con la mirada durante un buen rato a aquel vehículo inesperado, que avanzó junto a la larga lengua de dunas hasta llegar al frente de arena que había empujado el viento. El desierto había expulsado hacia el norte a los nómadas cuando los dientes de sus animales empezaron a chirriar por el silicio. Ya no iban a encontrar a nadie entre las dunas que pudiera hablarles del coche, aparte de la posibilidad remota de hallar a algún jinete, quizá perdido él también.

...UNA DUNA LEJANA, QUE LLORABA

Primero distinguieron a los camellos. Unos despreocupados camellos salvajes, de pelo a jirones y jorobas a la iraquí, un poco caídas de costado. Tres adultos de color leonado y una cría más clara, frente a las dunas, de espaldas a la estepa. Estaban inmóviles, como si dudaran entre la hierba quemada o la arena ardiente. El más joven se había aventurado una decena de metros por la lengua de arena más empinada. Con la cabeza baja, arrancaba con sus labios de piedra las ramas de una mata espinosa que tenía un pedazo de lona azul enganchado. Un poco apartada, una camella en posición de alerta vigilaba a su cría, y el más grande de los dos machos arrancaba unos ramilletes de espinas grises de un saksaul ceniciento lleno de pequeñas flores blancas.

Fue al sobrevolarlo cuando vieron al Land Cruiser detrás de los camellos, medio cubierto por la arena. El otro macho había metido su cuello de sifón en el coche por la puerta medio abierta del copiloto. El helicóptero pivotó de inmediato y bajo a la estepa para posarse sobre suelo estable. La camella, inquieta, desplegó al ralentí sus largas articulaciones para llegar con pasos desgarbados hasta su pequeño y alejarse con él, sin prisa, escalando la arena deslizante. El viejo camello retiró lentamente la cabeza del coche y, junto con el otro macho, se quedó inmóvil en medio de los remolinos de arena que levantaban las palas. Altaneros, los dos cerraron su doble hilera de pestañas sobre sus ojos desdeñosos y arrugaron sus narices abiertas para retraer las húmedas fosas nasales y mostrar unos dientes amarillos y descarnados, antes de que una de las bestias se zambullera de nuevo en el coche para seguir masticando con sus dientes apestosos.

Zarza fue el primero en saltar del helicóptero y en precipitarse hacia el Toyota medio enterrado. Bekter lo siguió, desenfundando el arma para hacer

varios tiros al aire y espantar a los camellos, que los miraban sin moverse. Los dos vieron el cuerpo al mismo tiempo, la cabeza clavada al reposacabezas por una flecha que lo había traspasado de costado, a la altura de la sien. Todavía se adivinaba el ademán que había esbozado la víctima al intentar agarrar su arma. Un fusil de francotirador. Un Dragunov. La flecha había penetrado el cráneo del hombre a través de la bandana azul de estilo guerrero que llevaba. Hacía tiempo que la sangre se había secado, y decenas de moscas de reflejos irisados zumbaban en el interior, alrededor del emplumado amarillo y verde que apenas sobresalía de la herida. Bajo la nube vibrante, vieron otra flecha con los mismos colores clavada entre las costillas del cadáver.

—¡La vida y la eternidad!

Bekter y Zarza sacaron la cabeza del coche y se volvieron hacia el viejo nómada, que les sonreía acompañado de Fifty, quien no parecía comprender más que ellos.

—El amarillo de la vida y el verde de la eternidad —se reafirmó el anciano señalando las plumas con la mirada—. Pero no para ese desdichado árbol que se está muriendo —añadió, reculando unos pasos para observar las ramas del saksaul—. Tiene la enfermedad de las cenizas. El viento la arrastra. Los hombres plantan saksauls para detener el avance del desierto, pero el desierto se defiende y contraataca soplando esa enfermedad que mata a los saksauls de los hombres. El desierto siempre es más fuerte que los hombres —concluyó alejándose del tronco retorcido y rugoso, ya cercado de arena, para regresar a la superficie estable de un pedazo de estepa que también desaparecería al cabo de pocas horas.

Observó en el suelo unas huellas invisibles entre las huellas casi imperceptibles de las almohadillas abiertas de dos de los camellos, luego volvió al coche para observar las flechas.

—Una guerrera —dijo—. Más ligera que un hombre sobre su caballo, pero igual de fuerte a la hora de disparar sus flechas más cortas.

Luego se puso a murmurar a la oreja a los camellos, que habían acudido a su encuentro en cuanto se les acercó. Sólo la cría permaneció apartada, mordisqueando de nuevo la pequeña mata de saksaul que había quedado enterrada en la duna nueva.

Los tres polis lo miraron, divertidos y desconcertados a la vez, luego examinaron sin decir palabra el interior del Land Cruiser, conteniendo las arcadas que les provocaba el hedor. Fue Fifty quien reparó en la inscripción,

grabada con torpeza en la pintura de la chapa, en la parte de atrás. «Yeruldelgger. El Africano.»

—Si este colega es el Africano —se preguntó Zarza en voz alta, señalando el cadáver con el mentón—, ¿dónde está Yeruldelgger?

Sólo le respondió un canto. El canto lúgubre y envolvente de una duna lejana, que lloraba.

...OCHO METROS AL DÍA?»

Si a Donelli le gustaba el Katz's, no era porque a todo el mundo en Nueva York le gustara el Katz's. No era el Katz's por ser el Katz's. Ni por su letrero de «Katz's» en vertical frente al cruce de Houston con Ludlow.

Ni por el «Katz's Delicatessen» horizontal en letras rojas y blancas que se desplegaba en las cristaleras que daban a la calle y a la avenida.

Ni por todos esos «Katz's» de neón rojo y verde que se ufanaban del Katz's de detrás de la pequeña vitrina que escondía de la mirada pasajera la sala inmensa.

No le gustaba el Katz's por las cinco toneladas de pastrami que servía a la semana, por las dos toneladas de pepinillos y por los doce mil perritos calientes. Y mucho menos todavía por la cola de turistas que se formaba en el local en busca de sus sándwiches, sus huevos, sus jugos y su café, que eran carísimos.

Ni porque allí fuera donde Meg Ryan simuló ese orgasmo fabuloso en *Cuando Harry encontró a Sally* y todos los turistas se fotografiaran pidiendo, tal como les invitaba a hacer el letrero que había colgado encima de su mesa legendaria, que les sirvieran «lo mismo que a ella».

No, a Donelli le gustaba el Katz's por una sola y única razón: la cara orgullosa y satisfecha que ponía su compañero yidis, Pfiffelmann, cuando tras entregar sus tickets por fin traía a la mesa su Katz's Knobelwurst o su legendario Katz's Pastrami soltando de camino siempre algún incongruente «Eh, ¿tú sabías...?», que parecía traer recién horneado de la barra. Del tipo: «Eh, ¿tú sabías que en Mongolia el desierto del Gobi avanza ocho metros al día?»

...DESHACERSE DE BEKTER CUANTO ANTES

En Ulán Bator, tras el cese del Gobierno precedente, se nombró primer ministro a Sangajav. Se trataba de apaciguar el descontento y la rabia que se habían extendido por la maldita estepa hasta el último de esos nómadas que rechazaban el progreso. Y de tranquilizar también a las compañías mineras. Sangajav era de lejos el menos cualificado y el menos popular de los candidatos. Pero un par de oponentes, así como los adversarios de su misma tendencia política, se habían retirado de la carrera al puesto. En general le había bastado con mantener con ellos una conversación de unos diez minutos, cara a cara, en una cantina, en un despacho anónimo, o incluso en la esquina de un pasillo apartado, o en los baños, para que todos empezaran a declarar que se decantaban por dar su apoyo a Sangajav, que era la mejor opción para Mongolia, y le aseguraran toda la ayuda que pudiera necesitar. Incluso uno de sus amigos más cercanos renunció a todas sus ambiciones políticas y acabó ahorcándose de la lámpara de cristal de Arques que colgaba del salón inmenso del ostentoso apartamento que tenía en Saizan. Ese mismo día, durante un discurso televisado, Sangajav habló de la necesidad de revisar las condiciones de atribución de las concesiones y colocó a varios de sus más viejos amigos en los puestos claves. Él mismo negoció en persona, y en secreto, de viva voz en su coche particular y durante su primer trayecto entre su domicilio privado y sus nuevas oficinas en el palacio de Gobierno, una comisión oculta de cinco millones de dólares con un emisario conjunto de la Colorado y la Durward. Mediante un solo pago en una cuenta de Luxemburgo. Sangajav siempre había considerado la posibilidad de terminar sus días en Europa. Tan rico como fuera posible.

Dos horas después de su nombramiento, hizo estrangular a Madame Sue en su celda con las medias que él mismo le había pedido a su amante y que mandó

que le entregaran a uno de los carceleros de la prisión. Luego empezó a reflexionar sobre la mejor manera de deshacerse de Bekter cuanto antes.

...ÉL LLORABA TAMBIÉN

En Perth, Darryl no tuvo derecho a un funeral de Estado. Uno no tiene derecho a ningún honor cuando muere aplastado por un desequilibrado junto al edificio del que no se ha podido impedir que saltara porque ha llegado tarde y a pie. Su anciana abuela acudió sola, con su permanente azul y sus grandes gafas *vintage*, porque no hacía ni un año que el egoísta de su marido había muerto dejándola abandonada en este maldito mundo. Una hermana que vivía en Adelaida, triste y ya embarazada del cuarto hijo pese a no ser tan mayor, se presentó sola porque no hacía ni seis meses que el cabrón de su ex la había dejado. Otra hermana, más joven, tatuada y con más perforaciones que si hubiera tenido un accidente en una construcción, llegó sola desde Brisbane porque los tíos no piensan más que en su rabo y este mundo no es más que un saco de mierda. Su padre directamente no acudió. Había empezado una nueva vida en la zona de Darwin con una aborígen a la que nadie de la familia quería ver. Y todavía menos en un funeral, ¡no fuera que a aquella negra se le metiera en la cabeza rendir homenaje a su hijastro soplando un diyeridú!

Karin se las apañó para que la ceremonia tuviera lugar en Saint Mary's, en recuerdo de las lágrimas de Darryl. Como nadie de la familia tenía conocidos en Perth, ella pagó lo que hacía falta a quien hizo falta. La ceremonia fue fría y sin alma. Sentada detrás de aquel desastre de familia, pasadas varias filas de bancos vacíos, apartada de los demás colegas que se habían dispersado entre los asistentes, lejos de Andrew, ella lloró sin lágrimas. Luego se consoló dejando la mirada perdida en el juego de luces y sombras de la nave. Y acabó sonriendo al imaginar a Darryl bañado por los reflejos cálidos y multicolor del vitral de la Virgen, imitando el paso de la garza medio descoyuntada de los Monty Python bajo un halo de luz religiosa.

Más tarde, por la noche, cuando las hermanas ya se peleaban por la bonita casa que Darryl tenía al final de Bywater Way, cerca del Canning River, ella se imaginó teniendo un largo orgasmo de miel y jugos con su amigo en la cama deshecha de su habitación abierta a la noche ardiente, mientras follaba con Andrew en su casa, rabiosa y con violencia. Sin darse siquiera cuenta de que él lloraba también.

...APRENDÍA TAMBIÉN A SER UN HOMBRE FOGOSO...

Cuando el caos de la estepa se volvió antiestético y demasiado civilizado, los «perros errantes del arte nómada» abandonaron las tintas y las serigrafías y recogieron su equipaje. Al repartió un último juego de carteles revolucionarios inspirados en su camiseta «*Yes We Khan*», mientras Naaran y Zorig enderezaban y reparaban la furgoneta a golpe de martillo y de palanca. Antes de irse, Zorig negoció la primera transacción de Ganbold. Unas pepitas que le había «prestado a crédito» a un padre de familia ninja deshecho por la muerte de su hijo mayor, que había quedado sepultado al derrumbarse un pozo demasiado profundo y mal apuntalado.

Cuando la furgoneta se alejó dando tumbos hacia un horizonte de colinas azules, Erwan no iba cantando a gritos *Yellow Submarine* con sus camaradas. Esta vez no los siguió. Ganbold, encargado de transmitirle el adiós amistoso de sus hermanos de pintura, lo vio entrando a escondidas en una tienda que tenía los colores de una organización caritativa canadiense subvencionada por la Durward vía la Universidad de Quebec en Montreal.

A través de un agujero de la tela vio que la pelirroja quebequense se lo estaba tirando con una fogosidad y una fuerza que él nunca había observado en ningún retozo entre mongoles. A punto estuvo de precipitarse en socorro del pobre pintor; sin embargo, al ver que el artista levantaba de pronto a la geóloga gritona con un golpe en los riñones para darle la vuelta, comprendió que Erwan no necesitaba ayuda. Como ya se había convertido en negociante de oro, siguió mirando a través de la tela, a ver si aprendía también a ser un hombre fogoso...

...OLVIDAR TODO RECUERDO DEL CAMINO

Condujeron en silencio toda la noche sin saber realmente adónde iban. Zarza pensaba en las complicaciones que lo esperaban al regresar a Francia. De Vilgruy nunca lo perdonaría, aunque la responsabilidad por la muerte de sus dos agentes había sido más suya que de él. Puede que incluso le exigiera dimitir. Lo asombraba la calma con que de pronto encaraba la posibilidad de una vida nueva. La pérdida de un amigo como Yeruldelgger abría en él el abismo de una herida en la que naufragaban demasiadas certidumbres. Poco a poco, hipnotizado por aquellos paisajes lunares bajo la luz de los faros, abandonó incluso la idea de luchar contra De Vilgruy utilizando en su contra sus compromisos con Madame Sue. Aún no alcanzaba a comprender la razón, pero la desaparición de Yeruldelgger había hecho de él otro hombre. Sin que supiera realmente si era o no para bien.

Bekter, por su parte, sabía que al alba Sangajav pediría su cabeza. O sea, su pellejo. Pero no podía pensar en eso en aquel instante. Su raciocinio estaba ahogado por la marejada negra del recuerdo de Solongo. De su cuerpo esbelto, que tanto había deseado, de su excitación silenciosa, de lo rápido que se había ido y de todo aquel amor de paso que no le estaba destinado. Él no la culpaba por eso. Incluso en el caos de Ulán Bator, su amor sólo habría sido un amor nómada. Ahora que Yeruldelgger estaba muerto, se daba cuenta de ello. Solongo se lo había dado a entender, aunque él esperaba que con el tiempo...

—¿Quizá ahí arriba?

Zarza miró la colina erosionada que se recortaba contra el alba malva y aprobó la elección de Bekter. Hacía un buen rato que circulaban fuera de las pistas a través de la estepa. Lanzaron el todoterreno al asalto de la pendiente, y estuvieron a punto de volcar. Luego continuaron a pie y depositaron el cuerpo de

Solongo un poco antes de llegar a la cima, protegido del norte por la loma, frente a la cinta sinuosa de un río que discurría al sur, de aguas doradas bajo los primeros rayos de un sol naciente que bañaba el mundo con su rocío puro. Buscaron la piedra más ancha, la más plana y blanca, y la deslizaron bajo la cabeza de la joven, cuyo rostro de pronto parecía despertar con el resplandor del sol. Luego partieron sin decir una oración y sin mirar atrás, dejando a Solongo en su nuevo mundo, poniendo buen cuidado en olvidar todo recuerdo del camino.

...AHORA QUE ESTABAN EN PAZ

Lejos ya de todo aquel caos trágico, en el esplendor de la inmensa planicie ondulante, indiferente al choque magmático del que un día había salido tanta belleza, Tsetseg cabalgaba la colina que bordeaba la estepa. Feliz con aquel bendito día templado por el levante, con su caballo a un galope corto y firme, y con su florido nombre propio. Orgullosa y recta, con el arco en bandolera, el carcaj golpeando el costado de su montura y el emplumado de sus flechas asomando como un ramillete de flores amarillas y verdes.

Delante de ella cabalgaba su bella Yuna, a la que él había salvado y de la que ella se iba a ocupar en adelante, ahora que estaban en paz.

NOTAS

¹ «Red de separación, orogénesis herciniana, depósitos de sedimentos, estructuras de deformación.» (*N. del t.*)

² MIAT Mongolian Airlines es el nombre de la compañía aérea internacional de Mongolia. MIAT son las siglas de Mongolyn Irgenii Agaaryn Teever («Transporte Civil Aéreo de Mongolia»). (*N. del t.*)

³ Nombre popular que se da en Australia a la brisa marina y refrescante de la tarde. (*N. del t.*)

⁴ Referencia familiar al Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, cuya sede está en el Quai d'Orsay, en París. (*N. del t.*)

⁵ Los insultos y juramentos en francés quebequense suelen hacer referencia a objetos de la liturgia cristiana (hostia, cáliz, sagrario, etc.). (*N. del t.*)

⁶ Juego de palabras con dos expresiones inglesas: *fly out* («echar a volar») y *burn out* («estar quemado profesionalmente, padecer síndrome de estrés laboral»). (*N. del t.*)